
MALENA HEHN
UN PACTO ELECTRIZANTE
VR YA



Sídney solía creer que su grupo de amigos era para siempre, pero ya no les habla. Ni siquiera a su ex mejor amigo, Ollie, ni a Drake, quien era… bueno, algo más. Pero eso ya es historia antigua.

Aunque encajar es complicado y aún no aprende en quién confiar, ahora es universitaria y hay nuevos amigos, fiestas y lecciones en el horizonte. Sin dudas, también habrá otros chicos.

Drake creyó que ir a la universidad con su mejor amigo e ingresar al equipo de fútbol era todo lo que necesitaba para hacer una entrada triunfal al resto de su vida. Sin embargo, hay dos cosas que no esperaba:

1 - Sentirse incómodo en el equipo.
2 - Reencontrarse con Sídney Jones, la chica que lo dejó en el pasado y que no quiere más nada con él a pesar de que saltan chispas cuando están cerca.

Cuando la química entre ambos hable y sea físicamente imposible negarlo, deberán llegar a un acuerdo: ¿y si se ven en secreto sin involucrar sentimientos? ¿Puede salir bien eso?

La secundaria quedó lejos y Sid y Drake deberán hacer frente a los altibajos de la vida adulta en este chispeante romance de @malelovesbooks



Malena Hehn

Nació en Buenos Aires, Argentina. De pequeña grababa videos de Youtube hablando de moda, libros y maquillaje. En la actualidad, aún la pueden encontrar haciendo ese mismo contenido en TikTok e Instagram (**@malelovesbooks**). Le encantan las comedias románticas, tiene alma de golden retriever y llora por casi todo. Una Coca-Cola bien fría es la solución a todos sus problemas.

Con una voz fresca y sensible, su primer libro, *Siempre fuiste tú*, se convirtió en un gran favorito nacional de los lectores jóvenes.

MALENA HEHN



VR YA

Para mi abuela Estela que pudo reencontrarse en el cielo con el amor de su vida.

PARTE AMARILLA

"Devils roll the dice, angels roll their eyes
And if I bleed, you'll be the last to know".

–Taylor Swift

PLAYLIST

1. Into You – Ariana Grande
2. Feels Like We Only Go Backwards – Tame Impala
3. Life Is A Highway – Rascal Flatts
4. Kill Em With Kindness – Selena Gomez
5. Best Day Of My Life – Glee Cast
6. Close As Strangers – 5 Seconds Of Summer
7. Runaway – Avril Lavigne
8. the 1 – Taylor Swift
9. YOUNGBLOOD – 30H!3
10. Cruel Summer – Taylor Swift

Capítulo 1

 Drake 

Dos años atrás…

–¿Estás coqueteando conmigo, Mendler? –Sus palabras se deslizan por mi piel en un susurro candente al oído.

Los vellos de mis brazos se erizan y mi sonrisa pícara se ensancha.

Claro que estoy coqueteando con ella. Si lo hago por mensaje de texto, puedo hacerlo en una fiesta rodeados de desconocidos.

–¿Qué te hace pensar eso, Sid? –Tomo distancia entre nosotros y bebo de mi vaso plástico para relajar la tensión en el aire.

–No se trata de pensarlo. Se trata de sentirlo…

El alcohol corriendo por mis venas y la música aturdiendo mis oídos me distraen de lo que sucede. En un movimiento; toma mi mano y la apoya sobre su pecho para que pueda sentir el calor de su piel con el tacto de mi palma. Y debajo de aquella capa, su corazón latiendo a gran velocidad. Es recíproco.

–¿Puedes sentirlo? –me pregunta mirándome a los ojos con un color cristalino que me encantaría surfear a profundidad.

Claro que puedo sentirlo. Por algún motivo, me derrito ante su mirada y me trago una respuesta. Las palabras sobran en momentos

así.

Al desaparecer el contenido de mi vaso, lo dejo caer en el suelo.

Observo su vestimenta. Lleva un vestido de lentejuelas multicolor. No conozco chicas que se animarían a usarlo. Solo la conozco a ella. Sídney no tiene vergüenza de ser auténtica. Incluso con sus tacones aguja, sigo sacándole media cabeza.

Está cubierta de sangre falsa desde su cabello hasta su pecho, justo donde mantengo mi mano posicionada. Y la banda decorativa que recorre su cuerpo indica que es la reina del baile; en honor a una de sus películas favoritas, *Carrie.*

Por algún motivo, con Sídney Jones siempre fuimos amigos y sé que, en el diccionario, la amistad no se define por las ideas contundentes que recorren mis pensamientos. Sobre todo, al ser inapropiadas. Y, por algún motivo, mi objetivo es olvidarme de nuestro vínculo por esta noche y transformarlo en uno auténtico. Espero que ella desee lo mismo.

La sostengo de la cintura y, en un movimiento rápido, la acorralo contra la pared del pasillo de mi casa. Le quito importancia a las personas que caminan y hablan a nuestro alrededor. En este momento, somos dos. Nadie más.

Le devuelvo lo que me provocó hace unos instantes; mis labios rozando el lóbulo de su oreja derecha en un cálido susurro determinante:

–Sídney, déjame besarte.

Siento su cuerpo arquearse ante mis palabras, permitiéndome que me deje llevar. Dos corazones agitados y una decisión: ¿qué puede salir mal?

En cuestión de segundos, mis labios encuentran los suyos y nos volvemos uno. Podría culparme por dejarme llevar, podría culparla a ella por no detenerme, pero prefiero disfrutar del momento. Después de todo, es un simple beso en una estúpida fiesta.

Era un simple beso. Lo era hasta que una de sus manos me toma de la cintura y baja hacia mi pantalón. Al parecer, para ella ya no lo es. Deja de serlo en mi cabeza cuando una de mis manos se enreda en su cabello largo y sedoso.

–Así que los rumores eran ciertos… –vacila de forma seductora sobre mis labios enrojecidos. Se me entrecorta la voz y le regalo un dulce beso.

–¿Rumores? –le pregunto desconcertado.

Antes de responderme, busca mi mano y no me queda otra que seguirla. Quiero seguirla. Subimos las escaleras y nos encierra en mi habitación que sorpresivamente está vacía. Me mantengo de pie por unos segundos hasta que me dejo caer sobre la cama y ella se sienta sobre mis piernas.

–¿De verdad quieres que te lo diga? –Mis manos se deslizan por sus caderas a la vez que ella se sostiene de mi cuello para acortar la distancia entre nosotros.

–Prefiero que me lo demuestres.

Entre besos y caricias, nuestros cuerpos se derriten en un mismo glaciar. Es un calor ardiente como el sol y celestial como el color de las olas. Un placer contundente que puede cambiarlo todo para siempre.

Es un polvo en una fiesta. Es un polvo en una fiesta con una chica cualquiera.

A excepción de que Sídney Jones no es una chica más, es mi amiga.

Y muchas cosas pueden salir mal.

En especial, si me obsesiono con tenerla de esta manera.

Capítulo 2



Sábado por la noche: 21:21 p. m.

Cuando escucho un portazo detrás de mí, se me ponen los pelos de punta.

Es oficial, ya no hay vuelta atrás: comienza mi primera aventura universitaria.

Para ser honesta, todo comenzó hace un par de horas cuando emprendí viaje y me despedí del hogar donde crecí. La casa de mis padres queda a 200 km de distancia del campus. Durante el viaje, lo único que hice fue dormir porque sabía que esta noche no podría hacerlo. Crecí consumiendo series donde los protagonistas que residen en dormitorios universitarios viven de fiesta. Y crecí viendo películas donde las protagonistas se besan con uno de sus crushes populares para ser invitadas a las fiestas privadas de las fraternidades.

Me preparé justamente para eso, no necesitaba nada más hasta este momento.

Nunca creí que me sentiría helada después de verlo por los pasillos. Hace dos minutos lo vi desde el umbral de mi puerta. Por

suerte, no me vio. Sabía que ambos vendríamos a esta universidad, pero definitivamente no me esperaba que nuestras habitaciones estuvieran cerca.

Me siento atónita y Phoebe tiene que sacudir su brazo de manera exagerada para que reaccione. Será mi compañera de habitación por este semestre y, si quiere, por un año. Me veo en la obligación de contarle quién es Drake Mendler y cómo pasamos de ser algo a dejar de serlo. Así, sin anestesia.



Sábado por la mañana: 09:04 a. m.

Me bajo del coche de mis padres y tomo dos maletas. A la más grande le falta una rueda, por lo tanto, me cuesta trabajo arrastrarla sin arrancarme un brazo. A la más pequeña me resultó imposible cerrarla del todo y corro el riesgo de que uno de mis sujetadores con dibujos de Minnie Mouse salga disparado. Con mi suerte, es capaz de aterrizar en la cabeza a un joven apuesto y arruinar mi reputación para siempre.

Para ser honesta, mi reputación no existe, se reinició.

Cuando uno termina la escuela secundaria, se resetean todos los elementos sociales de la cadena alimenticia. Aquellos que tuvieron la maravillosa suerte de ser populares en su adolescencia, en la universidad nadie los conoce. Por lo tanto, no ejercen esa superioridad todopoderosa sobre los demás. Quienes sufrían bullying, aquí nadie los molesta. Pueden caminar tranquilos por los

pasillos sin que alguien les haga un calzón chino o los obligue a prestarles sus apuntes de clase.

En mi caso, era la chica gorda que estaba en la banda escolar y mantenía notas decentes. Siempre mantuve un perfil bajo. Nunca me importó juntarme con los populares. Daba la casualidad de que teníamos amigos en común y terminamos siendo un grupo. Al menos, se mantuvo de esa forma hasta que todo se fue por la borda.

Me pregunto cuál será mi nueva reputación y si tendré la posibilidad de encontrar un nuevo grupo de amigos.

Al caminar, el campus universitario me fascina. Es inmenso. Para empezar, en la entrada se encuentran algunas personas del centro de estudiantes repartiendo folletos. Me preocupo en tomar uno, siento que lo necesitaré en un futuro cercano. Sobre todo, si necesito saber cómo llegar a mis clases el lunes por la mañana.

Una vez dentro, caminamos sobre un suelo rocoso repleto de naturaleza verde a su alrededor. Nos topamos con algunos puestos de fraternidades y hermandades. Los representantes de cada casa utilizan sus colores distintivos y le sonríen solo a los que quieren invitar. No me sorprende pasar desapercibida. Tampoco aceptaría a una chica que apenas puede cargar con sus maletas y que su cabello es un desastre que no se molestó en arreglar.

Observo como una joven de cabello rojizo, vestida como si fuese la representación viva de una imagen de Pinterest, recibe uno de esos folletos. También, puedo ver como su madre se acerca a estrechar su mano con la chica que se lo dio, como si fuera su representante. Ugh. Las clases aún no comienzan y ya me agotaron la paciencia. Espero que mi compañera de cuarto no sea así.

Mis ojos pueden detenerse en cualquier sitio y el espíritu de comienzo de clases estará allí presente. Las edificaciones con banderines de colores y globos rodean el campus. Los edificios residenciales son los más numerosos. Al ser el último fin de semana antes de que comiencen las clases, un gran porcentaje de ingresantes se encuentra buscando su residencia por el campo. Procuro no tropezar ni atropellar a alguien con mis maletas defectuosas.

–Sídney, ¿es necesario traer todas estas cosas? –pregunta mi madre mientras intenta seguirme el ritmo.

Salgo de mis pensamientos por unos segundos y le sonrío.

–Sí, mamá. –Observo como mi padre vacía el maletero del coche a lo lejos y nos sigue el paso a regañadientes. Odia todo lo que involucre sobrecargar su vehículo, es como su segundo hijo–. ¡Papá, voy a vivir en una residencia! Tengo que asegurarme de que no me falte nada. En especial, al estar lejos de casa.

Al alzar mi voz, algunas personas que nos rodean me miran con desinterés. Me encojo de hombros.

–¿Es necesario el cuadro que pintaste a los seis años? –se queja con su respiración agitada cuando nos alcanza.

–¡Claro que sí! Es un recuerdo de mi infancia.

–Te has traído todo tu armario, cuando nos visites no tendrás ropa que usar –se queja mi madre.

–¡También tus óleos y pinceles! No podrás pintar cuando regreses –se suma mi padre y me detengo en seco cuando llegamos a la puerta de la residencia número ocho.

Ahora entiendo por dónde va la cosa. Van a extrañarme.

–Estaré bien. –Me acerco para darles un abrazo a cada uno y les sonrío–. Además, prometieron visitarme el fin de semana que viene.

–Eso no quita que te extrañaremos mucho, Sid –suspira mi madre en un abrazo de oso que por poco no me quita la respiración.

–Yo también los voy a extrañar.

La residencia número ocho está aislada del resto. ¿Por qué? Porque es la más nueva. Porque aquí envían a todos los novatos; a los de primer año. Además, tiene la particularidad de ser una residencia mixta. Hay habitaciones para hombres y para mujeres. Incluso, se puede pedir una habitación compartida para ambos géneros. En ese caso, se firma un acuerdo entre las familias para demostrar que lo "aprueban". A mí, sinceramente, me parece ridículo que las familias tengan que aprobar dónde dormirá su hijo de dieciocho años de edad, pero bueno… Así son las cosas por aquí.

Mis padres se encargan de subir mis cosas por el elevador mientras que espero detrás de un chico bajito para registrarme en la recepción. Tengo que dar aviso de mi llegada y me tienen que entregar la llave de la habitación.

–Buenos días, bienvenida a la residencia número ocho. ¿Cuál es tu nombre? –me pregunta el joven castaño ubicado detrás del mostrador una vez que avanzo en la fila y es mi turno de registrarme.

–¡Hola! Soy Sídney, ¿y tú?

Mi sonrisa se le contagia y se ríe.

–Hola Sídney, soy Wren. ¿Podrías decirme tu apellido, por favor?

–Jones. Sídney Jones.

Escribe en su computador y mis ojos se dirigen hacia su vestimenta. Lleva puesta una camiseta básica negra con el logo de

una serie.

–Me encanta *Los 100,* es de mis favoritas –le comento a la par que entrega un papel para que firme.

Él me dedica otra sonrisa, esta vez parece genuina.

–¡Gracias! Eres la primera persona en comentar algo sobre mi camiseta. Todos los días la cambio por una serie distinta.

–Entonces, estaré atenta.

–Bueno, tendrías que firmar en la primera y última hoja. –Una vez que se los entrego, me tiende otros papeles–. Estos son el reglamento universitario y las normas de comunidad residenciales. Te recomiendo leerlos cuando ya estés acomodada en tu habitación. –Se agacha a buscar algo y acto seguido me entrega una tarjeta–. Esta es tu llave, te toca la 204 en el segundo piso.

–¡Muchas gracias, Wren! –Tomo los papeles y la tarjeta emocionada–. ¿Sabes si mi compañera ya ha llegado?

El castaño dirige su atención al monitor de su computador en busca de una respuesta hacia mi pregunta y niega con la cabeza.

–De momento no aparece registrada en el sistema para esa habitación así que no, todavía no ha llegado.

–Está bien… ¿Algo más que deba saber?

–Cuando se queden sin papel higiénico pueden pedirme –me dedica otra sonrisa y luego observa a su alrededor para susurrarme–. También, pueden pedir preservativos.

Siento una oleada de calor repentina que corre por mi espalda hasta llegar a mis mejillas. Agradezco que mis padres se encuentren en la fila del elevador y no aquí conmigo.

–Es bueno saberlo –me río negando con la cabeza–. ¡Nos vemos, Wren!

–Nos vemos, Sídney –me responde riéndose y procede a ayudar al próximo en la fila.

Una vez que me acerco a mis padres, el elevador llega para que podamos cargarlo y subirnos en él.

–Mira, si hasta parece que te estaba esperando –bromea mi papá.

Una vez que llegamos al piso, busco con mi mirada la habitación y no tardo en encontrarla. Se me ocurren mil formas de decorar la puerta para que sea única y distinguible. Sonrío.

–¡Está aquí! Habitación 204. –Ingreso la tarjeta sin pensarlo dos veces y, al abrir la puerta, enciendo la luz.

La habitación no es espaciosa, pero tampoco está nada mal. Primero, en el pequeño recibidor hay un apartado para colgar abrigos. A la derecha hay una puerta hacia el baño que tiene una ducha. Recuerdo que tuve que despertarme a las seis de la mañana para inscribirme en una de estas habitaciones a tiempo. Hay otras habitaciones residenciales que no tienen ducha propia y tienen que utilizar las comunitarias del edificio. A ver, no está mal, pero prefería tener una para mí.

Los muebles llegaron anoche y se ve que los organizaron por nosotras. No me puedo quejar, hicieron el trabajo duro.

En la habitación hay un ventanal en medio y, debajo, una cómoda de color crema que supongo que será para compartir con mi compañera. En la pared izquierda se encuentra mi cama con un edredón lila y mi escritorio. Es blanco y tiene el espacio justo y necesario para guardar material escolar. A la derecha, la cama de mi compañera resalta por su edredón amarillo fosforescente. En frente a mi escritorio está su tocador con luces led. Me extraña que no

tenga un escritorio y deberé preguntarle al respecto cuando la conozca.

Eso es todo, literalmente. Ojalá tuviera espacio para más cosas.

–Bueno, no está nada mal. –Doy un salto y me tumbo sobre mi cama sonriente. Hay que estrenarla.

–En internet no parecía tan pequeña… –comenta mi mamá inspeccionando cada hueco libre de la habitación como si fuese a encontrar una puerta secreta.

–A mí me parece fantástico. No necesita más cosas, se supone que viene a estudiar –se burla mi padre mientras que se observa descaradamente en el espejo de mi compañera.

–¿Necesitas ayuda para desempacar tus maletas? –me pregunta mi madre porque no quiere irse ni dejarme sola.

–Creo que sobreviviré. –Le sonrío y me levanto para despedirme.

Es en estos momentos donde deseo que Phoebe nos interrumpa para evitar una despedida empalagosa.

De momento, solo sé dos cosas sobre ella:

1. Su nombre es Phoebe Stuart.

2. Le gustan los colores vibrantes.

Tengo suerte de compartir la segunda cosa con ella.

–¿Segura que puedes con todo? –Mi padre se apoya en la puerta y suspira.

–Segurísima. Gracias por ayudarme. –Me acerco y los saludo con un abrazo a cada uno.

Diez minutos más tarde, me encuentro desempacando mis cuadros sobre la cama. Tendría que debatir con mi compañera dónde vamos a colgarlos.

Hablando de compañeras, la puerta se abre de par en par y una chica de estatura media me sonríe. Es la misma chica que vi hace un rato en el campus hablando con una de las representantes de una hermandad.

Su cabello rojizo cereza es lacio y cae sobre sus hombros con delicadeza hasta llegar a su cintura. Hace el contraste perfecto con su piel porcelana y ojos café oscuros. Está vestida con una camiseta ajustada rosa y un jean de tiro bajo que deja a la vista un tatuaje en forma de estrella sobre su cadera. ¿Quién se viste de esa forma para mudarse a una habitación universitaria?

–¡Hola! –me saluda sin disimular el darme un repaso rápido a la vez que se acerca a darme un beso en la mejilla–. Eres Simone, ¿verdad?

–Sídney. Imagino que eres Phoebe, ¿verdad? –me burlo sin tener intenciones de hacerlo. Su perfume floral invade la habitación por completo.

–Sí, encantada. –Me dedica una sonrisa vaga y observa alrededor–. ¿Así de pequeña es la habitación?

–Lamentablemente. –Me encojo de hombros–. Tengo un par de decoraciones para hacerla más acogedora, no sé si has traído algo de eso también…

–¿Ese cuadro es tu decoración? –se burla esta vez de mí y ambas nos reímos.

No sé si me cae bien o quiero asesinarla.

El cuadro abstracto de salpicaduras de pintura reposa sobre mi edredón.

–¿Te gusta? Lo pinté a los seis años.

–Sí, se nota.

Esta vez, una carcajada honesta sale de mi cuerpo y se une a mi risa.

–En fin, tengo hambre. ¿Quieres que asaltemos la cafetería? Dudo muchísimo tener fuerzas para ordenar si no tengo el estómago contento –admite buscando su cartera, decidida a ir conmigo o sin mí de todas formas.

¿Quiere desayunar y postergar el trabajo pesado? Empieza a caerme bien.

–¡Vamos!



Sábado por la noche: 21:22 p. m.

Hace un rato terminamos de ordenar y de decorar la habitación. Ya tiene vida. Llenamos la pared de posters y cuadros coloridos. En la cómoda designamos dos apartados para cada una. No es suficiente, pero bastará hasta que compremos otra. En el recibidor dejamos las tarjetas que nos permiten ingresar y nuestros abrigos. La ducha está sobrecargada de productos para el cabello y cremas corporales. Ubicamos el refrigerador pequeño que me regalaron mis padres debajo de mi escritorio. Agradezco que Phoebe se compró un microondas. De esta forma, podremos sobrevivir a la experiencia universitaria a gusto.

Este último es de los pocos artefactos de cocina que permiten en las habitaciones y lo ubicamos sobre una repisa, junto con un televisor pequeño. La repisa nos tomó una hora y media construirla. Ninguna de las dos sabía hacerlo y la madre insoportable de la

pelirroja teñida tenía que irse a clases de pilates, por ende, no supo ni quiso ayudarnos. Apareció cuando estábamos desayunando en la cafetería porque extrañaba a su hija y no quería soltarla tan rápido. Se sumó a nuestra conversación y luego volvimos a la habitación para ordenarla.

En medio del caos, buscamos una máquina expendedora en nuestro edificio. Necesitábamos energías y recurrimos a las papas fritas. Y, ese grave error, me transporta a donde estoy ahora. Solo quería deshacerme de la bolsa de frituras en el basurero comunitario de nuestro piso, no quería ver a Drake Mendler.

Me dio tiempo a encerrarme en mi habitación y a que no me vea.

–Sid, parece que viste un fantasma.

La voz de Phoebe me distrae y suspiro.

–No, vi a mi ex.

–¿Aquí? ¿En la universidad? ¿Te ha visto? ¡Qué horror! –se queja dramáticamente.

En unas pocas horas aprendí que es una *drama queen* con todas las letras.

–No, estaba de espaldas. Y no es mi ex, digo que es mi ex porque fue lo más cercano que estuve alguna vez de tener pareja.

Necesitaba aclararlo.

–¿Qué fueron entonces?

Nada. No fuimos nada.

–Amigos con derechos que aprovechaban cada oportunidad que tenían para estar juntos. –Me encojo de hombros resignada.

–Y te enamoraste de él…

Sí, caí en su trampa.

Caí en su trampa y me enamoré de él.

Capítulo 3

 Drake 

Domingo.

El día está nublado y no hay demasiadas cosas para hacer. La mayoría de los estudiantes se están adaptando para el comienzo de clases. Ayer hice el trabajo sucio, hoy toca relajarse.

En la secundaria aprendí a jugar fútbol americano. Nunca fue mi idea principal, pero, al ver que todos mis amigos se anotaban, no quería quedarme atrás. Para mi suerte, esos fueron los cimientos de mi futuro. Hace unos años no tenía idea de qué quería hacer con mi vida y el deporte siempre estuvo ahí; señalándome el camino a seguir.

Por este motivo me encuentro recorriendo el estadio de la Universidad de Kentucky. A finales de curso, un representante del equipo apareció en la escuela para reclutar jugadores y ofrecerles una beca completa. Tuve la suerte de ser uno de los seleccionados junto con Ryle.

Escoger mi especialización fue lo más complicado. Sé que se elige una vez finalizado el segundo año de educación general, pero elegí una para mantenerme en línea con lo que me gusta.

Decidí que quiero estudiar Kinesiología, me gusta la idea de seguir algo que pueda vincularse con mi pasión por los deportes. A Ryle le sucede lo mismo, su sueño es jugar en las grandes ligas, pero de momento, se anotó en Liderazgo deportivo. En caso de que no pueda jugar profesionalmente, prefiere ejercer de profesor. De todas formas, nuestras decisiones podremos cambiarlas en un futuro. Lo importante es enfocarnos en tomar clases que nos sirvan para cualquier carrera deportiva.

Mi mejor amigo suele jugar en la posición de mariscal de campo y yo soy el corredor. Según este representante, somos una dupla imperdible e inseparable. Dice que tenemos química en el juego y que eso es muy importante para establecer jugadas limpias y concretas en los torneos estatales.

El estadio es precioso y es más amplio que el de nuestra escuela. El césped tiene las características líneas divisorias del deporte, marcando las yardas y sus respectivos números. La realidad se presenta en mi organismo: jugaré el resto del año en este lugar de ensueño. Una sonrisa se ensancha en mi rostro y un escalofrío me recorre la espina dorsal. No veo la hora de que empiecen las pruebas.

–El entrenador Bennet no deja de hablar de ustedes –confiesa Calvin.

Calvin, a diferencia de su hermano Ryle, tiene los ojos oscuros y el cabello más corto. Nos llevamos cinco años y, además de estar en el equipo de fútbol americano, es estudiante de Medicina. Está en su sexto año de la carrera, pero, al tomárselo con calma, le faltan como veinte materias para terminar. Suele hacer sus pasantías por la mañana ya que los entrenamientos son por las tardes.

Bennett es el entrenador del equipo. Lo conocimos al inscribirnos. El representante que nos convocó le habló muy bien de nosotros. Además, el apellido Jensen es muy querido por aquí gracias a Calvin y a sus maravillosas jugadas. Espero que el mío; Mendler, sea aceptado con el mismo cariño.

–¿Quieres que me muera de un infarto? –se queja Ryle–. No me sumes más presión de la que ya tengo.

–Veamos, soy uno de los mejores jugadores del equipo, la vara está muy alta. Esperarán que mi hermanito y su amiguito estén a la altura.

–Lo estaremos –le aseguro intentando convencerme a mí mismo.

–¿Estuvieron entrenando?

Nos detenemos en la caminata y nuestras miradas se cruzan. Jensen mayor suele ser divertido siempre y cuando algo no se interponga en sus responsabilidades. Él también siente la presión de que su hermano se sume al equipo. Ryle le contesta primero:

–Un poco, estuve ocupado en otras cosas. –Se encoge de hombros.

–Con tu novio seguramente… ¿Y tú, Drake?

Pienso qué decirle por unos segundos. ¿Estuve practicando? Muy poco. ¿Estuve entrenando? Sí. ¿Me preparé lo suficiente para estar a la altura de la capacidad física que requiere entrenar en un equipo casi profesional? No. Decido responderle de otra forma.

–Espero estar a la altura.

–Y yo espero que la universidad no se los coma vivos –se queja Calvin–. Tienen suerte de tenerme de referente. Con esta actitud de novatos nunca llegarían a una fraternidad.

–Mi novio dice que no hay algo más heterosexual que grite homosexualidad que las fraternidades. –Se ríe Ryle.

–A tu novio le gusta quejarse y opinar de absolutamente todo.

Desde que nuestro grupo de amigos se disolvió, hace tiempo que no lo veo. Me entero de todo por Ry, pero, de no ser así, no sabría de su vida. Es un poco triste y sucede lo mismo con el resto de mis amigas. Sabía que la universidad era un cambio importante y que trae conflictos, pero no me imaginaba que tantos. En fin, toca adaptarse.

–Hasta aquí he llegado niños. –Calvin nos despeina–. En una hora y media tengo una cita y debo pasarla a buscar por su hermandad. Deséenme suerte.

–Suerteeeee, me debes una charla de cómo consigues una chica distinta cada fin de semana –bromeo y choco puños con él.

–¡Son mis encantos, Drake! Ya verás cómo caen rendidas a tus pies luego del primer partido –me responde, despeina una vez más a su hermano y se aleja dejándonos solos.

Caminamos en silencio por unos minutos para apreciar el estadio hasta que mi compañero de habitación decide romperlo.

–¿Cuánto tiempo crees que tardará Oliver en llamarme para que le actualice sobre nuestra vida universitaria?

–¿Siendo honesto? Tres segundos. –Señalo su mano derecha que sostiene su teléfono móvil y se ilumina la pantalla con el nombre de su novio.

Si bien no está en mis planes estar en pareja, quiero una relación así de tierna.

Capítulo 4



Llegar tarde el primer día de clases no estaba en mis planes. Sin embargo, debo sufrir las consecuencias. Me levanté tarde porque anoche no podía conciliar el sueño. Desayuné una manzana a las corridas mientras me vestía. Phoebe preparó su outfit la noche anterior, yo escogí lo primero que encontré: un jean suelto y una camiseta amplia. Es lo que suelo usar cuando no tengo tiempo para pensar en un conjunto más creativo. De todas formas, mi camiseta violeta expresa que me gusta la moda.

Quizás debí anotarme el número del aula antes de salir del dormitorio porque al llegar al campus me mareo entre tantos estudiantes. Algunos corriendo porque llegan tarde, otros relajados porque sus clases comienzan en unas horas.

Camino mirando mi teléfono móvil e intento esquivar la mayor cantidad de personas que puedo mientras me abro paso entre ellos.

Aula 36B con la profesora Dimitri. Se supone que está en el ala oeste de la edificación y me encuentro del lado opuesto. Tendré que correr por dentro.

Voy observando los salones al pasar. 10B, 12B…

–¡Señorita, tenga cuidado! ¡No puede correr por los pasillos! –me grita una voz femenina que no llego a identificar. Deduzco que debe ser una profesora. Algunos estudiantes me observan al pasar con confusión. Si quería llamar la atención de alguna forma, lo he conseguido.

28B, me estoy acercando…

El pasillo se distingue por paredes color ladrillo sobrecargadas de afiches universitarios y un suelo reluciente.

Al llegar al aula 36B me encuentro con una puerta cerrada y suspiro. La ansiedad se apodera de mi cuerpo en una creciente oleada de calor que sube hasta mis mejillas. Podría intentar ocultar las marcas de sudoración de mi camiseta o respirar adecuadamente antes de entrar e interrumpir la clase, pero prefiero entrar de una.

Abro la puerta siendo lo más cuidadosa que puedo y todas las miradas se dirigen hacia mí. Es un aula apta para sesenta alumnos y está repleta.

La profesora es mayor, lleva anteojos y estaba explicando algo en la pantalla de su computadora que se ve a través del proyector antes de centrar su atención en mí.

Gran comienzo de clases, Sídney.

Trago saliva, le dedico una sonrisa tímida y busco con la mirada donde sentarme. Al fondo diviso un asiento vacío y no dudo en acercarme hacia allí. Intento no golpear compañeros con mi bolso y me dejo caer en mi lugar. Estoy ubicada detrás de un chico con auriculares que cuelgan de su cuello. Podría sacarlos, aunque decidió convertirlos en parte de su outfit.

–Para la chica tardanza. –¿La vieja me dio un apodo?–. La impuntualidad es inaceptable en mis clases. Demuestra

irresponsabilidad y desinterés. Si vas a interrumpir mis explicaciones, lo mínimo que puedes hacer es presentarte para que tus compañeros sepan con quién no juntarse en actividades grupales. –La profesora se cruza de brazos y me destruye con su mirada.

Me hace dudar si contestarle o no y me encojo de hombros. Quizás lo mejor es ignorarla, pero, si algo me enseñó mi mejor amigo de la secundaria, es a nunca quedarme callada cuando alguien me molesta.

–Discúlpeme, profesora Dimitri. Mi nombre es Sídney Jones y le aseguro que no volverá a suceder –le sonrío tímidamente ya que presiento el nerviosismo de mi voz.

–Ahórrate las excusas y prepárate para estar al día. Esta es una advertencia para la clase entera. –Empieza a señalarnos uno por uno–. Si no están a la altura y ritmo que requiere tomar clases de Principios de Economía, los invitaré a retirarse.

Marketing fue la primera especialización que encontré en el itinerario y que más o menos se acoplaba a lo que me gusta. Tomar clases de Economía me servirá para aprender cosas nuevas y de última, muchas carreras requieren que esté aprobada para entrar en sus programas.

Sé que voy a sufrir la materia de esta señora amargada a la que no le dan amor en casa y espero que sea la única pesada del semestre.

Además, me da tiempo a tomar clases de maquillaje en mis ratos libres. Mi plan inicial era estudiar maquillaje hasta que me di cuenta de que no me gustaría convertir una pasión en un trabajo. No sería capaz de sostenerla de esa forma. Y si bien lo amo, no me veo trabajando en eso en un futuro.

Me gustaría ejercer en alguna empresa dentro del área de marketing, sería divertido. Faltan años para recibirme (solo tuve una clase y llegué tarde), pero siempre pienso en el futuro. Mantiene mi cabeza del presente ordenada.

–Y les pondré ausente a quienes lleguen tarde. La media falta no existe en mis clases. ¿Entendido? –nos pregunta y algunos alumnos se atreven a responderle con un movimiento de cabeza.

La profesora Dimitri continúa con la clase y saco mi tableta del bolso para poder copiar los apuntes a la velocidad del Rayo McQueen.

–Ten, las primeras clases universitarias siempre son difíciles –me ofrece sus apuntes una chica con tez morena y una larga cabellera lacia de color negro.

Está sentada a mi lado y cuando dirijo mi mirada hacia ella, entiendo que debe ser de un año más adelantado que el mío. También entiendo que no debe ser la primera vez que trata con profesoras de este calibre.

No puedo evitar fijarme en que su vestimenta va acorde a su colorimetría. Camiseta verde oliva y jean oscuro con zapatillas clásicas. Se ve superbien.

–Graaacias –le acepto su cuaderno y le hago una foto para poder devolverlo así puede seguir con lo suyo.

–¿Te quedaste dormida? –me pregunta sonriente cuando se lo devuelvo.

La profesora para ser tan exigente, no se percata de que dos alumnas conversan mientras ella está de espaldas intentando explicar un tema aburrido que tendré que aprender para un examen. Problemas para la Sídney del futuro.

–No podía conciliar el sueño.

–Me imagino, me pasó en primer año –se encoge de hombros y luego de una pausa, me pregunta–. ¿Ya pensaste en tu especialidad?

–Tengo el objetivo de seguir el programa de Marketing; ¿y tú?

–Administración, se supone que ya tendría que tener aprobada esta asignatura, pero no la cursé el año pasado para no sobrecargarme…

–Claro, se entiende.

–Estoy en segundo año, para el siguiente empezaría mi especialización. En primero, cuesta adaptarse a los cambios. En segundo, cuesta volver a la miserable rutina.

Me río. Esta chica podría llevarse muy bien conmigo, me da una buena impresión.

Nunca me costó el multitasking. Me gusta hablar mientras que me concentro en copiar y transcribirlo en mi tableta. Hacer varias actividades a la vez, mantiene mi cerebro ocupado. Es divertido. A mi compañera parece gustarle también. Justo cuando pensaba en preguntarle su nombre, se adelanta:

–Soy Harper.

Le sonrío y asiento con mi cabeza.

–Sídney.

–Me gusta. No lo olvidaré, tengo una prima con tu nombre.

–Tampoco olvidaré el tuyo, eres la tercera persona que conozco por aquí. –Nos reímos y cuando sentimos que captamos la mirada de la profesora, nos callamos.

Wren el recepcionista, Phoebe mi compañera de cuarto y Harper mi compañera de clases. Siento que conocí personalidades muy

distintas entre sí y me gusta.

Wren es simpático y muy atento. Puede que sea por su trabajo, pero me sentí a gusto charlando con él al llegar.

Phoebe es… interesante. Todavía me cuesta leerla, supongo que me acostumbraré con el paso de los días.

Quizás mi primera clase no estuvo tan mal después de todo.

A pesar de llegar tarde, Harper me pasó los apuntes de los primeros quince minutos. Creí que eso era exclusividad de la secundaria y que los estudiantes mayores no tendrían esa solidaridad. Al parecer es común. ¿Por qué las películas viven mintiéndonos?

Harper parece ser el tipo de personas que necesita una universitaria primeriza.

Soy la universitaria primeriza y necesitaré de una compañera como Harper para sobrevivir el resto del año.

Capítulo 5

 Drake 

El vestuario tiene azulejos blancos, casilleros azules y asientos a juego. Es amplio y cada uno puede tener su espacio personal. Mi casillero se encuentra cerca de las duchas y es conveniente para los días de frío. Las duchas son simples, dejan que desear. Agradezco que nos regalen equipamiento como toallas, productos de higiene personal y demás. Soy capaz de olvidármelos en mi habitación y que haya un cesto comunitario del cual puedas agarrar cosas en caso de faltarte me parece fantástico. Puedo guardarlo en mi casillero y no preocuparme nunca más de eso.

Definitivamente subestimé al hermano de Ryle cuando nos dijo que el entrenador espera mucho de nosotros. Nuestro primer entrenamiento fue agotador.

Intento recuperarme en mi asiento aun con la toalla rodeando mi cintura.

Esa ducha caliente me sienta perfecta luego de correr por todo el estadio y entrenar duro en el inicio de la temporada. En el equipo, no todos hacemos los mismos ejercicios ni tenemos la misma destreza. Los mariscales de campo suelen hacer planchas y

dominadas. Los corredores como yo; ejercicios de agilidad y fuerza de piernas.

Hacer varias repeticiones de sentadillas, planchas y desplantes con peso me agotó. Quizás no esté a la altura que requiere estar en el equipo.

–¿Así serán todos los entrenamientos? –me pregunta Ryle dejándose caer a mi lado luego de pasar una camiseta limpia por sus brazos.

–Me temo que sí, novato. Tocará acostumbrarse –le responde un chico alto y musculoso–. Jensen júnior ¿verdad?

–Mira, ya eres famoso –lo molesto un poco mientras me visto.

Jensen rueda sus ojos y lo saluda.

–Soy Jonan, amigo de tu hermano. Y tú eres Drake, ¿verdad?

–Ese mismo. –Chocamos los puños a modo de saludo.

–Es bueno tenerlos en el equipo. Hablaron maravillas de los dos. –Sonríe–. No puedo prometerles que los próximos entrenamientos serán leves, pero puedo conseguirles una invitación a nuestra próxima fiesta.

Nuestra primera fiesta universitaria. Suena tentador. En la escuela, la mayoría las organizaba en mi casa. Es bueno saber que aquí asistiré a muchas (si me invitan) y no tendré que preocuparme por el desorden y limpieza de la mañana siguiente.

–¿Con qué condiciones? –bromeo un poco.

Creía que las invitaciones a fiestas universitarias serían más complicadas de conseguir. Supongo que estar en el equipo de fútbol americano y conocer a las fraternidades que las organizan, te asegura una entrada.

–Ninguna. Irá todo el equipo, si quieren sumar puntos en su reputación, emborracharse y conocer chicas lindas, no pueden perderse esta oportunidad.

Es verdad, no podemos perdernos esta oportunidad.

–¿Los veremos por allí?

–¡Claro! Muchas gracias –le sonríe mi amigo.

–Una única condición: si pueden, encuentren chicas atractivas por el campus e invítenlas a la fiesta. Es este sábado a las ocho.

Nos guiña el ojo y desaparece.

Segundo día de clases, primer entrenamiento y ya tengo planes para el fin de semana. A este ritmo, mi vida universitaria será un éxito.

Capítulo 6



Mis amigos solían describirme como una persona fanática. Cuando me obsesiono, hablo durante semanas de lo mismo. El año pasado, me obsesioné con el maquillaje y por ese motivo quería estudiarlo. Este verano, me obsesioné con las películas.

Pasé de ser una de esas personas que con suerte ven tres películas al año a ser de esas personas que se ven una por semana.

Convencí a Phoebe de acompañarme al cine para relajarnos en esta primera semana y, para mi sorpresa, aceptó venir conmigo. Conseguimos las entradas online y las retiramos ni bien entramos al lugar.

El cine queda en las afueras de la universidad y los estudiantes de Producción audiovisual, Multimedios y Actuación tienen entrada gratis.

Apenas estamos atravesando la mitad de la primera semana de clases y Phoebe ya tiene contacto con medio mundo. En la materia que cursa los martes por la mañana conoció a un estudiante de Multimedios que nos regaló las entradas a cambio de una cita con ella. La pelirroja no dudó en aprovecharse de ese beneficio, lo más probable es que la invite a cenar y ella le cancele.

Me mantengo a su lado mientras que hacemos la fila para comprar palomitas. Como es de esperarse, el lugar no se llena. Los estudiantes deben estar descansando o preparándose para las clases de mañana. Nosotras necesitábamos un respiro de todo eso. Y las personas que viven cerca de la universidad tienen otros complejos con cines más modernos a los cuales asistir.

El cine está constituido por un vestíbulo antiguo. Hay dos filas para los tickets y una para los aperitivos. Además, cuenta con dos salas de proyección, convirtiéndolo en un cinema pequeño que no ofrece gran variedad de películas. Es ideal para los que quieren disfrutar de una sin ruidos molestos de niños en su función.

Una vez que nos entregan nuestras palomitas de maíz, Phoebe se encarga de sostener nuestras bebidas y el tiempo se ralentiza.

Lo que aparentan ser segundos en la vida real, se convierte en minutos interminables en mi mente. Doy una vuelta para dirigirme hacia la sala y mi mirada se conecta con unos ojos marrones que descargan una energía **amarilla y electrizante.**

Es una advertencia, un llamado de atención en todos mis sentidos.

Reconocería esa mirada en todos lados. Siento que se resbala de mis manos el recipiente rojo a rayas a la vez que mi cuerpo se convierte en gelatina. Este contacto visual podría asesinarme.

Sabía que tarde o temprano me lo cruzaría en algún pasillo, como la primera noche, y tendría que enfrentar las consecuencias, pero nunca me imaginé cruzármelo un miércoles a la noche en el cine.

¿¡QUIÉN VA UN MIÉRCOLES POR LA NOCHE AL CINE!?

Intento buscar algo con qué distraerme antes de enfrentarlo y le dedico una sonrisa tímida a Ryle, el novio de mi exmejor amigo.

Hay un gran porcentaje de jugadores de fútbol americano ante nuestra presencia y me siento intimidada. No porque sean extremadamente atractivos, sino porque no tengo escapatoria de esta situación. Tengo que enfrentarla.

No puedo fingir que no los conozco, sería descortés.

–¡Sídney! Qué sorpresa, no sabía que vendrías a esta universidad –me saluda Drake con un beso en la mejilla y el impulso de lanzarle las palomitas sobre su cabeza es grande.

Claro que no lo sabe, no sabe que sentía algo por él.

Nunca se lo conté. Nunca tuve oportunidad de hacerlo.

Su saludo se siente como una puñalada en el corazón. Sé que no me debe nada, y sé que me gusta. No puedo cubrir con una máscara mis sentimientos.

Para mi suerte, Ryle me quita la oportunidad de responderle. Se acerca a saludarme con otro beso en la mejilla.

–¿Cómo estás, Sid?

Phoebe me observa confundida pero no tarda en encontrar su mejor sonrisa para deleitar a dos chicos apuestos, se dio cuenta.

–Bien, Ryle. –Me encojo de hombros sin saber cómo sentirme.

–¿Se conocen? –pregunta Phoebe haciéndose la confundida.

Le agradeceré más tarde por eso.

Ya sabe quiénes son, le actualicé de todo el drama la primera noche que nos conocimos y los chismes jugosos requieren de imágenes de Instagram y de mi galería de fotos para sustentar el drama.

–Sí, fuimos juntos a la secundaria. Ryle, Drake, les presento a mi compañera de habitación, Phoebe.

–¡Encantada! ¿Y ustedes? –les pregunta a los demás chicos que los acompañan.

Algunos babean con su presencia y pierden el control de sus palabras al pisotearse entre ellos para presentarse. A Phoebe parece divertirle la situación.

Agradezco que sea así de sociable porque distrae a todo el mundo de lo que realmente está sucediendo dentro de mí.

Y presiento como a Drake no lo desliza como a los demás. Me observa confundido y no tarda en descubrir que intento evadir su mirada.

Hay cierta cobardía en mi cuerpo que me provoca un sinfín de estrellas amarillas que me marean y me dan ganas de escapar.

Los jugadores se van presentando uno por uno y mi cerebro se encuentra en otro lado. Escucho sus voces sintiéndome como en la secundaria, apenas puedo prestarles atención a sus nombres.

–¿Qué estás estudiando? –aprovecha a preguntar Ryle. Por su postura, deduzco que también percibe una vibra extraña en el aire.

–Marketing… ¿Ustedes?

–Liderazgo deportivo. Me gustaría ser jugador profesional y estar en las grandes ligas, no me veo haciendo otra cosa. –Me dedica una sonrisa sincera y me la contagia.

Sé lo mucho que le gustan los deportes y no tenía dudas de que elegiría una carrera que acompañe esa pasión. Me alegra que esté persiguiendo sus sueños de alguna forma.

–Todavía no sé a qué quiero dedicarme, empecé Kinesiología… A ver qué tal. –Se ríe Drake despreocupado.

–Somos jóvenes, tenemos tiempo de cambiar de profesión las veces que queramos –intento bromear y nadie se ríe.

¡Ay! Eso fue incómodo.

Está bien, significa que la vibra extraña que nos rodea es notoria para los tres.

Espero que estén culpando al tiempo que tuvimos sin vernos, a la separación de nuestro grupo de amigos y al encontrarnos tan abruptamente.

En mi caso, me toca culpar a mi corazón que siente de más por alguien que debería quedar en el pasado. Mi corazón bombea el extrañarlo contra los barrotes dorados de mi diafragma que intentan olvidarlo.

Phoebe regresa a mi lado tras hablar con varios de los chicos y nos dirigimos a la sala de proyección. Al ser pequeño el cine, compartimos función con ellos. Algunos nos siguen el paso, pero mis antiguos amigos se quedan atrás, haciendo la fila por unos aperitivos.

Los asientos no son numerados y nos ubicamos de forma estratégica en el centro para apreciar la película mejor. Phoebe me relata algunas opiniones que encontró online sobre un producto de *skincare* que quiere probar hace tiempo y me limito a asentir con la cabeza y sonreírle.

Pasan los minutos y comienza la función. Intento prestarle atención a la historia, pero me siento inquieta. Drake y Ryle aún no regresan, se están perdiendo el inicio.

No sé por qué eso me pone nerviosa. ¿Quizás porque extraño lo que éramos?

Cuando los veo ingresar a la sala y ubicarse dos filas delante de nosotras, me encojo en mi asiento. Sí, definitivamente los extraño.

Paso el resto de la proyección pensando en ellos.

Pensando en lo que solíamos ser.
Sobre todo, pensando en él y en lo que nunca fuimos.

Capítulo 7

 Drake 

–Entra en mi top 10 de las peores películas que vi en mi vida y no hay demasiadas que se merecen el puesto –se queja Ryle riéndose.

Me encantaría discutirle, llevarle la contraria para que se enoje y decirle que no tiene razón. Solo hay un problema: fue una película aburridísima y me arrepiento de gastar mi tiempo en ella.

Junto al resto del equipo, a la salida del cine, cruzamos a un KFC para cenar. Nadie tiene ganas de cocinar en nuestras precarias habitaciones universitarias y el delivery es exageradamente costoso dentro del campus.

Las dos chicas se suman a nuestra cena. Si bien dudo que se sienten en la mesa con nosotros, a la pelirroja la veo muy entretenida captando la atención de Jonan.

A simple vista parece ser una chica muy atractiva y, al ver como Jonan se ríe a su lado, siento ganas de conocerla. Parece ser de esas personas que pueden sacarte una sonrisa en cualquier lugar al que vayamos.

A Sídney, por otro lado, no parece gustarle la idea de acompañarnos.

Fue una total sorpresa encontrarme con ella a 200 km de casa. Es como si el universo nos estuviese enviando una señal. Una señal de que tendríamos que hablar las cosas. Después de todo, fuimos amigos y nos merecemos esa conversación.

Me sorprende no haberme cruzado con ella en estos días, en especial después de escuchar a su compañera de habitación decirle a Jonan que están instaladas en el segundo piso de la residencia 8, al igual que nosotros.

Le preguntaría tantas cosas…

Primero le preguntaría por qué me evita. No parece tener inconvenientes al hablar con Ryle, pero conmigo sí.

En la cena, si bien evitamos dirigirnos la palabra y nos limitamos a participar de los comentarios de los demás, interactuamos como si nuestro grupo de amigos no se hubiese disuelto hace tiempo. Parecemos encajar entre todos. En el fondo los dos sabemos lo incómoda que es esta situación. Incluso mi amigo se da cuenta. Por suerte, el resto parece no notarlo. Mis compañeros de equipo la atosigan con preguntas sobre qué tan buenos éramos con Ryle en la escuela:

–¿De verdad nunca perdieron un partido? ¡Es imposible! No me lo creo. –Se cruza de brazos Joe.

–Te lo juro por estas alitas de pollo –bromea ella, sonriente.

–Nunca perdimos las veces que tuvimos entrenamientos amistosos con otras instituciones, en partidos intercolegiales sí. Múltiples veces.

Ryle se encoge de hombros, si bien le encanta que lo halaguen, no conocemos del todo a los chicos y deberíamos crearnos una buena carta de presentación y realista.

Tener a Sídney diciendo lo magníficos que somos no nos sirve para ganarnos su respeto en el equipo.

–Bueno, en mi caso nunca los vi perder.

–Eso es porque te invitábamos a los partidos que sabíamos que ganaríamos –me río siendo honesto.

–Ah, farsantes –se burla Jonan y estallamos en carcajadas.

Por primera vez en la noche, esos ojos azules no tienen miedo de encontrarse con los míos. Compartimos una risa y sus mejillas se tiñen de un color rosado. Para su suerte, Phoebe la salva de este momento privado susurrándole algo al oído.

Sídney asiente con su cabeza y ambas se levantan de su asiento. ¿Será una emergencia? ¿Se aburrieron? Intento descifrarlas, pero no puedo.

–Se terminó la noche por nuestra parte, nos veremos en el campus –la pelirroja nos saluda sonriendo y empuja con sutileza a su compañera por la espalda para irse.

Sídney no me devuelve la mirada, se retira cabizbaja. Los chicos siguen hablando de jugadas y posiciones cuando Ryle me observa frunciendo el ceño.

–¿Por qué no nos saludó? –me susurra para que los demás no escuchen.

Me alegra saber que no soy el único confundido.

–No sé.

–Le tendré que preguntar a Oliver.

Es una buena idea. Quizás él sepa por qué actúa de manera tan extraña.

Quizás su novio pueda ayudarnos a entenderla.

Capítulo 8



Encontrarme con Drake Mendler dos veces en una semana no estaba en mis planes. Y como sucedió el miércoles, es imposible evitarlo cuando está caminando de frente hacia mí. Viste con una camiseta blanca que resalta todos sus atributos. Es jodidamente atractivo.

Intento hacerme la distraída viendo hacia los lados, enfocándome en los jardines del campus, en los estudiantes leyendo sus apuntes en el césped e incluso en las nubes.

Cualquier excusa es válida para fingir que no lo he visto.

–¡Sídney!

Escuchar mi nombre no es tan impactante a comparación del abrazo que viene acompañado del saludo. Mi respiración se detiene por el susto de sentirlo tan cerca.

Drake me está saludando como si hasta hace dos días no hubiera querido correr y esconderme de verlo. De verdad, ¿tan idiotas son los hombres para no visualizar esas señales?

–¡Hola! –No sé por qué mi voz suena con el mismo entusiasmo que la suya.

Me contradigo en un parpadeo. Me encantaría darme una bofetada en estos momentos. Puede que los dos seamos idiotas.

–¿Cómo estás? Te mandé un mensaje el otro día y no lo viste.

Oh sí, lo he visto. He decidido no contestarte. En realidad, no sabía qué contestarte. El mensaje era el siguiente:

DRAKE
Holaa 😀
¿Llegaron bien a la residencia?

Phoebe me dijo que le responda sin analizar la situación y no pude.

A ver, es como si mi crush me enviara un mensaje diciéndome que quiere verme. Bueno, quizás no sea de *esa* forma, pero así se siente. Así se siente mi corazón al verlo.

Responder implicaba tener que formular una conversación con él y no me sentí preparada para eso. Puede que el karma esté haciendo de la suya y me haya enviado al joven en persona para que pueda afrontarlo a solas y no lo aprecio en absoluto.

–Ah, no lo vi. Estoy intentando adaptarme a la vida universitaria. ¿Y tú?

–En la misma. ¿Te diriges hacia la residencia?

Asiento con mi cabeza.

–¡Te acompaño!

De verdad, el universo está castigándome con su presencia.

Caminamos por dos minutos en un silencio incómodo. El campus es inmenso y justo nuestro edificio se encuentra del lado contrario al que estamos.

Caminar a su lado me trae recuerdos de cuando recorríamos los pasillos de la escuela en busca de unas buenas frituras. Me recuerda a cuando salíamos con nuestros amigos y buscábamos el coche de Drake para que nos llevase a almorzar a un sitio de comidas rápidas. Son buenos recuerdos.

–Sid, ¿puedo hacerte una pregunta?

Suspiro imaginándome un sinfín de preguntas que podríamos atravesar en estos momentos y asiento con mi cabeza. Quizás, recordar situaciones del pasado nos ayude a afrontar el presente.

–¿Estamos bien? –Su pregunta cuelga del aire y se apresura a darme una explicación–. Sé que dejamos de hablar cuando se dividió el grupo y demás, pero no creo que sea necesario ignorarnos. Me sentí raro al ver cómo te ibas la otra noche sin saludarme, como si fuésemos extraños… No sé si me estoy explicando bien.

Está preocupado por nuestra relación.

Drake Mendler está definitivamente preocupado por nuestra relación.

Awwwwwwwww.

–Estamos bien, Drake. Perdón por irme sin despedirme. Phoebe tenía que encontrarse con alguien y nos fuimos rápido por eso.

–Lo entiendo, pero ¿estamos bien? –me pregunta de manera insistente y se detiene frente a mí, impidiéndome que siga caminando sin contestarle.

–Sí, lo estamos –no tardo en responder y me encojo de hombros incómoda.

Carezco de cosas que decirle. Podría plantearle que me gustaba hace unos meses y que encontrarme con él después de las

vacaciones está provocando que reaparezcan todos esos sentimientos… Podría, pero ni en sueños lo diría.

–¿Y por qué se siente todo tan raro? Estoy seguro de que no soy el único que lo siente de esa forma, Sid –me pregunta cruzándose de brazos. No puedo evitar fijarme en cómo sus músculos descansan sobre su pecho en ese movimiento tan inocente pero hipnótico.

–Quizás sea por nuestro historial –susurro algo nerviosa porque si bien estamos en frente de muchas personas, se siente como si no existieran. Como si fuéramos los únicos en el campus.

Drake me dedica una sonrisa y se rasca la nuca con el mismo nerviosismo que yo. Unas mejillas sonrojadas se esconden debajo de su piel morena y me derrito de ternura.

Me reconforta saber que no soy la única que está pasando vergüenza en estos momentos. Es una conversación incómoda y necesaria.

–Bueno eh… No lo había pensado de esa forma… Puede que tengas razón… –Sus palabras parecen trastabillar entre sí.

–No se me ocurre otra respuesta, Drake –le sonrío y una de mis manos se deposita sobre su hombro de manera amistosa.

Nuestros ojos vuelven a encontrarse como aquella noche que se buscaron al reírse de un chiste barato y me arrepiento.

Quitar mi mano de su hombro se siente como una pequeña descarga eléctrica. De la misma forma que saltan chispas cuando un conector no funciona correctamente. No sé cómo sentirme al respecto y por su cara, sé que él tampoco lo sabe.

Seguimos caminando, otra vez en silencio. Ahora no se tensiona, parece inundarse de incertidumbres curiosas.

Para nuestra suerte, estamos a unos pasos de la residencia.

–Bueno, ya que estamos, quería hacerte otra pregunta.

–Dispárame. –Sacudo mi cabeza mientras camino con mis manos dentro de mis bolsillos para evitar volver a tocarlo.

–Resulta que mi equipo está organizando una fiesta esta noche y nos preguntábamos si a Phoebe y a ti les gustaría venir…

–¿El equipo quiere que vayamos a su fiesta? –me río incrédula.

Estoy segura de que quieren que Phoebe vaya y yo, por otro lado, soy el agregado.

Nunca me sentí insegura sobre mi apariencia, a pesar de sufrir comentarios infortunados de familiares. Sé cómo me veo ante el espejo de la sociedad.

Y sé que ese espejo puede estar cargado de prejuicios de personas inadaptadas que deciden criticar la imagen de los demás antes que detenerse a analizar la propia.

Puede que tenga la autoestima alta, pero eso no quita que sepa cómo se comportan los hombres en la escuela. Phoebe es el estereotipo de chica hegemónica. Claro que quieren invitarla. Cumple con las casillas de ser linda y divertida. Dudo que en la universidad esas reglas cambien. De hecho, las películas universitarias que vi durante el verano confirman mi teoría. Además, en nuestro pequeño encuentro en el cine, no me interesé por formar un vínculo o seguirles una conversación.

Estoy segura de que me invitan para darle motivos a ella de ir.

Y si bien me duele la situación, la voy a aprovechar porque uno no es invitado a su primera fiesta universitaria todos los días. Es una fecha que tendré que marcar en mi calendario como *"especial"*. Me muero de ganas por ver qué tan ridículas son y cuánto alcohol

puede soportar mi organismo sin desmayarse. Intento que mi emoción no se vea reflejada en mi pregunta. Él me conoce.

–Sí, uno de los chicos quiere ver a Phoebe y con Ryle nos pareció buena idea invitarte… Por los viejos tiempos. –Me dedica una sonrisa sincera y me la creo.

Me creo la parte de que ellos quieran invitarme. Tiene más sentido.

Lo que no me creo es que un chico quiera ver a Phoebe y no lo mencione por su nombre. ¿Qué amigo?

–¿Quién quiere ver a Phoebe?

Nos subimos al ascensor y él marca el piso antes de responderme:

–Un compañero, no puedo delatarlo. –Se lleva el dedo índice a su boca para simular que está guardando un secreto muy importante.

–¿Serás tú ese compañero?

La pregunta se escapa de mis labios y me arrepiento al instante porque Drake me dedica una risa genuina cargada de una energía engreída.

–No, Sid. No soy ese compañero. Invítala, ¿sí? Te mandaré todos los detalles por mensaje… –Parece acordarse de que no le respondí y suspira–. ¿Cambiaste tu número o sigue siendo el mismo?

–Es el mismo de siempre, Mendler.

Esta vez, me toca reírme a mí cuando cae en la cuenta de que le ignoré el mensaje que me envió el otro día. Drake decide mensajearme en este mismo instante para asegurarse de que lo vea.

DRAKE
7 p. m. en la fraternidad Kappa Alpha

Mi primera fiesta universitaria será organizada por una fraternidad. Esto se pone cada vez mejor.

–¿Hay algún código de vestimenta? –le pregunto de brazos cruzados cuando llegamos a nuestras respectivas habitaciones.

DRAKE
No hay código de vestimenta!!!

Genial, ahí estaremos.

No se lo digo, pero lo sabrá en un par de horas.

Antes de que desaparezca por el umbral de su puerta, me atrevo a ser quien tiene la última palabra de esta conversación:

–Drake.

–¿Sí?

–Estaremos bien.

Mi promesa flota sobre el aire y desaparece cuando él ingresa a su habitación.

Solo somos dos adolescentes entrando a la adultez que fingen entenderse hasta que les dé un golpe de realidad. Y ahí estaremos en problemas.

Capítulo 9



A Phoebe le encantó la idea de ser invitada por el equipo de fútbol americano a una fiesta universitaria. Dice que es la mejor forma de asistir a una. La hizo sentir especial y deseada. Para ser honesta, el sentimiento es mutuo.

Y por este motivo tardamos tres horas en arreglarnos. Ningún vestido me convencía. Probé de todo y me terminé decantando por un top negro básico con forma de tubo y una minifalda de mezclilla. Phoebe eligió un corset verde con una mini parecida a la mía para ir similares.

Decidí hacerme un peinado de coleta alta con gel y trenzas para resaltar mi maquillaje: sombra de ojos en tonos cálidos, delineado y un brillo labial que utilizo siempre, es mi comodín cuando quiero llevar toda la atención a mis ojos azules.

Tuvimos que pedirnos un coche para llegar a la fraternidad porque está ubicada en el norte del campus, hacia las afueras de la universidad. Esto se debe a que se encuentra en el recinto de casas de fraternidades y hermandades. Se podría decir que son como cuarenta calles a pie desde mi dormitorio y no teníamos ganas de

derrochar nuestras energías caminando. En especial si estaremos horas bailando.

Al llegar, me sorprende la cantidad de personas que hay por todos lados. Siento que apenas hay lugar para caminar. Además, estoy segura de que la música se puede escuchar desde cualquier parte. Su volumen estalla en los parlantes gigantes que se encuentran en la entrada.

–Estamos a la moda –bromea Phoebe y me toma del brazo para adentrarnos hacia la parte trasera de la casa, que es donde suele haber aún más personas.

Y tiene razón, viendo a mi alrededor, me doy cuenta de que estamos a la moda. Me alegra saber que muchas de las chicas están vestidas con las mismas vibras que nosotras.

–Parece que sí…

Al llegar al patio, hay mesas repletas de botellas de alcohol y vasos plásticos de color rojo, característicos por estar en todas las fiestas universitarias que vi a través de mi computadora.

–¿Qué te gustaría tomar? –me pregunta Phoebe sirviéndose vodka en su vaso.

–Lo mismo que tú.

Para ser honesta, no sé qué quiero. Cualquier cosa está bien para empezar.

–¿No deberíamos buscar a los chicos que nos invitaron? Para decirles que hemos llegado y darles las gracias por la invitación…

–Nos encontrarán tarde o temprano, no te preocupes. ¡Vinimos a divertirnos! –Alza su vaso y lo choca contra el mío para brindar antes de beber de él.

La imito y le doy un gran sorbo. Puede que no haya sido una buena idea porque no supe medir la fuerza que implica hacerlo y casi vierto todo su contenido sobre mi top.

Debo admitir que me encantaría encontrarme con Drake en estos momentos. Me sentiría más cómoda porque tendría a alguien conocido a mi lado. No es que me sienta incómoda cerca de Phoebe, simplemente me gustaría estar con todas mis alertas relajadas y en este momento no es así. Sé que mi compañera es de las que le gusta socializar y conocer personas nuevas en este tipo de eventos sociales. A mí también, pero me cuesta adaptarme cuando estamos rodeadas de personas, sin tener un respiro o un rincón donde pueda sentir la brisa del viento palpitando sobre mi rostro. Me hace falta un hombro en quien apoyarme para sentirme más a gusto.

Quizás tener una amiga como Phoebe me sirva para salir de mi caparazón y adentrarme a nuevos desafíos. Quizás, en unos meses, Phoebe se convierta en ese hombro que necesito o quizás pueda sobrellevar estas situaciones sin estresarme por mi cuenta propia… De todas formas, lo acepto; accedo a cualquier desafío que se interponga en mi camino esta noche.

Empezando por el hecho de que Phoebe nos está arrastrando a un grupo (muy grande para mi gusto) que aparenta estar jugando con monedas.

–¿Qué clase de juego es este? –le pregunto susurrándole al oído, o más bien, gritando por el ruido.

–Están preparando las monedas. Hay que embocarlas en los vasos plásticos y elegir alguien de la mesa para que beba o cumpla con un castigo. –Se encoge de hombros y se acerca al chico que sostiene las cartas–. ¿Podemos sumarnos?

–¡Claro! Cuantos más seamos, mejor.

–¿Son de primer año? –nos pregunta una chica pelinegra.

–Sí, es la primera vez que venimos a este tipo de eventos –bromeo y Phoebe me da un codazo. Creo que no le gustó la idea de que delate nuestra inexperiencia.

–¿Quién las invitó? –pregunta el chico de las cartas.

–Nos invitó el equipo de fútbol americano, tengo entendido que es la fiesta de su fraternidad –le dedica una sonrisa Phoebe.

La pelinegra le murmura algo al oído a la compañera que tiene a su lado y ambas se ríen. Creo que veo por donde va la cosa y no sé si me está gustando.

–Saben que invitaron a todo el campus, ¿verdad?

Mis mejillas no tardan en teñirse de color rosado de la vergüenza y la pelirroja hace un gesto con su mano para restarle importancia.

Acto seguido, le quita la moneda de la mano al chico y la emboca en uno de los vasos. Phoebe sonríe satisfecha y se dirige hacia él de manera victoriosa:

–Te toca beber.

–Muy bien, pelirroja. Acepto el desafío. –Le guiña el ojo y bebe de un vaso que aparenta tener vodka puro.

–Soy Phoebe y mi amiga se llama Sídney.

–Soy Jason. Ellas son Rose y Haley. –Se gira para señalar al resto del grupo que juega del otro lado de la mesa sin prestarnos demasiada atención–. El resto son amigos de clases, hermandades y actividades extracurriculares.

Un par de chicos juegan a la vez y no me sorprende su buena puntería. Chocan los cinco y hacen beber a otro de sus amigos y así

constantemente. Sus risas son contagiosas. Definitivamente llevan un rato largo bebiendo ya.

–A la mayoría no los conocemos –acota Rose captando mi atención.

Empezamos a jugar y, por alguna razón, tenemos suerte. Llevamos bebiendo por lo menos dos vasos cada uno. Hasta que llega el tercer turno de Jason.

Jason aprovecha para intentar embocar una moneda y falla. Según explicó Phoebe, eso requiere una prenda y al ser la última en jugar, debería ponérsela ella.

Mientras piensa, la pelinegra Haley se cruza de brazos, intentando descifrar nuestras intenciones con su mirada. Creo que no le gustó que nos acercáramos a sus amigos. Quizás sea de esas personas a las que les cuesta confiar en los demás sin conocerlos o quizás sea de las que mantienen una mirada seria por más que se estén divirtiendo.

–Te reto a besar a Haley.

Su consecuencia me toma por sorpresa. No creí que pensaría algo tan rápido.

Tampoco pensé que le atinaría a que ambos se gustan porque la sonrisa triunfal de él cuando la rodea por la cintura y le planta un beso en sus labios lo describe todo a la perfección. Haley cierra sus ojos y le sigue el beso sosteniéndose de su camiseta.

Cuando se separan, la pelinegra intenta esconder su sonrisa a pesar que la de Jason haya sido muy obvia y se lleva un mechón de cabello detrás de su oreja. Creo que Phoebe unió sin querer a dos personas que querían besarse hace tiempo y no se animaban a hacerlo: qué tierno.

Seguimos jugando con ellos un rato hasta que me canso y decido ir en busca de un baño o lugar más tranquilo. Por lo general, en este tipo de fiestas, los juegos se encuentran en el patio y las personas que quieren charlar se encuentran en los espacios interiores. Phoebe prefiere quedarse afuera porque dice que allí está la diversión que necesita. No la juzgo. Necesitamos distintas cosas.

Al llegar al living, me quedo en una esquina observando a unos chicos bailando, se los ve felices y me alegro por ellos.

Llegué a un punto de mi vida donde no me molesta ser espectadora. Me gusta ver a los demás siendo felices porque en el fondo, me motiva a seguir siendo yo misma y a buscar en las cosas que me gustan esa misma felicidad. Me motiva a encontrar mi felicidad en otras personas. Me impulsa a probar actividades nuevas y a reencontrarme con todas esas canciones que marcaron un momento importante de mi vida que llevo años sin reproducir. Son ideales para encontrar las canciones que le falta escribir a los capítulos de mi vida.

–¡Sídney! ¡Qué lindo verte! –Ryle me sorprende con un abrazo.

Salí con él a múltiples fiestas cuando estábamos en la secundaria y reconocería esa voz borracha en todos lados. Es adorable.

El alcohol en mi sangre me permite que no me sienta incómoda con su presencia, de hecho, me da ese respiro de familiaridad que mi cuerpo necesitaba.

–¡Hola, Ry!

Pongo distancia entre nosotros y le sonrío. Lleva una gorra deportiva de lado y quiero creer que es porque no se dio cuenta de que la está usando mal.

–¿Conoces a mi hermano? –Arrastra a Calvin hacia mí.

Son muy parecidos físicamente. Y claro que lo conozco. Cuando mi examigo Oliver solía observar a Ryle en los partidos e invitaban a toda su familia, me dedicaba a brindarle toda mi atención a otro de los miembros de la familia Jensen.

Todos los hermanos Jensen son hermosos. Tienen uno mayor, Dalton. Me caía mal porque siempre se le veía un aire de superioridad frente a sus hermanos que no me gustaba. A diferencia de Oliver, quien sale con Ryle hace tiempo ya, nunca tuve un crush en ellos. Pero Calvin es muy lindo y no me molestaría besarlo si él lo desea.

Eso no se lo digo, pero lo pienso de verdad.

–Hola, soy Calvin –se presenta dándome un beso en la mejilla.

–Sídney.

–¿Quieres algo de beber? ¡Tenemos de todo! –Ryle señala una de las mesas de la cocina y es verdad; tienen de todo.

–Voy a prepararme un tequila, ¿quieres uno? –me ofrece Calvin con amabilidad y asiento con mi cabeza.

Cuando nos deja a solas con Ryle, él vuelve a sonreírme.

–¿La estás pasando bien sin tu novio? –le pregunto.

–¿Tanto se me nota?

–Sí, Ryle. Parece que quieres correr a casa y buscarlo –me burlo y le doy un golpecito en su hombro–. ¿Estás bebiendo con tu hermano por eso?

–Si mi novio estuviera aquí, no estaría bebiendo como un perdedor con mi hermano mayor, Sid.

Me río. Por más que ya no me relacione con él, me alegra que lo cuide. Se lo merece, los dos se merecen ese amor profundo e

incondicional que tienen. Se respetan y es de las cosas más hermosas de su relación.

–¿Y tú? ¿Ya estuviste con algún chico? Puedo presentarte al que quieras de mi equipo… Algunos los conociste el otro día.

Su pregunta me sorprende, parece que su aburrimiento podría resolverse si se convierte en cupido por un par de horas.

–Estuve con Phoebe y unos chicos que conocimos hace un rato jugando a algo con vasos y monedas. –Me río negando con la cabeza–. Creo que prefiero tomarme mi primera fiesta universitaria con calma. Bebiendo y disfrutando…

–Es entendible. De todas formas, si quieres que te presente a alguno en particular me avisas. También puedes avisarle a mi hermano, él conoce a más personas que yo.

–Gracias Ry, de verdad.

Pasan los minutos mientras que curioseamos acerca de las clases y comparamos profesores con algunos de nuestro instituto hasta que uno de sus amigos le hace una seña y se aleja con él.

Me quedo en el mismo lugar esperando a que regrese Calvin con mi bebida y me encuentro con una persona completamente distinta.

Drake se acerca con dos vasos de tequila a mi rincón y por algún motivo siento que las paredes se encogen. El lugar no parece tan amplio como antes.

–¿Esperabas a alguien diferente? –Antes de que pueda responderle, se ríe–. Calvin se encontró con un amigo y me dijo que estarías por aquí.

–Genial, no quisiera que se sienta reemplazado –bromeo con picardía y Drake me dedica una de sus miradas características que me provocan un sinfín de mariposas en el estómago.

Cuando me entrega uno de los vasos, nuestras manos se rozan y siento un escalofrío electrizante por todo mi organismo. No puedo evitar fijarme en su vestimenta.

Viste una camiseta lila que se ajusta a los músculos de sus brazos a la perfección y un pantalón de jean normal. Si mis cursos online de maquillaje no fallan, el lila resalta contra su piel morena porque está dentro de su colorimetría. Todo le queda bien.

–Si haces una foto durará más tiempo –bromea él esta vez.

Sabe cómo conquistarme: citando una de mis películas favoritas. Y el calor no tarda en invadirme el pecho. Se dio cuenta de que lo estaba comiendo con mi mirada.

Qué vergüenza.

–Perdón, te sienta bien ese color.

Me atrevo a hacer contacto visual con él y en vez de mantenerlo, de manera descarada, se dedica a observarme con la misma determinación y análisis que yo implementé. Baja su visión hasta mis labios, cuello y pecho. Pero se detiene unos segundos de más en mis piernas. No puedo evitar tragar saliva cuando regresa su vista hacia mis ojos y me guiña uno de los suyos.

–Si haces una foto te golpearé.

Ambos nos reímos y lleva su bebida hasta sus labios. Sabe qué hacer para que no deje de mirarlo y eso me molesta. Me molesta que sepa cuáles son mis debilidades. No debería estar sintiendo estas cosas con él. Lo más probable es que Drake se esté divirtiendo con toda esta humillación hacia mi persona.

¿Tan obvias son mis intenciones? Hacía unos segundos pensaba en besar a Calvin por pura curiosidad y ahora no puedo quitarme de la cabeza la idea de besarlo a Drake.

–¿Cómo la estás pasando? –me decanto por preguntarle para cambiar el ambiente entre nosotros.

–Ahora que estoy contigo, la estoy pasando de maravillas. –Me guiña el ojo.

–Me alegro que sea mutuo.

Esta vez, bebo de mi vaso sin romper el contacto visual con él.

Fallé en el intento de controlar mis impulsos descaradamente.

Drake no tarda en romper la distancia que hay entre nosotros: me toma por la cintura y se acerca a mi oído para susurrar:

–Se me ocurren un par de ideas para que la pasemos mejor…

El escalofrío que recorre mi columna vertebral es intenso y no puedo negarme a seguirlo cuando me toma desprevenidamente de la mano. Sin importar sus intenciones, estoy de acuerdo en lo que sea que quiera hacer conmigo porque, lo más probable, es que también quiera hacerlo con él. Es una situación inescapable, ni siquiera quiero intentarlo. **Y si me quemo, al menos me electrocutaré con él a mi lado.**

Capítulo 10



Pasamos cuarenta minutos bebiendo y hablando en el tejado de la casa. No tengo ni idea de cómo llegamos allí ni de cómo nos bajamos. Hablamos de la secundaria, de nuestro antiguo grupo de amigos, de los profesores y de nuestras expectativas universitarias. Cualquier cosa que se nos cruzara por nuestras mentes para ser exactos.

El alcohol está confundiendo mi percepción del tiempo, pero no lo suficiente para no estar consciente de mis acciones.

Lo único que sé es que ahora estoy encerrada en una habitación con Drake Mendler y esa camiseta lila que le quedaba divina con su colorimetría, descansa sobre el suelo.

–¿Intentas seducirme con tus abdominales? –me quejo.

–Tengo calor –confiesa sentándose sobre la cama que se ubica en el medio de la habitación.

Mi mirada se concentra en los músculos de su torso desnudo. El entrenamiento constante le favorece. Hace tiempo que no lo veía sin su camiseta y debo admitir que está cada vez más en forma.

Se me corta la respiración ante la idea de acariciarlo y debo resistirme al deseo de tocarlo. Siento que cada vez que estamos

juntos la habitación se encoge y me obliga a estar cerca de él. El calor se adueña del lugar.

Se apodera de mí como los rayos de un sol candente en un día de verano. De esos donde no puedes salir de tu casa sin incinerarte. Porque así se siente estar cerca suyo: es un calor que te quema, te prende fuego y juega con las cenizas anaranjadas que te quedan.

–Ya, me he dado cuenta. –Niego con la cabeza.

Drake se ríe y estira sus brazos, flexionando cada uno de los músculos de su espalda que deseo tocar con ansias. Por algún motivo no puedo dejar de pensar en eso.

Quizás sea el alcohol quien está consumiendo mi sentido común o quizás sea el anhelo de tenerlo cerca y la decepción de no poder hacer lo que quiera con él.

Estuvimos hablando un buen rato y agradezco olvidarme unos momentos de lo hermoso que es. Hasta que lo veo en esa posición y sé que deberíamos hablarlo.

Tenemos que hablarlo.

–Drake, ¿qué estamos haciendo?

Me atrevo a preguntarle. Necesito preguntarle. Entiendo que estemos divirtiéndonos y recuperando un poco esa amistad que teníamos (con alcohol de por medio porque nos da pudor hacerlo sin este) pero no entiendo por qué nos vemos envueltos en una situación peligrosa para ambos.

Las últimas veces que nos acostamos empezaron así.

Esto podría terminar muy bien o en una catástrofe.

–¿Hablando? –Se deja caer sobre la cama y esa es razón suficiente para que tironee de su brazo y lo obligue a mirarme cuando le hablo.

No medí la fuerza que empleaba sostenerlo y mis pies se tropiezan entre sí, provocando que caiga a unos centímetros de sus labios. Mis manos, aun tironeando de sus brazos, aterrizan sobre su regazo y me siento tan estúpida que no tardo en sonrojarme. A Drake parece divertirle la situación y me sostiene para que no caiga.

Cuando recupero la postura y me siento a su lado, nos desligamos de lo que nos une. Se siente como si saltaran chispas entre nuestros cuerpos.

–¿Hablando? ¿Sabes que podemos hablar en cualquier lugar público y sin tener la necesidad de quitarnos nuestras camisetas?

Mi pregunta suena como un reproche sin ser intencionado.

De verdad, me están matando las ganas de estar con él.

–Tú sigues con tu camiseta puesta. –Me dedica una media sonrisa y cuando frunzo el ceño, se ríe y alza sus manos–. Está bien, está bien. Me rindo. No sé qué estamos haciendo.

–Yo tampoco sé que estamos haciendo –admito derrotada. Me dejo caer a su lado. Él gira su cuerpo sobre la cama para no darme la espalda.

–¿Y qué es lo que te gustaría hacer?

–¿A mí?

Me observa de costado. Desliza una de sus manos sobre mi cabello y lo acomoda detrás de mi oreja, obligándome a acomodarme de la misma forma para estar más cerca de él.

–Sí, a ti. No estoy preguntándole a los fantasmas de la habitación, Sid. Ellos no me interesan de momento.

Sus ojos oscuros transmiten intensidad y deseo. Puede estar bromeando e intentando molestarme, pero sé qué se oculta debajo de esas pestañas.

–¿Eso quiere decir que en un futuro estarás interesado por ellos?

Se deja rodar sobre su lugar y me río cuando recibo un golpe de su camiseta que ha levantado del suelo. Esta vez, me cruzo de piernas en frente de él. Nuestras miradas se encuentran y sus ojos me suplican una respuesta que no sé si debería confiarle.

–No, quiero saber tu opinión.

Nos mantenemos por unos segundos en completo silencio hasta que tomo la palabra. Está bien, estar con él en esta habitación es una tentación que no puedo perderme. Si estoy deseando que suceda algo entre nosotros, es mejor que me lance a la piscina de una vez por todas.

–Cuando te vi, hace un rato, me dieron ganas de besarte –admito.

No quería hacerlo, pero prefiero terminar con este sufrimiento que se llama: quiero estar contigo y no puedo hacerlo. Prefiero decirle que sentí cosas cuando lo vi, en vez de confesarle que sigo sintiendo cosas en este instante.

De verdad, no tardaré en lanzarme sobre sus brazos si me lo permite.

Drake me observa con cautela, recibiendo toda esa información y procesándola con cuidado. Parece dudar unos segundos antes de responderme. Como si estuviese buscando las palabras adecuadas.

–¿Y por qué no lo hiciste?

¿Cómo? ¿Escuché bien?

¿Me está…? No puede hablar en serio.

–¡Por un montón de motivos, Drake! –me quejo riéndome, no puedo creerlo–. ¿De verdad me lo estás preguntando?

–Sid, si quieres besarme en una fiesta; puedes hacerlo. Nos hemos besado miles de veces, creo que sabes de sobra que será un

beso correspondido –me aclara.

Su sinceridad me apuñala el corazón y se asegura de mover la daga para que sufra un poquitito más antes de desmayarme del dolor.

Es una respuesta concisa. No deja puerta abierta para las dudas; a Drake Mendler le sigo pareciendo atractiva.

La honesta tortura de esa confesión me invade los oídos en un tonto latido de corazón. El sonido agudo me exige saber más. Necesito escuchar más.

–¿Quieres que te dé un beso? –le pregunto dudosa.

–¿Qué es lo que tú quieres, Sid? –me pregunta acercándose hacia mí. Siento que nuestras respiraciones se convierten en una y deja descansar su cabeza sobre mi frente.

Es un acto tan simple y tan bello que podría derretirme aquí mismo con su contacto. Podría considerarse hasta romántico.

–Quiero… quiero besarte, Drake –le susurro y un suspiro candente se escapa por sus labios. Se acerca lo suficiente para que nuestras narices se rocen.

–Bésame.

Drake, me sostiene de la cintura con su mano derecha y, sé que no necesito otra señal para cortar la distancia que nos separa.

Anhelaba besarlo y cuando nuestros labios se juntan, siento una sensación de calidez inmensa. Sus besos se sienten como un hogar; un lugar al cual me acostumbré a no frecuentar. Ahora que regresa a mí, me costará desplazarme a uno nuevo.

Paso una mano por su cuello y la otra la aferro a su cabello. Una pequeña sonrisa se escapa por sus labios y no puedo evitar profundizar el beso.

Cuando nuestras lenguas se fusionan en una danza sentimental, las hojas marchitas de un otoño inevitable sacuden mi interior. Nuestro beso se siente de la misma forma que cuando te golpea una brisa estacional en el rostro. Se siente como caminar por calles desoladas repletas de hojas amarillentas en el suelo. Es bello, esperado y refrescante. Es una fusión de calidez y soledad que convierten un beso cálido en uno ardiente.

Drake deja escapar un sonido cuando una de mis piernas le rodea la cintura. No tengo ni idea cómo terminé en esta posición. Me distraje en sus labios y el temor no tardó en darle al presente. Si seguimos de esta forma, no habrá quien nos pare.

Amago un intento vago de separarme de sus brazos, pero mis instintos me lo impidieron cuando él se sostiene con fuerzas a nuestras caricias. En ese instante, Drake recibe la información que mi cuerpo tardó en procesar. Está pensando en lo mismo que yo y decide cortar el beso mordiéndome con cuidado el labio inferior. Esto provoca que tome distancia y me encoja de hombros. Una leve decepción corre por mi grupo sanguíneo.

Cuando dejamos de besarnos, me separo de Drake de manera prudente y lo miro a los ojos. Hay chispas que no veía hace tiempo. Puede que se deban a la intensidad de nuestros besos.

–Creo que nuestras mentes razonan de distintas formas, Drake –intento bromear. Y me sale de esa forma, aunque preferiría que no sea así.

–A ver, explícate.

No podemos ignorar el hecho de que acabamos de besarnos y me alegra que no tenga problemas de hablarlo. No sé ni cómo arrancar, pero decido ir por la vía sencilla. Si bien ese beso estuvo genial, hay

algo latente que no me dejará dormir esta noche si no tenemos esta conversación.

–Para empezar: no somos amigos. Hace tiempo que no lo somos.

–Eso puede cambiar. –Se encoge de hombros.

Hago un fuerte intento para no distraerme en sus labios ligeramente hinchados.

–Lo sé. Puede cambiar, pero nuestro pasado no puede hacerlo.

–¿A qué te refieres?

Si sigue comportándose así, voy a matarlo.

Antes de matarlo lo besaría, obvio.

–Éramos amigos y teníamos sexo, Drake.

–¿Y cuál es el problema con eso? –Me mira confundido y me lo creo, está confundido de verdad.

–Los amigos no tienen sexo…

Algo parece iluminarse en su cara y le agradezco a los fantasmas de la habitación por hacerlo. Gracias por darle un poco de conciencia y realidad a este chico.

–Y por eso lo nuestro no funcionaba…

–Exacto, por eso lo nuestro no funcionaba. –Me relajo al saber que está en la misma página que yo hasta que descubro dos segundos más tarde que no lo está.

–Y por eso; ¡esto podría funcionar, Sid! –Me dedica una sonrisa letal de oreja a oreja, como si fuera el diablo, señalándonos una y otra vez.

Está en una página completamente distinta y eso me aterra.

–¿A qué…? ¿A qué te refieres? –Siento que las palabras se deslizan por mis labios y se tropiezan entre sí, no me da tiempo a pensar en lo que me está proponiendo.

–Me refiero a que la pasábamos bien teniendo relaciones y podríamos recuperar ese vínculo sin problemas.

Mi cara parece sacada de un cuadro. No tengo ningún espejo frente a mí para verme, pero puedo sentirla. ¿A qué mierda se refiere?

No lo entiendo. No entiendo a dónde quiere llegar con todo esto.

–Creo que he descubierto el problema, Sid. –Se acerca para tomarme de las manos y por instinto, me acerco a él para estar más cómoda–. Nuestro vínculo no funcionaba porque éramos amigos. Teníamos relaciones sexuales ocasionalmente, pero fuera de las fiestas y reuniones, nos tratábamos como amigos. Siempre nos tratamos como amigos. Quizás, ahora que no tenemos ese vínculo, eso puede cambiar.

Tiene razón. Cuando salíamos de fiesta, parecíamos dos adolescentes que estaban en pareja y que aprovechaban cada segundo para estar juntos. Fuera de esos escenarios, nos comportábamos como amigos, como si nunca hubiese pasado algo entre nosotros. Eso es lo que me dolía. Me dolía sentir de más por alguien que solo me veía por momentos y me consideraba invisible el resto del tiempo. Por este motivo nuestra relación no funcionaba, no había forma de solucionar eso.

–¿Cómo podría cambiar? –le pregunto confundida.

–Antes compartíamos un grupo de amigos. Eso complicaba las cosas porque nos daba miedo que se enteraran de lo nuestro. Se los contamos y se lo tomaron bien, pero les costó comprender la parte de que no teníamos etiquetas en nuestra relación. –Hace una pausa larga para ordenar sus pensamientos–. Ahora, ya no compartimos ese vínculo social. Podemos hacer lo que queramos sin

consecuencias y no habrá sentimientos o interacciones confusas de por medio porque no somos amigos y no tenemos que vernos a diario.

Wow.

No puedo creer que utilice su cerebro y piense en algo tan inteligente que nunca se me hubiese ocurrido. No por falta de inteligencia, sino porque me cuestan las relaciones sociales que no tienen un título.

–¿Quieres que nos acostemos sin consecuencias? –Me río incrédula esforzándome por entender sus intenciones.

–Quiero que aprovechemos la química que sigue existiendo entre nosotros y que, si queremos acostarnos, podamos hacerlo. –Se encoge de hombros.

–¿Te refieres a ser amigos con derechos?

–Podríamos llamarlo así, si quieres.

–Sin la parte de amigos.

–Claro, sin la parte de amigos.

No me parece mala idea. A decir verdad, lo más probable es que me relacione poco con mis examigos. Intentaré no cruzármelos en el pasillo de la residencia, agacharé mi cabeza bajo el brillo de las máquinas expendedoras y creo que podré sobrevivir. ¿Verdad?

–Creo que deberíamos ponernos algunas reglas para tener las cosas más claras… –le digo y me observa con paciencia para que diga la primera–. Si no somos amigos, no tendría que haber sentimientos de por medio.

–Me parece bien, le agregaría que nadie puede saberlo. Si todos saben que no somos amigos, nadie debería pensar que estamos juntos. –Me propone y asiento con la cabeza, tiene razón.

–Entonces tendríamos que enfocarnos en no ser vistos por otras personas.

–Deberíamos enfocarnos en no vernos mutuamente con otras personas. No le haría bien a mi ego verte besando a otros chicos –bromea–. Puedes hacerlo, solo procura que no te vea.

Es razonable. No sé qué sentiría si lo viera con otra chica. Me gusta que él lance los dados porque eso quiere decir que puedo rodar mis ojos ante otra cosa.

–Y, si nos vemos, no podemos causar una escena de celos. No estamos saliendo y no tendríamos motivos razonables para causar ese conflicto.

Me cruzo de brazos esperando que se le ocurra alguna idea más y la que me propone me toma por sorpresa:

–No puedes salir con ninguno de mis amigos.

Intento pensar en si Drake tiene algún amigo que me atraiga de esa forma y no se me ocurre ninguno. Tampoco se me ocurre sumar a alguna de mis amigas a la lista porque la única amiga que tengo acá es Phoebe y dudo que ella quiera salir con Drake después de todo lo que le conté sobre nosotros. Creo que estaremos bien.

–Creo que no hay nada más que agregar… Simplemente, si rompemos alguna de estas reglas, hay que parar. No podremos seguir viéndonos o arruinaríamos todo.

–Tienes razón. **¿Tenemos un trato?** –Me extiende su mano y se la doy con mucha energía.

Siento que esto puede ser una buena idea y, si sale mal, se convertirá en la peor decisión de mi vida porque si me lastima, será la última persona en saberlo. Tendremos una nueva "relación secreta". ¿Qué es peor que puede pasarnos?

Me muero de ganas por ver qué nos depara el futuro.

Nunca tuve un amigo con derechos y Drake fue lo más cercano que estuve de tener uno. Intentar esto con él me da a entender que estamos por fin en la misma página y me aterra. Me da miedo saber que puede arruinarse con facilidad.

A la vez, me emociona tener el pase libre de poder estar con él si lo deseo.

Sin dudas, será una buena forma de sobrellevar la vida universitaria en este camino finito de hojas otoñales cargadas de sentimientos del pasado que se desprenden de la copa de sus respectivos árboles.

∞ PARTE NARANJA ∞

"I could see you being my addiction
You can see me as a secret mission".

–Taylor Swift

PLAYLIST

11. Spinnin – Madison Beer
12. Hot – Avril Lavigne
13. My People – James Hersey ft. Jeremy Loops
14. Glory Days – Glee Cast
15. Sex, Drugs, Etc. – Beach Weather
16. Thinking Of You – Katy Perry
17. This Is Me Trying – Taylor Swift
18. They Don’t Know About Us – One Direction
19. True Colors – Glee Cast
20. Scars To Your Beautiful – Alessia Cara
21. Piece Of You – Shawn Mendes

Capítulo 11

 Drake 

–Chocolate caliente para Drake.

La barista me entrega mi desayuno y me dejo caer sobre mi asiento, agotado.

Me duele la cabeza, tengo sed y mi cuerpo se siente cansado a pesar de descansar unas horitas. Todo esto es fruto de la resaca.

No bebí demasiado, tampoco hice mezclas extrañas o participé de juegos que requieran emborracharse hasta tener un 0,4 de alcohol en sangre. Y aun así, mi cuerpo está castigándome por mis decisiones pasadas.

–Nos costará recuperar energías.

Ryle suelta un suspiro, se acomoda en su lugar y le da un trago a su café amargo.

Por lo general, a mi amigo le afecta la resaca de la misma forma que a mí: cansancio, hambre y sed. Cuando nos despertamos, decidimos que desayunar a las tres de la tarde era la mejor opción. Por suerte, no quita nuestras ganas de parlotear.

–¿Estuviste toda la madrugada chateando con Oliver?

–Estuve con mi hermano, me presentó a algunos de sus amigos y luego me encerré en el baño para mandarle selfies a mi novio.

–Qué romántico.

–A él le encantan.

Le dedico una sonrisa y mi memoria se remonta a los acontecimientos de anoche.

Para ser mi primera fiesta universitaria (no tengo con qué compararla, así que no tengo ni idea de qué estoy diciendo), me pareció entretenida. Mi parte favorita fue en la madrugada; me encontré con Sídney. Nuestra conversación despertó un montón de emociones del pasado. Aclaramos nuestros conflictos, si es que tuvimos alguno. Para ser honesto, creo que nos distanciamos porque nuestro grupo se disolvió y no encontramos motivos para seguir fortaleciendo un vínculo o una relación amistosa.

De todas formas, es una ecuación que carece de fundamentos científicos.

Fue una pena, pero me alegra saber que las cosas están aclaradas.

–Te quedaste pensando…

Ryle entrecierra sus ojos para ver si puede leer entre líneas. Acto seguido, frunce el ceño al escuchar un grupo de universitarios que ingresa a la cafetería hablando casi a los gritos. Hablan como si fueran los dueños del lugar y mis oídos, tras escuchar música toda la madrugada, le multiplican el sonido a sus voces provocando que se me irriten todos los sentidos.

–¿Quién decidió que sería una buena idea organizar una fiesta un viernes teniendo entrenamientos el sábado por la tarde? –me quejo casi de malhumor.

–Una persona amargada, eso seguro.

–El entrenador no parece amargado.

–No lo conocemos… Quizás nos encierra en nuestros dormitorios hasta que realicemos diez sesiones de cincuenta flexiones –bromea.

Su humor me recuerda al de Oliver y una sonrisa aparece en mi rostro. Si bien ahora tendrán que pasar un gran tiempo separados por la universidad, me da ternura encontrarlo en estos pequeños gestos. Al parecer, cuando uno pasa mucho tiempo con su pareja, algunas cosas se pegan, queramos o no. En su caso, se nota que conectan humorísticamente y me alegra verlo feliz. Me alegra verlo en paz y sin preocupaciones.

–Dudo que sea tan cruel. –Me encojo de hombros en mi asiento–. Por lo que tengo entendido, tenemos un partido en las próximas semanas.

El grupo de universitarios se va acallando al hacer la fila para ordenar sus pedidos. Una sensación de tranquilidad me recorre la columna. Menos mal, no sé cómo los hubiera soportado si seguían hablando a los gritos.

–Nos están poniendo a prueba.

–Quieren ver si estamos a la altura del equipo.

–Ojalá no nos mande a la banca. –Se ríe Ryle negando con su cabeza.

Los dos sabemos que eso es imposible. Somos buenos en nuestras posiciones.

A decir verdad, si bien Ryle mantiene una conversación jovial conmigo y el ruido disminuyó, sigo distraído. No puedo dejar de pensar en Sídney y en lo que acordamos. Me está costando seguirle el ritmo a mi amigo. Quizás, para él, se deba al alcohol y a la resaca. En mi cabeza, no funciona así. Tengo resaca de sentimientos encontrados.

–Algo sucedió en la fiesta… –Ryle suelta esa frase y toma un sorbo muy largo de su bebida caliente, haciéndose el misterioso.

–¿Qué hiciste en la fiesta? –le pregunto confundido.

–Ya te dije lo que he hecho, eres tú el que me está ocultando algo…

Trago saliva sin poder procesar esta intervención.

–No te estoy ocultando nada, Ryle.

–¿Estuviste con alguna chica?

–No.

La respuesta se desliza de manera automática por mis labios y Ryle enarca una ceja. Creo que fue demasiado notorio que sí he pasado gran parte de la madrugada con una chica. Él no tiene por qué saber que es Sídney, de hecho, acorde a las reglas que hemos establecido juntos; no tiene que saberlo.

–¿La conozco?

Su sonrisa divertida me está matando. Sé que soy bueno mintiendo, pero después de una noche de sueños complicados y con el cerebro intentando recuperarse de las neuronas que ha perdido con el alcohol, es imposible mentirle con astucia.

–No voy a decirte quién es.

–Entonces ya sé quién es.

–¿Quién crees que es?

Ryle analiza mis facciones por unos segundos y dice:

–Creo que estuviste con Phoebe, la amiga de Sídney.

–Te aseguro que no he estado con ella –me río un poco.

¿De dónde saca esas conclusiones? Si he cruzado tres palabras con Phoebe desde que la conozco, es un montón. De hecho, la vi platicar con varios chicos del equipo.

–Tienes una mirada muy sospechosa en este momento.

–¿Y qué tiene?

–¿No te parece linda?

–Sí, es linda.

–¿Entonces?

Resoplo. Ryle no está entendiendo nada y no sé si agradezco que no lo haga. Es preferible que en cierto punto crea que tuve algo con Phoebe a que se acuerde de mi pasado con Sídney y conecte todas las líneas sueltas de nuestra relación.

–Eso no significa que he estado con ella o que quiera estarlo, Ry.

–¿Estuviste con una chica sí o no?

–Sí, lo estuve. No la conoces y si en algún momento nos la cruzamos, te diré quién es.

–Está bien, está bien. Te creo.

Y así es como Ryle se pasó la próxima hora de nuestro desayuno preguntándome por cada chica que ingresaba en la cafetería hasta que, para mi suerte, Oliver le mandó el link de un vídeo gracioso y se distrajo lo suficiente para dejar el tema.

¿Así se siente estar enamorado?

Capítulo 12

Sidney

Una semana desde mi trato con Drake. Una semana desde que no lo veo por los pasillos de la residencia ni por el campus.

Parece ser que nuestro acuerdo de "no ser amigos" va de maravillas y me pregunto cómo actuaremos si nos cruzamos en algún momento.

¿Fingiriamos que no pasó nada? ¿Nos saludaríamos como viejos amigos? ¿Nos encerraríamos en un cuartito de limpieza para besarnos? No tengo ni idea.

Mis clases siguen siendo introductorias. Lucho contra el sueño y el aburrimiento en cada una de ellas, se siente como volver al secundario, pero agregándole cosas que los profesores de ese entonces no querían enseñar. Esto no significa que la vida universitaria no sea de mi interés, al contrario, me encantan las materias del plan de estudios de Marketing, pero me molesta que aún no entremos en tema. Supongo que tendré que esperar dos años para eso. No sé si tendré la paciencia suficiente para hacerlo.

Hablando de clases aburridas, la profesora odiosa me sigue teniendo de punto. Esta vez, se encargó de leer el listado de alumnos para marcar el presente y se salteó mi apellido. Estoy

convencida de que fue a propósito. Harper, mi única amiga de clases, concuerda conmigo. Habrá que ver cómo avanzamos en esa situación.

Cuando se dio la hora, decidí recorrer el campus. Me di cuenta de que en las dos semanas que estuve por aquí, hice siempre el mismo recorrido: residencia, clases, residencia. No me tomé tiempo para visitar más allá de ese camino.

Así que, decidí caminar y ver en dónde termino. Por suerte, no tengo tareas que realizar. Debería estar preparando los resúmenes y apuntes de mis próximos exámenes, pero falta un mes y medio para eso. Prefiero dejarlo para último momento.

Para ser horario de cursada, muchos alumnos se encuentran paseando como yo. Algunos aparentan tener el mismo plan y otros caminan como si hubiesen recorrido el predio millones de veces. Deben ser estudiantes de los últimos años. La mayoría se encuentra cerca de la residencia universitaria más alejada del campus y, al fondo, puedo ver el campo deportivo de tenis, de baloncesto y el gran estadio de fútbol americano. Ahí es donde inconscientemente me dirijo.

Mis piernas deciden por mí y decido guardar mi celular en mi pantalón. Conecté mis audífonos inalámbricos y la melodía del pop de los 2000 se apodera de mis oídos. Es ideal para despejarme de las tensiones que la profesora malvada me dejó.

A decir verdad, quiero conocer el estadio. Y ver si está Drake Mendler, por supuesto. Sería una buena forma de aliviar mi cuerpo.

Recuerdo en la secundaria cuando acompañaba a mis amigos a verlos entrenar. No sé qué tenía de divertido hacerlo, pero siempre

fui de esas personas que acompañan a las personas que quieren a todos lados sin siquiera cuestionárselo.

Al alejarme de la multitud, mis pasos son los únicos que se dibujan sobre el césped recién cortado.

El estadio es más grande de lo que me imaginaba. Creo que tendrán un partido dentro de poco por lo que he leído en un panfleto de Wren en la recepción. Puedo observar como los chicos de un equipo corren alrededor del lugar. No distingo cuál es. Algunos llevan una camiseta con los colores de la universidad y otros no la llevan puesta. Para mi suerte, ninguno parece percatarse de mi presencia, están concentrados en ganarles la carrera a sus otros compañeros. Quizás son del equipo de corredores.

Ese pensamiento se aleja de mi cabeza al instante porque, a lo lejos, veo como la única persona que me interesa, está trotando.

Era obvio que me encontraría con Drake si lo buscaba en este lugar. Simplemente no creí que fuese tan sencillo verlo. Mientras que se acerca dando zancadas y riéndose entre sus amigos, me apoyo en un árbol.

Para sorpresa de nadie, es de los que corren sin camiseta y los músculos de su torso brillan del sudor bajo la luz del sol ardiente.

Cuando se acerca, saco mi celular de mi bolsillo trasero y finjo estar respondiendo un mensaje cuando, en realidad, estoy abriendo las apps una por una sin saber cómo fingir y verme interesada en otra cosa que no sea stalkear un grupo de chicos atléticos ejercitando.

Decido alejarme del lugar y seguir caminando por otro lado. Una oleada de calor se apodera de mi cuerpo. ¿Adrenalina? Vergüenza,

quizás. Y cuando creo que mi plan funcionó a la perfección para que Drake no sepa de mi existencia, recibo un mensaje:

DRAKE
¿Nos vemos en los vestuarios dentro de 30 minutos?

Wow. Eso sí que no me lo esperaba.

Me quito los audífonos y juro sentir una risa resonando a mis espaldas. Idiota.

Vacilo qué responderle por unos minutos. Me siento en una de las bancas que se encuentran por fuera del sector de baloncesto y dejo escapar un largo suspiro por mis labios.

¿Quiero verlo en media hora? ¿Estoy preparada para verlo en media hora?

Siento que inconscientemente sabía que lo encontraría en el estadio de fútbol en caso de necesitar de nuestro tratado.

Observo mi camiseta oversize multicolor y el jean desgastado que decidí ponerme para las clases de hoy. A ver, no está mal. Podría estar mil veces mejor, pero estoy presentable. Además, no debería preocuparme por estas cosas.

Solo vamos a vernos. Eso no quiere decir que quiere acostarse conmigo… ¿O sí?

SÍDNEY
Emm…
Está bien.

Me dejo caer en mi asiento y suelto otro suspiro, esta vez más exagerado. No dudo en responderle de manera afirmativa y cortante para hacerme la interesante.

Acto seguido, saco un libro de mi mochila para avanzar con una de mis lecturas hasta que sea hora de verlo.



¿A quién engaño? Es imposible concentrarme en el libro. Los nervios me nublaron la vista. Mi pierna inquieta sacude mi cuerpo con torpeza.

No puedo terminar ni un párrafo y las oraciones se desordenan en palabras flotantes mientras intento leer una y otra vez la misma frase.

DRAKE
Ya puedes venir.
Estoy solo en los vestuarios.
Ten cuidado por si te cruzas con alguien.

Cuando dan los treinta minutos en punto, me rindo. Decido levantarme y buscar la forma de llegar a los vestuarios sin cruzarme con sus compañeros. Algunos ya me conocen por la salida que tuvimos en el cine, otros, me habrán visto en la fiesta, y estoy segura de que alguno puede conocerme gracias a Phoebe y a sus encantos. Así que hago todo lo posible para pasar desapercibida, invisible, ante los demás.

De alguna manera encuentro la forma de entrar al estadio y, una vez dentro, deduzco que los vestuarios no estarán muy lejos.

Escucho voces por el pasillo y me dirijo hacia el lado contrario. Justo para mi suerte, la puerta a mi derecha es la que estaba buscando. Dudo por unos segundos si entrar o no, pero teniendo en cuenta el último mensaje de Drake, no debería haber nadie.

Una vez dentro, la humedad del lugar invade mis fosas nasales. Es muy similar a cualquier otro vestuario que haya visto en mi vida. A excepción de que este huele a hombres. No es un aroma muy agradable.

No tardo en encontrarme a Drake sentado sobre uno de los bancos rodeado por casilleros y trago saliva. Me esperaba verlo sin camiseta, pero sin dudas, nada me preparó para verlo con una toalla rodeando su cintura.

–Tranquila, estamos solos. –Me guiña el ojo mientras termina de guardar algunas cosas en su bolso.

Me mantengo paralizada en mi lugar hasta que el sonido seco de mi mochila chocándose contra el suelo me desconcentra de este trance.

–Sid, si quieres que pase algo entre nosotros, tenemos quince minutos. –Se acerca hacia mí y un fuego peligroso me recorre la columna vertebral.

Una vez que lo tengo enfrente, lucho contra la tentación de romper el contacto visual. Sus ojos marrones penetran los míos con intensidad provocando rubor en mis mejillas. Una ola de calor me abraza ante el recuerdo del placer mareante que sentí la última vez que estuvimos juntos.

Trago saliva con fuerza y doy un pequeño paso hacia atrás.

–Nos van a sobrar minutos –bromeo para molestarlo y él me dedica una sonrisa burlándose de mi comentario.

Quizás sea la mejor forma de afrontar la situación sin vergüenza. Hacerlo sonreír es justo lo que necesitaba para ese subidón recargado de energías y confianza.

Sin pensarlo dos veces, uno de sus musculosos brazos me rodea por la cintura y pega sus labios contra los míos. Algo se activa en mi interior y, con una mano sobre sus pectorales definidos, hago que se aleje de mí para sentarlo en el banco.

Se convierte en un concurso de miradas; sin que me quite la vista de encima, me saco las zapatillas y dejo caer mis pantalones sobre mis talones. Me deshago de ellos. Mendler recorre mis muslos desnudos con atención y se muerde el labio inferior.

No necesito otra señal.

De esta forma, tomo la iniciativa. Me siento a horcajadas sobre él y profundizo el beso de antes. Cada vez que nos unimos, siento que mi corazón encuentra un lugar donde le gustaría quedarse. En el fondo de mi alma, sé que este pensamiento es horroroso porque, en algún punto, tendré que conformarme con solo tenerlo en estos momentos.

Drake no tarda en adaptarse a mis movimientos. Una suave descarga eléctrica se profundiza en la transición de sus caricias. Aprieta su mano izquierda sobre el costado de mi muslo y, con su otra mano, me acaricia la espalda atrayéndome hacia él. Mi piel se enciende ante su contacto con rapidez.

Abandona mis labios y me besa el cuello mientras que aprovecho para acariciarle la espalda. Un hormigueo se revuelve en mi interior cuando levanta mi camiseta y la desliza por mis brazos para quitarla de su camino. Muevo mis caderas para estar más cerca de él y puedo sentir su sonrisa contra mi piel desnuda en cada beso que

deposita sobre mí con tanto respeto. Se me corta la respiración del placer en el instante que abandona mis clavículas y me besa el pecho sobre mi sujetador de encaje.

Sus caricias están cargadas de paciencia y un torrente de emociones placenteras ante el deseo lujurioso de quedarme horas con él me nubla la vista. No tenemos demasiado tiempo si queremos que nadie nos interrumpa. Hay miles de consecuencias.

La primera: podrían echarlo del equipo.

La segunda: sería vergonzoso.

La tercera: nuestro pacto se iría por el retrete.

Por este motivo, tomo su rostro entre mis manos y vuelvo a besarlo, esta vez subiendo el ritmo. Nuestras lenguas pelean entre ellas a la par que cambia el ritmo de mi corazón cuando él me toca. Nos despedimos de mi sujetador y vuelve a recorrer mi cuello, clavículas y pecho con besos.

Me dejo llevar por la explosión de calor y le clavo las uñas en su espalda provocando un leve gruñido de su parte. Este retumba sobre mi pecho desnudo a la par que atrapa mi pezón con su boca para satisfacerme.

Se me nubla la vista del placer, esto es justo lo que necesitaba.

Mis manos se deslizan por su torso y cuando nos deshacemos del resto de la ropa, nuestras respiraciones entrecortadas danzan en un calor electrizante.

El único calor que necesitábamos para incendiar los cimientos de este lazo.

El único calor que necesitábamos para fortalecer el tratado de tener derechos físicos sin ser amigos.

No me arrepiento de nada. Y por los jadeos de mi compañero que rodean mi cuello como un susurro afrodisíaco, entiendo que él también se siente satisfecho.

Capítulo 13

 Drake 

Conducir durante dos horas escuchando el nuevo disco de Dylan Hall me pone de buen humor. Se deshace de todos los nervios de reencontrarme con mis seres queridos desde que me mudé a la universidad, lejos de ellos.

Planeé esta visita familiar durante semanas, solo que no tuve tiempo de concretarla hasta ahora. Al ser una escapada en un jueves por la tarde, lo más probable es que mi madre me ruegue que me quede a dormir después de la cena para no tener que conducir por la carretera de noche. Y tendré que explicarle tres veces que, en realidad, el sábado tengo un partido y debería estar por los establecimientos para entrenar lo más que pueda. Es el primer partido después de tanto esfuerzo y seguro nos pondrán a prueba como Calvin viene insinuando hace tiempo.

Cuando suena *Un beso*, la canción más popular del disco, me detengo en el aparcamiento de mi casa y me dirijo hacia la entrada. Me olvidé las llaves así que no me queda otra que tocar el timbre.

Espero unos segundos y mi prima aparece en el umbral de la puerta. Su sonrisa se ensancha al verme y no dudo en cargarla por los aires reemplazando un saludo tradicional.

Sasha tiene seis años y una sonrisa contagiosa. Lleva trenzado su cabello en *cornrows* delicadas que seguro le hizo mi tía con mucha paciencia. Se ve supertierna.

–¡Draky, volviste! –Su voz aguda me da cosquillas en el oído y la abrazo con fuerza.

–Vas a ahogarla, Drake.

Mi primo, Malcolm, se apoya en el marco de la puerta y espera a que lo salude con otro abrazo. Está igual a la última vez que lo vi. Tiene catorce años y se unió al equipo de fútbol americano de su escuela. Dice que soy su mayor admiración.

Cuando dejo a la pequeña en el suelo, él me envuelve en un abrazo.

–¿Esa camiseta era mía? –Lo miro entrecerrando mis ojos y analizando su vestimenta en busca de otra prenda robada.

–¿Le robaste a Draky? –Sasha lo empuja con su pequeña fuerza y luego busca mi mano para llevarme adentro.

–La tía me la dio, me dijo que te queda chica. –Se encoge de hombros e ingresamos al hogar.

–Puedes quedártela.

Nos dirigimos hacia la cocina donde se encuentran mis tíos, mi primo mayor Byron, mis padres y mi abuela. No me sorprende que esté gran parte de la familia reunida para recibirme. De hecho, me inunda el corazón de una ternura incondicional.

–¡Drake, llegaste!

Mi madre corre a abrazarme y le cuesta soltarme para que salude al resto de los presentes. Cada uno deja lo que estaba haciendo para recibirme con un abrazo de oso.

Mi cocina cuenta con un amplio espacio para que la familia completa pueda pasearse por aquí sin estorbar a nadie.

–¿Cómo estuvo el viaje?

–¿Llegaste bien?

Mi tío es el primero en preguntar y mi abuela la segunda. Siempre se pelean por quien hace la mayor cantidad de intervenciones en una conversación como si fuese una competencia digna de ganar.

–Muy bien, gracias por preguntar. Llegué sin problemas, recuerdo el camino –bromeo.

–Menos mal, eso quiere decir que puedes venir a visitarnos más seguido.

–¿Tienes hambre?

–El aroma ya se está encargando de abrirme el apetito –le acaricio el hombro a mi abuela con cariño.

Mi madre se encarga de controlar el pollo en el horno mientras que mi tía y primos de acomodar los platos sobre la mesa de la cocina.

Esta vez, está decorada con un mantel blanco con ilustraciones de mandarinas.

–¿Necesitan ayuda en algo?

–No, Byron se encargará de cortar las verduras –le ordena mi madre.

Mi primo le hace caso sin cuestionárselo por un segundo.

Me acerco a una fuente de puré de papas con verdeo y me arrojo hacia la tentación de meter el dedo para probarlo. Es de mis recetas familiares favoritas, se me hace agua la boca.

–¿Te has lavado las manos? –Me detiene mi tía con las manos en la masa.

–No…

–¡Entonces no puedes tocar mi comida! Ve a lavártelas.

–Sí, señora.

Me río por la forma en la que me reta como si fuera su hija pequeña y voy al baño del pasillo. El famoso baño. Si este baño hablara… Creo que contaría muchos secretos de cada fiesta que hemos organizado con mis amigos. Tengo varios recuerdos borrosos y otros demasiado claros para mi gusto.

Como aquella vez que tuve que limpiar el vómito de mi mejor amigo o la vez que una parejita se bebió una botella de alcohol entera y dejó la marca de unas manos apoyadas contra el espejo. La escuela no dejó de hablar de eso por semanas. Todavía no sabemos quiénes fueron, pero no descubrimos ningún envoltorio o preservativo suelto cuando intentamos limpiarlo. Siempre se sospechó de algunos compañeros de fútbol americano, pero nunca lo sabremos.

Una vez que me lavo las manos, me seco con la toalla naranja del tocador y decido ir al living donde mis primos se están preparando para jugar a la PlayStation 5.

–¿Te nos unes?

Malcolm no espera mi respuesta para entregarme uno de los mandos y me lanzo sobre el sofá en un salto.

Lo más probable es que falten algunos minutos para cenar, así que podremos disfrutar de una partida en cualquier juego que elijamos.

Y cuando llega la hora de la cena, espero a que mi familia rece una oración en agradecimiento por la comida y me lanzo con muchas ganas sobre mi plato.

En la mesa está la fuente de puré de patatas, un recipiente de ensalada verde, un recipiente con el pollo para que cada uno se sirva y condimentos. Para beber, el agua y la limonada no pueden faltar.

En la universidad, la comida de la cafetería no está nada mal. El problema es que ninguna comida se asemeja a la de tu hogar. Quizás tendría que haber traído unos recipientes para almacenar las sobras y llevárselas a Ryle. Estoy seguro de que haría mi cama, la limpieza del baño y de la habitación por el resto del semestre como agradecimiento si se las llevara.

No me caben dudas de que, si le pido a mi madre, lo haría sin problemas.

–Cuéntanos Drake; ¿cómo van las clases? –pregunta mi madre.

–No, mejor cuéntanos sobre el equipo –me suplica Malcolm con mucho interés.

–Las clases van bien. Comparto algunas con Ryle y el resto con compañeros del equipo. El entrenador nos está matando –admito cabizbajo.

–Tienes que esforzarte, te has ganado una beca. Debes saber aprovecharla –me indica mi padre y todos los integrantes de la mesa asienten con su cabeza.

–Es lo que estoy intentando. Mi rendimiento no ha bajado, pero sí siento que estoy un poco oxidado. Me imagino que se debe al cambio de horarios, las clases, la distancia y la comida chatarra –bromeo.

–¿Te estás alimentando solo con comida chatarra? –me pregunta mi madre preocupada.

–No, me estoy alimentando de la mejor forma que puedo para rendir en las prácticas con energía. –Me encojo de hombros y juego

con el tenedor sobre mi comida–. Aunque sí es verdad que abuso de las máquinas expendedoras.

–¿Tienes una máquina de frituras en tu habitación? –Los ojos de Sasha se iluminaron y les dedica una sonrisa inocente a sus padres–. ¿Puedo tener una?

–No tengo una en mi habitación, pero está repleto de esas por toda la universidad.

–¿Cuándo tienes el primer partido? –me pregunta mi tío ignorando la pregunta de su hija.

–El sábado.

–¿Estás descansando ocho horas diarias? –agrega mi padre.

–Sí, estoy cuidándome en todos los sentidos.

Me siguen preguntando acerca de la residencia, el campus, Ryle, las clases y los entrenamientos. Obviamente, no dejan escapar de sus manos la pregunta sobre mi vida amorosa y la esquivo como un espía atravesando un láser letal.

Cuando termino de comer, me dejo caer sobre mi asiento por todo el interrogatorio y, para mi suerte, la atención se concentra en uno de mis primos para contarnos cómo le ha ido en sus exámenes.

Nos pasamos el resto de la cena comiendo el postre helado de banana preferido de mi abuela y hablando de cómo nos ha ido en estas semanas.

Cuando llega el momento de regresar a la universidad, aprovecho para llevarme de mi armario algunas cosas que no he podido traer antes. Algunas sudaderas, pantalones de pijama y medias que por algún motivo las vivo perdiendo. Me quedo unos quince minutos a solas en mi habitación debatiendo si debería llevarme algo más y

creo que tengo todo lo que necesito. Hasta que decido llevarme un oso de peluche.

¿Por qué? No lo sé. Siento que si lo necesitaba cuando era pequeño y me relajaba, quizás me ayude con el estrés de los entrenamientos o los nervios previos a cualquier entrega.

Me despido de mi abuela, mis primos y mis tíos prometiéndoles volver a visitarlos pronto y mis padres deciden acompañarme hasta el coche.

–¿Estás bien?

Es la única pregunta que se habían olvidado de hacerme.

–Sí, mamá. Estoy contento –admito sonriente.

Es la verdad; me pone muy contento saber que estoy cursando en una universidad soñada a raíz de una beca deportiva. Me abre las puertas a un futuro prometedor.

–¿Cuándo vuelves?

–No lo sé, pa. Supongo que el mes que viene.

Ambos se dedican una mirada para nada disimulada y asienten con sus cabezas apenados. Sé que me extrañan, lo he notado desde el segundo que he puesto un pie en la casa y se escuchó de fondo una de mis canciones favoritas, de esas que siempre escuché a todo volumen durante por lo menos los tres años de la secundaria.

–Por favor, llámanos si necesitas algo –me suplica mi madre y me da un último abrazo antes de que me meta en el coche.

Mi padre me da otro abrazo y me despeina con orgullo.

Una vez dentro del coche, le doy play al mismo álbum que escuché al venir, pero, esta vez, se siente más apagado y no puedo encontrarle un sentido al porqué.

Capítulo 14

Sidney

–¿Todavía estás en la cama?

Los gruñidos de Phoebe me alteran. Son lo primero que escucho en el día. Creo que intentó despertarme antes de meterse en el baño y falló.

Enciendo la pantalla de mi celular y la hora me quita todas las ganas de vivir.

09:07 de la mañana. ¿Y ya carga con esta energía? Ugh.

–ARRIBAAAAAAAAAAAAAA.

Tiene una toalla rodeando su cabeza y, a propósito, se la quita para salpicarme con las gotas que se desprenden de su cabello mojado.

–¡Ey! –me quejo mientras me siento en la cama para que deje de molestarme.

–¡Tenemos una hora para prepararnos y siempre tardas con tus maquillajes, no quiero llegar tarde!

Refriego ambas manos por mi rostro adormilado y bostezo. En estas ocasiones desearía que la habitación fuera individual. Incluso, creo que hubiese sido más favorable tener la cursada virtual así no

me sentía obligada a interactuar con seres humanos, de esa forma podría aislarme en mi propia burbuja para siempre. Sería feliz.

Y con lo mucho que disfruto de hacer sociales, duraría una semana, está clarísimo.

–¿Una hora para qué exactamente?

–¡Para el partido!

Cierto… Lo olvidé por completo.

Anoche, Jonan la invitó a ver el partido y estuvo cuarenta minutos reloj intentando convencerme de que la acompañara. Al parecer, a mi amiga pelirroja le interesa uno de los jugadores del equipo y, por consecuencia de nuestra amistad, tendré que acompañarla a todos lados hasta que se le pase este crush pasajero.

Cuando regresamos de la fiesta, me contó que estuvo con dos chicos. Al primero lo describió como un joven apuesto de tatuajes y cabello que requería de mínimo, según sus palabras, ocho baños de crema semanales para quedar sedoso. Se sintió atraída por su forma de vestir monocromática negra y por su sentido del humor. El problema fue su cabello. Ahí se levantó su primera *red flag*. Para la mala suerte del apuesto de cuero cabelludo maltratado, la segunda señal negativa apareció en pleno acto cuando ella estaba por quitarle los pantalones y descubrió que llevaba una navaja encima. Su justificación fue: "hay que estar preparados por si aparecen a atacarnos". Me sorprende que una banda de universitarios problemáticos y mafiosos no la raptaran esa noche.

Luego de esa secuencia traumática, se encontró con un chico alto, castaño, musculoso y de ojos café. Jonan le hizo compañía el resto de la noche, justo cuando desaparecí y no le contesté los mensajes por estar entretenida con Drake Mendler.

Jonan se interesó tanto en ella que le escribe por Instagram cada vez que sube una historia. Así que quiere darle una oportunidad y ver a dónde llegan. Sin compromisos, obvio.

–Deberíamos vestirnos de los colores del equipo –me propone revolviendo la cómoda y sacando cada prenda azul que encuentra.

–¿Por qué los hacen tan temprano?

Mi queja se ve silenciada bajo el altavoz que enciende y conecta con rapidez. Debo agradecer que mi compañera de cuarto tiene buen gusto musical, sino estaría tirándome por la ventana en este momento.

¿Quién no odia la música ni bien se despierta?

–En mi defensa, esperé a que te levantaras para conectarlo. –Me dedica una sonrisa burlona y vuelve a pelearse con las prendas que lanzó por los aires.

Por lo general, suele bañarse con música. Entonces, tiene todo el sentido del mundo que no lo hiciera para dejarme dormir un ratito más.

Y para mi suerte, la música se escucha desde el baño, entonces, puedo darme una ducha rápida y medir el tiempo con canciones. El único inconveniente es que a Phoebe le gusta cortar las canciones por la mitad. Se va aburriendo a medida que las escucha y decide acortarlas después del primer estribillo. Hay excepciones, por supuesto. Una de ellas es cuando se obsesiona con el puente de una canción y la otra excepción es cuando el estribillo es tan repetitivo que no sabe diferenciar cuándo termina una frase de la otra. No creo que requiera tener sentido común para darse cuenta, pero estar en la banda de mi escuela me sirvió para saber dónde cortarlas e identificar los minutos que la pelirroja me roba.

∞

–¿Ya estás lista? –me pregunta aplicándose brillo labial por tercera vez.

Está apoyada sobre el umbral de la puerta y utiliza la cámara de su móvil para admirar su belleza.

Acomodo mi cabello en una media coleta alta y me observo al espejo con determinación. Le hice caso a Phoebe y me vestí con una camiseta azul ajustada al cuerpo y un pantalón de jean celeste. Llevo los colores del equipo y me veo muy bien.

Me alegra poder vestirme como quiera y que las voces negativas de mi cabeza no aparezcan. Se tomaron vacaciones hace unos años y nunca regresaron. Espero que no lo hagan, no serán bienvenidas.

Una sonrisa confiada se dibuja en mis labios.

Sonrío por mi yo actual y por la cantidad de veces que me vi en el espejo deseando encontrarme con otra versión de mí misma. Deseaba encontrarme con una versión más flaca, con menos curvas y que encajasen en un par de talles menos. Deseaba entrar en el inexistente talle único y sufría por no verme como las modelos o como las otras chicas de mi escuela. Hoy en día estoy contenta con mi peso y por cómo me veo en el espejo. Aprendí que hay cosas que nunca van a cambiar. Aprendí que hay formas sanas de cuidarme y que eso no significa perder peso en el proceso. Aprendí que tener más kilos que una influencer de moda de Los Ángeles no significa que sea menos hegemónica. No significa que esté prohibido en mi futuro ser una influencer de moda, modelo de Victoria's Secret, astronauta o médica. No lo sé. Puedo ser cualquier cosa si me lo propongo y mi peso no es una limitación. Mi cuerpo es el hogar de

mi alma y qué mejor forma que decorarlo a gusto, con respeto y amor.

Le dedico una sonrisa a mi amiga y termino de guardar las cosas que necesito.

–¡Lista! ¿Tienes las llaves? –le pregunto tomando mi bolso y saliendo de la habitación.

–Sí, las tengo.

Phoebe se encarga de cerrar la puerta mientras que espero al elevador.

Mi panza empieza a hacer ruidos raros y sé perfectamente lo que significa.

–Me imagino que desayunaremos en el estadio, ¿no?

Mi amiga asiente con la cabeza.

Al llegar a la recepción de la residencia, nos damos cuenta de que Wren no está en su puesto. Para lo caóticas que vienen siendo las semanas, está demasiado tranquilo el lugar. Y cuando salimos al campus, entendemos por qué.

La gran mayoría de los estudiantes están dirigiéndose al campo deportivo. Tengo entendido que a las once empieza el partido de fútbol americano y a la una de la tarde empiezan los entrenamientos para el campeonato de tenis. Así que tiene sentido que se acumulen por allí. Todos visten de color azul y blanco. Algunos incluso tienen los hoodies y camisetas temáticas con el logo de la universidad. Prometo ahorrar y comprarme una de esas para usarla de pijama.

Una vez que nos aproximamos al estadio, mi acompañante me toma del brazo.

–Sid… ¿Conseguiremos dos asientos? –me pregunta Phoebe con preocupación en su voz.

Antes de que pueda responderle, la sujeto de la muñeca y la arrastro conmigo hacia las gradas. La realidad nos golpea: hay muy pocos espacios vacíos y lo más probable es que tengamos que mover algún grupo para entrar en un sitio.

Recorremos el lugar con la mirada por unos segundos hasta que encuentro justo lo que estaba buscando.

¡Bingo! Por arte del destino, veo como dos chicos que aparentan no haber ido a un partido en su vida, se levantan a buscar algo de comer. Es la oportunidad perfecta para que les robemos el lugar. Encamino hacia nuestros asientos y la flameo a Phoebe detrás de mí. Creo escucharla maldecir por lo bajo, pero todo esfuerzo tiene sus recompensas. Encontramos dos asientos y en medio del estadio. Ideal para que divisemos todo el juego a la perfección.

–¿Qué te parece? –le pregunto sonriente cuando terminamos de acomodarnos en nuestros lugares.

–Me parece que eres malvada, me encanta. –Se ríe y me da un abrazo.

A ver, me siento un poco mal por esos chicos, pero todos sabemos que no se puede dejar un lugar libre en un partido de estos. Se sabe que, a la hora de regresar, ya estará ocupado por otra persona. Los asientos no tienen enumeración entonces cualquiera puede hacerse con ellos.

–Ahora, nos toca esperar a que aparezcan los vendedores de frituras y ahí podré comprarme un desayuno –le explico.

Tengo entendido que Phoebe nunca asistió a un partido de ningún tipo. Así que toda esta experiencia deportiva es nueva para ella. Esperemos que no se aburra. Supongo que en ese caso, siempre tiene sus redes sociales para abusar de ellas en el momento que lo

requiera. Además, es muy difícil que Jonan la vea desde el campo de juego. Tiene que tener buena visión o conocerla muy bien para hacerlo.

Esperamos un rato hasta que dan por iniciado el partido. Primero, aparecieron las porristas de ambas universidades. Nuestro contrincante es la Universidad de Cincinnati de Ohio. Su uniforme es de color rojo con detalles en blanco y negro. Hace un buen contraste con el azul y blanco del nuestro.

Las porristas hacen un número increíble con piruetas por los aires y saltos que no podría realizar ni en mis sueños más salvajes sin romperme el cuello. Todos nos levantamos de los asientos para aplaudirles a los dos equipos. Tienen muy buena reputación y estoy segura de que se pasaron semanas practicando.

Una vez que aparecen los jugadores, lanzan una moneda para decidir quién tiene la posesión inicial y el balón es nuestro. Tenemos la ventaja de empezar.

No tardo en ubicar a mis compañeros en el juego. Si puedo reconocerlos con sus cascos, podría reconocerlos en cualquier lado.

En el caso de Drake, hace unos años jugaba en la posición de receptor, pero desde el último curso cambió a corredor. Dejó de ubicarse a los costados del campo y ahora, por lo general, se mantiene en la parte posterior en una posición ofensiva sobre su contrincante. Su objetivo es llevarle el balón al mariscal de campo y mover el balón por lo menos diez yardas para mantener la posesión dentro del equipo y ganar puntos de *down*. De esta forma, se aproxima a la zona de anotación donde lo espera el receptor.

Una vez que los jugadores se acercan para robarse el balón de Ryle; Drake les bloquea con éxito el paso. Es una jugada sutil, estoy

segura de que tiene mejores, pero se ve muy atractivo haciendo las cosas bien.

Ryle hace su debut como mariscal de campo en el momento que inicia el partido. En el deporte de fútbol americano hay cuatro oportunidades para atravesar el campo de juego y anotar un touchdown. Esto dependerá de la cantidad de yardas que atraviesen mediante pases directos o corriendo en el campo. El equipo puede decidir si jugar mediante pases aéreos o por tierra.

El silbato suena cada diez yardas y el mariscal le lanza un pase directo a Jonan, el receptor. Para su mala suerte, un jugador del equipo contrario se interpone en su camino robándose el balón.

–Estuvo cerca –suspira Phoebe sosteniendo una de sus manos sobre su pecho con preocupación.

Jonan casi pierde el equilibrio en ese movimiento y a mi compañera se le corta la respiración como si lo hubiesen derribado. No sé cómo sobrevivirá al resto del partido si se impresiona con facilidad. Por la resistencia física y la actitud de ganadores que tienen ambos equipos, presiento que será un partido intenso. Sé que presenciaremos a varios jugadores en el suelo.

Decido ignorar su comentario para no desconcentrarme del partido. Nuestro equipo no tarda en recuperar el balón. El mariscal de campo simula entregarlo y luego lo lanza, haciendo la jugada de acarreo y, tras unos minutos corriendo, el réferi suena el silbato alzando ambos brazos al aire. Touchdown.

Phoebe me abraza de felicidad y luego se apresura a grabar todo con su celular para tenerlo documentado para un supuesto vlog semanal que está haciendo.

En el entretiempo, aprovecho para desayunar y cuando se renueva el partido y los jugadores regresan al campo cargados de energía, empiezo a sentirme mareada.

Como lo presentía, es un juego de mucho contacto y pausas del réferi. En un momento, sostiene una de sus muñecas en el aire para indicarle a un jugador defensivo del equipo de Cincinnati que está restringiéndole el movimiento a uno de nuestros jugadores ofensivos. Y por las señales que se hacen entre ellos, el resto del juego se prenderá fuego.

Los recuerdos de años anteriores me nublan la vista en el instante que mi mejilla es decorada por una lágrima de nostalgia.

En la secundaria, mi mejor amigo Oliver relataba los partidos para que no nos perdiéramos ninguna jugada. Aprendí una gran cantidad de señales del réferi porque se indignaba cada vez que retaban a uno de nuestros compañeros.

Él se encargaba de que disfrutáramos y comprendiéramos las reglas. Nunca me costó entenderlas, pero siempre mantuve mis conocimientos dentro de lo básico, no porque no me interesara, sino porque me gustaba que Ollie me explicara los movimientos de cada jugador con lujo de detalles.

Era una bonita forma de pasar tiempo con él cuando no estábamos practicando con nuestros instrumentos en la banda escolar. Además, siempre analizábamos a los espectadores del equipo contrario en busca de chismes o posibles candidatos para cualquiera de los dos.

El partido continúa y, llegando a la recta final, unos gritos retumban por el estadio y los estudiantes no tardamos en ponernos de pie cuando suena el silbato.

Hemos ganado.

Ryle tuvo unas jugadas maravillosas y Drake les obstruyó el paso a tres jugadores a la vez, lo que los posicionó ante su entrenador de manera positiva.

–¡Estuvo increíble! –me abraza Phoebe con entusiasmo y elevando su celular para grabar el festejo del estadio.

La competencia se alargó a una hora y media y nos mantuvo conectadas en todo momento. Incluso, fue divertido explicarle las reglas en conjunto con los movimientos de cada jugador. No soy Oliver, pero creo que fui un buen aprendiz.

Sigo el movimiento de la cámara del celular con mis ojos y me detengo en cómo las porristas corren a abrazar a los jugadores. No tengo ni idea de si se conocen o es parte de la rutina. Lo único que sé con certeza es que tres chicas acorralan a Ryle y a Drake para abrazarlos con confianza.

No me doy cuenta de que estoy entrecerrando la vista hasta que veo a Harper a lo lejos haciéndome señas para que me acerque a saludarla.

Mi mecanismo de defensa se activa al instante y le dedico una sonrisa. Me cuesta poner en palabras la leve presión en mis oídos al ver esa imagen. Es mejor dejarlo pasar.

–Pheebs voy a saludar a una compañera, ¿quieres venir?

–Ve a saludarla. Voy a esperar a Jonan.

Me lo dice con tanta determinación que creo que de verdad se van a juntar cuando lo normal es festejar con el resto de tus compañeros, sin chicas, cuando ganas un partido. Quizás Jonan sí está perdido por ella después de todo.

Abro paso entre algunos estudiantes y bandejas de comida desechadas por los asientos y el suelo para saludar a Harper con un abrazo.

–¿Cómo estás? ¡No sabía que vendrías, te hubiese guardado un lugar!

Awww. Es lo más lindo que escuché hoy.

–¡Tampoco sabía que tú vendrías! Decidimos todo a último momento con mi compañera de habitación –le explico vagamente y señalo a la pelirroja a lo lejos.

Harper la observa sin expresión en su rostro y luego me dedica una sonrisa.

–¡Qué bueno que viniste, estuvo genial!

–Sí, fue muy bueno… No sabía que te gustaban los deportes.

Harper no da el perfil de chica deportiva, pero aquí está con una gorra con el logo de Kentucky y a juego la camiseta del equipo. La acompaña un chico de su estatura de cabello negro que lleva la misma camiseta y la gorra puesta para atrás. Recuerdo haberlo visto en sus redes sociales un par de veces, pero no recuerdo quién es.

–¿Verdad que no da el perfil? –El chico moreno me ofrece su mano para estrecharla con la mía y me sonríe cuando se la doy–. Soy Hayes, encantado.

–Sídney, un placer.

–Ah, igual que nuestra prima.

–Sid, Hayes es mi hermano mellizo –me explica Harper y entiendo que no debe ser la primera vez en su vida que debe hacerlo por la naturalidad e indiferencia de su voz. Parece cansada de repetírselo a todo el mundo.

–No sabía que tenías un mellizo –admito sintiéndome un poco mal.

Si bien no somos mejores amigas, es la única compañera de clases que me cae bien y que puedo considerar una "amiga". Es decepcionante que no supiera que tiene un hermano. Uno mellizo. Aunque ahora explica las similitudes faciales y su estatura. Si los analizo, sus cejas se parecen, los labios de ella son más gruesos y los ojos de él más saltones. Ambos tienen un aire misterioso que me resulta atractivo.

–¿Nunca le contaste? –Hayes se ríe apoyándose sobre su hermana–. Está intentando buscar en qué nos parecemos.

El calor sube por mis mejillas y mi rostro se torna rosado por completo.

Qué vergüenza. Ahora seguro me odian.

–Sid, no te preocupes. Hayes adora incomodar a las personas que recién están entrando en confianza con nosotros. Cuando estábamos en primaria e íbamos a distintos institutos de inglés, amaba decirle a la maestra que solía tener una melliza pero que nació como hijo único porque se la comió en el vientre antes de nacer –me explica Harper riéndose.

–Qué imaginación. –Me río y una sensación de calidez me rodea el cuerpo. Me siento a gusto hablando con ellos.

–Más bien era mi incontrolado acceso al internet –bromea Hayes excusándose por su pequeña travesura–. Creo que deberían prohibirles el internet a los niños…

–Me sorprende que la maestra se haya tragado tus mentiras. Sobre todo teniendo en cuenta que los mellizos no comparten

placenta ni saco amniótico. Por ende, solo los gemelos son capaces de comerse entre sí.

–Ay, Harper, arruinas la diversión. –Se queja su hermano dándole un golpecito en el hombro y me pregunta directo–. ¿Quieres almorzar con nosotros?

Su invitación me sorprende y Harper me dedica una sonrisa disculpándose de la impulsividad de su hermano.

–Pensábamos recorrer el nuevo mercado que abrieron cerca del campus y luego ir a almorzar, sé que no debe ser el plan más atractivo del mundo, pero…

La interrumpo antes de que pueda terminar su justificación.

–¡Me encantaría!

Creo que no hay nada más divertido en estos momentos que pasar el resto de la mañana con los mellizos. Lo más probable es que Phoebe vaya a la fiesta del equipo y no quiero ser la tercera rueda entre ella y Jonan. Si no la acompaño, no tengo excusa para asistir. Si la acompaño, no tengo invitación. Así que me encantaría pasar un buen rato conociendo más a Harper y a Hayes. Parecen una dupla muy cómica y siento que podrían convertirse en mis amigos. En especial después de que Hayes se quejara mientras salíamos del campo deportivo de que la mayoría de chicos en el equipo de futbol son agraciados y musculosos, insinuando que consumen sustancias sospechosas para inflar sus cuerpos y que, si eres bajito como él, te prohíben las pruebas de iniciación.

Ese es el tipo de sarcasmo que me gusta.

Capítulo 15

 Drake 

–¿Me prometes que te vas a divertir?

Calvin me entrega dos botellas de cerveza para que beba de ellas.

Haber ganado el partido esta mañana indica que tenemos una celebración exageradamente grande en la fraternidad del equipo.

Una vez que terminamos el juego, pasamos a los vestuarios para ducharnos y luego nos fuimos a almorzar a un restaurante a las afueras de la ciudad. Fueron todos los integrantes del equipo exceptuando el entrenador. Y cuando empezó a oscurecer el cielo en tonalidades anaranjadas, decidimos volver. Nos esperaba una fiesta increíble en la fraternidad. Música superfuerte y muchísimas personas.

Me contaron que los guardias de seguridad del campus no se acercan a las fraternidades cuando convocan una fiesta después de ganar un partido. No importa el deporte que sea. Siempre fingen desconocer del tema y, de esta forma, tenemos el permiso de descontrolarnos todo lo que queramos.

En esta ocasión, mi primer partido oficial fue un torneo demandante donde incluso dudé de mis capacidades. Se nota que en Cincinnati los jugadores entrenan incluso por fuera de lo pautado

en clases. Se nota que quieren dedicarse a eso toda su vida en su rendimiento físico y en cómo adivinaron la mayoría de mis movimientos.

Definitivamente el estrés me está pasando factura porque siento mi cuerpo agotado. Anoche casi no pude descansar porque sabía que este partido definiría mi lugar en el equipo de la universidad. El entrenador Bennet me dedicó una pequeña sonrisa a la salida del estadio antes de ingresar en los vestuarios.

¿Qué significa? No tengo ni idea. Puede ser la sonrisa de la muerte como también, puede significar que está orgulloso de mí. No lo sé.

Mis compañeros están emborrachándose a más no poder, puedo entender que la ansiedad es algo que no desaparece entre partidos. No importa cuánto has jugado ni qué tan bien lo hicieras. Siempre sentirás que podrías haberlo hecho mejor y es en momentos como estos que decidimos apagar esas emociones por unas horas y lidiar con ellas al otro día. Como si le huyéramos a nuestro presente y lo sostuviéramos en una pausa de una noche.

–Prometo divertirme. –Me río haciéndole la señal de una promesa con el dedo al hermano de mi amigo.

–Esa es la actitud, disfruta. El lunes el entrenador dictará cómo nos fue.

–¿Me dirá si sigo en el equipo o no? –le pregunto confundido.

–Sí, entre otras formas de mejorar las jugadas…

Mierda. Entonces sí era una prueba.

Me encantaría desahogarme con Ryle, pero decidió quedarse en nuestra habitación durmiendo y no quiero molestarlo. Si sentí presión por este torneo, me imagino que él sintió el triple al jugar

con su hermano y en una posición tan destacable. Está agotado y el alcohol no le devolverá esas energías.

–Drake, búscate alguna chica y pásalo en grande. ¿Quieres? Te lo mereces, tuviste un gran juego. –Me da una palmadita en la espalda.

–Fue estresante.

–Eso no quita que jugaras bien. Supiste desenvolverte en el campo, eso es lo importante. Además, estabas atento a cada cambio y no te perdiste ninguna jugada. Eso lo aprecia el entrenador.

Asiento con mi cabeza y bebo un gran sorbo de mi cerveza. Quizás tiene razón. Lo mejor que puedo hacer en estos instantes es divertirme, mañana me preocuparé por si entré o no en el equipo y por mi beca académica.

∞

Un par de cervezas más tarde, me dejo caer sobre el sofá mientras que los altavoces hacen sonar una canción pop que no escuchaba desde mi egreso de jardín de infantes.

Algunos de mis compañeros juegan al *beer pong*, otros, son rodeados por grupos de chicas y el resto va caminando por todo el lugar en busca de actividades entretenidas.

Y es entonces que me doy cuenta de que Calvin tiene razón. Necesito un acompañante. Necesito una chica que esté dispuesta a estar conmigo por un par de horitas.

Quizás sea la mejor forma de pasar la noche, acostándome con una extraña y liberando las presiones del deporte.

Podría llamarla a Sídney, pero no quiero que venga a una fiesta universitaria solo porque quiero acostarme con alguien. Sé que tardaría en prepararse y ni siquiera sé si fue al partido. Es probable que ni siquiera esté enterada de si hemos ganado o no.

Dudo que le interese.

Alejo a Sid de mis pensamientos y me armo de valor para perseguir mi objetivo.

No tardo en encontrar a una chica linda hablando en una esquina de la habitación. Una de cabello negro que lleva un vestido rojo ajustado al cuerpo se ríe del chiste que acaba de hacer una de sus amigas y sus ojos se sorprenden al ver cómo me acerco hacia ellas.

–¿Cómo la están pasando, chicas? –les pregunto con una sonrisa.

Cruzan miradas entre ellas y me detengo a observar a cada una por unos segundos hasta que le dirijo toda mi atención a la de cabello negro para que entienda que es quien me interesa.

–Muy bien, felicidades por la victoria. –Se sonroja y se apoya sobre la pared.

Parece que quiere encogerse y desaparecer en su lugar de la vergüenza, pero me animo a seguirle la conversación para que se sienta cómoda.

–Muchas gracias. Me alegro que estén bien. ¿Cómo se llaman?

–Soy Jenn –me responde la chica de mi derecha y señala con la mirada a su otra amiga–. Ella es Lauren y ella es Isla.

–Isla, qué bonito nombre –le dedico otra sonrisa a la pelinegra y ahí es cuando el resto capta las indirectas de que me he acercado solo para hablarle a ella.

–Quiero ir al baño… ¿Me acompañas, Jenn? –Lauren se apresura a agarrarla del brazo y a arrastrarla tan lejos como puede de nosotros.

Isla les dedica una mirada de odio a ambas y se encoge nuevamente en su lugar. No aparenta tener la mejor noche de su vida.

Aunque es una buena señal que sus amigas la dejaran sola conmigo. Puedo gustarle o interesarle físicamente.

–Parece que odias las fiestas. –Me apoyo sobre la pared a su lado.

–Las odio.

Bueno, no esperaba esa respuesta.

–¿Y por qué estás aquí?

–Porque mis amigas querían venir y no sé decirles que no.

–¿No te parece un poco peligroso no saber decir "no"? –Me río por su exageración.

Ahora que lo pienso, también es peligroso que la hayan dejado sola con un desconocido. No sé qué tan buenas amigas son.

–No.

–Me parece que estás probando mi punto.

Isla rueda sus ojos y se cruza de brazos, toma distancia entre nosotros y se ubica para quedar enfrentados. Me gusta, parece que la vergüenza del principio se debía a que no sabía cómo hablar conmigo en frente de sus amigas. Quizás la intimidan.

–¿Por qué estamos hablando?

–Porque tus amigas te han dejado sola con un extraño…

–¿Cómo te llamas?

–¿No es peligroso preguntarle a un extraño su nombre?

Su mirada seria me intimida de verdad y trago saliva.

–Drake.

–¿Por qué me estás hablando, Drake?

–Porque me pareciste linda y quiero acostarme con alguien esta noche –admito sin filtros.

Ella se queda estupefacta y cuando todos los músculos de su cuerpo se relajan; se ríe.

–¿Alguna vez te ha funcionado ser directo con las chicas?

–Es la primera vez que uso ese método –admito.

–¿No crees que es un poco cuestionable que admitas eso en voz alta?

–¿Es cuestionable admitir que no uso frases de *ligoteo*?

–Es cuestionable admitir que quieres acostarte con cualquier chica...

–Nunca me he referido hacia una "chica" en particular ni hacia "cualquiera". Si me he acercado a ti es porque me he interesado en conocerte. En saber por qué pareces la callada de tu grupo de amigas y en el instante que desaparecen me demuestras lo contrario. –Esta vez soy quien se cruza de brazos–. Si luego de nuestro acercamiento quieres tener relaciones sexuales conmigo, no voy a oponerme –bromeo.

–No soy la callada de mi grupo de amigas –suspira y juega con su cabello–. Acabo de cortar con mi novio y ellas querían que me divierta en una fiesta.

–Y tú prefieres quedarte en casa viendo películas románticas…

–No, me gusta salir, pero… –hace una pausa intentando buscar la forma de comunicarme lo que quiere contarme–. Mi novio me fue infiel después de tres años saliendo.

Wow. Eso sí que no me lo esperaba.

Qué mierda. Ahora tiene todo el sentido del mundo. Esta chica no debería estar en una fiesta universitaria, debería estar en su

habitación comiendo helado y borrando de su galería todas las fotos de su expareja.

–Lo siento… –Le acaricio el brazo y le alcanzo mi cerveza–. ¿Quieres? Sé que no es la solución que buscas, pero te aseguro que te ayudará a alivianar el dolor.

Ella asiente en agradecimiento y se queda con mi bebida para beber de ella en el transcurso de nuestra conversación.

–Eres estudiante de Cincinnati, ¿verdad? –le pregunto para cambiar de tema.

–Así es. Fue una derrota justa.

Me di cuenta por su vestido rojo y las prendas que utilizan sus amigas. Todas de rojo en una fiesta donde predomina el color azul. Es un lindo contraste y por eso destacó entre tantas personas.

–Gracias.

Le sonrío y me sorprende cuando toma mi mano para dirigirnos a uno de los pasillos de la casa. Puede que mi frase de *ligoteo* funcione.

No esperaba que ella tome la iniciativa después de contarme lo de su relación más reciente, pero tampoco voy a oponerme a que suceda algo si ella lo desea.

Cuando me suelta la mano, me inclino para besarla y ella se aparta:

–Drake, te seré sincera. Eres muy atractivo, pero no me siento en condiciones para acostarme con alguien en estos momentos…

Uf. Está bien, tiene sentido. Acaba de salir de una relación y no se siente bien. No debería intentar algo con ella por más que me envíe señales confusas.

–Está bien, no te preocupes. Me parece que necesitas un amigo. –Me encojo de hombros y, esta vez, ella me devuelve la sonrisa–. ¿Quieres que sea ese amigo?

Parece pensarlo por unos segundos hasta que niega con la cabeza.

–No, gracias. Buscaré a las chicas y tú procúrate por buscar a alguien que quiera lo mismo que tú. –Me abraza y la envuelvo en mis brazos.

Isla definitivamente necesita un abrazo y aplico la ley de Disney con ella: no la suelto hasta que decide separarse de mí. Intercambiamos redes sociales y sigo en mi búsqueda de estar con alguien esta noche.

Si bien me gustó charlar con Isla un ratito, no cumplí con mi objetivo.

Paso las horas entreteniéndome con mis amigos del equipo y bebiendo cervezas. Siento que estoy poco a poco entrando en confianza con mis compañeros y se siente bien saber que estoy formando nuevos vínculos.

Hablé con algunas chicas, pero ninguna me interesó lo suficiente como para volverlo a intentar. Por momentos pensé, de nuevo, en escribirle a Sídney. Sé que estaría dentro de nuestro reglamento de posibilidades, pero al ser de imprevisto, corro el riesgo de que me rechace. Siendo honesto, no quiero que me rechacen dos veces en una misma noche.

Es verdad que el ego de los chicos se achica una vez que los rechazan…

Aunque ese pudor lo dejo de lado cuando veo a una de las amigas de Calvin.

Mi confianza se eleva cuando la chica de anteojos me guiña el ojo. Al final de cuentas, sí tendré una buena noche.

Capítulo 16

Sidney

Me imaginé muchas formas de pasar el domingo:

1. Descansando. La vida universitaria me está agotando. Extraño cuando podía acostarme a cualquier hora y tener energías para hacer lo que quisiera.

2. Estudiando. Debería aprovechar cada momento libre para estudiar o pasar los apuntes de las asignaturas de las cuales ya tengo los temarios para los exámenes.

3. Perdiendo el tiempo. ¿Quién no tiene ganas de pasarse el domingo repitiendo las películas de las que conoce todos los diálogos o leyendo una comedia romántica?

Nunca me imaginé que pasaría la tarde del domingo en una cita doble.

Así es, mi amiga Phoebe me convenció para asistir con ella en una cita doble. Su acompañante es Jonan y el mío; Simon. Es otro jugador del equipo de fútbol americano. Tiene los ojos verdes y el cabello rubio oscuro. Es un chico muy atractivo, pero no estaba en mis planes tener una cita con él. En especial porque nunca nos dirigimos la palabra. De hecho, ni siquiera estaba en el cine aquella

vez que nos encontramos con gran parte del grupo. Así que no estoy segura de que me conozca.

Pheebs insistió bastante para que la acompañara y debo admitir que acepté porque me dijo que ellos pagarían nuestra cena. ¿Quién se negaría a una cena gratis? No podía desaprovechar esa oportunidad. Y, a decir verdad, creo que me gusta la idea de salir y divertirme. Ya tendré tiempo para estudiar y descansar…

Elegí vestirme con una chaqueta de mezclilla celeste y un vestido floreado. El clima es caluroso, pero estoy segura de que refrescará en unas horas.

Decidimos juntarnos en un restaurante que queda a las afueras de la universidad para cambiar de aires. Tiene la estructura de un local tradicional, pero está repleto de jóvenes de nuestra edad. Si bien la comida clásica y la ambientación aparenta estar acorde a un público más adulto, los clientes estrella son los estudiantes.

Al llegar, una multitud cubre la puerta de entrada. Resulta que es un lugar muy demandado en los fines de semana. Las mesas están a tope y la única forma de entrar sin tener que hacer fila por más de hora y media es haciendo una reserva. Y así fue como conseguimos un lugar con rapidez. Para que nos dejaran pasar, tuvimos que aclarar en la entrada que nuestros acompañantes nos esperaban dentro.

Una vez dentro, no tardamos en encontrar a los chicos, sentados en una mesa de cuatro con respaldos supercómodos. Al vernos, se levantan, se susurran algo por lo bajo y nos esperan para saludarnos.

Phoebe es la primera que habla cuando nos aproximamos a la mesa.

–¡Hola! ¿Estuvieron esperando mucho tiempo?

Primero, se acerca a saludar a Jonan con un abrazo y luego, lo saluda a Simon con confianza, como si ya se hubiesen visto alguna que otra vez.

–Cinco minutos nada más…

–Hola Sid, soy Simon. –El chico rubio me extiende su mano para saludarme y se la estrecho con una sonrisa cálida en el rostro.

–Holaaa.

–¡Genial! Ya se presentaron, sentémonos que tengo hambre –nos pide Jonan deslizándose sobre su asiento.

Simon se sienta a su lado, Phoebe en el asiento contrario para quedar frente a Jonan y yo me acomodo junto a ella.

–Es la primera vez que venimos así que deberían recomendarnos lo mejor del menú –dice mi compañera sonriendo.

–¿Prefieren las cosas dulces o saladas? –nos pregunta Simon.

–Depende. Para mí, las cosas saladas son superiores a las dulces, pero, a veces, la pastelería es demasiado buena para ser suplantada por mi paladar salado –le respondo.

–Te pidió una respuesta simple, Sid –se ríe Phoebe y se acomoda el cabello detrás de su oreja–. Prefiero lo dulce, va mejor con mi personalidad.

Me encojo en mi asiento incómoda y hago contacto visual con ambos chicos que le restan importancia al comentario de mi amiga.

–En cuanto a las cosas saladas, lo mejor son las pastas, cualquiera que pidas estará bien –me recomienda Jonan y luego se dirige hacia su cita–. De opciones dulces, lo más rico es la tarta de fresas.

–¿Qué se van a pedir ustedes?

–Seguramente pida spaghetti con carne asada y salsa Alfredo –me responde el chico rubio–. Me gusta probar de todo un poco.

Le sonrío. Parece una persona simpática.

–Yo quiero el pollo grillado con ensalada margarita –dice Jonan.

–Dicen que es increíble pero nunca me lo pedí.

Al parecer, los chicos de segundo año han probado una gran variedad de cosas en este restaurante y nos dan una guía perfecta de cada uno de sus platillos para que elijamos el que sea de nuestro antojo.

Una camarera llega a la mesa para tomarnos el pedido y empieza mi amiga la pelirroja a ordenar lo que quiere. Luego, me dedica su atención a mí que decidí pedir una lasaña clásica. No me apetecía comer pastas tradicionales y los chicos me dijeron que es una buena segunda opción. Para beber elegí un refresco de naranja.

Una vez que termina de tomarnos el pedido a los cuatro, se lleva los menús y desaparece de nuestra mesa, dejándonos solos para dar inicio a la cita doble.

La conversación parece fluir con delicadeza. Aprendimos que ambos ingresaron al equipo el año pasado. Estuvieron a prueba los primeros meses, incluso les tocó esperar en la banca hasta que un jugador de un rango mayor se retirara o lesionara. De esa forma, les dieron la bienvenida al equipo. Nos explicaron que con algunos de los nuevos es distinto debido a las becas deportivas. El entrenador está obligado a hacerlos participar de cierta cantidad de partidos para evaluar si son merecedores de esa beca o no. Así que ahora tienen sentido los posteos nerviosos que hizo Ryle en la madrugada.

–¿No les interesaría ser parte de alguna hermandad o equipo?

–Estoy evaluando la posibilidad de unirme a una hermandad. Siento que podría ser divertido –le responde Pheebs a su cita.

–En la escuela me gustaba estar en la banda escolar pero no creo que me una a ningún equipo en estos meses. Prefiero tomármelos con calma.

–¿Por qué lo dejaste?

–¿A la banda? Porque demandaba mucha energía y siento que aquí me sacaría el tiempo de hacer otras cosas que me gustan. –Me encojo de hombros.

–A Sídney le gusta el maquillaje.

Asiento ante el comentario de Phoebe, me gusta que me esté conociendo y me sonrojo cuando Simon dice:

–¡Se nota! Te maquillas muy bonito.

–Te estuvimos stalkeando en Instagram –admite Jonan y suelta un quejido cuando me parece ver a mi amiga pateándolo por debajo de la mesa–. En el buen sentido lo digo, quería mostrarle a Simon como eres…

¿Me estuvieron stalkeando?

Ni siquiera sabía que Jonan me sigue en redes sociales. De hecho, ni siquiera sabía que Jonan conoce mis redes sociales. Dios, qué desastre. Si esto me hubiese pasado en la secundaria, se sentiría como si el chico lindo y popular te empezara a seguir on-line por error y toda la escuela estuviera hablando de ello, pero tú no te dieras cuenta hasta que alguien lo mencionara.

–Y ahí descubrí tu talento por el maquillaje, tienes fotos muy lindas –me elogia mi cita y se acomoda en su lugar–. ¿Por qué no elegiste esa especialización?

–Porque mis padres querían que estudiara una carrera de verdad –bromeo y niego con la cabeza–. Porque aún no sé qué quiero hacer con mi futuro y siento que Marketing abarca todas las áreas de mi interés. El maquillaje me gusta, sí. Pero me da miedo mezclarlo con una profesión cuando lo disfruto como un hobby. Me da miedo que deje de gustarme cuando me lo plantee en serio.

–Ay, tiene sentido. Sería horrible darse cuenta de que algo que amas deja de gustarte porque empiezas a tomártelo como un trabajo –opina Jonan.

–De todas formas, me gustaría hacer cursos para seguir mejorando…

–¿Mejorando? ¡Eres increíble! Deberías ponerte un emprendimiento y cobrar por maquillajes –me dice Phoebe.

Es de las primeras veces que la escucho elogiarme con tanta sinceridad y mi corazón se llena de ternura por eso. A veces los mejores cumplidos son de las personas que menos te lo esperas.

–No creo que tenga éxito por el campus. –Me encojo de hombros.

–Si te gusta, podrías intentarlo. Conozco chicas de hermandades que dan clases particulares. Podrías intentar algo similar con el maquillaje.

La idea de Jonan no está nada mal. El problema es que estas actividades no suelen tener éxito cuando no se hacen con ganas de verdad. Si intento hacerlo sin proponérmelo en serio, dudo que llegue a algún lado.

Por la forma en la que mis acompañantes me miran, siento que leyeron mi mente.

–Solo piénsalo.

–Empieza a trabajar en la idea.

–Podrías hacerlo el semestre que viene.

Seguimos hablando por unos minutos hasta que llegan nuestros platos. La comida se ve apetitosa, se me hace agua la boca por el simple hecho de pensar en la explosión de sabores que voy a sentir en los próximos segundos. Por las sonrisas de los demás sé que están pensando en lo mismo.

–¿Cómo se sienten con la adaptación a la vida universitaria? –nos pregunta Simon tras darle un gran bocado a su comida.

–Muy bien, la mayoría de las clases son sencillas –admito jugando con mis cubiertos–. Solo tengo una profesora que me tiene en la mira por llegar tarde el primer día. Sin contar eso, el resto me está gustando.

–Ugh –suelta un gruñido Jonan y le provoca una pequeña risa a su amigo que casi se ahoga con su bebida–. Odio a esas profesoras, son las peores.

–No entiendo por qué siguen educando si detestan su profesión… Si no te gusta enseñar de forma amable; ¿para qué sigues dando clases?

–Para colmo, son exigentes en todos los trabajos.

–En mi caso, mis profesores son tranquilos. La mejor parte es que pude conectar con varios de mis compañeros –acota Phoebe.

–¿Extrañan la secundaria? –bromea Jonan lanzándole miraditas burlonas a mi amiga. Parece ser una conversación que ya tuvieron en otra ocasión.

–Ya te he dicho que no.

–Oh, vamos. ¿De verdad no extrañas lo fáciles que eran las clases y el tiempo libre que tenías? –Se cruza de brazos sobre su asiento

para que se le marquen los músculos. Hago un esfuerzo importante para no reírme de eso.

Mi amiga parece caer por ese gesto y niega con la cabeza.

–No entiendo por qué te crees superior si apenas estás en segundo. Si fueses más grande, te entendería –lo molesta y él no tarda en responderle.

La mirada de Simon se encuentra con la mía y me dedica una sonrisa dulce. Parece disculparse por esa conversación mutua que nos excluye.

Asiento ligeramente con mi cabeza para demostrarle que pienso lo mismo que él y la conversación se desvía.

–¿Escucharon el nuevo álbum de **Dylan Hall**? –pregunta Jonan.

–Me encantó, es un poco melancólico… –admite Pheebs.

Así de rápido volvieron a hablar como personas civilizadas sin elevar el tono de sus voces. Mis tímpanos se lo agradecen.

–Sigo prefiriendo el anterior…

–Tiene muy buen ritmo –aporto.

–¿Cuáles son sus bandas favoritas? –pregunta Simon.

–La mejor es Foo Fighters –opina Jonan.

–No, indiscutiblemente, la mejor es Green Day –refuta Simon.

–Estoy segura que la de Sídney es One Direction –bromea Phoebe y antes de que pueda responder la mía, sigue hablando–. Mi banda favorita es Coldplay.

–Tienen muy buenas canciones.

–Tienes buen gusto, pelirroja –le guiña el ojo Jonan.

Siento una mirada pesada y expectante sobre mí por unos segundos, antes de que el deporte se convierta en el tema principal.

Nunca creí decir esto, pero es muy atractivo escuchar a un chico hablar con pasión sobre algo que le gusta. Sus ojos brillan, su postura se relaja y la confianza se eleva.

Por momentos se pisaban entre ellos para explicarle a Phoebe algunas terminologías que se me olvidaron explicarle el otro día.



Una vez que terminamos de cenar, los chicos deciden pagar por nuestra comida. Mi amiga no mueve un pelo, sabía que ella no se ofrecería a hacerlo, pero yo sí y me rechazan. Si bien no esperaba nada, es muy caballeroso de su parte. Proponen que volvamos caminando hasta el campus y desde allí tomarnos un taxi hacia nuestras respectivas residencias.

Una sensación confusa se cruza por mis pensamientos, obligándome a entender que volveré sola esta noche.

Jonan arrastra a mi amiga por las calles haciéndola reír en cada paso que dan. Ternura es la palabra que los describe en estos momentos cuando hace apenas una hora parecía que discutirían por cualquier cosa. Por otro lado, Simon camina a mi lado con las manos en sus bolsillos. En la cena, pude conocer algunas cosas de él:

La primera es que tuvo una novia que le fue infiel, la segunda es que fue con su mejor amigo de la infancia y la tercera es que los descubrió juntos en la cama.

No sé qué haría en su lugar. Cuando lo contó, con la pelirroja cruzamos una mirada de lástima. Parece ser un chico dulce que no se merecía ese trato. Le está costando confiar en las mujeres, en

tener una nueva relación, pero está dispuesto a buscarla. Es por este motivo que Jonan lo invitó para que sea mi cita.

–No has hablado de lo que te gusta escuchar –me devuelve a la realidad mi acompañante mientras que patea una piedrita con cada paso que da.

–¿Qué?

–En la cena, en un momento hablamos de música. Fuiste la única que no dio su opinión sobre el tema.

Qué observador. Ni yo me había dado cuenta de eso.

–Mi cantante favorita es Taylor Swift y crecí con una prima fanática de *Glee* y de la banda sonora de *High School Musical*, así que esos artistas son los que se llevan el podio en mi ranking anual de música –admito.

–¿*High School Musical*? ¿*Glee*? ¿De verdad? –Parece asombrado.

–Sí… Es lo que me acompañó desde que tengo noción de lo que es la música. Quizás sea por nostalgia. –Me encojo de hombros–. Me gusta escuchar sus canciones porque me teletransportan al momento exacto cuando las oí por primera vez.

–Qué lindo.

Asiento con mi cabeza y le sonrío. Me gusta que no me haya juzgado por eso.

–Además del fútbol americano, ¿qué deportes te gustan?

–¿Me estás preguntando porque juego mal? –bromea.

–¿Quién dijo que juegas mal?

–Por lo general, cuando alguien que no sabe de deportes hace esa pregunta, es porque considera que jugamos mal y que deberíamos encontrar otro pasatiempo…

–Eres un exagerado.

Me da un golpecito en el hombro y me río. Pero no siento nada.

–Me gustan el béisbol y el tenis. Suelo ver sus partidos. No soy de practicarlos.

–Interesante…

Simon me observa levantando una ceja y me río.

–¿Quién te dijo que no sé sobre deportes? –Me cruzo de brazos.

–Cuando estábamos explicándole las reglas a Phoebe, no te sumaste a la conversación.

–Eso es porque prefería que las explicaran ustedes ya que son quienes se las saben de memoria. Además, no iba a quitarles el gusto de explicarle a una chica lo mucho que saben de su deporte favorito –bromeo.

Él se ríe negando con la cabeza.

–Entonces, ¿conoces sobre fútbol americano o te gustaría conocer un poco más? –hace una pausa en nuestra caminata que me obliga a detenerme.

La distancia que hay entre nosotros es escasa. Mis escudos sensoriales se confunden cuando su presencia invade mi espacio personal. Su leve caricia en mi rostro es agradable.

–¿Intentas conquistarme con tu especialidad? –Me vuelvo a reír a la par que mis mejillas se tornan de un color rosado.

–Creí que te gustaba escuchar a los chicos hablando de su deporte favorito. –Me guiña el ojo acercándose un poco más.

Una vez que estamos cara a cara, le respondo:

–Me gusta...

–¿Entonces? ¿Vas a contestar mi pregunta o no?

Acomoda un mechón de cabello detrás de mi oreja y le sonrío.

–Mi mejor amigo de la secundaria se aprendió las reglas para ayudar a su crush a entrenar. Era la excusa perfecta para pasar más tiempo juntos. –Hago una pausa y suspiro–. A partir de ese momento, lo acompañé a todos los partidos.

Simon recorre mi rostro con su mirada. Se centra en mis ojos y luego se concentra en mis labios antes de devolverme su atención completa. Me pregunta:

–¿Oliver?

–¿Lo conoces? –Su nombre me descoloca un poco.

–Ryle nos contó sobre su historia de amor…

–Es un enamorado.

–¿A ti te gustaría estar enamorada?

De un segundo a otro la conversación toma otro rumbo. El coche de nuestros sentimientos gira en la rotonda más cercana. Esta pregunta no me la esperaba.

Siento el calor subiendo por mis mejillas. Me gustaría admitir que es por su presencia. Lamentablemente mis sentidos tienen otros planes. Me avergüenza porque es la primera vez que alguien me lo pregunta. No sé qué me gustaría.

–A veces sueño ante la idea de encontrar el amor… Otras veces, pienso en vivencias como las tuyas y me da miedo exponerme a ellas –admito.

–Creo que, por el amor, vale la pena arriesgarse.

Por la grandiosa cita que tuvimos o porque genuinamente me cae muy bien, Simon se acerca hasta que puedo sentir su respiración fusionarse con la mía. Y me dejo llevar porque no tengo nada que perder.

–Estoy de acuerdo.

–¿Crees que podrías arriesgarte en un futuro?

Algo en sus labios carnosos me da la impresión de que debería probarlo.

–Creo que podría hacer el intento.

Y en el segundo que estamos por besarnos, Jonan y Phoebe nos sorprenden:

–Drake escribió por el grupo para avisar que consiguieron entrar en la lista –dice Jonan orgulloso–. Ya tenemos entradas para la fiesta del fin de semana que viene.

¿Qué? Su anuncio me descoloca y hace que trastabille hacia atrás para separarme por completo de Simon y del aura que lo rodea. Como si no estuviese destinado a pasar.

Drake.

Drake...

DRAKE.

Y como un balde de agua fría, cae sobre mí el recuerdo de nuestro trato. Esa específica parte del acuerdo donde no puedo estar con sus amigos.

No pensé en él en todo el día y estuve a punto de mandarlo todo por la borda.

Deberé ser más cuidadosa la próxima vez que quiera arriesgar mi futuro.

Deberé ser más cuidadosa la próxima vez que quiera experimentar el amor.

Capítulo 17

 **Drake** 

Regresar a la residencia después de un largo día de cursada es una recompensa. En especial si el entrenador Bennet hizo todo lo posible para drenar mis energías y acabar con mi corta paciencia.

Estuvimos entrenando la primera hora y la siguiente la designó para señalar cada una de nuestras imperfecciones en el campo. Un simple vistazo al hermano de mi mejor amigo y supe que estábamos acabados. Se vienen unos meses duros.

Bennet, en simples palabras, siente que he derrochado todo mi potencial en este último juego, sobretodo, luego de lanzarme palabras agresivas que podrían derrotarme: "tus jugadas fueron mediocres y deberías mejorarlas si no quieres terminar en la banca".

Ryle intentó tomar mi mano cuando me puse de pie y me dirigí hacia él. Todos mis compañeros me observaban, era un hombre muerto. No tenía que responderle.

Era una orden simple del entrenador de nuestro equipo, una simple mirada de negación y debí captarla. Pero no pude resistirme.

Mi voz se tambaleó y mis palabras salieron disparadas.

Con la cabeza agachada, solo pude responderle que lo estoy intentando.

Estoy intentando ser mejor. Estoy intentando dar lo mejor de mí.

Puede que tenga razón, quizás no di todo de mí en el partido, pero ese comentario fue hiriente. Ningún alumno debería sentirse mal. Debería ser más cuidadoso con sus palabras.

Antes de tomar mi casco y salir escapando de allí, lo volví a repetir: lo estoy intentando. En su mirada pude notar la sorpresa de que fue, posiblemente, una de las pocas veces donde lo han enfrentado. Y no le tengo miedo por eso.

Salí de los vestuarios echando furia, con el corazón en mis manos.

Estoy intentando dar lo mejor de mí, pero me cuesta.

Al menos lo estoy intentando.

Mi idea de seguir practicando el deporte en la universidad surgió a raíz de mi beca y de que puedo usarlo para descargarme en la semana. Es un deporte que me relaja el alma, la mente y el cuerpo. Pero Bennet quiere encargarse de que sufra todo el proceso y que no pueda ser mi vía de escape. La realidad es que hay varios chicos de tercero y cuarto en el equipo que fueron seleccionados para jugar en ligas importantes. El entrenador quiere que sigamos sus pasos si queremos llegar lejos. Y me parece bien, pero debería ser más gentil con los de primero.

Ryle eligió quedarse una hora más para seguir entrenando, se siente oxidado porque nuestro entrenador anterior, en la escuela, nunca nos habló de esa forma. Se lo toma demasiado a pecho y está dispuesto a hacer lo imposible para quedar bien con nuestro entrenador actual. No lo juzgo, la exigencia de los mariscales de campo es la peor de todas. Además, debería hacer lo mismo.

Debí quedarme horas extras practicando los pases. Debí quedarme horas extras poniendo a prueba mi resistencia física. Pero

mi cuerpo exige un descanso.

Nunca me gustaron los cambios de rutina. Puede que mi infancia haya dejado traumas al respecto. Bueno, puede no. Ha dejado traumas.

Cuando mis padres decidieron que era una buena idea mudarnos de San Francisco a Kentucky, les rogué para que me dejen vivir con mi vecino. Prefería estar solo en una ciudad conocida que empezar mi vida de cero en un lugar nuevo. Recuerdo el dolor que atravesó mi cuerpo al enterarme de que tenía que despedirme de todos mis amigos. Personas que no veo desde ese entonces. Algunos me siguen en redes, pero no volvimos a tener el contacto de antes.

Por suerte, a los doce años tenía la vida adolescente por delante. El paso a la secundaria fue muy grande. El hecho de no tener amigos duró poco. La edad ayudó a que pudiese hacerme amigos con facilidad. Éramos varios chicos nuevos y empezamos a hablarnos entre nosotros. Luego, llegó el deporte a mi vida y allí conocí a Ryle y a mis mejores amigos de la vida. Todo llevó su tiempo y esfuerzo, pero no cambiaría ningún paso de esta ecuación.

Además, la gran mayoría de mis familiares se mudaron con nosotros a esta nueva ciudad. Porque, cuando le surge una oportunidad increíble de trabajo a tu padre, la familia se acopla. Mi padre es el cofundador de una pequeña cadena de restaurantes. Él no sabe cocinar, pero mis tías son expertas en eso. El otro fundador es un amigo de mi padre. Por lo que todos eligieron sumarse en esta nueva travesía.

No es fácil empezar una vida de cero en otra ciudad. No es fácil dejar atrás lugares que has transitado toda tu vida, y tampoco es fácil dejar amistades en el camino.

Lo bueno es que pudimos adaptarnos a esta rutina entre todos. El apoyo de mi familia siempre fue crucial en mi vida. Son uno de mis pilares más importantes.

Me gustaría tomar mi coche y escaparme para ver a mis padres. Descargarme con ellos sería lo mejor. Aun así, opto por no hacerlo. Algo me dice que no será ni la primera ni la última vez que el entrenador quiera hablar con nosotros de forma despectiva. Y algo también me dice que debería adaptarme a ello.

No me arrepiento de haberle respondido. Quizás, me arrepienta cuando mi compañero de cuarto regrese con malas noticias a contarme que estoy fuera del equipo.

Pero dudo que eso suceda. Así que estoy tranquilo, de momento.

Caminar hacia la residencia me sirvió para despejar la mente en este día pesado. Siempre me relajó hacer actividad física.

El ascensor tiene una fila de seis personas. Podría esperarlo y en dos minutos estaría en mi piso; sin embargo, necesito descargar energías.

Elijo las escaleras para subir a toda prisa y, al llegar al segundo piso, me encuentro con una chica pelirroja saliendo de su habitación en un pijama sugerente. A menos que esa sea su única vestimenta para dormir, me da la impresión de que faltó a clases y obligó a su compañera de cuarto a desaparecer por unas horas con el objetivo de encontrarse con uno de sus jugadores favoritos.

–Hola, Drake.

Cuando me ve, se acerca para saludarme con un abrazo, como si fuéramos mejores amigos de toda la vida. Como si no estuviera vistiendo una camisola de seda. Me quedo en mi lugar rígido como

una piedra de arenero gatuno cuando me envuelve en sus brazos. Los vellos se me erizan por su cálido contacto.

Por algún motivo, mi cuerpo se llena de escalofríos.

Qué extraño.

–Phoebe –le dedico una sonrisa tímida y doy unos pasos hacia atrás para marcar distancia entre nosotros.

–Te escuché corriendo desde que salí de mi habitación, ¿cuál es la prisa?

–No tuve un buen día.

–Ya, se nota…

Me río y me cruzo involuntariamente de brazos como mecanismo de defensa para que no vea a través de mis pensamientos obsesivos del día.

–¿Se nota?

Siento el cansancio explotando en mis músculos faciales cuando mi voz resuena en el eco del pasillo. Necesito dormir.

–¿Es por una chica? ¿Te dejaron plantado? –Juega con un mechón de su cabello lacio y ese pequeño e inocente acto me distrae.

–No… –Sacudo la cabeza para ordenar mis pensamientos, suspiro–. Es el horario de los entrenamientos. No puedo tener citas a estas horas.

–Ah, qué raro…

No, no lo es. Jonan eligió faltar a clases para no tener que enfrentarse al entrenador y pasar tiempo con su chica sin que nadie lo molestara. Está bien, es una buena decisión si lo vemos desde un ángulo tierno. Es una decisión de mierda si lo vemos con los ojos exigentes del entrenador. Estoy segurísimo de que nos hará correr ocho vueltas al estadio en diez minutos para probar su punto de que

no deberíamos faltar a los entrenamientos porque, si lo hacemos, perdemos el ritmo. Nos oxidamos.

Y no hay nada peor que un jugador oxidado y un entrenador dispuesto a limpiarte con bicarbonato de sodio y vinagre blanco. Se tomaría la molestia de hacerlo con cada uno de nosotros, solo para demostrar su punto.

Esta vez, me toca seguir la conversación. Mi cerebro sigue los pasos como un dispositivo móvil desactualizado. En cualquier momento perderá la conexión al wifi.

Necesito dormir ya.

–¿Y tú? ¿Qué haces paseando por los pasillos?

Me gustaría agregar un comentario sobre su vestimenta, pero soy un hombre educado y sé que no debo emitir opinión acerca de las elecciones femeninas. En especial cuando se trata de lo que están usando, allí no tengo voz ni voto. Además, tampoco podría recomendarle algo. No tengo ni idea de qué está a la moda.

Lo más probable es que Phoebe haya salido a tirar algo al cesto de basura con la intención de volver a su habitación lo antes posible.

–Quería unas bebidas de la máquina expendedora. –Me sonríe acercándose a la única que tenemos en el piso, cerca de las escaleras.

Parecido a lo que tenía en mente. No estaba errado.

–¿Puedo darte mi humilde opinión? –bromeo.

–Si vas a hacer un comentario sobre los refrescos que estoy eligiendo, no. –La seriedad en su voz me descoloca, no logro identificar si es sarcasmo o si lo dice de verdad–. Puedes darme tu opinión sobre mí si quieres.

Eso sí que no lo esperaba.

–¿Quieres una opinión sobre ti?

Me cruzo de brazos confundido y atónito.

–Puedes empezar diciéndome lo hermosa que me veo en pijama.

Esta vez detecto una voz nueva en ella. Es seductora, sedienta.

No le respondo, los refrescos de uva en sus manos parecen mucho más interesantes que responderle a esa estúpida insinuación.

¿Por qué le diría eso? A ver, tiene razón, se ve hermosa. Pero no tengo la confianza para decírselo. No es que necesite confianza para decirle a una chica linda que es preciosa, pero, a diferencia de algunos de mis amigos, no me sentiría cómodo diciéndole eso cuando está en pijama.

Parece que espera una respuesta y niego con la cabeza.

No puedo responderle a eso, en especial, sabiendo que se acuesta con Jonan.

Es mi primer año en el equipo y no quiero causar un conflicto por una chica con otro jugador, mucho menos si me llevo bien con él.

Es raro. Está mal. No lo haría.

Claro que no lo haría.

Los amigos vienen primero, las chicas después.

A menos que se trate de Sídney Jones…

Ahí, rompería cualquier regla entre amigos para estar con ella.

Ugh… Estúpido cansancio.

Me provoca pensamientos intrusivos.

–Oh, vamos, es un simple comentario. Tampoco es para que pierdas la sangre en tu rostro, parece que has visto un fantasma –se burla y me enseña las botellas con orgullo.

Suspiro.

–¿Uva? ¿De verdad?

–¿Hubieses preferido que escogiera otro sabor? –me guiña el ojo y sus piernas caminan a su cuarto descargando una corriente sensual.

Desaparece por la puerta y mis hombros se relajan. Dejo escapar un suspiro.

Al entrar en mi habitación, me lanzo sobre mi cama. Unos minutos más tarde analizando la situación en mi cabeza, me estremezco.

Me estremezco al caer tarde en su pregunta.

El sabor que escogió es Jonan. El otro sabor que sugiere soy yo.

Soy el otro sabor.

Quizás soy uno de sus jugadores favoritos.

De la misma forma que se le erizan los pelos de la cola a un gato cuando se asusta, se me ponen de punta los vellos de mis brazos.

Me gustaría salir corriendo para aclarar mi cabeza.

Ya no tengo sueño.

En estos momentos, la idea de seguir entrenando no parece mala.

Vuelvo a calzarme y salgo disparado de mi habitación.

Capítulo 18

 Drake 

La Psicología del Deporte es una de mis materias favoritas por varios motivos. Para empezar, comparto clases con mis amigos. No hay nada mejor que esa sensación de calidez cuando llegas al aula y alguien te está guardando un lugar. También, me gusta el abanico de posibilidades de sacarle provecho a cada una de las lecciones del profesor. Es una rama de la psicología que ayuda a los deportistas a alcanzar sus objetivos con motivación. Analiza sus mentes para optimizar el rendimiento. Son conceptos que puedo aplicar a mis juegos y, así, Bennet no me molestaría con frecuencia. De hecho, le sacaría partido para prepararme ante las próximas competiciones.

Determinar el estado de ánimo del jugador ayuda a fortalecer y aumentar su seguridad y personalidad en el campo. Es ideal para controlar el estrés, la ansiedad o las inseguridades. Es por este motivo que todos mis compañeros de equipo la cursaron o la están cursando. Si bien no entra en el plan de estudios básico, la mayoría la cursamos como optativa para sumar puntos y aprender de lo que nos apasiona.

En la clase de hoy estamos repasando conceptos pasados que ya me aprendí, por ende, mi celular me parece la distracción perfecta para ignorar al profesor por un rato.

Mis amigos me obligaron a descargarme una extensión de los mensajes de texto que trae juegos para multijugadores y estamos en nuestra primera partida de mini golf del día.

–¿Apostamos? –me pregunta Ryle.

Me giro sobre mi asiento para dedicarle el dedo del medio. Sabe perfectamente que soy un desastre en este juego.

–Podemos apostar que seré el primero en perder –le respondo bajando el tono de mi voz para que no nos escuchen.

Estamos sentados en las últimas filas de la clase y eso nos facilita la distracción.

–¿Nadie quiere apostar que voy a ganarles a todos? –bromea Calvin.

–Es imposible jugar contigo –se queja su hermano bufando.

Calvin marca un hoyo en uno de la forma más prolija y desinteresada del mundo. Ryle odia perder. Es una persona competitiva y, si se trata de su hermano, hará todo lo posible para ganarle. En especial si es en un estúpido jueguito en nuestros teléfonos.

–No puedo creer que discutan por un juego. –Se cruza de brazos Elijah, quien optó por decisión propia jugar a otra cosa de manera individual.

–Va a definir nuestro nivel de concentración y entretenimiento por las próximas dos horas. Necesitamos darle cierto grado de emoción. –Will se ríe por lo bajo.

Se podría decir que, en estos dos meses de clases, ellos se convirtieron en nuestros mejores amigos.

Al principio a Ryle no le gustaba la idea de juntarse con su hermano en la universidad, creía que quedaría como un fracasado que no sabe crear amistades por su cuenta. Luego reconoció que nos está dando oportunidades increíbles.

Calvin consiguió que seamos aceptados por los miembros del equipo de fútbol americano con facilidad. Les habló bien de nuestro rendimiento y no tardaron en incluirnos en sus planes.

Consiguió que podamos entrar a todas las fiestas universitarias que quisiéramos siendo de primer año. Desde las fiestas de iniciación hasta las que fueron organizadas por fraternidades de entrada exclusiva. Tener contactos y ser parte de uno de los equipos más importantes de la Universidad de Kentucky tiene, definitivamente, sus ventajas sociales.

Jensen es de esas personas que no siguen estrictamente los planes de estudio. Al cursar Medicina, decidió que Psicología del Deporte podría ser una buena opción optativa y sencilla a comparación del resto de asignaturas que tiene que seguir si quiere recibirse. A él tampoco le molesta cursar con su hermano menor.

Por otro lado, Elijah es de las personas más graciosas que conozco. Es de perfil bajo en el deporte y en redes es muy reconocido. A nadie le gusta estar en la banca excepto a él. Su padre es uno de los jugadores retirados más reconocidos del país. La presión que lleva sobre sus hombros es inimaginable. Odia el deporte, quiere dejarlo. Hace todo lo posible para ser enviado a la banca. Sale de fiesta y publica cosas indecentes en sus redes sociales con un único propósito: no jugar. Bennet está al tanto de la

situación, pero no puede hacer nada porque su padre tiene un acuerdo con los directivos para que no lo expulsen del equipo. Es ridículo.

Es ridículo que sea uno de los jugadores más respetables y queridos en la universidad cuando se lo ve activo en muy pocas oportunidades. De hecho, nunca lo he visto jugar. Solo compartimos entrenamientos y conversaciones. Concuerdo que es una persona increíble, pero su situación es… extraña. Sobre todo porque su familia no respeta sus decisiones personales. Hace unos años les presentó a su pareja y les confesó que le gustan los hombres. Desde ese día, invalidan su sexualidad. Elijah cree que su padre lo mantiene en el equipo para ocultar públicamente que su hijo es homosexual. Es muy triste, pero al menos se conforma con la banca cuando debería conformarse con ser feliz y hacer lo que él quiera.

Por otro lado, tenemos a Will: el rompecorazones. Está en tercero y está recursando la materia por tercera vez. Parece sacado de una película cliché para chicas adolescentes. Todas las semanas cambia de novia y todas las semanas se olvida de cortarles, provocando, sin querer, que las chicas se conozcan entre ellas y formen una alianza en su contra para odiarlo. Hay rumores por el campus de que se ha creado un club llamado "Odiamos a Will". Estoy segurísimo de que es una referencia a *Friends,* ya que Will tiene un póster de la serie colgado del cabezal de su cama donde suele llevar a todas esas chicas.

En términos de amistad, sigue siendo mi amigo así que me deja tranquilo pasar de su récord personal de desechar relaciones y que puedo considerarlo alguien cercano. Bueno, quizás cercano sea una exageración. Puedo confiar en él, eso es todo.

El juego de mini golf me aburre y decido revisar mis redes sociales. Lo primero que me aparece al entrar a Instagram es una fotografía de Phoebe. Me encojo de hombros en mi asiento mientras que la observo.

PhoebeStuart44: outfit del día

Es una foto en el espejo de su habitación. Está usando una camiseta corta que deja ver su estómago desnudo y una minifalda. Por lo cambiante que estuvo el clima en estos días, no me sorprende que esté desabrigada. Me sorprenden los comentarios de la foto. Cautivan toda mi atención:

Sidney_Jones: Esa es mi camiseta?!?
Sidney_Jones: lindaaaa 🔥

Por algún motivo, leo el comentario con su voz y una sonrisa tímida se dibuja sobre mi rostro sin que pueda controlarla.

–¿Phoebe, de verdad? –se burla Will echándole un vistazo a la pantalla de mi celular antes de que pudiese bloquearla.

–¿A ti también te gusta? –se queja Elijah–. Ya es suficiente con escuchar a Jonan hablar de ella todo el día…

–No me gusta.

El calor sube por mis mejillas. ¿Por qué me siento como en la secundaria cuando te gustaba una chica y tus amigos te descubrían? Recuerdo que eran capaces de molestarme por semanas. Se inventaban nombres de pareja y se reían ante cada mínima interacción que tenía con cualquier compañera. Para defenderme,

hacía lo mismo. Los molestaba con las chicas que a ellos les gustaban.

–A ver, no hay necesidad de sonrojarse. –Se ríe Will–. Está buenísima.

Desvío la mirada a mi mejor amigo y él me dedica una mueca confusa y sé lo que está pensando. Anoche hablamos del tema.

Le tuve que contar nuestra interacción en el pasillo cuando volví a entrenar horas extras al campo de deportes. Ryle estaba terminando una de sus series cuando me vio entrar corriendo. Se detuvo y se limitó a acompañarme en silencio mientras entrenaba. Pensó que se debía a la frustración de mi enfrentamiento con el entrenador.

Cuando volvimos a la residencia, le conté todo. No podía aguantarlo.

Él sabe que no me gusta Phoebe y me conoce. Si me gustase quizás le hubiera seguido el juego, pero no lo hice. No lo hice porque sé que sale con Jonan y porque su nombre no es el que me provocó una sonrisa hoy.

–Puedes estar con ella en la próxima fiesta.

–Seguro te da una oportunidad.

–Si le gustó Jonan, le tienes que gustar.

–No tiene mucho futuro con Jonan, puedes hacer lo que quieras –opina Calvin encogiéndose de hombros.

–¿De verdad no les importa que esté con uno de sus amigos? –les pregunta Ryle confundido.

–Jonan ya estuvo con algunas chicas que ya pasaron por otros jugadores. No le molesta –explica Elijah–. De todas formas, deberías preguntarle. Se lo ve bastante…

–¿Embobado?

–Empalmado –dice Will y estallan las risas en el salón.

Estoy acostumbrado a este tipo de conversaciones entre hombres, pero, por algún motivo, algo se revuelve en mis entrañas. Me da la sensación de que no se respetan entre ellos ni a sus parejas. Esta retorcida idea me incomoda. Espero estar prejuzgándolos y que me sorprendan para bien.

Tuvimos una interacción extraña con Phoebe y eso no significa que haya perdido mi respeto ni que el resto debería hacerlo. A Jonan lo noto embobado por ella y parece mutua la situación. Si dejamos de lado mi encuentro, no veo razones para interponerme entre ellos.

Dejo que sigan discutiendo mientras que piden silencio para continuar con la clase. Prefiero que piensen que tengo un crush en Phoebe a que piensen que tengo una relación de amigos con derecho con Sídney.

Ellos no saben acerca de nosotros, no saben lo especial que es para mí.

Es muy difícil ocultarle cosas a Ryle, no me imagino ocultándole cosas a todo el equipo. Prefiero que no piensen en alguna posibilidad entre nosotros.

Quizás así, este pacto secreto sea más llevadero.

Capítulo 19

Sidney

Cada vez que tengo que estudiar, me propongo seguir la misma rutina que ideó mi madre cuando tenía siete años y me rehusaba a repasar los colores en italiano. De pequeña, el estudio no fue mi fuerte. En estos momentos, estoy sufriendo las consecuencias de haberme rehusado a practicar caligrafía ya que no entiendo ni la mitad de las cosas que anoté en mi cuaderno. Intento adivinarlas por contexto o dejarlas morir y frustrarme ante la idea de reescribir todos los apuntes.

La rutina que creó mi madre consiste en dedicarle tres horas al estudio por día. No importaba si tenía descansos en el medio, siempre estaba todo cronometrado con un reloj. Fue la única forma que encontró para que pudiera concentrarme en una hoja y no me distrajera con la televisión. Ahora, mi reloj es el temporizador del celular.

La segunda regla de esta rutina es ir cambiando de aires cada vez que pierda la concentración. Y la tercera (invento propio) es no cargar por las noches la batería de mi celular así no me distraigo con las redes sociales. Es un poco ridícula esta última regla porque me obliga a llevar el cargador a todas partes, en especial para usar el

temporizador. Si se descarga, no tengo forma de controlar mis tiempos. No sé leer los relojes de agujas que se encuentran en la pared de los pasillos de la universidad. Incluso algunas cafeterías los tienen.

En mi habitación se me dificulta estudiar con la presencia de Phoebe porque se aburre de mi silencio e intenta sacarme tema de conversación cada dos segundos. La entiendo, es divertido tener una compañera, pero ella también debería estar estudiando. No aprobará los exámenes robándole apuntes a los nerds de sus clases si no se sienta a estudiarlos. Se ahorra tiempo pidiéndole los apuntes a sus coleguitas, debería sacarle provecho estudiando un poco todos los días.

De momento prefiero enfocarme en mi próximo examen de Economía y, una vez que me sienta lista, me encargaré de la pelirroja. Una de las últimas noches que salimos, en una de nuestras borracheras, le he prometido que nos graduaríamos juntas. Y ella me lo recordó al día siguiente, así que debe tomárselo en serio para haber retenido ese comentario después de seis vasos de vodka. De ahora en más, uno de mis deberes es ayudarla a enfocarse en sus exámenes al finalizar cada semana.

Es difícil teniendo en cuenta que también me veo con Drake algunos fines de semana. Cuando volví de mi cita con Simon, supe que quería verlo. No pude hacerlo al instante, pero estuve toda la semana esperando el momento indiciado para proponérselo. Los días que más tiempo libre tiene son los sábados y domingos si es que no entrenan por las mañanas. Así que cuando tuvo un espacio libre, nos juntamos. Esto de ser amigos con derecho es divertido. Algo nuevo para ambos y estamos sobrellevándolo.

Caminando por el campus en busca de un lugar tranquilo, la biblioteca me pareció la mejor decisión para estudiar. Es silenciosa y amplia. Al tener tres pisos enormes, hay varias mesas ubicadas en el centro de cada uno para que cada alumno encuentre su propio espacio. Cerca de las estanterías están las computadoras.

A diferencia de la biblioteca de mi escuela, en esta no hay impresoras porque son ruidosas y se respetan las reglas de convivencia. Si quieres imprimir algo, tienes que salir de la biblioteca y buscar los puestos de impresión por el campus. Es un trastorno ambiguo. Muy servicial para quienes disfruten del silencio del lugar y un dolor de cabeza para los estudiantes que necesitan sus apuntes a más tardar en dos minutos para seguir con sus trabajos.

En el sector contrario a las computadoras están los ventanales. En ellos se encuentran unos sillones donde puedes recostarte y una mesita de patas cortas a juego. Por lo que pude observar por fuera, me preocupó el hecho de que los libros se estropearan con el sol. En especial las estanterías más cercanas a las ventanas. Ya me ha pasado en la habitación de mi adolescencia de tener que mudar de sector mis estanterías porque las hojas de mis libros se estaban tiñendo de un color amarillento. Si le preguntara a la Sídney de trece años, posiblemente me respondería que no le disgustaba porque le daba vida a las páginas, le hacía sentir que esos libros fueron acariciados por el sol y que sus historias fueron amadas. Solo accedió a reorganizar los muebles de su habitación porque sus papás insistieron. Y la Sídney de dieciocho años está de acuerdo con sus padres y no puede tolerar ese primer pensamiento hippie.

Libros con hojas dañadas = Sídney con el corazón agujereado.

Es la biblioteca más grande que vi en mi vida. Es inmensa. Por suerte, la distancia desde los ventanales es impresionante. No hay forma de que se quemen o dañen las hojas.

Me senté en uno de esos asientos porque me gusta la luz natural, me transmite paz. El lugar tiene lo mejor de dos mundos: la tranquilidad y la vista al aire libre sin ser atacada por insectos malignos que desean succionar toda tu sangre.

Suena exagerado, pero es una realidad. Nadie quiere ser succionado por un mosquito. Si fuese un vampiro sexy sería muy distinto. Creo que si fueran vampiros me dejaría morder sin dudarlo. No importa si me muerde el conde, el príncipe vampiro o un aprendiz. Sería feliz convirtiéndome en uno de ellos. Sería muy divertido ser inmortal. De este estilo eran mis libros favoritos.

Dejando a un lado las criaturas sobrenaturales, el examen de Economía se acerca y tengo que aprenderme cuarenta hojas. Cuarenta hojas en dos semanas. Estoy confiada. Trabajo bien bajo presión o al menos, eso me funcionaba en la secundaria.

Serán cuarenta hojas sin contar las que tengo que reescribir. Estoy segurísima que un niño de siete años tiene mejor caligrafía que yo.

Estoy acabada.

Será mi primer examen universitario. Aquí se definirá si estoy al nivel de la universidad o no. Aquí pondré a prueba si mis métodos de estudio funcionan o si debería conseguirme nuevos.

Acomodo mis lentes de lectura y vacío mi mochila sobre la mesa, mis apuntes caen desordenadamente. Algunos lápices y subrayadores salen disparados por todos lados y siento que he metido la pata. El ruido que provocó no debería ser tan fuerte, pero,

debido a que todo el mundo está en su propia burbuja estudiosa, es exageradísimo.

Un calor sofocante de vergüenza invade mi cuerpo e intento juntar mis útiles con rapidez. Cuando estoy agachada en el suelo, un par de zapatillas cubren mi visión por completo.

–No deberías hacer semejante desastre en un espacio comunitario, Sídney –se ríe Hayes tendiéndome la mano para levantarme. En su otra mano, tiene algunos de los subrayadores que estaba buscando.

–Lo siento –susurro aceptando su ayuda, muerta de vergüenza.

A Hayes lo vi como máximo diez veces y creo que en ninguna no he sido yo al máximo. Es decir que me ha visto en todas mis facetas y, aun así, ha elegido acercarse a mi mesa. Patético.

Acomodo mi falda y vuelvo a sentarme en mi lugar.

–¿Qué haces aquí?

–Es un lugar público. No sabía que debía pedirte permiso para sentarme contigo –bromea y se sienta con confianza en el asiento frente al mío–. ¿Puedo?

Ya lo has hecho, pero sí, tienes mi aprobación.

Asiento con mi cabeza como respuesta.

Hayes, el hermano mellizo de Harper, me cae muy bien. Tengo más relación con ella, pero, sin dudas, la paso genial cuando estoy con él. Estoy segura de que se acerca a mí porque me llevo muy bien con su hermana. No hay otra respuesta.

Bueno, quizás le agrado y por eso se acerca. Según la conversación que tuve ayer con Harper, odian ser comparados porque toda su vida crecieron de esa forma. Careciendo de una identidad individual. Todo el mundo los veía como un dúo y no como

dos personas diferentes. Entonces, debería borrarme ese estúpido pensamiento de que Hayes solo se ha acercado porque le caigo bien a Harper y aceptar que, si lo hizo, es porque él también lo piensa así.

–¿Qué estás estudiando?

Su pregunta me ayuda a salir de ese espacio oscuro de mi cabeza.

–Economía. Tengo que aprenderme todo esto para dentro de dos semanas –suspiro con frustración señalando las hojas desordenadas que cubren toda la mesa. Realmente estoy en problemas.

–Entonces vas a necesitar estos. –Suelta sobre las hojas mis subrayadores.

–El naranja fosforescente, el mejor de todos.

No sé de dónde salió ese comentario. Tierra trágame.

–¿El naranja? –Frunce el ceño siguiéndome esta conversación absurda sin sentir vergüenza ajena–. El verde es superior.

–Error. Estéticamente, el naranja es superior al rosa y es visualmente menos doloroso que el amarillo. El verde no debería entrar en discusión. Nadie usa el verde.

–Yo uso el verde.

–Tu hermana también usa el verde. –Me río intentando no hacer demasiado ruido y ugh, los acabo de comparar, ¿no?–. ¿Es su color favorito?

–Deberías preguntarle, creo que no tengo esa conversación con ella desde los doce años.

–Lo haré la próxima vez que la vea. ¿Cuál es tu color favorito, Hayes?

Se lo piensa por unos segundos antes de responderme.

–El blanco.

–¿El blanco? ¿El más aburrido de todos? –Lo observo con el ceño fruncido.

–No es el más aburrido, es el más interesante. Representa la pureza, se percibe en el espectro de luz visible. Piensa en un lienzo vacío y la infinidad de cosas que puedes pintar en él. No podrías hacerlo sin el color blanco de base.

Asiento con mi cabeza y sonrío.

Es inteligente.

–Mi color favorito es el violeta.

–Creí que era el naranja –admite jugando con el subrayador en sus dedos.

–Para subrayar textos. Mi verdadero favorito es el violeta porque de pequeña mi *My Little Pony* favorito era Twilight Sparkle.

Hayes se ríe porque le di una respuesta completamente distinta a la suya.

–¿Y tú qué haces por aquí? –le pregunto para cambiar de tema.

–Debería estar haciendo lo mismo que tú, estudiando. –Se encoge de hombros y se acomoda apoyando una de sus piernas sobre su rodilla contraria–. Estoy leyendo un libro. Me gusta leer en la biblioteca porque la luz es cálida y en la mayoría de las habitaciones es fría. Me gusta estar rodeado de libros. Siento que le da otra vibra al momento de lectura.

–Me gusta, es un poco hippie de tu parte –me burlo con total confianza. Quizás con demasiada, pero no parece importarle.

–Gracias, se… aprecia.

–¿Quieres hacer una sesión de estudio y lectura en conjunto?

–Me parece buena idea, siempre y cuando no hablemos en el proceso porque me desconcentra.

–Podemos hacer pausas si te parece, pero sin hablar.

–¡Sí! Hagamos eso.

Y así es como paso el resto de mi día estudiando con Hayes en la biblioteca del campus. Tomamos pausas de cinco minutos cada media hora para descansar el cerebro y, tras las primeras sesiones, decimos salir a caminar para refrescar nuestras ideas. Cuando volvemos a los quince minutos, nos han quitado el lugar y no encontramos ninguna mesa que pueda usarse de a dos. Tenemos que separarnos y hacernos actualizaciones mediante señas y juegos exagerados con nuestros brazos para que, desde la otra punta, se entienda. Me gusta pasar la tarde con él. No esperaba encontrar un compañero de estudio y es muy divertido.

Espero que se repita.

Capítulo 20

Sidney

Lo primero que escucho al bajarme del taxi más costoso de mi vida es la música proveniente de Alpha Phi; una de las casas de hermandad más emblemáticas y conocidas de la Universidad de Kentucky.

Hasta el momento, solo participé de fiestas organizadas por fraternidades y la diferencia es abismal. Por lo general, las hermandades suelen ser las coordinadoras de las fiestas temáticas y las fraternidades son quienes se encargan de los mayores descontroles de la universidad. En pocas palabras: si son organizadas por hombres resultan siendo desastrosas porque invitan a todo el campus y su objetivo es exceder la capacidad límite del lugar. En cambio, si son organizadas por mujeres, suelen ser moderadas ya que controlan quienes ingresan con una estricta lista de invitados. No parece una lata de sardinas y se puede respirar tranquila sin que te estén molestando u obligando a jugar a algún experimento sexual nuevo y de dudosa procedencia.

Phoebe me toma del brazo y me guía hasta la entrada, donde hay fila. Consiguió que nos agreguen a la lista porque su madre se hizo amiga de la de la presidenta de la hermandad. Lo más divertido es

que se agregaron en Facebook y se juntaron a desayunar con sus hijas incluidas. Como si no tuvieran más de 18 años y no pudieran socializar por su cuenta sin que nadie las empareje como niñas pequeñas que les da vergüenza hacer amigos.

–¿Nombre? –pregunta la chica de Alpha Phi con altura de modelo y cabello castaño lacio cuando es nuestro turno.

–Sídney Jones y Phoebe Stuart, soy amiga de la presidenta –dice Pheebs con una de sus sonrisas características para obtener todo lo que quiere.

–¿De verdad? –Parece sorprendida y, cuando mi amiga está por responderle, su rostro se transforma en una piedra–. En Alpha Phi todas somos amigas de la presidenta.

–Disculpa, es la primera vez que me invitan. Georgia me dijo que me dejarían pasar sin inconvenientes y que, en caso de que los tuviera, la llame para que me ayude a solucionarlo…

La amargura en su voz y la forma en la que rueda sus ojos me dan a entender que será una noche larga donde estará quejándose de lo inoperantes que son las chicas de la hermandad cuando, en realidad, a ella le encantaría pertenecer aquí.

Estuvo toda la semana hablándome de esta noche ya que, según ella, es su oportunidad para que la dejen ingresar a la casa. Supuestamente te da múltiples beneficios. Una habitación para ti sola, una cocina propia y los contactos.

Los contactos sobre todo lo demás. Es lo único positivo que podría sacarle a participar de una hermandad: tener intermediarios con personas importantes en los medios de comunicación. Como estudiante de Marketing, me serviría.

¿Me sometería al "casting" presencial para pertenecer? No, no lo haría. Por lo menos no hasta tener referencias de conocidos. Además, hay que pagar una inscripción y cuota mensual. Pagas para tener amigos, un techo y contactos. Algo que haría una persona rica sin dudarlo, pero no es mi caso ni mi estabilidad económica. Por suerte, mis padres pueden costear mis estudios. Si un día aparezco y les digo que quiero pertenecer a una hermandad y que ellos tienen que pagarla, se reirían y, al darse cuenta de que hablo en serio, me echarían de casa. Sí, aunque ya no viva con ellos. Lo harían.

Ambas siguen hablando de manera pasivo-agresiva y suspiro.

–Pueden ingresar. Se encontrarán a su izquierda con una de mis hermanas que verificará que pasen la prueba de vestuario –nos comunica sin mirarnos a los ojos y se da media vuelta para gritar que la fila avance.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. ¿Prueba de vestuario?

¿En dónde estoy exactamente? ¿No es una fiesta universitaria?

Otra razón por la cual no pasaría el "casting".

Cuando entramos a la casa, una chica rubia sosteniendo una carpeta verifica si el chico que está delante de nosotras cumple con la vestimenta. Al parecer, la prueba consiste en cotejar si seguimos sus reglas temáticas. Junto con la invitación, recibimos (Phoebe recibió) un PDF que nos brindaba una guía definitiva para lucir acorde a la temática de la noche: jungla.

Sí, jungla. Jungla chic para ser específicas.

Phoebe eligió un conjunto beige para simular un traje de safari y yo me compré un vestido con estampado animal print de leopardo por internet. Me asustaba que no me llegara o que me fuera chico, pero me queda perfecto.

La rubia nos observa unos segundos con determinación y termina dejándonos pasar sin decir mucho.

La casa tiene suelo de mármol y, al llegar al living, los sofás se encuentran de la forma más simétrica que vi en mi vida. Parece una fotografía perfecta. Costoso es la primera palabra que se me cruza por la cabeza al observar la decoración del lugar. No tienen tapetes de Target con felpudos que duran doce lavados ni lámparas que consiguieron en tiendas de segunda mano. Hay un candelabro en el centro. Debe tener cien años, seguro. En medio de los sillones hay una mesa de vidrio y algunas chicas están sentadas a su alrededor. Estoy segura de que son parte de la hermandad porque vibran con la misma intensidad y luminosidad que la ambientación. Intimidan y dan ganas de conocerlas a la vez.

Nos dirigimos hacia el sector de las bebidas alcohólicas y me sorprende que haya chicos sirviéndolas. Por lo general cada uno hace su propia mezcla… Al parecer, de esta forma controlan cuánto alcohol ingiere cada invitado para evitar desastres. No está mal. Además, la invitación aclaraba que estaba prohibido traer alcohol porque había suficiente en las bodegas de la casa.

Sí, tienen bodegas.

Y sí, dentro de la hermandad.

Me pregunto si las fraternidades también tienen esa clase de reserva o si se les acabó hace diez años…

–Jonan me dijo que vendrá más tarde, a uno de los chicos se le pinchó una rueda del coche y están entre diez personas intentando cambiársela.

–¿Nunca cambiaron el neumático de un coche? No parece ser tarea para diez personas. –Me río un poco y le rodeo el cuello con mi

brazo para caminar de esa forma.

–No lo sé, nunca lo hice –admite riéndose y sosteniéndose de mi cintura mientras avanzamos juntas.

Nos sentamos en dos asientos libres de la barra y esperamos a que uno de los chicos nos atienda. Sobre la superficie hay un tarro para dejarles propinas, así que me imagino que la hermandad, por más lujosa que sea, no debe pagarles a los chicos por su cordial servicio. Lo más probable es que lo hagan por puro compromiso y lo más triste es que el tarro está prácticamente vacío.

Llegamos dos horas más tarde del horario inicial de la fiesta y nadie se dignó a dejarles una propina. Es lamentable. Cambiaré eso. Creo que en mi cartera tengo 15 dólares. Es lo que saldría un trago especial en un bar a las afueras de la Uni.

Estará bien.

–Hola chicas, soy Tom y me encargaré de sus bebidas esta noche –se presenta uno de los bartender de ojos avellana y cabello ondulado y castaño–. ¿Qué desean?

–Un daiquiri de fresa, por favor –le sonríe Phoebe jugando con su cabello.

–¿Y para ti, hermosa? –Tom dirige su atención hacia mí y, por algún motivo, su sonrisa me provoca un leve calor en mis mejillas.

Es normal que suceda cuando un joven atractivo te llama hermosa.

No estás acostumbrada a que suceda…

Sssshh… Déjame disfrutar el momento.

–¿Qué me recomiendas?

Sufro contra las ganas impulsivas de jugar yo también con mi cabello y les gano manteniéndome rígida en mi lugar. En cambio, le

dedico una sonrisa.

–La especialidad de la casa, tiene vodka y es una explosión frutal. En mi opinión, va acorde a las vibras de tu dulce personalidad. Te va a gustar –me asegura con toda la confianza del mundo.

¿Mi dulce personalidad? ¿Le he mostrado mi dulce personalidad en una conversación de treinta segundos o está demente?

Oh… ¿Está intentando ligar conmigo?

No, lo dudo.

No puede ser, ¿no?

Cruzo una mirada confundida con Phoebe para asegurarme de que ha escuchado lo mismo y me enderezo en mi asiento. La rigidez sobre mis hombros desaparece y siento una pizca de confianza sobre mí misma. Puede que lo haya imaginado todo, pero intentaré tomarme el cumplido como algo positivo. Eso sí ha sido genuino.

–Está bien, prepárame uno de esos entonces.

–Marchando. –Me guiña un ojo y se aleja de nosotras para darnos la espalda y preparar ambas bebidas.

Aprovecho el momento para dirigirme hacia mi amiga.

–¿Estoy loca o ha intentado ligarme? –le preguntó sorprendida.

–¿Ligarte? –Se apoya sobre la barra con uno de sus brazos y me observa con una ligera confusión en su rostro.

–¿No lo has visto? Me ha guiñado el ojo –le susurro para que su compañero que está sirviéndole tragos a un chico detrás de Phoebe no me escuche.

–No, no lo vi.

–Lo hizo. Me guiñó el ojo y me dijo hermosa.

–Qué extraño, no lo escuché…

–¿Crees que debería seguir hablándole?

Intento disimular el entusiasmo en mi voz. Esto no es un amor del pasado ni una cita a ciegas que me han organizado a la fuerza. Es un chico que me ha visto en una fiesta y lo primero que se le ocurrió decir fue la palabra hermosa. No muchos hombres se centran en eso primero…

–Ay, Sid, está trabajando. Lo ha dicho para que le des una propina. –Me sonríe apenada–. Puedes seguir hablándole si quieres, pero no creo que te lleve a algún lado.

Qué cosa más rara para decir.

–¿Crees que me ha llamado hermosa porque quiere una propina?

La pregunta se desliza como un hilo por mi lengua áspera con una sensación de acidez en el cuerpo. De repente, mis ilusiones se fueron por la borda y las agujas de mis pensamientos hilaron una pequeña decepción.

Nunca pensaría que alguien está intentando ligar con una amiga porque quiere una propina, es extraño que ese sea su primer pensamiento.

–Sid, no quiero que te ofendas con lo que voy a decir, pero llevas un vestido de leopardo ajustado en todos lados… –hace una pausa para morderse el labio inferior antes de lanzar la próxima bomba–. Incluso en los incorrectos y no estás usando nada para… ocultarlo.

Sus palabras atraviesan mi corazón como flechas disparadas a 280 pies por segundo. Creo que Phoebe me acaba de decir que debería usar una faja para ocultar mi panza y es lo más estúpido que le he escuchado decir desde que la conozco, y eso que ha dicho varias cosas cuestionables con el paso de las semanas, pero esta me dolió.

–¿Me estás llamando gorda?

No puedo ocultar la indignación en mi tono de voz. No se puede disimular.

–No pongas palabras en mi boca que nunca he dicho –se queja.

Oh, no. Esto sí que no puedo tolerarlo.

–Me acabas de decir que estoy demasiado gorda para este vestido, Phoebe. ¿Qué otra palabra quieres que use para describir eso? –Me cruzo de brazos.

–Sid, nunca usé el término "gorda". –Usa comillas para decir la palabra y me dan ganas de vomitar. De repente, empieza a darme ansiedad la situación y el calor aumenta en la habitación, se concentra en mi pecho y percibo una leve sensación de ahogamiento–. Solo estoy diciendo que estás un poco rellenita para usarlo. A ver, resalta tus curvas. Tienes buenos pechos, pero también resalta tu panza… –Se acomoda en su lugar y me acaricia la mejilla–. No digo que esté mal que tengas panza, solo digo que hay vestidos que te favorecen más, eso es todo.

–Me estás diciendo gorda –insisto alejándome de su contacto.

–Bien, si quieres pensarlo así, está bien. Te he llamado gorda. –Rueda sus ojos y sostiene su vaso cuando Tom se acerca a servirlo–. ¿Sabes? No estoy para discusiones, lamento haberte ofendido con mi verdad. Alguien tenía que decírtelo. Es preferible que lo haga una amiga. –Con su otra mano contesta un mensaje en su celular y me mira–. Nos vemos en un rato, ¿sí? Te quiero.

Me sopla un beso en el aire y desaparece sin disculparse con sinceridad y sin dejarle propina a Tom quien me dedica una mirada apenada.

Phoebe acaba de arruinar cualquier oportunidad que tenía con este chico.

–Vaya amiga de mierda, ¿eh? –me intenta animar dedicándome una sonrisa–. Tengo que seguir atendiendo clientes, pero cuando vuelvas a por otro trago pregunta por mí y te serviré sin que hagas la fila. Sé que no mejorará el comentario de tu amiga, pero espero que al menos te alegre un poco la noche.

–Gracias, Tom.

Le sonrío avergonzada y dejo la propina en el tarro cuando se da vuelta para atender a otras personas. Me derrito sobre mi asiento, sintiendo como mi cuerpo se vuelve una llama. Estoy bailando sobre las brasas de mi dignidad.

Me limpio una lágrima que cae por mi mejilla. No me había dado cuenta de que me había sensibilizado tanto que hasta se notaba en mi exterior.

Fuego anaranjado por dentro y por fuera.

Me cuesta respirar con regularidad, siento como las paredes me encierran y como *Good Feeling* de Flo Rida me bombardea los oídos. Es una buena canción, me gusta bailarla y por algún motivo, no logro concentrarme en ella. No puedo sincronizar mis labios para que sigan su letra.

Me quemo con mis propias llamas y amago el intento de salir corriendo del lugar, pero hay muchas personas. No sé en qué momento se llenó de gente. La multitud parece disfrutar de la fiesta y eso parece estresarme aún más.

Necesito aire. Necesito estar al aire libre.

Intento escabullirme entre los grupos de personas que bailan y charlan como si sus mejores amigos no acabaran de arruinarles la noche.

Me gustaría reírme de lo irónico que suena eso en mi cabeza y no puedo concentrarme en otra cosa que no sea: *TIENES QUE SALIR DE AQUÍ.*

Entre empujones, siento como una voz en mi cabeza me está gritando. Estoy segura de que me está gritando porque algunas de las personas que me rodean, se giran a observarme como para saber a quién está llamando esa voz.

–¡Sídney!

–¡Ey, Sídney! ¿Estás bien?

–Creo que está teniendo un ataque de ansiedad… ¿Qué hacemos?

–Hay que sacarla de aquí.

Son dos, dos voces en mi cabeza.

Una de ellas se manifiesta y me toma de la muñeca para guiarme hasta el patio donde, si bien la música sigue sonando, no me abruma al estar alejada de los altavoces. Intento susurrarles un pequeño "gracias" pero no puedo. Las palabras no me salen, sostengo una mano sobre mi pecho y la muevo repetidas veces para asegurarme de que mi corazón siga latiendo. Me duele no poder concentrarme en ese latido y no saber si sigo con vida.

Ambas voces me ayudan a recostarme sobre el tronco de un árbol y me dan el espacio que necesito para recuperar la respiración. Inhalo y exhalo repitiéndome a mí misma que todo va a estar bien, que estoy viva y que solo ha sido un susto.

Puedo repetirme que estaré bien las veces que sean necesarias y la ansiedad tarde o temprano desaparecerá, pero no podré quitarme de la cabeza que Phoebe cree que estoy gorda. Cuando una amiga te lastima, por algún motivo sus comentarios perduran en tu mente por más tiempo del necesario. Eso se debe a que les abrimos en

algún momento nuestros corazones y, el hecho de saber que nos conocen, nos destruye.

Nunca te imaginarías que una persona a la cual le entregaste tu corazón te destrozaría de esta forma. Y aun así lo hace, sin remordimientos.

Hace unos años, pensaba que si un chico se acercaba a hablarme era para preguntarme sobre mis amigas. Nunca imaginé que alguien se interesaría en mí, así de baja tenía la autoestima al crecer como persona gorda. Al no tener un cuerpo normativo que todas las mujeres admiran. Se habla mucho del positivismo y de la diversidad de cuerpos, pero nadie quiere estar en esa situación y es algo que me agobia a diario.

Me gusto, me gusta mi cuerpo, estoy conforme con él. Eso no quiere decir que el resto también lo estará y es algo que me estresa. No debería prestarle atención a lo que dicen los demás, pero, sin querer, siempre terminan formando una opinión que no deseamos y es muy difícil ignorarla, en especial si esa opinión proviene de alguien a quien quieres.

No estoy acostumbrada a que me den cumplidos. No estoy acostumbrada a que me observen a mí en vez de a mi amiga flaca y, al parecer, ella tampoco está acostumbrada a no recibir esa atención. Es como si la situación le molestara. Es como si le pesara más el hecho de que Tom no le dijo hermosa a ella. Le pesa con más fuerza que el hecho de alegrarse por su amiga.

Sé que no lo ha hecho con malas intenciones. Igualmente, me hubiese gustado una disculpa más sincera por su parte. Más tarde me gustaría buscarla para explicarle por qué me molestó su actitud. Considero que correr de la escena para evitar un enfrentamiento es

cobarde. No me importa que su excusa haya sido para verse con Jonan, eso no se hace. Está mal lastimar a un amigo y dejarlo tirado en medio de una discusión.

No me molesta que me haya dicho gorda. Sé lo que soy, me veo al espejo todos los días. Me molesta que considere que es una forma de insultarme, de atacarme. Como si ser gorda fuera un insulto, como si fuera lo peor que le puede pasar a una chica. No tiene sentido. Quizás la criaron así, quizás en su casa se ve de esa forma, pero necesita conocer otras realidades. No le vendría mal ponerse en mis zapatos por unas horas. Es difícil amigarse con tu autoestima cuando la sociedad está en tu contra.

Estoy todos los días intentando amigarme con el cuerpo que será el hogar de mi alma para siempre y este tipo de comentarios me hieren.

–¿Estás mejor? –me pregunta Harper ofreciéndome una botella de agua.

Una vez que recupero el aliento, me detengo a observarla. Se agacha a mi lado para que pueda aceptarle su oferta y Hayes se encuentra de brazos cruzados tapándome la vista del resto del patio.

El calor vuelve a apoderarse en mis mejillas, esta vez de vergüenza.

No puedo creer que me hayan visto en ese estado. Dios mío.

–Sí, gracias. –Le dedico una sonrisa tímida y accedo a beber su agua.

No sabía que lo necesitaba hasta que sentí como el incendio que estaba en mi pecho se apagaba con la suave sensación del agua refrescante y natural. La misma sensación que obtienes después de estar horas bebiendo alcohol o refrescos. Es como si tu cuerpo

necesitase purificarse. Me siento limpia y eso me sirve para calmar la ansiedad.

–¿Qué te pasó? Por un segundo pensé que te morías ahí –bromea Hayes ofreciéndonos una mano a cada una para que nos levantemos.

En ese momento me doy cuenta de que mi trago desapareció, lo más probable es que lo haya dejado caer en algún lado.

–¡Hayes! –se queja su melliza–. Tuvo un ataque de ansiedad hace cinco minutos, no la molestes. Necesita respirar en paz por dos minutos mínimo.

–¿Dos minutos y ya puedo molestarla? –pregunta sonriente.

–No deberías molestarla y punto.

–¿Por qué no? Si está sonriendo, la estoy haciendo sonreír, Har. –Me señala para que su hermana pueda darse cuenta de eso.

–Eres insufrible –se queja suspirando con exageración–. ¿Qué necesitas, Sid? ¿Quieres que te acompañe al baño? ¿Quieres que nos vayamos de aquí?

–No, no, no –me apresuro a negar con mi cabeza–. Gracias, estoy bien. De verdad. –Les dedico una sonrisa–. Sentí que me ahogaba allí dentro.

–Te vimos, por eso te sacamos de ahí.

–Gracias, de verdad… Ya pueden seguir con cualquier cosa que estuvieran haciendo antes, no quiero molestarlos. –Me encojo sintiéndome mal por mi conversación previa con Phoebe.

–Ey, no nos molestas. Estábamos esperando a que aparezca la chica que le gusta a Harper, así que no estábamos en nada importante. –Hayes rodea un brazo por mis hombros.

–¿Te gusta una chica? ¿La misma de la semana pasada o es otra? –le pregunto a mi amiga porque, por lo poco que aprendí de ella en estos días, tiene muchos crushes pero le da vergüenza acercarse por miedo a que la rechacen.

–Es la misma, Carly, de la clase de Literatura II. Me aceptó la solicitud en Instagram y estuvimos hablando un par de días. Me dijo que iba a venir a la fiesta. –Me sonríe con entusiasmo.

–El problema es que no sabemos si le gustan las mujeres o no –se ríe Hayes.

–Mi idea es preguntarle aquí. Si me ha dicho que venía es porque le debe interesar verse conmigo, ¿no? –me pregunta.

–Puede ser… No sé cómo funciona la nueva modalidad de *ligoteo* por redes sociales, pero supongo que si te dijo que estaría por aquí es para que se vean…

–¿Y tú? ¿Viniste sola? –me pregunta el morocho cruzándose de brazos.

Empiezo a creer que es una postura característica en él.

–No, vine con Phoebe, mi compañera de habitación –dejo escapar un suspiro que no sabía que estaba reteniendo–. Discutimos hace un rato. Hizo un comentario desafortunado que lastimó mis sentimientos.

Me encojo de hombros y observo el suelo en busca de algo que no me de vergüenza de esta conversación. Algo en mí decía que tenía que expulsarlo y contárselo a alguien para sentirme mejor.

–¿Qué? –Harper frunce el ceño y cruza una mirada que no entiendo con su hermano–. ¿Qué te dijo para hacerte sentir así de mal?

–¿Qué? –Esta vez soy yo la confundida.

–Algo te ha dicho para que te de un ataque de ansiedad –opina Hayes–. No sé qué ha sido, pero te hirió, así que no creo que haya sido algo positivo…

–No quiero entrometerme, sé que no la conozco, pero una amiga no te hace eso –agrega Harper.

Mierda. Quizás debía guardármelo para mí. Ahora pensarán que Phoebe es una mala amiga por un simple comentario desafortunado que luego podré hablar y solucionar con ella… Aunque debo darles la razón en que una amiga no te deja abandonada después de una discusión. Eso está mal.

–¿Por qué no vamos a por unas bebidas? Así esperamos a que el crush de Har aparezca y te ayudamos a que tu noche mejore –me propone Hayes sonriente y no puedo evitar asentir con mi cabeza.

La idea de volver a la barra con personas que no hicieron comentarios sobre mi cuerpo me gusta. En especial por la idea de reencontrarme con ese bartender que está dispuesto a prepararme los tragos que quiera.

Quizás hasta esté dispuesto a darme algo mejor que un trago.

Basta, Sídney. *No dejes que se te suba a la cabeza.*

O mejor sí, hazlo. No tienes nada que perder.

Será una noche larga…

Capítulo 21

 **Drake** 

Nunca pensé que me vestiría con una bermuda animal print para ir a una fiesta universitaria pero aquí estoy, intentando seguir las reglas que impuso la hermandad.

Mi mejor amigo estuvo riéndose de mí por quince minutos antes de que salgamos de nuestra habitación. Me tomó una foto y la subió a sus mejores amigos de Instagram para que se burlen de mí. Ja, ja qué gracioso.

A él se le ocurrió la idea de ir con un estampado de camuflaje porque la temática es Jungla chic y supuso que se podía camuflar con las plantas y no pasar vergüenza.

Está de más aclarar que esa maravillosa idea nunca se cruzó por mi cabeza.

En fin, nada que un poco de alcohol en sangre no ayude a superar. Además, al ir sin camiseta, creo que las chicas ni se percatan de que me puse una bermuda *animal print* sino que se están perdiendo en mi belleza corporal. Al menos ese es el engaño mental con el que me envolveré toda la noche para sobrevivir sin pasar un bochorno.

Si Tarzán pudo conquistar a Jane con un taparrabos, puedo pasar la noche con orgullo y altitud. Y al que no le guste mi autoestima elevada, que no me observe.

Algunos de nuestros amigos optaron por accesorios, camisetas con estampados de animales salvajes o el camuflaje que Ryle nunca quiso compartir conmigo. De verdad, la próxima vez le rogaré cambiar de *outfits*.

Al principio estamos dispersos por toda la casa. Me he cruzado con algunos compañeros de clases y con la mayoría del equipo de fútbol americano.

–¿Por qué no nos adueñamos de una mesa de billar y jugamos por el resto de la noche? –propone Joe guiándonos a la sala.

Al ser un living abierto, conecta con la zona de juegos donde se encuentran las mesas de billar y los dardos para el tiro al blanco.

Por lo que me contó Calvin, las chicas de Alpha Phi tuvieron que pedirles prestadas las mesas a una de las fraternidades vecinas debido a que querían hacer la mejor fiesta del campus y todavía no tenían un sector designado para los juegos en específico. De hecho, hay un proyector gigante en el medio de la sala porque utilizan este espacio para ver películas todos los martes. Es una de sus tradiciones como hermandad. Supongo que los sillones fueron movidos al sótano de la casa o algo de eso…

Calvin se enteró de este chisme debido a que su nuevo ligue es parte de la hermandad, por eso, cuando Joe nos dirige a una de las mesas de billar que está ocupada y lo ven a Jensen, automáticamente le ceden el espacio.

Me siento un poco mal por las personas que estaban jugando, pero son los beneficios de tener un amigo que sale con alguien de la

hermandad. Supongo que también, en parte, es el privilegio de que sea uno de los deportistas más queridos de la universidad. Se lleva bien con todo el mundo y conoce a todo el mundo.

Nos dividimos en dos grupos y nos percatamos de que mi mejor amigo se quedó atrás, hablando en su celular.

–¡Jensen júnior! –le grita Will mientras le hacía señas para que se acerque–. Deja el celular y ven aquí, te daré una paliza.

Ryle corta la videollamada con su novio y toma uno de los palos de billar que había sobre la mesa.

–¿Apostamos o qué?

Su pregunta hace reír a varios de nuestros amigos y él sonríe orgulloso por mantener su encanto habitual.

–A ver, ¿qué quieres apostar? –le pregunta Will interesado.

–Si mi equipo gana, tienen que convencer al entrenador de que nos deje saltearnos los treinta minutos corriendo por el estadio del entrenamiento de mañana.

–Trato. Si yo gano, me dejas jugar en la posición de mariscal en los entrenamientos de la semana que viene –le sonríe maliciosamente.

Ryle lo duda unos segundos y termina estrechando su mano con Will.

–Bennet los va a asesinar a los dos si se entera de estas apuestas –me río.

–Es por eso que va a enterarse, Mendler. –Joe me rodea el cuello con su brazo y observamos como los otros dos se matan por empezar la partida.

No conozco a nadie más competitivo que a Ryle en esta clase de juegos.

Mientras espero mi turno, recorro la habitación con mi mirada. Está repleto de personas bailando o jugando en la otra mesa de billar.

Un imán me lleva a encontrarme con la mujer más hermosa del lugar: Sídney. Lleva puesto un vestido ajustado que me provoca cosas innombrables en el pantalón, de tal manera que tengo que beber un sorbo para no empalmarme. Por suerte, mis amigos están concentrados en el juego y no se percatan de mi linda distracción.

Por supuesto que no está sola. No sabía si vendría, pero tampoco sabía que iba a estar acompañada de un chico. A lo sumo me esperaba alguna de sus amigas.

De hecho, no me crucé con Jonan en toda la noche y Calvin me dijo que lo ha visto así que, lo más probable, es que esté con Phoebe. En mi cabeza, eso no significaba que Sid podía estar cerca también.

La veo hablando a un costado de la multitud, donde todos bailan. A su lado hay un chico de su estatura. Intento hacer memoria y fallo en el intento: a este joven no lo conozco.

Creo que mi cuerpo no estaba preparado para lo que está presenciando en estos momentos. Tomo lo que queda de mi vaso y le robo a Ryle el suyo, apoyado sobre una mesa. No puedo hacerlo.

No puedo soportar verla con otro. No de esta forma…

¿Por qué no podemos mostrarnos?

¿Qué pasaría si nunca hiciéramos el ruido de contarle a los demás nuestra historia? ¿Dejarías que todos nos vean, Sid?

Desde que hicimos un trato de reemplazar una amistad por acostarnos juntos y nada más, nunca creí que me molestaría verla con otro. A ver, sí es verdad que le sugerí que no lo hiciera en frente

de mí para no dañar mi ego, pero, conociéndola, nunca creí que realmente lo haría delante de mis ojos.

Sé que no soy el centro de su mundo, no pretendo serlo y odio los celos, es algo que no soporto en las relaciones y siempre me parecieron injustificados, pero por algún motivo, los celos me nublan la vista esta noche.

Siento una oleada molesta recorriendo mi cuerpo. Ese chico la quiere, quiere estar con ella y verlos juntos me vuelve loco.

–Ey, Drake –me llaman mis compañeros–. Es tu turno.

Se me hace imposible concentrarme en el billar en este momento.

Les hago una seña para que sigan jugando sin mí. Le resto importancia a sus quejas, de hecho, me conviene mantenerme afuera de sus apuestas. En especial si involucran al entrenador. Sé que no le caigo del todo bien desde la última vez que le respondí. También sé que espera demasiado sobre mis jugadas. No puedo desviarme por una estúpida apuesta. Prefiero concentrarme en ella…

Sídney se ve tan atractiva en ese vestido que me duele. Me duele ponerme celoso. ¿Quién no se sentiría celoso cuando mi amiga luce así de bien?

El chico la hace reír y sin darme cuenta aprieto los puños.

Desde el momento en el que la vi a lo lejos, no puedo sacármela de la cabeza. Siento la mirada penetrante de Ryle sobre mi nuca y le agradezco que no haya dicho nada y que siga con el juego. Estoy seguro de que no se ha dado cuenta de la situación, sino de que algo me pasa y que no quiero hablar de ello ahora.

Y cuando intento relajar mis hombros dejando escapar un largo suspiro, el chico le acomoda un mechón de pelo por detrás de la oreja y no puedo contenerme más.

Soy un estúpido por dejar que mis pies se muevan en su dirección, pero tengo que dejarle un mensaje al joven y, quiero robarle a la chica que está sonrojándose en su presencia.

La impulsividad me mata y provoca que me tropiece con los que están a mi alrededor. Cuando llego hacia ellos, mi brazo rodea el cuello de Sídney sin que pueda meditarlo dos veces. El joven se sorprende al verme y da un paso hacia atrás.

Sídney también se sorprende e intenta librarse de mí, pero no la dejo y ella tampoco presenta tanta resistencia.

–Mierda, no sabía que tenías novio. Lo siento, hermano –se disculpa el chico.

–Tranquilo, no pasa nada –le respondo sonriéndole.

–¿Qué? No, Drake es mi… ¿amigo? –Se queja y se libra de mi agarre–. Tom, no te preocupes por él. Me vio mal hace un rato y quiso asegurarse de que estuviese bien –miente jugando con su cabello algo nerviosa–. Quédate.

Tom nos mira una y otra vez antes de negar con la cabeza y soltar una maldición en silencio. Quizás le di todas las señales que necesitaba con mis ojos.

–Lo siento, Sid, tengo que seguir trabajando. Búscame si te dejan, ¿sí?

Se retira así sin más y ruedo mis ojos. ¿Si la dejan? No es de mi propiedad para que piense eso. ¿Le habré dado a entender eso? ¿Sídney pensará eso? Uy, quizás la he cagado fuerte.

Por las dudas, antes de que mi amiga empiece a gritarme, la tomo de la muñeca y la arrastro hacia uno de los baños para encerrarme con ella ahí.

–¿Estás loco?

Es lo primero que me grita una vez que la música baja unos tonos debido a la puerta cerrada, su voz suena agitada del enojo. Creo que nunca la vi enojada.

Y creo que, dándome cuenta de lo que hice, tiene motivos para estarlo.

–Teníamos un trato –me quejo de brazos cruzados intentando justificarme.

Es injustificable realmente.

–¿De qué estás hablando?

–De nuestro trato, te dije que no tenía problema de que estuvieras con otros chicos, yo también estoy con otras chicas. –Sídney deja escapar un suspiro de indignación por mi aclaración e intento ocultar mi sonrisa orgullosa–. Solo no quiero verte coqueteando con ellos frente de mí.

–Lo sé, conozco el trato. –Se pasa una mano por su cabello algo frustrada, posiblemente porque sus bucles hechos a calor se fueron desarmando.

Siempre se peina de esa forma y siempre se queja de que se le desarman. Aun así, se sigue peinando igual. Ella se entiende.

–Estabas con Tom, frente a mí –le aclaro para que entienda el motivo de mi interrupción.

–No sabía que estabas cerca –admite encogiéndose de hombros–. Perdón si Tom arruinó tu ego.

–Tom no arruinó mi ego, incumpliste una regla –me quejo.

–Sí, y tú te has puesto celoso.

Antes de que me dé tiempo a contradecirla, me observa de arriba a abajo y reprime una risa tapándose la boca con su mano.

–¿Qué? –le pregunto.

Niega con la cabeza y mira hacia otro lado para intentar ocultar la risa que se estaba escapando levemente por sus carnosos labios.

–¿Qué pasa?

Sídney intenta seguir ocultando su risa pero no puede, se va saliendo de a poco por su sonrisa.

–¿Qué es tan gracioso? –le vuelvo a preguntar confundido.

Sid me señala los pantalones y estalla en una carcajada. Si bien intento rodar mis ojos para restarle importancia a su burla, su risa es tan preciosa que se me contagia. No puedo evitar reírme con ella.

Su risa me nubla de cualquier otra preocupación o inseguridad que tenía hace unos minutos. Es la cosa más hermosa del mundo.

–¿Qué son esos pantalones? ¿A quién se los has robado? –me pregunta entre risas mientras se sostiene de la puerta para no caerse.

–Son míos, los compré para la fiesta. ¿No te gustan? –le pregunto moviendo mis caderas para intentar conquistarla en un movimiento sensual y lo único que provoco es que se tenga que agachar en el suelo para reírse apropiadamente.

Le dio un ataque de risa al ver mis pantalones, genial.

Punto para Drake.

Tom no podría hacerla reír de esa forma con sus pantalones negros.

Quizás no era la forma ideal para conquistarla, pero parece que está funcionando.

–Drake, son espantosos. –Se limpia una lágrima de sus mejillas, la he hecho llorar de la risa. Tierra trágame–. No puedo creer que te dejaran pasar con eso.

–¡Estoy acorde a la temática! –me quejo riéndome–. Tú llevas un vestido con el mismo estampado. No puedes decirme nada.

Algo en mi comentario provocó que se apagara la luz de su sonrisa y un golpe en el estómago me hace sentir mal. Sin querer he dicho algo que no debía.

–Ey, ¿qué pasa? –le pregunto acercándome a ella.

Le acaricio la cintura con delicadeza y niega con la cabeza para evitar responderme. Su mirada se encuentra perdida en el suelo.

–¿Qué pasa, Sid? ¿Es por lo que dijiste antes? Eso de que estabas mal hace un rato… ¿Es por eso? –le pregunto acariciándole la mejilla con mi mano libre.

Observo como traga saliva y duda en abrirse o no hacia mí.

Por algún motivo me duele el reflejo de esa duda.

La he estado llamando amiga durante toda la fiesta y es en este momento que caigo en por qué no quiere abrirse hacia mí. Habíamos quedado en que los sentimientos estaban prohibidos en nuestra relación cordial de acostarnos juntos. No puedo llamarla amiga si no se atreve a contarme un secreto porque sabe que no debería hacerlo.

Algo se despertó en mi organismo y una sensación de amargura invadió mi garganta. Respeto su decisión de no contarme nada para no arruinar las cosas, pero me gustaría escucharlo todo. Me gustaría estar horas hablando con ella y conocerla más. Me gustaría que se deje conocer y me gustaría dejarla que me conozca a mí también.

Es frustrante.

–Bueno, sea lo que sea, quiero que sepas que te ves extremadamente atractiva en este vestido. –Le doy un beso delicado

en la frente y le acomodo el cabello detrás de su oreja–. Te ves tan atractiva que no pude luchar contra el impulso de acercarme a ti.

Sus ojos parecen suavizarse bajo el contacto de mis dulces palabras y una sonrisa tímida se dibuja en su rostro.

–Me he estado riendo de tus pantalones por los últimos cinco minutos y tú me elogias mi vestido con demasiado amor. –Niega con la cabeza–. Soy la peor.

–Uno de los dos tenía que ser el tierno de la relación –bromeo un poco y Sídney me rodea en sus brazos.

–Gracias, significa un montón para mí.

Una vez que me suelta su abrazo, le sonrío. Sé lo mucho que significa para ella sentirse cómoda en su propia piel.

Y solo con un pequeño roce de nuestras manos, siento una energía electrizante entre nosotros. Cada pequeño tacto se siente bien. Se siente correcto.

–Sid, una última cosa –le digo antes de darle un beso de despedida para que cada uno siga en la fiesta con sus amigos.

–¿Qué pasa?

–Ten más cuidado la próxima vez que estés con un chico frente a mí. –Apoyo una de mis manos en la puerta a la altura de su cabeza–. Porque, la próxima vez, no dudaré dos veces en demostrar que eres mía.

La beso en los labios levantándole el mentón con mi muñeca y, cuando profundiza nuestro beso, me aparto de ella.

Sídney parece querer quejarse y termina sonriéndome cuando le guiño el ojo.

Antes de seguir tentándome en sus labios, me voy.

Puede que Sídney Jones se esté convirtiendo en mi nueva obsesión.

Poco a poco se convierte en mi adicción y sé que puede verme a través de nuestras misiones secretas y escapadas otoñales.

Lo mejor que puedo hacer es alejarme de ella antes de que empiece a sentir algo más fuerte que una simple atracción física.

Lo de hoy fue un descuido, si vuelve a suceder no creo que pueda contenerme.

Quizás no la quiero como un ligue nada más…

∞ PARTE ROSA ∞

"'Cause I feel so high school every time I look at you…
Are you gonna marry, kiss, or kill me?
It's just a game, but really".

–Taylor Swift

PLAYLIST

22. Stronger – Britnaey Spears
23. Secret Love Song, Pt. II – Little Mix
24. Birds of a Feather – Billie Eilish
25. Unwritten – Natasha Bedingfield
26. Kids Again – Sweet California ft. Benjamin // Read Your Mind – Sabrina Carpenter
27. We Can't Be Friends (wait for your love) – Ariana Grande
28. Tell Me Why (Taylor’s Version) – Taylor Swift
29. Sweet Relief – Madison Beer
30. Stand By You – Rachel Platten
31. People Watching – Conan Grey
32. Adore You – Harry Styles
33. Perfect Day – Hoku // Castle – Halsey
34. Washing Machine Heart – Mitski // So High School – Taylor Swift
35. We’re Not Alike – Tate McRae
36. Wide Awake – Glee Cast

Capítulo 22

 Drake 

Pensé que la primera semana de exámenes iba a ser la más difícil de todas y me equivoqué. La semana más complicada es la primera donde te dan la bienvenida oficial al equipo de fútbol americano.

Estuve a prueba por dos meses y este lunes el entrenador colocó una lista en la pared de los vestuarios con los nombres de todos los integrantes del equipo.

Una lista en la pared definió el resto de mi año universitario. Me sentí dentro de una película donde los protagonistas esperan ver sus nombres en la del próximo musical escolar.

También, me sentí mal por aquellos compañeros que no entraron al equipo, pero, por suerte, ninguno expresó su disgusto. Vieron que sus nombres faltaban y se fueron sin decir mucho más. Algunos hasta pareció que ya lo esperaban, otros se resignaron a vaciar los casilleros con sus pertenencias.

Cinco minutos más tarde, apareció Bennet para felicitarnos y para entregarnos nuestras camisetas oficiales. Antes, jugábamos con las genéricas.

Ahora, tengo una camiseta que dice mi nombre; Drake Mendler, y el número veintidós por mi posición de corredor. A diferencia de otros deportes, en el fútbol americano no se puede elegir el número que queremos que nos represente.

Se asignan a partir de la posición en la que juega cada integrante del grupo. Ryle, en la escuela, tenía el número cinco porque era el mariscal de campo y, como no hay otro jugador con el mismo número, se lo dejaron. A los que juegan en su posición, por lo general se les asigna un número entre el cero y el diecinueve. En cambio, los corredores obtenemos uno entre el cero y el cuarenta y nueve o entre el ochenta y el ochenta y nueve. A mí me tocó el veintidós y me siento conforme con eso. Se podría decir que es un buen número.

Como recibimiento, y para oficializar a los nuevos jugadores, el entrenador nos entregó una guía de ejercicios para que hagamos durante toda la semana además de darnos una charla larga y tendida acerca de nuestra nutrición y lo importante que es tener una dieta balanceada. Por suerte, al haber entrenado en la secundaria, conozco la importancia de la hidratación y del consumo proteínas, carbohidratos y grasas saludables que debería tener incorporado en mis comidas.

El lunes, después de la euforia de recibir camisetas con nuestros nombres, no parecía tedioso este nuevo plan de entrenamientos. Estando a jueves me cuestiono abandonar el equipo por mi cansancio físico y mental.

Bennet separó los ejercicios para que entrenemos todo el cuerpo, pero enfocándonos a profundidad en un objetivo por día. Los lunes entrenamos la fuerza de la parte inferior del cuerpo y los miércoles

de la parte superior. Los martes nos enfocamos en la velocidad y resistencia corporal, por lo que suele ser el día más agotador de todos junto con los jueves, que reemplazamos la resistencia con la agilidad. Los viernes son nuestros días de recuperación activa o descanso, dependiendo lo que queramos cada uno o lo que se necesite para el próximo partido.

Algunos de mis compañeros optan por hacer natación, en mi caso, me gusta caminar por el campus. Dos horas de caminata y ejercicios de elongación.

Hoy empezamos con un trote suave de quince minutos alrededor del estadio y nos detuvimos para hacer los estiramientos adecuados. La entrada en calor es fundamental, es la única parte que no podemos saltearnos. Funciona de la misma forma que los entrenamientos de vocalización antes de cantar; para evitar lesiones y tener un mejor rendimiento en nuestro trabajo. También es fundamental elongar al terminar, por el mismo motivo y para mejorar nuestra flexibilidad.

Seguimos con cuatro series de circuito de conos para entrenar la agilidad y luego lo reemplazamos con los *sprints* cambiando de dirección el trote alrededor del cono.

Una vez transcurridas las dos horas de ejercicios generales, nos dividieron en posiciones de juego para trabajar en lo que destacamos.

Los corredores tenemos que enfocarnos en nuestra agilidad y la fuerza de nuestras piernas. Empezamos con sentadillas, planchas y desplantes como de costumbre. Hoy Bennet quiere que incorporemos a la rutina un ejercicio de respuesta así que pasamos gran parte de nuestro tiempo en eso.

Al finalizar la jornada, el entrenador me pidió que me quedase unos minutos extras para hablar de algo. Así que, una vez que salgo de la ducha, me encuentro con él en los pasillos.

–Entrenador, ¿quería hablarme? –Le pregunto secándome el cabello con una toalla mientras intento no ponerme nervioso.

Por lo general, cuando un entrenador solicita encontrarse contigo es por uno de estos dos motivos:

1. La has cagado muy fuerte y estás a punto de comerte la regañada más grande de tu vida: necesitas enfocarte y esforzarte en no volver a cometer ningún error o, por el contrario, te echarán del equipo.

2. Te felicitará por tu desempeño y te va a exigir que sigas de esa forma: estás en su mira. De ahora en más, no puedes dar tu 100 % en el campo, debes dar el 150 %.

En mi caso, creo que no va a ser ninguno de los dos. No se me ha caído el balón en ningún momento y no me he trastabillado así que no tiene motivos para enojarse conmigo. Tampoco me he "destacado" por lo que no tendría sentido la felicitación, mi desempeño fue normal o, incluso, podría decirse que ordinario.

–Sí, Mendler.

–¿Pasó algo? –pregunto impaciente.

Mis compañeros salen de los vestuarios y me dedican miradas confusas a lo lejos. Me encantaría decirles por telepatía que no tengo ni la más mínima idea de qué está por suceder.

–No, Mendler. Tranquilo, solo quería felicitarte porque le has puesto muchísima energía al juego hoy. Se nota que, de donde vienes, son buenos jugando. –Me sonríe.

¿De donde vengo? ¿Se refiere a la escuela o acaba de hacerme uno de los comentarios más racistas de la historia?

–¿Qué? –Le pregunto confundido.

–Has demostrado interés por el deporte y se ha notado. Quería decirte que te he visto. –Me da una palmadita en el hombro–. Espero que sigas con esa actitud por el resto de la temporada.

–Gracias, entrenador.

Le dedico una sonrisa tímida debido a la sensación agridulce de su comentario. Me gustaría dejarlo pasar porque puede ser que se refiera a mi escuela, ya que Calvin y Ryle también vienen de ahí y ambos son bestiales en el juego, pero no los ha llamado para hablarles en privado y eso es lo que me confunde. Es lo que me hace entender que pudo haber sido un comentario de racismo internalizado que no está bueno ni es apropiado.

El lado positivo es que ha notado mi desempeño y tuvo la voluntad de destacarlo. No todos los entrenadores lo hacen, por lo que realmente se aprecia. En especial después de venir de largas semanas de entrenamientos donde me frustraba el hecho de no saber si quedaría o no en el equipo.

Me alegra saber que todo dio sus frutos.

Capítulo 23



Sorpresivamente, Jonan es un gran conductor. No se distrae con las caricias de Phoebe ni pasa el semáforo en rojo. Lo único que le criticaría es su gusto musical.

¿Quién escucha música jazz mientras conduce?

Es viernes por la noche y fuimos invitados a la obra de teatro que protagoniza Garret, el hermano de Jonan. No lo conozco y él tampoco me conoce. En realidad, nos invitó nuestro amigo porque le dieron varias entradas y le daba miedo que su hermano se presentara frente a una sala vacía. Vamos a llenar los espacios.

Hace un montón que no voy al teatro, así que no me molesta en lo absoluto ser un asiento de relleno en el lugar. En especial, si me regalan la entrada.

–¿De qué se trata la obra? –le pregunta Phoebe al chico que le gusta.

Va sentada en el asiento de copiloto como una verdadera princesa.

Llevaba varios minutos en silencio y, para no hacer el viaje incómodo, fui llenando esos huecos con observaciones muy

superficiales del clima con el conductor. Parece que hoy no está con ánimos de fomentar sus relaciones sociales.

–No tengo ni idea –admite su chico. Puedo notar en su voz que le gustaría decir algo más, pero, de verdad, no sabe qué decir.

–¿No le preguntaste de qué se trataba a tu hermano? –interfiero en su conversación para ayudarlo.

–Me contó muy por arriba y no lo recuerdo. Me dijo que es mejor verla a ciegas. –Se encoge de hombros y, como se detiene en un semáforo, gira su cabeza para observar a Pheebs–. Estás hermosa.

Ese halago es justo lo que ella necesitaba para que se le forme una sonrisa en el rostro. Él intenta disimular una sonrisa triunfadora guiñándole el ojo.

Mi compañera de habitación le da un beso en los labios y le dedica una mirada traviesa que me obliga a enfocar la vista en mi ventana para darles privacidad y para centrarme en lo que sea que suceda a nuestro alrededor.

Owwwww, un perrito.

–Ah, Sid, me olvidé de avisarte que Jonan invitó a los chicos.

El comentario de Phoebe me distrae del perrito salchicha que va en el asiento trasero del coche paralelo al nuestro. Me encantan los perros, me gustaría adoptar uno cuando tenga mi propio piso. De pequeña tuve un ovejero alemán y era lo más dulce del mundo. Se llamaba Brady en honor a *Teen Beach Movie*, mi película favorita de la infancia.

–¿Qué? –pregunto confundida.

–Invité a algunos de mis amigos del equipo. No te molesta, ¿verdad? –Me pregunta Jonan–. Pheebs dijo que no te molestaría.

–Ah, no… No me molesta. –Me encojo sobre mi asiento y, de esta manera, me dejo caer.

Phoebe nunca me preguntó si me molestaba. Ahora ya sería demasiado tarde para volver a la residencia. Estamos a veinte minutos en coche y solo tengo suficiente dinero para la cena, nada más. Todo esto calculando que volveríamos de la misma forma que estamos yendo ahora. Por suerte, de verdad no me molesta.

Pasan las canciones (Phoebe aprovechó para escuchar música pop y sacar el jazz) y ellos siguen hablando de cualquier cosa. Me alegra que mi amiga recupere sus instintos sociables.

Él parece ser muy gracioso porque ella no deja de reírse de todo lo que dice y, en mi caso, me río para mis adentros porque estoy jugando a ver de qué color será el próximo coche que veré por la ventanilla.

Ante la duda casi siempre es negro o gris.

Creo que ejemplifica muy bien cómo me va en el amor.

Mientras que los demás encuentran con quién abrir sus corazones rosas, encuentro el amor en un juego de primaria, sola, porque podría estar jugando acompañada.

Encontramos un lugar para aparcar y caminamos dos cuadras hacia el teatro donde nos encontramos con dos chicos de la mano que no conozco en persona. El más alto me resulta familiar y creo que lo he visto, pero, si es del equipo, nunca lo vi jugar.

–Elijah, ellas son Phoebe y Sídney –nos presenta Jonan y lo saludamos.

Al escuchar su nombre, recuerdo de dónde lo conozco. Lo sigo en redes sociales. Es una de las personas con más seguidores de toda la universidad. Creo que es hijo de alguien conocido y por eso se

hizo famoso. Ahora entiendo que también está en el equipo y que por eso los chicos lo conocen. Tiene un estilo de vestir relajado que grita miles de dólares. Estoy segura de que su camiseta blanca básica vale más que el microondas de mi habitación.

–Zedd, mi novio –presenta Elijah al chico que va a su lado.

También, ahora que lo menciona, lo reconozco por sus redes.

Lleva una chaqueta de cuero, camiseta gris y unos pantalones negros rasgados. Parece que salió de una película; de esas donde la protagonista se pelea constantemente con su novio por su relación supertóxica. Sus ojos son verdes y lleva el cabello platinado con unas mechas rosas. Le queda genial.

Hasta me hace dudar en si quiero teñirme el cabello de la misma forma. ¿Me quedará bien? Es probable que el rubio no sea para mí. ¿Y las mechas californianas rosas? Quizás ya no están en tendencia, pero recuerdo que hace unos años me moría por tenerlas y mi mamá nunca me dejó tintarme el cabello para no estropearlo. También, le sumaba la excusa de que en mi escuela no iban a dejarme entrar si incumplía el reglamento de esa forma. Un supuesto reglamento donde no te dejan llevar ropa ajustada si eres mujer y tienes pechos predominantes. Estúpido. No fue hasta dos años más tarde que vi a una chica popular de otro curso con cabello castaño y mechas de color violetas y descubrí que no pasaba nada si las llevabas.

Por supuesto que intenté convencer a mi mamá de hacerme las mechas rosas y por supuesto que no me dejó. Me prometió que cuando fuera mayor de edad me iba a dejar hacerlas porque, claro, cuando eres mayor de edad, puedes hacer con tu cabello lo que quieras sin consecuencias. Y, en el caso de que las haya, es pura y

exclusivamente tu culpa y tendrás que lidiar con esa responsabilidad. Como la responsabilidad de usar flequillo y tener que cortártelo cada vez que crece un centímetro. Ya pasé por esa situación en mis primeros años de la secundaria y, por más que me quedaba divino, no quiero repetirlo. Era tedioso tener que lidiar con eso todo el tiempo.

En la universidad cada uno puede llevar la ropa, el maquillaje y el peinado que quiera y eso me encanta. Como todos somos mayores de edad, no tenemos padres controlando nuestras decisiones impulsivas a las tres de la mañana porque no tenemos motivación suficiente para estudiar, pero si para un cambio de look.

Ahora que lo pienso, si estos son los únicos amigos que invitó Jonan, estoy segura de que la voy a pasar genial con dos parejitas junto a mí.

Ay, que divertido, una cita doble y la amiga soltera…

A menos que quieran juntarme con el hermano de Jonan, ahí sería divertido si nos olvidamos de que sería la segunda vez que intentan emparejarme con alguien. Ya a este punto es patético.

Para mi suerte, parece ser que los dioses me escucharon y veo como Drake y Ryle cruzan la calle para encontrarse con nosotros. Me alegra saber que no me torturarán los tortolitos con sus caricias acarameladas en el medio de la función.

Mis ojos se van directo al atuendo de Drake y me dan ganas de asesinarlo porque lleva una camiseta color lila muy similar a la que le dije a principios de curso que le quedaba hermosa. Estoy segura de que él sabía que iba a acompañar a mi amiga. A juego, lleva una chaqueta universitaria negra y unos pantalones de mezclilla grises

oscuros. No sé quién le enseñó a vestirse bien, quiero agradecerle desde el fondo de mi corazón.

–No te molesta que ellos se sumen, ¿no? –me susurra la pelirroja en mi oído mientras que los nuevos se van saludando con sus amigos.

–No, no me molesta. Me hubiese gustado que me lo cuentes igual, más que nada si ya lo sabías de antes. –Le respondo hablando lo más bajo que puedo y en ese momento se acerca Ryle a saludarme, seguido de Drake.

–Secretos en reunión es de mala educación –bromea este último. Por algún motivo, me dejó para el final. Soy la última que saludó.

En un principio me molestaría si no fuese porque tenemos un pacto electrizante, y no queremos que nuestros amigos se enteren de que algo pasa entre nosotros detrás del telón. La última vez que lo vi, tuve una crisis existencial con mi cuerpo y él encontró las palabras específicas para hacerme sentir mejor.

Es de esas personas que están en todos los detalles sin que se les pida. Drake va a estar siempre pendiente de que estés bien. Creo que esa fue una de las principales razones por las cuales me enamoré de él en la secundaria.

Es atento, dulce y atractivo, por supuesto.

–¿Están listos para ver la mejor obra de teatro de sus vidas? –bromea Jonan.

–¿Te estás burlando de tu hermano o ya sabes que será malísima? –pregunta Ryle riéndose.

–Es una obra de teatro, por lo general son aburridas.

–¿Qué? ¿De verdad te parecen aburridas las obras de teatro? –se queja Elijah.

–¿A ustedes no les aburren?

–No, por eso estoy aquí.

–¿No deberíamos hacer la fila? –pregunto para cambiar de tema y aprovechan a seguirme en silencio.

Esperamos diez minutos en los que ellos discuten de lo mismo de siempre: deportes. Phoebe ni siquiera finge estar interesada en la conversación. Opta por mirarse en la cámara de su celular para retocarse su labial y, en mi caso, prefiero quedarme en silencio mientras los escucho hablar.

Drake, cada tanto, me mira de reojo pensando, seguramente, que no me doy cuenta. Pero sí lo veo. Siempre lo hago. Es imposible no percatarse de su presencia.

Una vez que entramos al teatro, nos toca la segunda fila. La sigo a Phoebe para sentarme a su lado por más que sé que no me prestará atención ni a mí ni a la obra. Al ser la única mujer, me siento más cómoda sentándome con ella. Cuando la sigo, no me percato en quién va detrás de mí hasta que me detengo para pasar por encima de dos chicas que están sentadas casi a la mitad de la fila.

Su perfume me hipnotiza y sé que no voy a dejar de pensar en eso en toda la función. Es el que usa siempre, aunque hoy se percibe mejor.

Cuando nos sentamos, intento cerrar las piernas lo más que puedo, ya que el asiento es pequeño, y me inclino en el apoyabrazos izquierdo, el cual comparto con mi amiga. Como todo hombre, no es sorpresa que Drake se siente abierto de piernas y, debido al espacio reducido, prefiero no juzgarlo. Si ya de por sí es incómodo para mí, para él debe ser peor.

Hago todo lo posible para ignorarlo: usar mi celular.

Para mi suerte, no intenta sacarme conversación ya que está muy concentrado en una discusión con Ryle y Zedd acerca de la última temporada de *Arcane*. Al no haber visto la serie, no entiendo qué es lo que están discutiendo, pero parecen muy interesados e informados en el tema. Lo único que puedo rescatar de su conversación es que hay personajes trastornados y que tiene una excelente banda sonora.

Unos minutos más tarde comienza la función y como es habitual, se apagan las luces. Al estar en la segunda fila, estamos más iluminados que el resto de la sala entonces puedo observar como Drake se acomoda en el apoyabrazos que compartimos.

Ugh.

Lo quiero matar.

A besos si es posible.

Basta, concéntrate en la obra.

∞

🏈 Drake 🏈

Quiero sostenerla de la mano mientras los protagonistas se besan en la puesta en escena. Es la parte más romántica de la historia.

Quiero acariciarle las muñecas y que se deje caer sobre mi hombro, el electrizante deseo de hacerlo me vuelve loco.

Sé que no debería. Sé que, si lo hago, arruinaré todo, pero desde el segundo en el que la vi, supe que tenía que sentarme a su lado. El hecho de tenerla cerca es reconfortante. Es como volver a casa

después de un largo día de estudio donde solo quieres lanzarte a la cama y dormir.

Quiero lanzarme en sus brazos y no debería desear hacerlo en estos momentos.

No debería desearla en estos momentos.

¿Por qué siempre me pasa lo mismo? ¿A ella también le está afectando mi presencia? Parece relajada en su asiento y demuestra una excesiva concentración en la trama. No, definitivamente no está pensando lo mismo que yo.

Un efecto de sonido me distrae de mis pensamientos y, en definitiva, le he perdido el hilo a la historia. No sé por qué la mujer llora y el hombre se sostiene el pecho, creo que le han disparado.

¿Será que a los actores les pasa lo mismo? Quizás no pueden aguantar las ganas de besar a sus compañeros y cuentan las horas hasta llegar a la escena épica de despedida donde deben besarse múltiples veces.

Si fuera actor, Sídney fuera mi coestrella y tuviéramos que recrear esta performance, me equivocaría a propósito constantemente en mis líneas para poder besarla las veces que sean necesarias.

De verdad, no sé cuánto tiempo voy a aguantar sin besarla cada vez que la vea.

Esto no llegará muy lejos.

∞



–¿Les gustó?

Estuvimos aguardando media hora en la calle hasta que por fin salió el actor que esperábamos. Garret tardó en salir porque necesitaba cambiarse de vestuario. Además, se quedó hablando con sus compañeros por veinte minutos. Una tortura.

El hermano de Jonan se parece más a Elijah que a él. De hecho, si me dijeran que son hermanos, se los creería. Nunca apostaría por los otros dos. No se parecen en nada.

–Es porque son de distintas madres –me susurra Drake al oído leyéndome la cara de sorpresa cuando se acerca a saludarnos.

En la obra había varios actores hombres y, como no veo muy bien de lejos, cualquiera podría parecerse a Jonan. De cerca ya veo que no.

Estuve esa hora y media intentando reconocer las figuras borrosas sobre el escenario e intenté asociarlas a sus respectivas voces. Me costó debido a que dejé mis lentes de contacto en la habitación, quería descansar la vista por un día y me olvidé por completo. Después de los primeros veinte minutos le pude sostener el hilo. Me gustó mucho, fue romántica.

Reprimo una risa ante el comentario de Drake y veo que Ryle se está riendo. El resto no nos prestan atención porque están concentrados en contarle a Garret sus opiniones específicas de la obra. Era un triángulo amoroso en contexto de guerra.

Él fue uno de los protagonistas: el amante.

Me cayó muy mal que fuera el seductor sinvergüenza de la relación, tanto que me cuesta verlo fuera de su papel y reprimo una palabrota. Actúa muy bien, actúa tan bien que sigo enojada con él. Preferí el otro lado del triángulo como esas personas que eran *team*

Jacob en *Crepúsculo.* Elijo hacerme a un lado y dejar al resto opinar ya que tengo que procesarlo todavía.

Conociendo a Ryle y a Drake, sé que ellos se aburrieron. No es su estilo.

Si algo caracteriza a estos chicos es la impaciencia y, si los conocí lo suficiente en la secundaria, puedo asegurar además que esta conversación les parece absurda. No porque en sí lo sea sino porque podrían tenerla mientras caminamos hacia el restaurante. Me acerco a ellos.

–Me muero de hambre –se queja Ryle y le sonrío por incluirme en su charla secreta, alejados del resto.

–Les daremos tres minutos más para que sigan hablando y les propondremos ir a cenar. –Drake le da una palmadita en la espalda a su mejor amigo.

–¿Dices que solo tres minutos bastará para que nos escuchen? –Le llevo la contraria y levanta ambas cejas.

–No lo sé, lo intentaremos.

–Podemos usar la excusa de adelantarnos en busca de una mesa ya que somos ocho y puede que esté lleno el lugar –propone el de ojos claros.

–Me parece una buena idea, Ry.

Pasados esos minutos, aprovecha para separarse de nosotros y apurar al resto.

Drake se acerca y me susurra:

–Tienes frío, ¿quieres mi chaqueta?

Ni siquiera me había percatado de los vellos erizados de mis brazos.

Ni siquiera sentí frío con su presencia candente orbitando a mi alrededor. Es un campo magnético sobrecargado de energías. En momentos así descubro que la temperatura también puede medirse en la calidez y el frescor corporal.

–Estoy bien, gracias.

Su mirada se dirige hacia mis labios sin ninguna intención de ocultar su descaro y entorna sus ojos dudando de mi sonrisa, termina soltando un suspiro dubitativo.

Trago saliva.

–Está bien. Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme –bromea adelantándome el paso para sumarse a la conversación de Zedd y Jonan.

En otro contexto, estoy segura de que me hubiera guiñado el ojo.

Mis mejillas no tardan en traicionarme y en sonrojarse al instante frente a esa idea tan absurdamente perfecta.

Phoebe se acerca y caminamos juntas hasta el restaurante, dejando que los chicos caminen delante de nosotras así podemos hablar con privacidad.

–Te he visto hablando con Drake. Es pesado, ¿no?

–¿Pesado?

–Sí, quiere hablar con todo el mundo. –Se ríe.

–¿Y cuál sería el problema? –le pregunto frunciendo el ceño.

No estaría comprendiendo qué tiene de malo ser una persona sociable, de hecho, ella es igual. ¿Por qué le molestaría que Drake lo fuera también?

–Estaba comentándolo, nada más. –Rueda sus ojos como si estuviese molesta porque no le seguí el juego.

–¿Cómo la estás pasando con Jonan? –Le pregunto para cambiar de tema.

–Bien, me gusta.

Asiento y camino con las manos dentro de los bolsillos de mi pantalón. No sé por qué se está comportando de esta forma, es raro que tenga pocas palabras para decir, no es habitual en ella.

–¿Estás bien, Pheebs?

–¿Por qué preguntas? –Se encoge de hombros confundida.

–No lo sé, te noto extraña…

–Estoy bien, Sid. Nada de qué preocuparte, simplemente los hombres son estúpidos, no los entiendo.

–¿Pasó algo?

–¿Con Jonan? No, está todo bien, ya te lo dije. –Suspira–. Me molesta que Drake se te acerque después de todo lo que te hizo.

Suspiro yo también. Phoebe se quedó con la versión antigua de Drake donde jugábamos constantemente con los sentimientos del otro y no teníamos una relación más allá de encuentros sexuales. Tiene sentido que lo odie después de lo que le conté.

No está al tanto de que nuestra relación cambió y que ya no es extraño estar cerca de él. Para ser sincera, se siente demasiado bien. Me gusta encontrar la excusa perfecta para verlo como máximo una hora cada dos o tres días a la semana, solo que ella no lo sabe y por eso no le cae bien Drake.

–Ah, si es por eso no te preocupes. Estoy bien, superé el hecho de sentirme nerviosa cada vez que lo veo. –Mentira–. Ya no siento nada por él. –Otra mentira–. No tienes de qué preocuparte.

–¿De verdad ya no sientes nada por él? –me pregunta, dudando de mi respuesta. Sonó demasiado convincente en mi cabeza, quizás

no la entoné de esa forma en la vida real.

–Ya no siento nada por él, no podría hacerlo.

Otra mentira. Pinocho estaría orgulloso de ti.

Al llegar al restaurante, los chicos abren paso para que ingresemos primeras.

Caballerosos. En especial el moreno alto con chaqueta universitaria que me dedica una sonrisa tímida cuando paso por su lado.

Phoebe: te mentí.

Drake Mendler sigue en mis pensamientos y siento muchas cosas por él.

Capítulo 24



Un mes después…

–Te prometo que la única razón por la cual sigo asistiendo a la clase de esta señora amargada eres tú –exagera Harper luchando contra un marcador que se quedó sin tinta.

–Awww, eres muy tierna. –Le sonrío y le doy uno de mis marcadores para que deje de pelearse con el otro–. El sentimiento es mutuo.

La profesora Dimitri es insufrible. Quiere que toda su clase apruebe con uno de los promedios más altos del campus. Quiere que todos los alumnos se saquen un nueve o diez en todos los proyectos de la materia. En el caso de sacarte una nota menor, te exige que realices trabajos extras para compensarla y que pueda subirte esos puntos que te faltan.

Además de obligarnos a tener una calificación alta para todos los trabajos prácticos, ahora quiere que realicemos una investigación exhaustiva de una empresa de financiamientos.

Como si supiera lo que significa eso. Debería saberlo, asisto a clases diariamente, pero le robo la mayoría de los apuntes a Harper

porque ella retiene mejor la información y me la traduce de la forma más sencilla posible.

La investigación tiene que ser presentada dentro de tres clases, así que decidimos empezar ya para no atrasarnos.

Harper intenta recopilar todos los datos necesarios que no podemos perdernos en una hoja mientras que la profesora da órdenes de cómo debería ser la presentación.

Eso estoy segura que lo recordaré, así que no es necesario anotarlo.

Una vez que terminaron sus indicaciones, la clase se dispersa y empieza el trabajo en equipo.

–¿Podemos hacer una pausa de diez minutos? –me suplica Harper cansada, le duele la mano de escribir ocho hojas con indicaciones y cosas importantes.

–Diría que hagamos una pausa sin límites de tiempo –bromeo y me recuesto sobre la mesa–. ¿Cómo te fue en tu cita ayer?

Harper empezó a salir con una chica desde la fiesta del mes pasado. Al principio no sabía si gustaba de ella o no y al final sí. Tuvieron tres citas increíbles y ayer se vieron por cuarta vez.

–Muy bien, pero no insistas en que te proporcione detalles porque eres muy pequeña para eso.

Frunzo el ceño, ofendida.

–¡Tengo un año menos que tú!

–Sigues siendo pequeña. –Me revuelve el cabello.

–Soy mayor de edad.

–Para lo que te conviene.

–¿Quién eres? ¿Mi madre? –Me quejo–. Puedes contarme que te acostaste con tu cita ayer, no voy a sonrojarme y desear nunca

haber escuchado eso antes.

Har se ríe.

–Es que nunca hablamos de esas cosas entre nosotras. ¿Cómo sé si te molesta hablarlas o no? Nunca me diste un indicio… –Se intenta justificar.

–Sé que no te he hablado de chicos, pero eso no quiere decir que no existan.

Las palabras de sinceridad se escapan por mis labios y me siento una imbécil.

Acabo de admitirle a Harper que hay chicos. Acabo de admitirle que, si bien no hablo de chicos, salgo con ellos.

–¿Existen? Cuéntame más. –Me sacude los hombros y puedo sentir una sonrisa dibujada en su rostro a pesar de no estar mirándola.

Su falta de reacción exagerada me relaja y me transmite la confianza que no sabía que necesitaba para confesarle lo siguiente:

–Hay un chico que me gusta, nos vemos ocasionalmente y nos divertimos juntos –admito acomodándome en mi asiento, esta vez, para verla bien.

–Así que se divierten juntos… –Se burla–. Bueno, es una nueva forma de hablar de sexo, me gusta. ¿Es bueno? Debe ser bueno si sigues ahí.

–Sí, Har. –Me río–. Es un amor.

–Me refería a si es bueno en la cama, pero me sirve saber que es un amor porque quiere decir que estás en buenas manos y que no debería preocuparme. –Se ríe.

Ignoro su primer comentario y asiento con mi cabeza.

–Es de las mejores personas que conozco –admito.

–¿Y cómo se conocieron?

–Hace mucho tiempo, nos reencontramos aquí.

Esquivo su pregunta como puedo. Me cuesta reprimir las ganas de revelarle quién es.

–¿Cuántos años tiene?

–Dieciocho.

–¿Le gustan las fiestas o tiene un perfil más bajo y misterioso?

–Le gustan las fiestas, creo que soy la que tiene un perfil más bajo en la relación.

–¿Y quieres tener algo serio con él?

–No lo sé. De momento estamos bien de esta forma…

–No me estás contando demasiado, supongo que te propuso mantenerlo en secreto; ¿verdad?

Es buenísima interrogando personas, debería estar estudiando para ser un detective o policía. No sé qué hace en Administración de Empresas.

–De hecho, fue mutuo.

–Bueno, me encantaría conocer al hombre misterioso algún día. –Me sonríe y siento que refleja sinceridad.

Me siento cómoda en su presencia y creo que podría contarle más sobre Drake ahora que abrí esta puerta sin querer hacerlo.

Me gusta la idea de poder contarle a alguien todo lo que me pasa sin sentirme juzgada o perseguida de saber si lo descubrirá o no.

Capítulo 25

Drake

Es jueves y, por el cumpleaños de Ryle, estamos volviendo en coche hacia nuestra ciudad, saltándonos el entrenamiento de hoy. Bennet no está contento con esta decisión, pero nos dio el día. En realidad, le dio el día a Ryle y, en estos minutos, se está enterando de que eso significa un pase libre para ambos.

Es un viaje de 200 km de distancia. Y, como mi amigo es fantástico y nostálgico, decidió organizar una pequeña reunión en el sótano de su casa con su novio y viejos amigos.

Lo más probable es que mañana festejemos con el resto del equipo. Creo que reservaron un bar para festejar sus diecinueve años en grande. Calvin prefirió sumarse a ese festejo antes que volver a su casa y festejarlo con niños en un sótano. Sí, así es como nos ha llamado y así es como su hermano se ofendió y le prohibió la entrada al bar.

En un principio, Sídney no estaba invitada porque Ryle reunió solo a nuestros amigos del equipo de la escuela, pero al haberse sumado Oliver y Jade (otra de las chicas que pertenecía a nuestro grupo), decidió que sería buena idea incluirla.

Para mi sorpresa, Sídney no se opuso a la idea de viajar dos horas con Ryle y conmigo al volante. Sí se opuso a viajar en el asiento delantero, pero Ry insistió en que quería dormir acostado en el trasero. Estuvo toda la madrugada en una videollamada con su novio y no tuvo tiempo para descansar. Entonces, prefiere dejar a Sid de copiloto.

Siento que va a ser una reunión agridulce, teniendo en cuenta que no hablamos hace meses, desde que terminamos la escuela. Sé que ella no deja de pensar en eso y sé que se está replanteando toda su vida en este instante que finge prestar atención a su celular como si le estuvieran llegando notificaciones.

Es complicado conducir con ella a mi lado. En especial, sabiendo que mi mejor amigo duerme como un bebé en los asientos de atrás.

La carretera está sorpresivamente vacía camino a casa. Sídney abre la ventanilla sucia de mi coche (porque no me dio tiempo a lavarlo) y el atardecer ilumina su rostro de una manera muy natural. Sus mejillas ya rosadas por el rubor, toman un color carmín que intensifica el brillo de su piel.

Su cabello se mueve por la velocidad del vehículo. Y para evitar un choque, me resulta muy difícil no fijarme en ella, por más que mis sentidos ya colisionaron con su belleza.

Le baja el volumen a la radio para que Ryle no se despierte y se acomoda mejor en su asiento. El sol ilumina todas las palabras de su mente y, también, penetra mi piel cuando apoyo un brazo, esta vez en mi ventana abierta, provocando que sienta el calor sobre mi hombro.

Una vez más, la observo de reojo y mis labios intentan formar una palabra para describirla, pero no la encuentran. **Mi corazón**

rosáceo es el único que sabe lo que estoy a punto de decirle.
Tengo ganas de decírselo, pero el miedo a que las cosas sean incómodas es real.

Me da miedo cagarla con un simple cumplido. A veces, Sídney es de asustarse cuando alguien le demuestra que el sol deja de brillar en su ausencia y no quiero que la lluvia derrame y empape esos miedos, no quiero que les dé entidad.

–¿Qué? –me susurra Sídney, pendiente de nuestra compañía.

De hecho, ni deberíamos preocuparnos. Estoy seguro de que, si no fuera por mis pensamientos que son demasiado ruidosos, escucharía sus ronquidos.

Me volteo hacia ella y mis ojos se desvían de su rostro a su vestido floral.

Trago saliva. Esta vez, mi cerebro no se complica en buscar las palabras adecuadas. Está buenísima.

–¿Qué pasa? –Le devuelvo la pregunta como si fuese un balón o papa caliente en un tonto juego de secundaria.

–No dejas de mirarme.

Se acomoda el cabello detrás de la oreja y su cuerpo se encoge, como si le hubiese costado admitirlo.

–Estoy mirando la carretera.

Señalo hacia adelante con mi cabeza y se le forma una sonrisa traviesa en el rostro, de esas sonrisas que conozco muy bien.

–Ah, ¿sí? ¿La carretera?

–Sí, la carretera.

–¿Y qué piensas de la carretera? –Se cruza de brazos.

–La carretera está despejada, se puede transitar con tranquilidad. Aunque algunos conductores podrían aprovecharse de esto, exceder

el límite de velocidad permitido porque se creen los dueños de la autovía y provocar accidentes.

Automáticamente después de mi respuesta, me muerdo el labio de forma inocente. Por el sonido de su voz, sé que no es la respuesta que esperaba:

–¿Y qué es lo que realmente piensas de la carretera? –me pregunta jugando con un mechón de su cabello.

Tardo uno segundos en responder para hacerme el misterioso, pero la realidad es que la respuesta siempre estuvo en la punta de mi lengua encendiendo la electricidad a punto de entrar en cortocircuito.

–Pienso que está hermosa.

Ahora, es ella quien aparta su vista y se muerde el labio.

Capítulo 26



No sé cómo voy a sobrevivir al hecho de encontrarme a mis ex mejores amigos y encima, pretender que Drake no acaba de llamarme hermosa.

Bueno, técnicamente, dijo que la carretera lo era, pero sé que ese comentario era para mí. Me di cuenta en el instante que disimulaba ver por la ventanilla de la derecha porque no había próximos giros ni coches cerca.

Decido seguir a Ryle por el porche de su casa y, una vez dentro, los padres lo reciben con un fuerte abrazo. Como todos los años, no hay signos de su hermano mayor, Dalton. Y, por lo que me ha contado Drake en el viaje, Calvin prefirió quedarse en la universidad para pasar tiempo con su nueva novia ya que van a festejarle el cumpleaños mañana.

Bajamos al sótano decorado con carteles de feliz cumpleaños hechos a mano y un millón de globos desinflados.

–Espero que te guste porque estuve dos horas peleándome con la cinta adhesiva… De hecho, si observas los globos se caen, así que no los mires. –Le ordena Oliver a su novio después de estar meses sin verse–. Y resulta que mi capacidad para acumular aire es

cuestionable, debería chequearme los pulmones. –Parece que está por quedarse sin aliento por hablar tan acelerado–. Ah, y feliz cumpleaños.

Ryle sonríe de oreja a oreja y rodea a su novio de la cintura para saludarlo, como corresponde, con un dulce y largo beso en los labios.

El cabello ondulado de Ollie se hunde en los brazos de su pareja en abrazo dorado como la luz del día.

Su reencuentro me provoca una sensación de nostalgia. No sé si extraño ser su amiga o si extraño estar en la secundaria y que la vida me parezca más sencilla.

–Gracias, amor. Te quedó genial. –Le miente el de ojos claros y, a juzgar por la mirada odiosa de Oliver, no le cree.

–No voy a ofenderme si me dices la verdad.

–Te quedó horrible, pero podemos ayudarte a mejorarlo. –Le propone Drake saludándolo con un apretón de manos y un abrazo.

–Gracias, al fin alguien sincero. –Se ríe–. Tu mamá no sabía cómo decirme que no le gusta y tu papá se aguantó la risa.

–Mi mamá nunca te va a decir que te quedó horrible. –Le responde Ryle.

–Así que ahora admites que me quedó horrible –se queja.

–¡No he dicho eso!

–Y volvimos a la rutina de siempre –bromeo en un intento de sumarme a su conversación donde parezco invisible.

Es en ese momento que mi ex mejor amigo se percata de mi presencia y se le dibuja una sonrisa en el rostro. A decir verdad, no me preparé para cómo sería nuestro reencuentro.

–¡Sid! Hace tiempo que no nos vemos. –Me saluda con un abrazo y por algún motivo se siente como si no hubiese sucedido nada.

Su abrazo se siente como si nunca hubiésemos dejado de hablar. Como si la distancia entre nuestras universidades y la diferencia de carreras no hubiesen roto una amistad.

–Hola.

Le devuelvo el abrazo y le sonrío a sus ojos marrones. Antes de que pueda convertirse en algo incómodo, Drake nos interrumpe:

–¿En dónde has dejado la cinta adhesiva? –Sujeta una de las pancartas con un collage de fotos de Ryle–. Hay que redecorar el lugar antes de que lleguen los demás.



"Let's go back where it all began, where it all began.
We can be foolish and live like we're clueless
Without a care in the world".

—*Kids Again* de Sweet California ft. Benjamin

Una vez que volvemos a decorar todo, los carteles cuelgan de las paredes y no corren riesgo de caerse. Tardamos diez minutos en inflar los globos y otros diez en acomodarlos por el lugar. Quedó hermoso.

Los invitados del cumpleañero no tardan en aparecer. Puedo reconocer a Reggie, James y Mike que eran sus compañeros del equipo de fútbol americano. También a Jade, la mejor amiga de

Megan, la ex de Ryle antes de que saliera con Oliver. Al ser la única mujer, se me acerca y me saluda con un abrazo.

–¡Hola Sídney! ¿Cómo estás? –Me pregunta mientras se sirve un vaso de Coca-Cola.

–Muy bien; ¿y tú?

–Bien, por suerte Psicología no está acabando con mi salud, al menos no hasta el momento. –Se ríe.

–¡Cierto que estás estudiando eso! –Recuerdo que el último año estaba indecisa entre seguir el plan de Psicología o el de Medicina–. ¿Te gusta? ¿Cómo te va?

–Me encanta la universidad y las materias, aunque sean generales, me apasionan. Me despierto con ganas de ir a clases –admite y se la ve contenta–. ¿Y tú? ¿Cómo vas con tus estudios?

Su pregunta me hace dar cuenta de que no hablamos hace exactamente seis meses y que, aun así, parece que nuestra relación no se vio afectada por esa distancia. Es como si el tiempo se hubiese congelado y, en este preciso momento, volvemos a la cotidianidad de siempre.

De alguna forma siempre supe que no se me haría extraño volver a hablar con ella porque nunca tuvimos conflictos y, de verdad, la distancia es lo único que nos alejó. A ver, también nos alejó el desinterés mutuo.

No me ha llegado ningún mensaje de su parte en estos meses y yo tampoco le he enviado uno.

Sé que con Oliver no será tan sencillo…

–¡Me está gustando! De la carrera en sí, no tengo quejas.

–¿Y el maquillaje? ¿No querías estudiar algo relacionado a eso también?

–Sí, quería. Luego me di cuenta de que no quería mezclar mi hobby con una carrera. Tenía la sensación de que no iba a sentirme a gusto trabajando de eso, sentía que, si lo convertía en un trabajo, iba a terminar odiándolo y se me iban a ir las ganas de ejercerlo. –Me encojo de hombros–. Suena extraño porque se supone que tienes que amar tu profesión y no sentirla como tal, pero me iba a sentir de esa forma.

–Se entiende, me alegra que hayas escogido lo que te hace feliz. –Me sonríe.

–¿Puedes alcanzarme un vaso? –me pregunta Drake cuando se acerca a nosotras, que bloqueamos la mesa con nuestra conversación.

Asiento con mi cabeza y le doy uno. Sin querer, nuestras manos se rozan durante más segundos de lo que deberían hacerlo. Una vibración magnética me recorre la muñeca y la aparto con rapidez para que nadie pueda notarlo. Algo me hace pensar que Drake también la sintió porque se alejó sin decir más.

–¿Sigues de novia? –le pregunto a la pelinegra de ojos verdes para seguir con la conversación. Su vista se había desviado hacia los chicos que no tardaron en prender la *PlayStation*. Se saludaron y, a los diez minutos, ya estaban rodeando el sofá para jugar. Me río, son de manual.

–¿Con Lily? –pregunta y sus ojos se iluminan al mencionarla–. Vamos a la misma universidad. Está tomando las asignaturas básicas para en un futuro seguir Odontología. De momento le está gustando, siempre le fue bien en biología y esas cosas...

–No respondiste mi pregunta…

–Lo siento. –Niega con la cabeza y se ríe–. Pensé que era obvia la respuesta; por supuesto que seguimos juntas.

–Qué lindo, siempre me parecieron una hermosa pareja.

–Gracias Sid, de verdad… ¿Y tú, algún pretendiente?

–De momento no, supersoltera. –Me encojo intentando reprimir la sonrisa que se forma en mi corazón cuando pienso en Drake y en que no estoy tan sola como aparenta mi respuesta.

–Es bueno disfrutar de la soltería, si quieres tener un pretendiente llegará cuando menos lo esperes. –Me asegura con esa frase cliché que detesto.

En las películas siempre están esas escenas de *meet cute* donde los protagonistas se conocen de la forma más inesperada posible y uno, como espectador, se ilusiona creyendo que puede encontrarse al amor de su vida paseando a su perro.

No digo que no suceda, digo que, con las estadísticas de hoy en día, es poco probable que conozcas de esa forma a tu futura pareja.

Y siento que vivir en la espera de algo imposible es muy triste, prefiero buscar el amor antes de que el amor me encuentre a mí primero.

Lily se excusa para ir al baño y reviso mi celular. Tengo siete notificaciones de Harper, lo cual no es extraño porque suele escribir como si no pudiera mandar todo en un mismo mensaje:

HARPER ❤️

AMIGAAAA
Muchísima suerte hoy en el cumple :)
Espero que todo salga bien!!!!
No te pongas nerviosa por ver a Oliver.
Estoy segura de que van a poder hablar las cosas.
Después cuéntame todoo!!!!

Cualquier cosa avísame y te llamo fingiendo una emergencia, me invento algo.

Me río. Su mensaje me deja un poco más tranquila. Saber que tengo que hablar con Oliver me pone un poco nerviosa.

Gracias Har, eres la mejor ❤️
Después te cuento.

–Son unos desgraciados por no dejarme jugar con mi novio en el primer round. –Se queja Oliver acercándose a mí.

Me obliga a que guarde el celular y lo mire. Está cruzado de brazos y apoya una de sus zapatillas contra la pared, resignado.

–Tienen miedo de que les patees el trasero –bromeo.

–Es que voy a destrozarlos. –Me asegura y, cuando se gira para mirarme, frunce el ceño–. ¿Por qué estás nerviosa?

–¿Nerviosa? –le pregunto dejando escapar una voz más aguda de lo que pretendía. Mierda. ¿Lo estoy?

–Sí, me estás dando la razón y no dejas de jugar con tu cabello.

No me había dado cuenta de ello hasta que lo mencionó.

–Hace tiempo que no hablamos. –Me encojo de hombros e intento dejar mis manos quietas sobre mis brazos cruzados.

–Sí, desde que decidiste irte lejos.

Su reproche suena letal, como si hubiese esperado meses para decirlo.

–Tuve que hacerlo por mi futuro, Ollie. La carrera que quiero seguir en unos años tiene el mejor plan de estudios en la Universidad de Kentucky. Si hubiese algo más cerca de casa con el mismo prestigio, la hubiese elegido, lo prometo.

–Pero no me dijiste nada… Simplemente elegiste irte a la universidad sin despedirte –se queja.

–¿Sin despedirme? –Me enderezo en mi lugar confundida.

Así no es como yo lo recuerdo en absoluto.

–Sí, te fuiste de un día para el otro sin avisar, sin despedirte… Sin que pudiéramos juntarnos varias veces antes de que te extrañe. Sabías que Ryle iba a asistir a la misma universidad y no dijiste nada. Ni siquiera intentaste seguir en contacto con él –se queja de brazos cruzados. Lo tenía todo guardado.

Y yo también tenía todo guardado.

–Bueno, quizás elegí irme de esa manera porque mi mejor amigo decidió pasar los dos meses del último verano junto a su novio, ignorando a su amiga cada vez que quería juntarse o diciéndole que ya tenía planes. Pasé a segundo plano en tu vida y creí que irme sin decir nada no iba a cambiarte en lo absoluto –me sincero apenada.

Así me sentí durante todo el verano: sola. Con la mayoría de mis amigos de vacaciones y con Oliver y Ryle pasando todos los días juntos como pareja, se me hizo imposible sostener la amistad. Si quería verme con Ollie, su novio tenía que estar incluido. Si, por algún motivo, quería verme con Ryle, Oliver tenía que estar presente. Y nunca fue a propósito, simplemente se dio. Se priorizaron mutuamente al saber que iban a estar lejos y que era posible que no se vieran por meses. Aprovecharon su último verano juntos al máximo. ¿El problema? Descuidaron al resto de sus amistades y, por eso, el grupo se fue disolviendo poco a poco. Sin voluntad que lo sostuviera, era difícil recomponerlo.

Fue por este motivo que decidí pasar mi verano organizándome para la próxima etapa de mi vida. Sabía que extrañaría a mis amigos

como también sabía que nuevas amistades estarían por delante.

Siempre estuve a la espera de un mensaje y nunca llegó. Lloré por unos días y se me pasó cuando empezó la cursada y me di cuenta de que lo más probable era que fuera solo una etapa. Sé que es la primera relación de Oliver y que no debe ser fácil sostenerla a distancia, pero también sé que era mi mejor amigo y esperaba más de él.

Esperaba que ponga un poco de su parte y lastimosamente, no fue así.

–¿Qué?

Su mirada de confusión debería darme ganas de asesinarlo.

–Intenté que nos viéramos varias veces antes de irme y siempre estabas ocupado.

–Pero no me dijiste que te ibas…

–Porque quería contártelo en persona. Quería contarte en persona toda mi crisis existencial acerca de la carrera que elegí, quería que me dijeras que estaba loca pero que me iría genial. Quería que mi amigo estuviera presente, nada más. Es lo único que quería: compartir esta nueva etapa de mi vida contigo como mi mejor amigo.

Se queda en silencio unos segundos intentando analizar toda la información que acabo de brindarle, creo que fui un poco dura, pero necesitaba desahogarme o iba a colapsar en cualquier momento.

–Vi tu vida a través de las fotos que publicaste en tus redes sociales –admite–. No me gustó que dejaras de aparecer en mis contactos frecuentes.

Una sonrisa apenada se forma en mi rostro y asiento con la cabeza.

–A mí tampoco me gustó.

–Perdón por no haber pasado tiempo este verano contigo. –Me acaricia el brazo–. Sabías que eran tiempos complicados porque eran mis últimas semanas con Ryle. No sabía que también eran mis últimas semanas contigo, fui un estúpido por no aprovecharlas –admite apenado.

–Sí, lo fuiste.

Ambos nos reímos y me envuelve en un abrazo cariñoso.

–Lo siento, de verdad. Prometo no volver a hacerlo. La próxima vez, llámame así puedo entenderlo mejor y más rápido –bromea.

–Borré tu contacto, no puedo hacerlo.

–¿BORRASTE MI NÚMERO? –se queja indignado–. Ouch, creo que nunca me apuñalaron de esta forma.

–Oliver, creo que nunca te apuñalaron en general. –Me río.

–No importa, acabo de experimentar lo que se siente.

Su exageración me provoca una carcajada, lo extrañé.

–¿Cómo podría borrar tu número?

–No lo sé, me esperaría cualquier cosa de alguien que me apuñala con sus palabras. –Levanta sus brazos rendido–. Me alegra que esta conversación no haya sido tan incómoda como me lo imaginaba.

–A mí también.

Desviamos nuestra atención hacia los hombres que juegan en el sofá y, como si fuese un imán que busca su otra mitad, Mendler me guiña el ojo antes de derrotar a su contrincante. Me sonrojo y Oliver no puede notarlo porque su novio hizo exactamente lo mismo que Drake. Son terribles.

–¿Crees que podríamos volver a ser amigos? –me pregunta con una ligera timidez en su voz. Conozco muchas personas tímidas y el

nombre de Oliver nunca aparecería entre ellas.

–Sí, Ollie. Podríamos intentarlo si me prometes que responderás a todos mis mensajes y que no me reemplazarás por tu novio –alzo mi meñique en forma de promesa.

–Prometo responder todos tus mensajes y prometo ser más responsable contigo, ya intentaste escaparte de mí una vez, no puedes escaparte dos veces –junta su dedo con el mío y nos prometemos una amistad duradera.



"Double-checkin', did I get the message in the way you intended?
Got me second-guessin' when you sneak up on me".

—*Read Your Mind* de Sabrina Carpenter

El resto del cumpleaños transcurre con normalidad. La presión sobre mis hombros se desvanece al instante que pude hablar con Oliver. Haberme guardado las cosas durante tanto tiempo no fue la mejor forma de afrontar mi problema, pero encontré la solución: discutir. Incluso hablar con Jade me hizo bien. Me contó que está trabajando en una cafetería y que le encanta. También, me contó que Megan empezó a salir con un chico y que está siguiendo un curso on-line de diseño de indumentaria. Quería venir al cumpleaños de Ryle, pero tenía que terminar unos vestidos para la próxima semana. Junto con Jade y su novia, las tres asisten a la Universidad de Louisville que, a

diferencia de la nuestra, queda a una hora y cuarenta minutos de casa.

Ya es medianoche y Ryle sigue adentro despidiéndose de su familia.

Me acerco al coche y Drake estaba apoyado sobre él.

–Bonita noche… –Lo sorprendo dejándome caer a su lado.

–Tú eres bonita. –Gira su cabeza para mirarme y me sonríe de oreja a oreja.

Me sonrojo y ruedo mis ojos riéndome.

–No pasaron ni cinco segundos, Drake.

–¿Cinco segundos de qué?

–De saludarnos, de hablar normal.

–Estamos hablando normal, solo te di un cumplido. ¿Cómo te fue con Oliver?

Su pregunta me alegra porque demuestra interés en algo que no sea nuestra relación secreta o un piropo barato y me da ternura.

–Para mi sorpresa, muy bien. Pudimos hablar las cosas.

–Genial, eso es lo más importante, que puedan hablar. A veces suele ser testarudo, pero si se dejó ablandar tan fácil es porque de verdad le importas.

Tiene razón. Oliver cuando se pelea con las personas es porque no las aprecia lo suficiente. Uno de sus lenguajes del amor es discutir y que haya sido capaz de hablar bien conmigo, significa que me aprecia lo suficiente para no lastimarme sin querer.

–Ryle sigue dentro, me dijo que va a despedirse de sus padres y de Oliver por quinta vez y que enseguida viene. –Le explico cambiando de tema.

–Está bien, no hay apuros. ¿Ya quieres regresar?

–Como quieras.

–¿Como quiera? –Levanta sus cejas intentando provocarme y lo empujo con cuidado para alejarme de él, riendo.

–Basta, no es gracioso.

–No dejas de reírte así que debo ser gracioso. –Se encoge de hombros.

–A veces lo eres.

–¿Solo a veces? –Se acerca de manera peligrosa hacia mí e intercambiamos lugares, ahora soy la única que está apoyada contra el coche.

–Sí, solo a veces.

–Eso estará por verse. –Se muerde la comisura del labio y sus manos rodean mi cintura para hacerme cosquillas.

Hijo de puta.

Todo menos esto.

No resisto este tipo de tortura y soy de risa fácil.

Voy a perder en dos segundos, si es que no me hago pis encima antes.

Espero no mearme encima porque voy a pasar la vergüenza de mi vida. ¿¡Cómo se atreve a hacerme cosquillas!? Hijo de puta.

–NO SE VALE, NO SE VALE –chillo intentando librarme de sus cosquillas y la risa se escapa por mi garganta.

–Así todo lo vale, corazón. –Se ríe de mi risa y sigue haciéndome cosquillas por la espalda y estómago.

Me muevo para todos lados intentando salir de su agarre y me defiendo golpeándolo con suavidad en su musculoso torso, hasta que me toma por las muñecas y las sostiene sobre la altura de mi pecho.

Ambos respiramos agitadamente por culpa de nuestras risas y nos miramos a los ojos en silencio.

Drake no me suelta las muñecas.

DRAKEEEEEEE.

–¿Qué estamos…? –le susurro confundida y el ambiente se torna pesado.

Ahora, todo lo que era risas se convierte en un corazón que late pisando el acelerador. Sus labios lucen apetecibles y cuando mi mirada se dirige a la suya, entiendo que está pensando en lo mismo. No despega su vista de mis labios como si se muriera de ganas de probarlos.

Con mi espalda apoyada contra el coche no me deja escapatoria y su cuerpo se acerca cada vez más al mío, hasta quedar a unos centímetros de distancia.

–¿Estamos a punto de besarnos? –bromeo para cortar la tensión injustificada y, acto seguido, trago saliva porque la sonrisa tímida de Drake me deja sin aliento.

Se inclina hacia mí, despacio, y me besa.

Es un beso corto, sin profundidad. Acaricia los nudillos de mis manos y me las suelta para poder sostenerme de la cintura de mi vestido floral.

Alcanzo su cuello y su brazo para sostenerme de él y no derretirme en mi lugar.

Cuando termina el beso, sus manos aterciopeladas me acarician el rostro y creo que nunca antes me habían tratado así, con tanta delicadeza y respeto.

Alzo mi mirada y en vez de encontrarme con sus ojos marrones, me encuentro con un par de ojos azules confundidos.

Ryle nos ha visto besándonos.
¿Nuestro secreto? A la basura.
Las próximas dos horas serán las más largas de mi vida.

Capítulo 27

 Drake 

El camino de regreso a la universidad es incómodo.

Mi mejor amigo nos vio besándonos y, en vez de decirnos algo, optó por guardar silencio y caminar con las manos en los bolsillos al asiento del conductor. Hay veces que el silencio dice más que mil palabras y no me quedó otra que subirme como su acompañante. Es extraño no estar conduciendo mi propio coche, pero, si él tiene ganas de conducir, no voy a oponerme en su cumpleaños.

Sídney se subió al asiento trasero para evitar cualquier tipo de conversación con nosotros y, una vez que Ryle se aseguró de que llevemos nuestros cinturones de seguridad, puso el vehículo en marcha.

La primera media hora viajamos escuchando una playlist que conecté a través de bluetooth del celular y por supuesto, callados.

–¿Cómo la pasaste en tu cumpleaños? –le pregunto a Ryle para romper el hielo y siento la mirada de Sídney sobre mis hombros, regañándome y diciéndome que quizás, lo mejor que podemos hacer es quedarnos en silencio.

–Bien, ¿ustedes? ¿Cómo la pasaron? –Nos pregunta sin despegar la vista de la carretera. No parece estar molesto con nosotros,

tampoco tiene razones para estarlo más allá de que, quizás, le he estado escondiendo nuestra relación. He tenido varias oportunidades para contárselo y no lo he hecho.

–Muy bien, la comida estaba deliciosa, creo que le agradecí a tu mamá tres veces por esos cupcakes –admito intentando ser gracioso y cambiar el ambiente que me estoy creando en mi cabeza.

–Sigo sorprendida de que me dejaran jugar una partida de FIFA con ustedes y que no me regañaron por hacerlos perder.

Y por el comentario aleatorio de Sídney, sé que está pensando en lo mismo.

–Era tu primera vez jugando, no podíamos ser tan malos –le respondo.

–Es verdad, gracias.

–¿Pudiste hablar con Oliver? –Ryle le pregunta a Sídney y me sorprendo de que no nos esté preguntando sobre lo que vio.

–Sí, pude decirle todo lo que me había guardado hace tiempo –le responde Sid siendo cuidadosa con sus palabras–. ¿Lo extrañabas?

–Muchísimo, me dio gusto verlo –admite.

Sus hombros dejan de estar tensos al volante y pasan a relajarse en el simple hecho de hablar de su persona favorita.

–Me contó que la distancia era difícil pero que lo más probable es que en dos meses venga a la universidad un fin de semana a quedarse contigo.

–Sí, es la idea –le sonríe él.

–Ah, me estoy enterando que me vas a echar de mi habitación por un fin de semana –me quejo, incrédulo.

–Faltan dos meses y tienes varios lugares a los que ir, no te preocupes. –Le resta importancia Ryle–. Trabajando en la tienda de

música es difícil que le den los días libres, en especial los fines de semana que es cuando suele estar más concurrido.

–Ah, por eso están planeando la visita con dos meses de anticipación…

–Claro, para asegurarnos de que no puedan sumarle horas ese día libre.

–¿Le gusta trabajar ahí? –pregunta Sid.

–Le encanta estar rodeado de guitarras, baterías y vinilos. Por lo general, le toca organizar el inventario y puede escuchar los discos que quiera durante su jornada laboral. Puede hablar de música todo el día sin que nadie lo interrumpa. Eso sí, odia estar frente al mostrador y atender a los clientes. –Se ríe.

–Y trabajando allí, los padres ya no se quejan de que está tocando la guitarra a las cuatro de la madrugada –agrego.

–Exactamente.

–A las chicas también parece que les está yendo muy bien, Jade me contó que se juntan todos los días a almorzar juntas en la uni.

–Me alegro por ellas –admite Ryle–. Parece que siguen en contacto como nosotros…

–Sí… –respondo intentando no sonar extrañado por donde quiere llevar la conversación.

Continuamos el viaje y hablamos de cosas sin sentido. A veces nos quedamos en silencio disfrutando de las canciones que suenan en el estéreo.

A tres minutos de llegar a la entrada de la universidad, Ryle nos pregunta:

–¿Se están viendo? –Directo, sin medicamentos ni advertencias.

En el coche reina el silencio porque ni Sídney ni yo sabemos qué contestarle.

Si le decimos que sí, confirmaríamos que algo pasa entre nosotros.

Si le decimos que no, podríamos lastimarnos, pero a la vez, seguir con el juego de que nadie debe saberlo.

Es complicado.

–¿A qué te refieres? –pregunta Sid.

–Me refiero a si están saliendo, si se están viendo como pareja, ligue o lo que sea más allá de una amistad –suspira Ryle.

–¿Por qué la pregunta? –Intento que parezca que no entiendo de dónde saca esa teoría.

–Porque, hace dos horas, los he visto besándose en el porche de mi casa.

Sídney aprovecha que Ryle se detiene en la entrada y se desabrocha el cinturón de seguridad para bajarse.

–Bueno, gracias por traerme. Espero que terminen muy bien su día. –Me da una palmadita en el hombro y se baja del coche–. Feliz cumpleaños, Ry.

Se aleja antes de que podamos decir algo y Ryle da la vuelta en busca de los aparcamientos. Ahora, puedo hablar con más libertad.

–Es ella, ¿no? La que te gusta y con quien estás en las fiestas cuando desapareces. –Se ríe–. Wow, no sé por qué no lo había pensado antes. Es obvio.

–Sí, Ryle. Es ella.

Me río también y me paso las manos con frustración por mi rostro.

–Por eso no querías estar con Phoebe, porque quieres estar con Sid.

–Y también porque Phoebe sale con Jonan.

–¿Es el comienzo de una relación o solo se acuestan como en la secundaria?

–De momento nos estamos acostando, nada más. No hemos planteado la idea de una relación porque nos damos la libertad de estar con otras personas si así lo deseamos –explico vagamente nuestro pacto.

–¿Amigos con derechos? –lo resume.

–Pero sin la amistad, porque la última vez no tuvimos suerte.

–Drake, espero que te des cuenta de que esto no tiene sentido. –Suspira–. Se gustan, siempre se gustaron. No pueden ignorar que en algún momento fueron amigos.

–Lo sé, no queremos ignorar esa "conexión" que tenemos. –Hago comillas con mis dedos al mencionar esa palabra–. Pero funciona mejor de esta forma. Creo que ninguno de los dos está preparado para tener una relación. Queremos disfrutar de nuestro primer año universitario y, si necesitamos relajarnos un poco, nos buscamos.

–Qué romántico –comenta con sarcasmo.

–No sé, simplemente así lo arreglamos –admito.

–¿Y estás conforme con eso o te gustaría que sea algo más? –me pregunta, conociéndome. Su mirada pesada cae sobre mis hombros como una carga que recién cae en la realidad.

–Lo tenía claro el primer mes, ahora no sé si tanto.

La confesión se escapa de mis labios en un suspiro.

–Estás en graves problemas, amigo.

Ryle me da una palmadita en los hombros y me dejo caer sobre el respaldo de mi asiento. Cuánta razón, Ry.

Cuánta razón.

Capítulo 28



Es la tarde siguiente al cumpleaños de Ryle y estoy haciendo una tarea de Contabilidad. No es mi materia favorita, pero la llevo bastante bien.

Llevo tanto tiempo en la misma posición que mi espalda empieza a pasarme factura. Quizás sea culpa de mi mala postura y costumbre a vivir encorvada porque es más cómodo recostarme boca abajo para hacer ejercicios matemáticos. En realidad, creo que es mi posición predeterminada porque suelo leer o pasarme horas en el celular así.

Cuando estoy borrando una suma mal hecha, escucho las llaves en la puerta y me percato de que hace veinticuatro horas que no sé nada de mi compañera de habitación.

Ella abre la puerta del pasillo con un ramo de flores y me acomodo sobre la cama con un signo de pregunta en mi rostro, por la sorpresa.

–¡Sídney! ¡Jonan me ha pedido ser su novia! –chilla de la felicidad y gira en su lugar presumiendo sus flores y me da un abrazo–. ¿No son hermosas? ¡Son mis preferidas! ¡Conoce mis flores preferidas!

–Me encantan, Pheebs, son preciosas –admito sosteniendo el ramo para olerlas y alejándola de mis hojas dispersas sobre el edredón–. ¿Estás contenta?

–¡Sí! Ya se estaba tardando en preguntarme, si tardaba un poco más me iba a ir con un chico más atractivo en venganza, posiblemente del equipo de baloncesto ya que son los más lindos –bromea y sostiene las flores cuando se las devuelvo.

Me vuelvo a sentar en mi cama y subo mis piernas para escuchar mejor.

–¡Cuéntame todo! ¿Cómo te lo pidió?

–Esperó a que terminase mi clase y apareció en la puerta con el ramo: ¡en frente de todos! No tuvo vergüenza de mostrarse como el chico dulce que es. –Me sonríe y se deja caer en su cama, feliz.

Se la ve demasiado entusiasmada y siento que su alegría me contagia.

–Ay, es un tierno.

–¡Lo es! –Hace una pausa para acomodarse pero luego vuelve a ponerse de pie y busca un recipiente por la habitación para depositar las flores–. ¿Qué estás haciendo?

–Deberes –me quejo–. Son de Contabilidad.

–Auch, suerte. –Se ríe mientras carga el recipiente de agua en el baño.

–Por suerte es fácil, estos ejercicios los entiendo. –Me encojo de hombros.

Espero a que me pregunte algo sobre anoche y no lo hace. Es extraño porque siempre es la primera en preguntarme cuando me cruzo a los chicos. Es la primera en interesarse en cualquier chisme que pueda brindarle. Me resulta peculiar que no esté

preguntándome sobre la juntada de anoche, en especial, sabiendo que lo vi a Oliver después de meses en contacto cero y que pasé bastante tiempo con Drake.

Pero seguimos hablando de ella por veinte minutos más.

–Te juro, debías ver las caras que pusieron las chicas de mi clase, puros celos.

–¿Segura de que eran celos? –le pregunto un poco agotada de que no esté demostrando interés en mí.

–¡Claro que sí! ¿Qué otra cosa podría ser sino? Ya te digo, siempre hablan mal de mí y creen que no las escucho. –Rueda sus ojos restándoles entidad–. No es mi culpa tener buen gusto a la hora de vestirme y que ellas parezcan personajes secundarios de una película ochentera…

Hasta acá llegó mi paciencia, estoy harta y me hace sentir enferma. ¿Por qué no demuestra interés? ¿Por qué me hace sentir pequeña a su lado? Siento que tengo un imán para las personas que quieren hablar de sí mismas por horas y que me tienen como un espejo que solo asiente con su cabeza y les devuelve la versión que ellos mismos quieren ver: su única verdad.

–Ey, Pheebs. No me has preguntado acerca del cumple de Ryle –le reprocho de brazos cruzados, intentando no demostrarle que me duele un poco porque, si puedo escucharla hablando de su nuevo novio, ella puede preguntarme acerca de mi ex mejor amigo.

Puede que la esté prejuzgando, quizás se olvidó. Puede olvidarse…

Puede olvidarse pero, aun así, podría interesarse por estas horas que pasamos separadas. Podría preguntarme qué he desayunado hoy, eso sería demostrar interés.

–Cierto que ayer salieron. –Parece acordarse, gracias–. Lo saludé en Instagram, creo que no vio el mensaje. ¿Se enojó? Si se enojó dile que es su culpa por no ver mis mensajes…

¿Qué? ¿Le mandó un mensaje de feliz cumpleaños?

No puedo con su temperamento en este momento… ¿Por qué actúa de esta manera tan absurda?

–No, de hecho, no hemos hablado de ti en todo el día –le respondo con sequedad, no lo puedo creer.

Le ha mandado un mensaje de cumpleaños a alguien a quien apenas conoce y no le ha preguntado a su amiga cómo le ha ido en dicha reunión. Increíble.

–¿No? –Parece extrañarle mi comentario y frunce los labios–. ¿Y de qué hablaron entonces?

–Lo vi a Oliver –le respondo ignorando su pregunta inicial.

–Oh. ¿Al novio de Jensen júnior?

–Sí, a mi ex mejor amigo.

Me hierve la sangre. No soy una de esas personas que suelen enojarse, pero siento que tengo los motivos suficientes para estarlo: Phoebe me ha escuchado quejarme de esta situación por meses. De hecho, es quien me ha ayudado a superarla y a entender un poco mejor cómo funcionan las amistades. No entiendo cómo puede olvidarse de alguien importante para mí. En especial, teniendo dos personas de referencia para recordarlo. De aquí se puede notar su indiferencia.

–¿Y qué tal?

–Bien, pudimos hablar –le respondo seca, quiero irme de aquí antes de que le diga algo de lo que puedo arrepentirme después.

–Me alegro… –Se encoge de hombros–. Ey, Sid, ¿puedes dejarme la habitación después de la cena por dos horas? Es que no vamos a poder juntarnos con Jonan en la suya debido a que su compañero de cuarto tiene compañía.

Y hasta acá llegó mi paz.

Busco mi mochila y guardo todos los apuntes y deberes de Contabilidad. Quito una sudadera del suelo y me marcho.

Me aseguro de cerrar la puerta de un portazo y envío un mensaje en la espera del elevador:

¿Qué quieren cenar? Invito yo.

La respuesta tarda exactamente un minuto en llegar:

HARPER ❤️
SUSHIIIIII.
POR FAVOOOOR.

HAYES ❤️
Concuerdo.
Y no pagarás tú.
Estoy haciendo el pedido, ven cuando quieras.

EN CAMINOOOOOO.
No coman sin mí, por favor.

HARPER ❤️
Eso estará por verse, querida.
Si fuera tú, vendría corriendo.

TE ODIOOOO.
Llego en 10.

15 si me canso de correr.

Guardo mi dispositivo en el bolsillo de mi sudadera y corro.

Corro todo lo que puedo para despejar mi mente de las ganas de asesinar a mi compañera de habitación.

Y como es de esperarse, cuando llego al dormitorio de mis amigos, no recibo ningún mensaje de la pelirroja.

Capítulo 29



–Drake, tengo una idea–le susurro con timidez. Él sabe a lo que me refiero así que, en un movimiento rápido y sensual, me alza hasta que quedo a horcajadas sobre él. Me inclino sobre su cuerpo lo suficiente para que nuestros labios se rocen.

–Me gustan tus ideas, Sid, solo recuerda que no tenemos demasiado tiempo. –Me indica antes de tomarme del cuello con urgencia y besarme con todas las ganas del mundo.

Una llamarada caliente recorre mi bajo vientre y, en esta posición, mis pechos desnudos se rozan con su torso, provocando una fricción placentera que deja escapar un leve gemido de mis labios.

Esta sería nuestra segunda vez en el día.

Nuestras caricias se funden en un beso ardiente a punto de colisionar y el contacto de piel contra piel absorbe todo tipo de deseos efímeros. Mi deseo es seguir aquí, idealizando el alocado pacto que hicimos, hasta que me muera. Hasta que me muera de la intensidad de los pequeños besos que deja sobre mis clavículas y hasta que se esfume el sonrojo de mi rostro.

–Eres perfecta… –me susurra al oído y me da un pequeño mordisco en el lóbulo de mi oreja, provocándome un escalofrío por

todo mi cuerpo.

Dos palabras que me deleitan. Dos palabras adecuadas para que goce de una idea acalorada. No suelo hacer esto, pero, hoy me siento con la confianza suficiente para hacerlo. Quiero hacerlo y sé que le encantará.

Me separo de él y me agacho al borde de la cama. En unos segundos, a Drake se le oscurece la mirada y una sonrisa pícara y tentadora se forma en mi cara.

–¿Esta es tu idea? –susurra tras haber tragado saliva.

–¿Alguna objeción?

–Sídney, mi cerebro está en blanco en este instante. No hay nada en lo que pueda pensar que no sea en tenerte arrodillada frente a mí –admite sonrojándose.

–Así me gusta.



Fui al baño usando solo su camiseta y mis bragas. Él optó por ponerse su ropa interior y presumir sus abdominales, como siempre.

–¿Puedo quedarme todo lo que quiera? –le pregunto a Drake mientras me lanzo sobre la cama para acurrucarme sobre su pecho desnudo, aún con la respiración agitada. Es lo que sucede cuando no haces actividad física con regularidad.

–¿Qué clase de pregunta es esa? –Me acaricia el cabello con una mano y con la otra se asegura de empujar mi espalda hacia él, para estar más cerca.

–Nunca hicimos esto –admito dejándome ser, mi cuerpo gelatinoso se derrite sobre el suyo y se convierten en un abrazo romántico.

Puedo sentir los músculos de sus hombros contrayéndose para mí.

–Lo sé, me gusta.

Mi corazón se acelera frente su confesión y asiento.

–A mí también.

Es la cuarta vez que nos vemos en la semana y siento que se está volviendo rutinario esto de acostarnos juntos en los horarios que nuestros compañeros no están.

También, es la primera vez que nos quedamos en la cama abrazados después de acostarnos. Antes, no solíamos hacerlo. Por lo general cada uno se iba por su cuenta luego de unos minutos. Algo pequeño cambió en nuestros encuentros y me gusta la idea de acostumbrarme a ello.

No me hace fácil esto de dejar de gustar de él.

–Perfecto porque no pensaba moverme. –Puedo sentir una sonrisa dibujada en su rostro y levanto mi cabeza para acercarme un poco hacia él y darle un dulce beso en los labios.

Nuestras piernas desnudas se entrelazan entre sí y él profundiza nuestra unión, pero, a diferencia de hace unos minutos, esta vez lo hace con delicadeza.

Nos damos varios besos cortos hasta que me separo y me dedico a observarlo.

Sus ojos se conectan con los míos y rompo ese contacto para detenerme en sus labios color cereza hinchados y apetecibles.

Mierda, me encantan.

Sus mejillas se suavizan bajo el tacto de la palma de mi mano. Tiene la piel sedosa, un cutis definitivamente envidiable. Estoy segurísima de que no debe usar productos para cuidarla. Puede que

sea debido a la cantidad de agua que bebe a diario, leí en internet que eso ayuda a mejorar la elasticidad y suavidad.

–¿Cuánto tiempo nos queda? –le pregunto.

–Veinte minutos, le pedí a Ryle que comprara unas latas de soda así tenemos stock para la semana.

–Entonces no puedo quedarme todo lo que yo quiera. –Le reprocho dándole un pequeño golpe en su mejilla.

Parece pensarlo por unos instantes, como si buscara una solución o una alternativa a este problema.

–¿Y tu habitación está libre?

–¿Mi habitación?

–Sí, ¿está libre?

–¿Para quedarnos en la cama abrazados? –Alzo una de mis cejas confundida. Drake parece darse cuenta de lo ridículo que suena eso y niega con la cabeza, evitando hacer contacto visual conmigo.

–Olvídalo, no sé en qué estaba pensando…

Algo cambia en el ambiente por unos segundos y me acerco para darle un beso en la mejilla, se acomoda para hacerme caricias en la espalda.

–¿Qué vamos a hacer con Ryle? –le pregunto porque sé que hablaron de este acuerdo el otro día.

–Lo que tú quieras, a mí me prometió que no dirá nada.

–¿No le va a contar a los demás?

–No, ¿por qué iba a hacerlo?

–No lo sé.

Ahora siento que cambié el clima sin querer.

–¿Seguimos como estamos ahora? –agrego.

–A mí me parece bien. –Me despeja el cabello de mi frente y me da un beso en la sien.

–Entonces, no afecta nuestro acuerdo inicial; ¿verdad?

–No, Sid.

–Perfecto.

–Genial.

Sí, perfecto.

Perfecto sería quedarme todo el día en sus brazos y me veo en la obligación de separarme de él y de marcharme antes de hacer algo de lo que me voy a arrepentir después: quedarme, para siempre.

Capítulo 30



–No hay nada más atractivo que ver a veintidós chicos practicando un deporte –suspira la pelirroja apoyándose en mi hombro.

–Estoy segura de que dirías lo mismo si estuviesen haciendo nada. –Me río dejando caer mi cabeza sobre la suya, con cariño.

Mi enojo duró un par de horas la semana pasada y no volvimos a tocar el tema. Sigo decepcionada, pero no puedo ignorarla para siempre. Cuando me dijo de venir a ver los entrenamientos, no dudé en aceptar su propuesta. Ella quería ver a su novio y yo quería pasar tiempo con Drake, aunque sea a la distancia. Obvio, esto último no se lo dije. Prefiero guardármelo para mí.

–Es que míralos. –Señala el campo de deportes–. Parecen modelos de una revista de los noventa.

–Es porque ejercitan todos los días desde hace años y tienen una buena alimentación, por eso se ven así –los justifico–. ¿No se aburrirán de jugar todo el tiempo?

–Me aburriría si estuviera en su lugar, pero sí saben cómo atraer a las chicas lindas –bromea y ruedo mis ojos.

–Pheebs, creo que están en el equipo porque les gusta jugar y muchos tienen becas estudiantiles, no porque quieren atraer "chicas". –Me río–. Si tuvieses que elegir un deporte para practicar; ¿cuál harías?

–Patinaje artístico sin dudas, todas tienen un cuerpo perfecto y se ve muy divertido –admite–. ¿Sabías que sé patinar sobre hielo? Mi madre me obligaba a ir a clases de patín cuando era pequeña. Quería que fuera famosa.

Wow, no tenía ni idea.

–¿Y por qué lo dejaste?

–Porque a los catorce años salí en tercer puesto en una competencia de talentos en mi ciudad y a mi madre le dio tanta vergüenza la situación que me prohibió volver a patinar… Supongo que perdí el interés desde entonces. –Se encoge de hombros restándole importancia y bebe de su malteada–. Tampoco le ponía demasiado empeño, lo hacía porque a ella la hacía feliz, ahora disfruto de practicar yoga.

–No sabía que el yoga es un deporte.

–Todos los deportes tienen en común la conexión de cuerpo, respiración y mente. Así que sí, es un deporte.

Al haberles asignado camisetas personalizadas a los jugadores como bienvenida al equipo, puedo identificarlos a la perfección de lejos.

El número cinco, Ryle, parece pelearse por algo importante con el número ocho, creo que es un chico alto con cabello ondulado. El entrenador tiene que interponerse para que dejen de discutir. Calvin, quien estaba descansando en la banca, trota en dirección hacia ellos

para averiguar qué es lo que está sucediendo. Captan toda mi atención, definitivamente.

–¿Qué deporte practicarías tú?

–Me gustaba el hándbol en la escuela –le respondo a Phoebe sin despegar mi mirada del campo.

–¿Te gustaba ser la arquera?

Como si las personas gordas solo pudiésemos ser arqueros, ugh.

Odio esos prejuicios.

–Me gustaba correr, pasarme el balón con mis compañeras y era buena lanzando al arco –digo con sequedad en mi voz–. Perdí el talento cuando dejamos de jugarlo en la escuela. De todas formas, nunca fui fan de practicar actividad física.

Pheebs asiente en silencio y prefiere dejar el tema ahí. Le escribe una cursilería a Jonan que se encuentra en la banca y él alza su mirada hacia nuestro lugar para hacer un símbolo de amor y paz con sus manos a forma de saludo.

La pelirroja le lanza un beso y yo me limito a mover mi mano de lado a lado.

Drake, el número veintidós, se aparece en mi campo visual y Elijah le da una palmadita sobre su hombro una vez que se pone su casco y protector bucal. Parece que van a jugar una partida de verdad.

Quizás Phoebe tenía razón: es muy atractivo verlos en acción haciendo lo que más les gusta. Tienen otra energía, una muchísimo más atrayente, eso seguro.

Los jugadores se ponen en posición para empezar el partido y nosotras nos erguimos sobre nuestros asientos en las gradas. Por lo general, no suele haber alumnos presenciando los entrenamientos, así que estamos solas.

Y, como no hemos chequeado la aplicación del clima antes de venir, se desata la lluvia a una velocidad increíble.

Phoebe protesta con un quejido agudo cuando siente una gota caer sobre su cabello recién tintado y me apresuro a guardar mi celular para evitar que se moje con el agua.

El cabello rojo desprende residuos en la ducha constantemente, parece una escena del crimen mi baño cada vez que tiene que retocarse el color. Esta no es la excepción, el tinte se desliza sobre la piel de su cuello con facilidad.

Da miedo, parece sangre. Antes de que llore, me acuerdo de que en mi mochila siempre llevo un gorro. ¿Por qué? Porque lo tomé un día soleado y me olvidé de quitarlo de ahí, además, las veces que me acordé, me prometí volver al dormitorio y quitarlo, pero me olvidé en el camino que quería hacerlo. Típico de mí.

Pheebs suelta unos insultos en voz baja, pero acepta el gorro a regañadientes. Estoy segura de que piensa que no le combina con su outfit, pero se ve obligada a aceptarlo para no parecer Carrie.

El entrenador vacila acerca de si seguir con su rutina planeada o volver a los interiores del estadio para continuar allí, pero les hace una seña a sus jugadores para que empiece el partido. Tienen que aprender a jugar en todo tipo de climas.

Algunos protestan y otros parecen estar felices de por fin jugar y no levantar pesas. Por lo menos, es lo que puedo ver en sus expresiones corporales ya que la mayoría está usando sus cascos de protección y es difícil ver sus rostros con claridad.

–¿Nos vamos? –Me pregunta Phoebe unos minutos después de que la lluvia empeore. Tiene toda la razón del mundo para sonar irritada y acepto su propuesta sin problemas. De hecho, me

sorprende que nos quedáramos para el principio del partido cuando la lluvia no hace más que seguir y seguir…

Mi camiseta de mangas cortas se adhiere a mi cuerpo empapado y mi pantalón de jean empieza a pesarme. Me siento incómoda y sí, quiero irme.

La sigo por las gradas intentando no salpicarla con cada paso que doy, pero, antes de irme, echo una última mirada hacia el juego: Drake espera detrás de Ryle, listo para recibir el balón. Están a una distancia de 40 yardas del equipo contrario. Me alegra que el entrenador los haya puesto juntos. Cuando el primero le lanza una señal, la ofensiva se pone en posición como viene practicando hace tiempo y Drake recibe el balón en uno de los mejores lanzamientos que he visto en mi vida.

La jugada es limpia, el número veintidós sale disparado hacia el centro y su velocidad desafía la gravedad. Su pantalón blanco se mancha de lodo a medida que va dando zancadas en el césped y lo mismo le pasa a aquellos que deben defender su posición e intentan quitarle el balón.

Aprovecha un espacio libre en la defensa y, ágilmente, se desliza en esa dirección, pero, mientras intenta evitar el siguiente grupo de defensores, trastabilla con el barro y cae sobre sus piernas. Mi corazón da un brinco.

¿Se lastimó? ¿Está bien?

¿Por qué no se levanta?

¿Por qué el entrenador pide tiempo fuera?

Se me erizan los pelos de mis brazos y no sé si es por el frío, la ropa mojada o por el pánico que siento. Me estremezco. Es como si el mundo se detuviera por unos instantes y lo único que me importa

es saber si él está bien. Se dio un golpe fuerte en el pie y me temo que podría estar herido.

Me detengo al mismo tiempo que Phoebe para observar la escena. El entrenador no duda en trotar hacia él para comprobar si está lastimado y lo mismo hacen sus compañeros más cercanos.

Permanece en el suelo por unos minutos y parece dolorido cuando se quita el casco. Sus compañeros se agachan para estar a su altura y comprobar que no haya lesiones ni nada preocupante.

Drake niega con la cabeza y puedo presenciar su frustración desde aquí.

El número diecisiete lo ayuda a incorporarse y, cuando le piden que camine, cojea.

Mierda, se lastimó de verdad.

Ryle se apresura a depositar uno de sus brazos por debajo de sus hombros para ayudarlo a caminar hacia los vestuarios donde supongo que lo revisarán los médicos.

El entrenador habla con sus jugadores y esperamos pacientes a que regrese Ryle, quien, cuando llega, parece contarles algo. El entrenador lanza una señal en el aire para que continúen el juego sin Drake.

Pheebs me toma del brazo para que sigamos caminando hacia la salida y me paralizo. ¿Qué le pasó? ¿Estará bien? ¿Podrá seguir jugando?

Ella puede leer la expresión de miedo en mi rostro y suspira.

–¿Quieres quedarte a asegurarte de que esté bien? –me pregunta.

Asiento con mi cabeza y, de igual forma, la acompaño a la salida para poder entrar a los vestuarios en un rato. Si entro ahora, lo más probable es que me cruce con los paramédicos y no es la idea.

–Bien, quédate aquí. Espéralo y luego me cuentas. –Me abraza una vez que llegamos a la puerta trasera, luego de rodear el sector de campo. Aquí los jugadores no pueden vernos–. No creo que sea lo adecuado, pero si te hará sentir más tranquila saber que está todo bien, quédate.

–Gracias, Pheebs.

–De nada. Ahora, si me disculpas, tengo que correr e intentar pasar desapercibida en el campus. –Suelta un quejido doloroso–. ¿CÓMO VA A LLOVER JUSTO UN DÍA DESPUÉS DE QUE ME TINTÉ EL CABELLO?

–No lo sé, el clima no te quiere. –Me río apenada de su situación–. Cuídate.

–Tú también. –Me da otro abrazo y sale disparada hacia el campus.

Dejo escapar un suspiro por mis labios, me miro las zapatillas empapadas y maldigo en voz baja. Creo que tener las medias mojadas es una de las peores sensaciones del planeta.

Me apoyo sobre la puerta y espero a que pasen los minutos antes de atreverme a entrar y buscarlo.

Espero que esté bien.

∞

Drake

Bueno, podría ser peor.

Fue una caída patética y, si le hubiese pasado a otro jugador, es probable que me hubiese reído de él. Pero no, me tocó a mí caer en un charco de barro.

Fantástico como arruiné mi reputación en uno de los primeros partidos que tenemos como equipo. Fantástico, de verdad. Quiero que la tierra me trague y me envíe a una galaxia nueva para evitar este bochorno.

Lo único positivo que puedo sacar de esta situación, es que mis padres no se sentirán mal por perderse uno de mis partidos porque, de momento, no habrá ninguno como tal. Hace semanas que quieren venir, pero por el trabajo no pueden y se sienten culpables de ello. Así que, esto me viene genial.

Los médicos me revisaron al instante que pisé los vestuarios y, por suerte, no tengo nada fracturado ni esguinzado. Solo se me inflamó el pie al haberlo doblado con la caída, pero no se me rompió, que es lo más importante. Me dijeron que tengo que reposar por lo menos cinco días para que baje la hinchazón y eso significa que no puedo jugar en el partido de este sábado.

Lanzo mi botella vacía de agua contra la pared de la frustración que me da saber que me voy a perder un partido justo cuando estoy intentando demostrarle al entrenador que soy bueno jugando.

Me ha dicho en varias ocasiones que lo ha notado, pero necesito demostrarle que no se equivoca y que voy a mantenerme de esta forma. Lo necesito de verdad.

Para un deportista no hay nada más tedioso que la imposibilidad de moverse, es como si a un ave le quitaran sus alas o como si le cortaran las garras a un león.

La puerta de los vestuarios se abre y Sídney corre a abrazarme cuando me ve sentado en una de las bancas.

–¿ESTÁS BIEN?

Está empapada de pies a cabeza. Su cabello usualmente con ondas, se ve más oscuro y derrama gotas en el suelo.

Su camiseta se adhiere a sus curvas y debo admitir que, por más incómodo que parece, no puedo quejarme. Le queda muy sexy, al igual que su maquillaje.

–Hola, no sabía que estabas por aquí –le respondo al abrazo extrañado, mojando mi camiseta limpia y calentita.

En realidad, sí lo sabía. La he visto cuando entré al campo de juego porque solo había dos personas viendo los entrenamientos, con el clima que estaba pronosticado tiene sentido que los alumnos prefirieran quedarse bajo techo.

Se separa de nuestro abrazo y sus brazos se detienen sobre mis hombros, buscando alguna lesión visible.

–Estoy bien, Sid. No te preocupes. –Le sonrío al notar su inquietud pertinente.

Su maquillaje corrido me obliga a analizar cada centímetro de su rostro, parece un lienzo blanco que acaban de pintar con melancolía y angustia… ¿Angustia?

–¿Qué te dijeron los médicos? –me pregunta y sus ojos me transmiten miedo.

Tiene miedo de la respuesta como si estuviese preocupada por mí.

¿Se preocupa por mí? ¿Se asustó?

–Tengo el pie derecho inflamado, pero estaré bien y podré volver a jugar en unos días. –Le aseguro acariciándole la mejilla–. ¿Te asustaste?

Sídney suspira y esconde su cabeza en un abrazo poderoso, cargado de… ¿amor? Uno de esos abrazos que te transmiten paz, de esos que te curan el alma y sientes que todo está bien al menos por los segundos que dure el abrazo.

–No deberías asustarte, corazón. –Le acaricio el cabello mojado–. Estoy bien, créeme. No es nada preocupante.

–¿Corazón? –Alza su mirada sorprendida.

–No debería sorprenderme que, de todo lo que te dije, te hayas quedado con esa palabra rondando por tu mente. –Suspiro intentando ocultar una ligera sonrisa triunfadora en mi rostro.

–Y tú no deberías jugar en la lluvia, es peligroso –se queja.

–Fueron órdenes de nuestro superior, no teníamos alternativa. –Me encojo de hombros–. Además, tenemos que aprender a estabilizarnos porque no siempre el césped estará en buenas condiciones.

–Para la próxima que lo esté. –Vuelve a quejarse–. ¿Te duele?

Señala mi pie cubierto de hielos e inflamado.

–Un poco… Sobreviviré.

–¿Por cuánto tiempo tienes que usar el hielo?

–Hasta que terminen de jugar y Ryle pueda cargarme hasta la residencia –me mofo de mi situación.

–ENTONCES NO ESTÁS BIEN –llora en un quejido agudo.

–SID, ESTOY BIEN, CRÉEME. –Me río y estiro mis brazos para que se acerque a darme otro abrazo.

No duda en hacerlo y le doy un beso en la frente cuando su rostro queda a la altura del mío.

–De verdad, no te preocupes.

No sé por qué le di un beso en la frente, quizás no debí hacerlo… Por suerte no parece haberse percatado de eso. Y si le molestó, no lo demuestra.

Su mirada se suaviza y su corazón deja de correr una maratón de preocupaciones y pasa a sentir la misma tranquilidad que me transmitió verla entrar por esa puerta.

–No, me quedaré aquí contigo hasta que me asegure de que estás bien. –Se sienta a mi lado de brazos cruzados, dispuesta a no moverse.

–¿Qué hacías por aquí? –le pregunto para conversar y distraerla de mi pie.

–Pheebs quería ver los entrenamientos porque después tiene una cita con su novio y no quería estar sola.

–¿A cambio de qué accediste a perder ciento cincuenta minutos de tu vida?

–A cambio de ver varios chicos lindos corriendo sin camisetas y haciéndose los rudos en el campo de juegos –bromea burlándose de su amiga y se estremece. Es posible que se deba al frío de llevar algo mojado–. Y no podía perderme la caída del número veintidós.

–Ahora todo tiene sentido, quieres burlarte de mí –me quejo y luego le pregunto–. ¿Te quedarás hasta que termine el partido?

–Sí –me asegura.

–Entonces usa una camiseta seca. –Le señalo con mi cabeza mi casillero. Quiero que esté cómoda–. Te vas a resfriar así.

Sídney parece dudar en aceptar mi propuesta, pero termina accediendo en silencio. Se dirige hacia mi casillero y toma la camiseta negra, la alternativa.

–No me mires –me ordena y espera a que me cubra los ojos con mis manos para darse vuelta, quedarse en sujetador y pasar mi camiseta por sus brazos–. Ya puedes mirar.

–Te queda bien. –Le sonrío y levanto ambos pulgares para demostrarle mi apoyo. Le queda increíble, de hecho. Quiero que la use todos los días.

–Gracias, te la devolveré cuando la lave –me asegura y vuelve a sentarse a mi lado, aprovecha a acariciarme la rodilla.

–Está bien, puedes quedártela.

–Drake, de seguro nunca la usaste –se queja–. Es nueva y te la voy a estropear con la lluvia. Déjame lavarla.

–Sid, nos dan varias camisetas porque es normal que se nos estropeen en el campo. Quédatela, de verdad.

No parece muy convencida así que me veo obligado a usar mi última bala, esta vez soy quien le acaricia la rodilla.

–Quiero que te la quedes, Sid. **Te queda muy bien el número veintidós.** –Le guiño el ojo y sus mejillas se sonrojan.

–Cállate.

Levanto mis manos rendido.

–Está bien.

–No, no está bien.

–¿Por qué? –La observo expectante.

–Porque me asustaste y… –Lucha en su cabeza con las palabras adecuadas y suelta un suspiro amenazador–. Eso, me asustaste. No vuelvas a hacerlo, Drake Mendler.

–Prometo no hacerlo, Sídney Jones –me burlo y le regalo un beso en la mejilla.

No podré jugar por unos días, pero puedo aprovechar ese tiempo para jugar con los pensamientos recurrentes en mi mente: ¿qué me pasa con Sídney? ¿Por qué se preocupa por mí como si me quisiera?

¿Me quiere o no quiere perder nuestro vínculo?

No lo sé, pero, de todas formas, se siente de maravillas que una chica linda se preocupe por ti. Mierda, se siente jodidamente bien.

Capítulo 31



La fila de la cafetería está agotando mi paciencia. Esta mañana olvidé de prepararme algo para almorzar. Por lo general, tomo una comida rápida que pueda cocinar en el microondas, pero esta vez no fue así. Me quedé hasta tarde intentando dormir. Estuve toda la noche con insomnio. Es como si mi cuerpo no fuera capaz de descansar.

En un momento desperté a mi compañera sin querer de la cantidad de vueltas que di sobre mi cama y luego, de la vergüenza, me quedé dormida. Insólito.

Al no frecuentar la cafetería, me sorprende la cantidad de personas que la utilizan. Si no tuviera un microondas en mi habitación, es probable que también sobreviviera con lo que sea que sirvan aquí.

Muchos estudiantes que tienen más tiempo entre clase y clase prefieren almorzar en los restaurantes del campus y los que rodean las instalaciones.

Soy la última en una fila de quince personas y me muevo con impaciencia.

–Hacer la fila es de lo peor. –Me dice una voz conocida y me giro para verlo.

Wren, el recepcionista de mi residencia, me sonríe sosteniendo una bandeja repleta de comida. Está en su descanso y lleva una camiseta de *Skins*.

–Lo es. –Le respondo y un rugido resuena en mi panza. Por suerte, no lo escucha porque la música aquí retumba a todo volumen y el ruido de los estudiantes charlando y comiendo es a prueba de sonidos estomacales.

Tengo hambre.

–Ven Sídney, puedo hacer que pases sin hacer la fila –propone leyéndome mis pensamientos hambrientos.

–¿Te acuerdas de mi nombre? –Me sorprendo.

–No hay muchas personas por aquí que se detengan a saludar al recepcionista cada vez que ingresan a la residencia. –Se encoge de hombros–. ¿Vienes?

–Por supuesto.

Wren le hace un gesto con su mano a uno de los cocineros y me señala para que pueda ordenar el menú del día.

–Gracias, de verdad. Me muero de hambre –admito.

–No hay problema, Sid. Cuando quieras. –Me sonríe una última vez tras disculparse con el próximo en la fila, a quien le robamos el lugar, y se marcha para comer tranquilo.

Lo sigo con la mirada y se sienta en una mesa con varios chicos que visten de la misma forma que él, supongo que serán sus amigos.

Una cocinera me entrega mi bandeja con un risotto que parece delicioso y, sin probarlo, me cuestiono por qué no almuerzo aquí

todos los días.

Encuentro una mesa vacía al fondo de la cafetería y me siento mirando hacia la pared, así puedo ignorar al resto de la población. Busco en mi mochila mis audífonos y, cuando estoy a punto de ponérmelos, alguien se deja caer sobre el asiento de enfrente.

Tiene sentido, es un lugar público y cualquiera puede sentarse aquí. Solo me sorprende que no pregunten antes de sentarse. Por lo general, es descortés no hacerlo.

Levanto mi mirada y comprendo al instante por qué se sentó con toda la confianza del mundo. Es nada más y nada menos que Ryle Jensen quien decide acompañarme en este día soleado.

Lo más probable es que haya hecho la fila en el otro sector de la cafetería y por eso no nos cruzamos antes.

–¿Tú también te estás replanteando por qué no almorzamos aquí más seguido? –Me pregunta dándole un bocado a su plato que contiene lo mismo que el mío, además de una naranja y dos manzanas.

Guardo los audífonos en mi mochila y pruebo mi comida.

Una locura.

Una maravillosa locura.

–Sí, definitivamente.

–Así que... Nadie te acompaña hoy.

–Tú me estás acompañando ahora mismo. –Me encojo de hombros.

–Ya sabes a lo que me refiero.

Ruedo mis ojos y asiento con mi cabeza.

–Lo mismo puedo decir de ti.

–Tengo que terminar unas tareas para dentro de dos horas y los chicos decidieron almorzar a una hora de aquí. No llegaría a tiempo a clases.

–Tiene sentido.

–Sí, lo tiene…

Comemos en silencio por unos minutos. No es incómodo porque nos conocemos hace siglos. Reviso mis redes sociales y le doy like a algunos posteos que me llaman la atención. Él se dedica a responder algunos mensajes, seguramente de su novio.

No es hasta que vuelve a hacerme una pregunta que no despego la mirada de mi dispositivo móvil.

–¿Drake te contó que ya sé lo de ustedes?

Acomodo mi celular sobre la mesa y juego con mi tenedor un poco, incómoda.

Ryle sabe sobre nuestro pacto, Drake se lo dijo.

–Sí, me contó. ¿Te molesta que no te lo haya dicho antes? –le pregunto yo esta vez.

–No, solo quiero que ninguno de los dos salga lastimado. –Se deja caer sobre su asiento de brazos cruzados cuando su plato termina vacío.

–Sabemos que no va a suceder. –Ruedo mis ojos restándole importancia a eso.

Estoy segura de que Drake no sería capaz de lastimarme, al menos no de manera intencional. Quizás salgo lastimada al no sentir lo mismo que él. Ese es el único escenario posible en esta situación.

–Ayer te vi saliendo de los vestuarios después de que Drake se lesionó. –Me confiesa y juega con su manzana, lanzándola en el aire múltiples veces.

Mi alma quiere escaparse de mi cuerpo por unos instantes.

Drake no mencionó una lesión cuando nos vimos ayer por la tarde. De hecho, se aseguró múltiples veces de repetirme que estaba bien.

–Me dijo que no tenía nada grave –me quejo.

–Y no lo tiene, es una forma de decir.

Mi alma regresa a mi cuerpo en cuestión de segundos, falsa alarma.

Ryle me mira expectante como si estuviera esperando una respuesta.

–Está bien. –Suspiro rendida–. Fui a verlo porque no podía dejarlo solo en ese estado, de hecho, no puedo creer que jugaran en esas condiciones. Podrían haberse lesionado más jugadores y quizás con algo más grave.

–Es común, Sid. Nada de qué preocuparse. –Se encoge de hombros.

–Lo mismo dijo él y míralo, descansando posiblemente en su habitación y perdiéndose de la oportunidad de almorzar con sus amigos –me quejo.

–Qué interesante cómo te preocupas por su salud cuando solo se acuestan y no son amigos… ¿No? –me molesta enarcando una de sus cejas, quiere entrar en mi cerebro y leer todos mis pensamientos.

Es hora de repasar mentalmente las reglas que acordamos con Drake Mendler acerca de nuestro pacto electrizante:

Regla número 1: NADIE puede saberlo = es un secreto.

¿Regla número 1? COMPLETAMENTE QUEBRANTADA.

~~**Regla número 1: NADIE puede saberlo = es un secreto.**~~

Así está mejor, tachada de mi mente porque ya está transgredida en la vida real. Debería haberla tachado hace tiempo ya, cuando Ryle se enteró de lo nuestro y cuando empecé a contarle a Harper sobre nosotros. El lado bueno es que Har no sabe quién es este chico misterioso así que, técnicamente, no rompí la primera regla… Si estuviese Drake aquí, en mis pensamientos, diría que rompimos esa regla juntos. Por suerte no está aquí y puedo quejarme de las reglas como quiera.

–Sigo siendo una persona con sentimientos, claro que me preocupo por su salud, como también me preocupo por la salud de mis compañeros de clases o mis profesores. Si alguno decide faltar por una enfermedad, me alegro por ellos y, luego, me preocupo un poquitito porque la pasan mal. –Intento justificarme y sus ojos claros me juzgan en todo su esplendor.

–Puedes admitir que lo quieres, Sid. No está mal aceptar las cosas en voz alta. Tampoco voy a decírselo, me parece que debería descubrirlo por su cuenta.

En fin, volviendo a las reglas:

Regla número 2: NO hay sentimientos de por medio.

¿A quién quiero engañar? Ya es hora de tacharla por fin.

~~***Regla número 2: NO hay sentimientos de por medio.***~~ Es verdad, lo quiero. ¿Cómo es posible no querer a Drake Mendler? Es un encanto, quiero quedarme en esa burbuja de amor que construimos en la cama para siempre. Pero me gustaría que deje de ser en un solo lugar y poder disfrutarlo en todos los ámbitos del día a día.

Quiero sentir todas las emociones del amor, sentirme atada a él y enamorarme sin precauciones. Pero, de momento, tengo que

conformarme viendo a otras personas enamorarse. Lamentablemente no es mi realidad actual con Drake, estamos lejos de esa idea tan perfecta.

–Claro que lo quiero, Ryle. Fue mi amigo los últimos años de la secundaria. Es alguien a quien aprecio y vi crecer. Eso no desaparece de un día para el otro porque nos distanciamos. –Suspiro e intento cubrirlo con otra verdad–. Creo que sigo queriendo a Stacey, mi mejor amiga de cuando tenía seis años, y nunca más en mi vida volví a verla desde que dejé de ir a la misma escuela.

–Está bien, cuando admitan que es ridículo lo que hacen y que sería muchísimo más factible que empiecen a salir como una verdadera pareja, espero que me den la razón. –Se ríe. Se levanta de su asiento y, antes de irse, agrega–: De nuevo, a la larga, terminarán lastimándose y será lo mismo que intentan evitar.

–Adiós, Ryle. –Lo saludo con mi mano y me dejo caer sobre mi asiento frustrada.

Puede que tenga razón, puede que sea más sencillo confesarnos que nos queremos. Puede que sea la vía sencilla, pero ¿quién elige el camino fácil cuando el amor no lo es?

El amor es difícil y no es color de rosas.

El amor es eléctrico y puede causar dolor.

Es el causante del dolor porque es capaz de dejar quemaduras en nuestras almas cuando las cosas no funcionan y es electrizante porque es capaz de hechizar nuestro sentido común para que seamos capaces de darlo todo, incluso cuando fallamos y aparece el hormigueo de los nervios en nuestro organismo. Un cosquilleo parecido al aleteo de las mariposas es un factor determinante de cuánto te gusta una persona y, cuando pienso en él, es imposible no

sonrojarme de los latidos irregulares de mi corazón rosa. No es suficiente.

Es imposible que mi corazón no esté electrizado con sus encantos.

Y es imposible que el amor sea unidireccional cuando siento chispas flotando alrededor de nuestras almas hechizadas todo el tiempo.

Sí, definitivamente terminaré lastimada si esto no evoluciona.

Capítulo 32

🏈 Drake 🏈

Es sábado por la mañana y a mis amigos se les ocurrió la maravillosa idea de visitar El Arboreto; un parque de 100 acres que contiene un jardín botánico de 40 hectáreas de extensión en la Universidad de Kentucky.

¿Por qué? Porque, si bien sigo en reposo, los médicos me aconsejaron que debo caminar para no perder los días de entrenamientos y quedarme "atrás" con mis capacidades físicas a comparación del resto del equipo.

Entonces, se les ocurrió que podríamos practicar senderismo en el jardín que queda a quince minutos a pie de las residencias y a dos minutos de distancia en coche. Ryle se está aprovechando de mi vehículo y de mi pie en reposo como excusa para conducir. En especial, porque no demuestro ninguna objeción al respecto.

Al llegar, aparcamos y nos dirigimos al centro de visitantes donde se encuentran el resto de los chicos: Calvin, Jonan, Elijah, Zedd, Sídney, Phoebe y un sujeto de cabello oscuro que no reconozco.

Este último hace reír a Sídney y Ryle me da un golpe en las costillas con su codo para que disimule mis celos. No estoy celoso, no lo conozco y es probable que sea solo un amigo. Aunque Sid

nunca me habló de si se ve o no con otras personas, entonces, no tengo forma de saber si es simplemente un compañero de clases o algo más. Ojalá que sea solo un amigo.

–¿Quién es? –le susurro mientras nos acercamos a ellos.

–No tengo ni idea, compórtate.

Asiento con mi cabeza y Elijah me da un abrazo.

–¿Cómo te sientes? ¿Te duele?

–No, puedo apoyar sin problemas. Solo tengo que tomármelo con calma, así que es posible que camine detrás de ustedes.

–No te preocupes, podemos esperarte. –Me dedica una sonrisa Zedd.

–Es un parque estatal, no se permiten tortugas aquí –bromea Jonan saludándome con un apretón de manos–. Me alegra que estés mejor, Mendler.

–Fue una caída dura, no te presiones. El entrenador no está enfadado. –Me da una palmadita en la espalda Calvin como saludo.

–Hola, soy Hayes. –Se presenta el chico que hacía reír a Sídney y nos damos un apretón de manos amistoso.

–Drake, un gusto. –Le sonrío y luego desvío mi atención a Sídney que mira la escena con atención, expectante a ver si digo algo y, cuando no lo hago, se da la vuelta para ignorarme y seguir hablando con cualquiera.

¿Se habrá fijado en nuestra interacción porque es alguien importante para ella?

No lo sé y no quiero ni pensarlo.

Hayes se da otro apretón de manos con Ryle:

–¿Vamos? –propone él, yendo hacia la entrada del parque, dispuesto a caminar todo lo que sea necesario para entrenar los

músculos.

Esta noche tienen un partido y tendré que verlo desde la banca. También, por este motivo, mis amigos eligieron acompañarme en esta caminata, para entrar en calor.

Seguimos a Ryle en grupo, algunos en silencio y otros hablando de quiénes son los jugadores de la Universidad de Nueva York, a quienes se enfrentarán en unas horas.

Me encuentro detrás de todo para ir más relajado e intentar que mi pie se acostumbre a caminar lo que no he caminado esta semana. Tuve que faltar a clases y pedir los apuntes. No es algo que me enorgullezca, pero no tuve alternativa.

Caminamos por diez minutos hasta que algunos deciden darle con todo. El día es soleado y no hace frío. Es ideal para correr al aire libre. Incluso Phoebe se suma en esa idea de ir más rápido.

Sídney aprovecha que los chicos quieren trotar y ralentiza su paso para acercarse a mí con la excusa de que quiere hacerme compañía. Sé que lo hace porque no está acostumbrada a hacer actividad física y que se está muriendo de sed y soy quien sostiene la mochila con las botellas de agua.

–Aguantaste más de lo que me imaginé. –La molesto lanzándole una botella agua y la toma sin problemas–. Wow, deberían llamarte para reemplazarme.

–Deja de molestarme, por lo menos puedo correr y tú no. –Se queja y detiene su paso para beber.

Fue cruel. Me detengo para esperarla y le respondo:

–Ouch, demasiado pronto para esos chistes –finjo dolor.

–Si no quieres que te molesten, no molestes a los demás. –Me devuelve la botella para que la guarde.

–¿Te has levantado de malhumor? –pregunto y camino con las manos en mis bolsillos.

Sídney me sigue el paso en silencio, me da la impresión de que no tiene ganas de hablar de ello. No es hasta que caminamos unos metros en silencio que suspira y me responde cabizbaja:

–Estoy en mis días y siento que si sigo caminando me voy a desmayar –admite y exagera apenada.

–Ey, no tienes por qué avergonzarte de eso. Es normal tener tu período. ¿Quieres que nos detengamos? –Señalo con mi cabeza una banca libre–. No me vendría mal un descanso.

–Está bien, solo por unos minutos –acepta mi petición y se deja caer sobre la banca, luego me roba la botella de mi mochila y se bebe todo lo que queda de ella.

–¿Puedo decir que vas a dejar al resto sin agua o me vas a golpear? –bromeo y, cuando me lanza una mirada asesina, levanto mis manos en son de paz.

–Ni siquiera te atrevas, Drake. –Me juzga y suelta un quejido frustrante–. Cuando me desperté esta mañana no me sentía mal y mírame, estoy a punto de morir.

–No vas a morirte, eres exagerada. –Me río–. ¿Desayunaste? Por lo general, el entrenador siempre nos pide que tengamos el estómago lleno antes de cada entrenamiento para evitar desmayos y que nuestra presión se debilite. Y siempre tiene que pasar un tiempo entre tu última comida y la actividad física que realices para evitar los vómitos y náuseas. ¿En qué estado te encuentras hoy?

–Ya te dije, estoy en estado fatal a punto de morirme.

–No vas a morirte por tener tu período, es imposible.

–No tienes útero, no opines sin saber –dice, acomodo mi brazo por encima del respaldo de la banca para atraerla hacia mí.

–¿Desayunaste? –Le vuelvo a preguntar acariciándole sus hombros.

–Sí, desayuné. Igualmente tengo todos los síntomas que mencionaste –suspira–. Es normal, ya lo sé. Hace mucho que no me dolía de esta forma.

La miro apenado, no tengo ni idea de qué se hace en estos casos.

Me siento inútil.

–¿Hay algo que pueda hacer para que te sientas mejor?

–No, ya se me pasará. –Gira su cabeza para mirarme y la apoya sobre mi brazo con delicadeza–. Perdón si te traté mal, fue sin querer.

–No hay problema, técnicamente empecé la discusión… ¿Conocías a Hayes?

–Wow, cambiaste de tema abruptamente. –Rueda sus ojos–. Es un amigo de Elijah. Ya lo conocía porque es el hermano mellizo de Harper, mi compañera de clases.

–Ah… ¿Son amigos? –le pregunto con tranquilidad.

–Se podría decir, sí. Cuando no estoy con ustedes o con Phoebe, es muy probable que esté con ellos en algún lado del campus –admite sonriente–. Te llevarías bien con ambos.

–Entonces, me alegra que sea solo un amigo. –Me remojo los labios de manera inocente.

No hay nada inocente en ese gesto, sé que para ella es escandaloso y es lo mejor que puedo hacer para que se olvide de su dolor menstrual y para yo olvidarme de mi pie fallado.

Sus ojos azules se dirigen a mis labios y un color rosado aparece en sus mejillas tal como me gusta, dándole vida a su rostro.

–No hagas eso.

–¿Qué no haga qué? –le pregunto haciéndome el inocente.

–Lo que sea que acabas de hacer con tus labios, no lo hagas –me ordena.

–¿Por qué? ¿Te gustó? –Repito el gesto para fastidiarla.

–Esto nunca sucedió, Drake. –Levanta su meñique para que cumpla una promesa desconocida con ella y no puedo negarme a la propuesta. Una vez que cierra el pacto en la unión de nuestros dedos, coloca una de sus manos por detrás de mi cuello, para sostenerse–. De verdad, esto nunca sucedió.

No tengo la capacidad de leer mentes, pero tengo la habilidad de leerla a ella y sé que cuando rodea sus brazos alrededor de mi cuello es para besarme porque le gusta sentirme cerca, como si hiciera el beso más real. Es algo que me encanta y que nunca voy a admitir porque sería complicar las cosas…

–Está bien, esto nunca sucedió –le respondo una vez que termina de besarme y le devuelvo el beso, moviendo mi mano hasta alcanzar su cintura para acercarme.

–No deberíamos seguir… –Me corta el beso con palabras.

–Lo sé, no deberíamos. –Le sonrío entre besos y quito mi brazo del respaldo para sostenerme de su mejilla y profundizar nuestro contacto.

–A la mierda –susurra chocando sus dientes contra mi labio inferior, atrapándolo en el medio y devolviéndome el beso con la misma profundidad que intensioné hace unos segundos.

El sabor a su labial de fresa me encanta.

No deberíamos besarnos aquí. No deberíamos besarnos de esta forma en un parque rodeados de flores hermosas y el ruido de la naturaleza.

No es nuestra comodidad. No es nuestra realidad. Es extraño.

Es extrañamente increíble. Cualquiera que pase corriendo y nos vea va a pensar que somos una pareja en una cita romántica. Nunca pensarían que nos sentamos a esperar al resto de nuestro grupo y que, mientras tanto, aparecieron las ganas de besarnos. A veces lo inicia ella y otras veces, como esta, no puedo controlarme.

El beso se acorta y en cuestión de segundos me pierdo en la claridad de sus ojos. Estoy seguro de que no se lo creería ni aunque se lo diga mil veces.

La quiero, quiero estar con ella.

Quiero que sea mía y que no sea nada a la vez.

La quiero a ella sobre todo lo demás.

Soy capaz de caminar sobre fuego con tal de que me deje quererla.

Es lo único que deseo cuando nuestros labios enrojecidos del contacto se separan. Deseo que me deje demostrarle mi cariño de todo corazón.

Capítulo 33



En el segundo que coloco una mascarilla facial sobre mi rostro, mi teléfono suena en la otra punta de la habitación. Soy de esas personas que viven con el celular en silencio, pero cuando sé que están por llamarme, lo cambio.

La ridícula y hermosa *Perfect day* de Hoku suena al volumen máximo y me lanzo sobre mi cama para atender. Procurando que mi tratamiento facial siga en su lugar, presiono el altavoz sin darme cuenta de que es una videollamada.

Mierda. Mi pijama de ositos cariñositos con una mancha de chocolate no es lo más presentable del mundo para tener una llamada con tus padres por la tarde. Estoy segura de que pensarán que estuve todo el sábado en la habitación y en pijama, sin moverme de mi lugar. Y estarán en lo cierto, pero no tienen por qué saberlo.

Decidí faltar al partido de esta noche tras besarme gran parte de la mañana con Drake. No puedo dejar de pensar en eso y, si volvía a verlo en estas horas, iba a estropear todo de verdad y creo que aún es pronto para ese suicido social.

–SÍDNEEEEY –me saluda mi madre a los gritos porque cree que de esa forma la voy a escuchar mejor, tiene razón. El problema es que la escuchará toda la residencia, no solo yo.

–Hola, mamá. ¿Cómo estás? –Me acomodo en la cámara de mi celular y me recuesto sobre la cama deshecha.

–¿Qué te pusiste? –me pregunta confundida.

–Es una mascarilla facial para quitar los puntos negros del rostro. Deberías probarlas, son muy buenas –le explico.

–¿Por qué pareces una aceituna? –pregunta mi padre asomándose en la videollamada–. ¿Por qué tienes pintura negra en la cara?

–No es pintura, papá. Es una mascarilla.

–¿Pintaste algún cuadro nuevo estos meses?

–No, mamá. No tuve tiempo. Me están consumiendo las materias –le miento. En realidad, me pregunta esto todas las semanas y la respuesta siempre es la misma. Es como si hubiera olvidado por completo que me gusta pintar y que me traje varios óleos de casa. Sin dudas, esta semana pintaré algo o, al menos, lo intentaré si encuentro la motivación.

Quizás sea solo un pasatiempo de mi adolescencia y perdí el interés. No lo sé, me gustaría volver a pintar algo.

–Bienvenida a la vida universitaria. –Se ríe mi papá–. ¿Y la convivencia con tu compañera de cuarto?

–Muy bien, igual que les conté en todas las llamadas pasadas. –Me río porque siempre me preguntan lo mismo–. Somos diferentes, pero nos arreglamos para funcionar sin problemas.

–Eso es lo importante, Sídney.

–¡OTRA COSA! –exclama mi madre en otro grito–. Me contó la señora Jensen que viniste el otro día a la ciudad para el cumpleaños

de su hijo… ¿¡POR QUÉ NO NOS VISITASTE!?

–Ya se olvidó de los ancianos, ahora es un alma libre, mujer –se burla su marido–. Estuvo toda la semana pensando en eso. Hubiese sido bueno que nos visitaras, hija.

Ugh. Tienen razón.

El problema fue que no tenía forma de ir. Si quería pasar a visitarlos por lo menos cinco minutos, alguien tenía que llevarme en coche porque no sé conducir.

Y la única opción allí era que Drake me llevara. No era una posibilidad factible.

–Lo sé, perdón. Prometo visitarlos este mes. Me tomaré un bus e iré –les aseguro.

–Está bien, te esperaremos este mes. Dinos qué día vendrás así podemos avisarle a tu tía que quiere saludarte…

–¡Yo quiero saludarte! ¿Qué día puedes? ¿martes? ¿sábados? ¿lunes?

–Los martes trabajas, mamá –me quejo.

–Si mi hija está en la ciudad, tendrán que excusarme porque no pienso perderme la posibilidad de verla por un día ordinario de trabajo –se queja–. ¿Los sábados puedes, entonces?

–Sí, los sábados puedo. Tengo que organizarme con las asignaturas que tengo pendientes de rendir y luego buscaré los horarios del bus, los mantendré al tanto.

–Está bien, avísanos así podemos recibirte como corresponde –suspira mi mamá y sonríe emocionada.

–Espero que no preparen nada extravagante –me río.

–Tu mamá se encargará de eso, pero puedo prometerte que lo mantendremos en la familia –me asegura mi papá porque es

habitual que mi madre organice fiestas en el vecindario.

Si vuelvo un día a casa es para pasarla bien con mis padres y, a lo sumo, con mi tía. No es para saludar a todos los vecinos que ignoré durante toda mi vida.

–¿Cuáles son tus planes para hoy a la noche? –pregunta mi mamá.

–Posiblemente quedarme en la habitación y estudiar –admito–. La semana que viene tengo una pijamada en una casa en el lago.

–¿Una pijamada?

–¿Con quién? ¿Con tu compañera?

–No, es una reunión con amigos. –Me encojo de hombros–. Vamos a pasar el fin de semana en el lago Barren River. Un amigo de Ryle y Drake tiene una casa allí, así que vamos a ir.

–¿Eres la única mujer? –me pregunta mi madre para nada convencida de la idea de que asista a algo así.

–No, mamá. Harper y Phoebe también irán y supongo que los chicos habrán invitado a más amigas… Seremos como veinte creo yo.

–Está bien, puedes ir… La única condición es que me avises cuando llegues y me mandes alguna foto del lago.

–Está bien, te lo prometo. –Me río.

No estaba pidiéndole permiso, pero me alegra saber que se quedará tranquila sabiendo que van mis amigas.

–En la semana, te trasferiré dinero para que puedas aportar en la comida o en hacerle algún regalo al dueño de la casa –me dice mi padre y asiento con mi cabeza, feliz.

Estoy emocionada por esta salida, siento que va a ser muy divertida.

∞

Drake

Nuevamente, el entrenador Bennet quiere verme fuera del horario institucional. Mi equipo arrasó con sus jugadas en el partido de esta noche y tuve que presenciarlo todo desde mi banca. Me senté entre la frustración y la decepción de no poder compartir esta victoria con mis amigos.

A decir verdad, lo festejé con ellos. Solo que no me dejan jugar y eso me enfurece. Sé que es para cuidarme y para que pueda jugar en los próximos torneos, pero eso no quita que me sienta inútil.

Los altavoces llenan los pasillos con *Castle* de Halsey, supongo que están transmitiendo la radio de la universidad.

La oficina del entrenador está repleta de trofeos de campeonatos anteriores y de fotografías de cada uno de los equipos. El único que se repite es el equipo del 2019, donde jugó su hijo. Bennet júnior fue el mariscal de campo más reconocido de la universidad, en parte por ser el hijo del entrenador y, en otra parte, por ser jodidamente sensacional. Sus jugadas son para ser estudiadas. De hecho, he trasnochado viéndolas porque, por más que no juguemos en la misma posición, es importante ver los cambios que genera en un equipo.

Además, a Bennet júnior le fue tan bien que se graduó con un pase directo hacia el equipo de Atlanta Falcons en la NFL.

Su padre tiene una fotografía sobre su escritorio y otra enmarcada en la pared.

Me pide que tome asiento en frente de él y le hago caso.

–¿Qué te pareció el juego de hoy? –me pregunta anotando algunas cosas en su computadora, sin dirigirme la mirada.

–Bien, jugaron muy bien. –Me encojo de hombros.

–¿Pero…? –me pregunta expectante.

Me está preguntando por el análisis del juego, no por el partido en sí.

Ya entendí.

No sé qué quiere que le diga, pero le seré sincero por las dudas.

–El número dos debería practicar en sus pases, casi pierde uno en los últimos minutos y podría haber sido una desventaja irreparable. La defensa está bien, pero necesitaríamos a alguien un poco más alto, pondría a Hugh en el campo. Tiene la altura necesaria y tres años de práctica. Entiendo que está bueno darle lugar a los de primer año, pero no conviene sacar a tu mejor defensor en los torneos.

Me froto las manos dejando entrever un nerviosismo en mi comportamiento. No entiendo por qué me está preguntando todo esto.

Tampoco me gusta delatar a mis compañeros, sé que no se ofenderán y que no depende de mí específicamente los cambios dentro del grupo, pero de igual forma me hace sentir como un idiota.

Bennet anota un par de cosas en silencio y lo único que puedo escuchar es el ruido del teclado hasta que se digna a verme a los ojos por primera vez desde que me senté.

–Hugh no puede seguir jugando, se graduará pronto –se excusa.

–Dentro de dos años, y por lo poco que escuché sobre él, le encantaría volver al equipo. No entiendo por qué no lo deja –admito encogiéndome sobre mi asiento.

–¿Y qué opinas de los corredores? –Cambia de tema.

Genial, quiere que opine de mi posición.

¿Qué puedo decirle sin parecer un cretino?

–Jugaron muy bien, pero les faltaba alguien más veloz –me sincero–. Creo que fue una oportunidad desaprovechada que yo no jugara, si hubiese estado bien del pie, puedo asegurarle que hubiésemos obtenido más puntos de touchdown.

Sé que sueno engreído y con el ego por las nubes, pero es verdad. Sé que soy bueno, él mismo lo ha dicho.

–Me gusta que sepas tu valor en el equipo, pero seguirás en la banca por un par de partidos más. –Me suelta la bomba como si no significara nada para mí.

–¿Qué? ¿Por qué? –me quejo–. Los médicos dijeron que puedo jugar la semana que viene.

–Porque yo lo decido, Mendler. –Se endereza en su asiento–. ¿La caída que tuviste el otro día? No puedo permitir esa clase de humillación en mi campo de juego. Hace que el equipo se vea modesto y necesito que luzca profesional. Necesito presentar profesionales, no debe haber margen de error.

No puedo creer lo que estoy escuchando.

Siento que la ira va elevando en un sabor agrio sobre mis venas. La sangre se convierte en ácido y provoca que me descomponga de a poco.

¿A qué se refiere con equipo modesto? ¿No soy lo suficientemente bueno?

–¿La caída hace que el equipo se vea modesto o soy yo quien lo abarata? –le espeto, enojado.

En el partido de hoy, no había jugadores morenos ni trigueños. No me había dado cuenta hasta que rechazó mi propuesta de incluir a Hugh, quien tiene ascendencia afroamericana, al equipo. No tiene sentido quitar del equipo al mejor defensor de estos últimos años porque sí, me contó Calvin que no se fue por sus propios medios. Es decir, no abandonó el deporte para concentrarse en sus estudios.

Y si Bennet menciona que no se permiten errores en el juego, tiene sentido. Tiene sentido que sea más estricto con respecto a las faltas y tropezones. Lo que no tiene sentido es armar un equipo pura y exclusivamente de personas de piel blanca.

Hay posibilidades de que me equivoque y espero que sea así.

–¿A qué viene todo esto, Mendler? Cuidado con el tono de tu voz –se queja.

No, ya no me intimida. Un entrenador normal no se sentiría expuesto ni reaccionaría de esta forma ante alguien que lo critica porque sabría que no tiene nada que ocultar. No es el caso de Bennet.

–Hoy no jugó nadie que no sea blanco, rubio o de ojos claros –me quejo de brazos cruzados, intentando moderar mi voz para no faltarle el respeto porque sí, me preocupo por eso.

–¿Qué diablos estás diciendo? –me grita dando un golpe sobre la mesa con las palmas de sus manos.

–Mira la fotografía de tu equipo y busca alguien que sea de una etnia distinta a la tuya. –Le muestro mi celular–. No la hay. ¿A eso te refieres con mantener el equipo profesional? Es patético.

–No sé qué es lo que intentas hacer acusándome de esas cosas –se queja con indignación en su voz. Yo debería ser quien está indignado, no él–. Llamaré a Hugh para el próximo partido. Por otro lado… –Hace una pausa–. Será mejor que te largues de mi oficina antes de que te arrepientas.

–¿Antes de que me arrepienta de tener a un entrenador racista? Gracias por la invitación a retirarme, no veía la hora de hacerlo. –Le espeto levantándome de mi asiento y caminando hacia la puerta–. Espero que cambies las cosas o tendrás problemas, de verdad.

–¿Esa es una amenaza, Mendler? –me pregunta, furioso.

–No, es una advertencia.

Salgo de la oficina con la ira rugiendo desde mi interior.

Ni siquiera se mosqueó cuando lo llamé racista, es un imbécil.

No me molesta que esté enfadado conmigo y no me da miedo. No me da miedo porque sé que corre peligro echándome del equipo. Sabe perfectamente que no dudaré dos veces en reportarlo con los directivos de la universidad y hablaré con el consejo estudiantil en caso de que sea necesario. No sería una buena imagen para su carrera ni para la de su hijo.

Camino dispuesto a volver a mi habitación e indagar sobre el tema.

Capítulo 34



Cuando Hayes ofreció un lugar en su coche para ir al lago Barren River, no dudé en aceptar su propuesta. Tenía tres opciones:

1- Viajar con Jonan y Phoebe: presenciar sus cursiladas.

2- Viajar con Ryle y Drake: ser víctima del interrogatorio.

3- Viajar con Harper y Hayes: reírme todo el trayecto.

Definitivamente no fue una decisión difícil.

Nos dirigimos a la casa para vacacionar de Elijah, amigo de Hayes de toda la vida. Como es su mejor amigo, conoce a Harper y también es su amiga. Por eso los invitaron. A mí me invitaron porque, en estas últimas semanas, pasé mucho tiempo con el grupo de fútbol americano. Más tiempo del que me gustaría admitir.

Tengo entendido que no es una casa normal, sino más bien se asemeja a lo que una persona adinerada consideraría ordinario dentro de sus posibilidades millonarias. Es decir que tiene tres pisos, un área para jugar básquet, varias habitaciones, piscina y jacuzzi. Así que voy a pasar un fin de semana rodeada de lujos que no lograría costear ni en cincuenta años.

–Necesito que me actualicen todo lo que debo saber antes de pasar el ridículo –les imploro a mis amigos recostándome en el

asiento trasero.

No debería hacerlo, pero llevo mi cinturón de seguridad puesto por las dudas.

–Puedes beber agua del grifo, está filtrada, pero te recomiendo que bebas de las embotelladas porque compraron muchísimas, como para dos semanas. –Se ríe Harper–. Sus padres son increíbles y hospitalarios. No creo que estén, pero se aseguraron de que tengamos todo, eso sí.

–¿Qué tiene de malo el agua del grifo? –pregunto confundida.

–Te juzgarán –opina Hayes–. Bebo esa agua hace quince años y siguen viéndome como si fuese un extraterrestre.

–A Elijah no le importa, se refiere a los de limpieza.

–¿Limpieza? ¿Tienen personal de limpieza? –inquiero y ambos se ríen.

–Oh sí, son millonarios. También tienen personal de jardinería y no obligan a sus hijos a cortar el césped un domingo por la mañana… Imagínate lo que nos costó acostumbrarnos a eso –dice Hayes–. Luego, iba a nuestra casa y nos preguntaba si teníamos sala de juegos.

–¡¿TIENE UNA SALA DE JUEGOS?! –exclamo impresionada.

–Sí, y un minicine con un proyector –agrega Harper.

–Creo que voy a quedarme a vivir allí –admito.

–Es el deseo de muchos.

–Otra cosa, lo más probable es que vengan muuuuuchas personas –dice Harper exagerando sus palabras–. Si bien nosotros nos quedamos a dormir y tenemos los privilegios de tener acceso a las habitaciones, invitarán a amigos de sus amigos y a conocidos de esos amigos. Va a ser una fiesta increíble.

–El año pasado, un chico de primero saltó desnudo a la piscina desde el balcón del segundo piso –dice Hayes riéndose–. Tenías que ver lo ebrio que estaba…

–¿Algo más que deba saber?

–Nuestras habitaciones están en el tercer piso y son las que están enfrentadas al final del pasillo, por si te aburres y quieres hablarnos, o si buscas un lugar para esconderte de la abrumadora cantidad de personas borrachas. –Harper me dedica una sonrisa dulce, puedo verla en diagonal desde donde estoy acostada.

–Hay preservativos en las mesitas de noche de cada habitación –agrega Hayes–. Por si los necesitas…

Mi rostro se vuelve completamente rojizo de la vergüenza.

–¡HAYES, NO! ¡ES UNA NIÑA! –Se queja su hermana dándole un golpe en su hombro.

–NO LO SOY –me quejo.

–¿Ves? NO LO ES –se queja Hayes esta vez.

–LA ASUSTARÁS.

–¿POR CUIDARLA DE POSIBLES ENFERMEDADES Y EMBARAZOS NO DESEADOS? No, creo que asustaría más si se retrasa su período y tiene que salir corriendo a comprar una prueba de embarazo –argumenta.

–DEJA DE USAR LA EXPERIENCIA DE NUESTRA PRIMA TODO EL TIEMPO.

–¿POR QUÉ? Si es verdad… Hay que prevenir, ¿o no, Sídney?

Me río y cierro los ojos para dormir antes de que lleguemos a destino. Si sigo participando de estas conversaciones, acabarán con mi batería social en media hora. Pero no me importa. Lo único que me importa es pasarla genial.

∞

La casa es más grande de lo que me imaginaba. Hago el esfuerzo de que mi mandíbula se mantenga en su lugar y sigo a los hermanos que ingresan con total confianza y libertad del mundo a la casa donde crecieron.

Porque sí, me contaron que, mientras sus padres trabajaban durante el verano, ellos vivían aquí, junto a Elijah y su familia. Me parece hermoso.

La casa sigue la estética victoriana azul por fuera y tiene un jardín repleto de plantas y flores. Es preciosa y el lago se encuentra justo detrás.

El coche de Drake está aparcado junto al de Jonan, por lo que ya deben de estar dentro. No tengo que imaginarme qué es lo que están haciendo porque, ni bien ingresamos a la casa, veo a Phoebe recostada en un sofá encima de su novio.

Se los puede escuchar a Drake, Ryle y Elijah acercándose, supongo que vienen de la cocina. Mendler hace contacto visual conmigo en el instante que cruza el umbral de la puerta y un escalofrío recorre mi espina dorsal.

Será muy difícil ignorarlo durante esta escapada juntos. ¿Por qué quiero ignorarlo? Porque sé que, si lo beso una vez más bajo las influencias del alcohol, corro riesgo de enamorarme. Esa es la sensación que me transmitió besarlo hace una semana en el parque. No puedo enamorarme de él, significa arruinar el pacto electrizante que armamos con tanta delicadeza. ¿A Drake le parecerá delicado?

–Holaaa –saluda Harper acercándose a ellos y mueve sus manos para evitar saludarlos uno por uno, luego se dirige a su amigo y le

da un abrazo privilegiado.

–¡HAR! Me alegra que hayas podido venir. –Le sonríe y estrecha en otro abrazo a su mejor amigo Hayes, quien le siguió el paso.

–Estuve dos días para convencerla. La tuve que extorsionar para que invite a su novia y así, podrá presentárnosla –se ríe su hermano.

Sí, Harper ya se puso de novia con la chica que se hablaba.

Sí, fue súper rápido.

No, no lo entiendo. Solo sé que es feliz y eso me pone contenta por ella.

–¿Sídney es tu novia? –pregunta Jonan escuchando la conversación como todos los demás en la sala. Es la primera vez que ven a Harper–. No me dijiste nada, Pheebs.

–Es una novedad que Sídney es lesbiana –admite Phoebe frunciendo el ceño y me observa con confusión en su rostro, intentando analizar mi reacción a su comentario.

Supongo que se debe a, en parte, haberle "ocultado" parte de mi identidad y, además, porque es mi amiga y mi compañera de habitación. Conociéndola, con esta nueva información, tendría vergüenza de cambiarse en frente de mí. No debería ser así.

Mi sexualidad no debería fastidiarla en lo más mínimo y no debería sentirse rara en mi presencia sin importar cuál sea mi orientación. Soy heterosexual, me gustan los hombres, pero si me gustasen las mujeres, no debería incomodarle.

De hecho, estas últimas semanas me estoy dando cuenta de que me gusta un chico en particular y me acuesto por las noches pensando en cómo sobreviviré sin lanzarme a sus brazos en los próximos encuentros que tendremos.

–No soy lesbiana. –Me encojo de hombros–. Tampoco me gustan las mujeres.

–Y si te gustaran, no tendría nada de malo –agrega Drake porque sintió las vibras extrañas en el ambiente. Ryle y Elijah nos observan con atención, intentando descifrar por qué Phoebe me habló de esa forma. En especial teniendo en cuenta que ambos son parte de la comunidad.

–No. Sídney, lamentablemente, no es mi novia –suspira Harper con dramatismo en su voz, sé que lo está diciendo para molestarla–. Aunque es mi mejor amiga.

–Sí, es increíble –agrega Hayes, supongo que por los mismos motivos.

La noche que fui a su habitación a comer sushi les conté todo lo que había pasado, así que supongo que no les cae para nada bien.

–Concuerdo, es la mejor. –Rueda sus ojos Phoebe mosqueada porque parece que quieren hacerle competencia–. Por eso es mi mejor amiga.

–Mi novia se llama Carly, seguro vendrá por la noche –avisa Harper ignorándola y sin más preámbulo sube las escaleras y se dirige a su habitación para no tener que soportar ninguna situación incómoda.

El lugar es consumido por un silencio abrupto, como si nadie se atreviera a pestañear con el miedo de desatar una guerra. El único que es capaz de romperlo, es su hermano. La conoce desde la panza de su madre y sabe qué decir ante una salida dramática de este estilo:

–Tengo hambre, voy a prepararme un sándwich –anuncia y entra con confianza a la cocina, se da vuelta a medio paso–. ¿Sid, vienes?

Siento la mirada pesada de Drake sobre mí y tardo unos segundos en decirle a mis piernas que se muevan para seguirlo. El peso de sus ojos no desaparece hasta que ya no puede verme en su campo visual. Es como si estuviera midiendo mis interacciones con Hayes, queriendo averiguar si hay algo que se le escapa entre líneas.

La cocina es espaciosa y cuenta con dos hornos eléctricos de alta tecnología y una nevera de las que se puede dibujar en ellas. Tengo el impulso de dibujarla, pero me da vergüenza ya que no es mi casa.

–No sé si lo has notado, pero mi hermana acaba de lanzarle una advertencia silenciosa a tu compañera. La próxima vez que moleste, es probable que la enfrente. –Me confiesa dejando dos platos sobre la mesada.

–¿A qué te refieres? –Me siento en los taburetes altos de la mesa y observo todos sus movimientos. Abre la nevera para sacar una mantequilla de maní.

–No le gusta cuando la molestan con su sexualidad.

–Phoebe no le dijo nada relacionado a su sexualidad –opino confundida–. Me hizo un comentario a mí, en todo caso.

–Dio a entender que Harper es tu novia y que no puedes tener otras amigas que no sean ella –me explica untando la mantequilla al pan.

–¿Qué? No, entendiste cualquier cosa –me quejo–. Pensó que era mi novia por el comentario que hizo Jonan, nada más.

–¿No viste cómo reaccionó cuando le dijo que eras su mejor amiga? –Se ríe y niega con la cabeza–. Sé que la quieres y que es tu amiga, pero hay cosas que no nos gustan de ella.

–No tiene que gustarles a ustedes. Es mi amiga, no la suya. –Me encojo de hombros a la defensiva.

–Como tú quieras, Sid. –Me tiende un sándwich de mantequilla de maní y mermelada.

El comentario sobre mi relación con Har estuvo mal, pero no era para armar este desastre de ideas confusas.



La tarde se me pasa volando. Ahora me encuentro en mi habitación que tiene un armario de madera y un edredón blanco sobre la cama. Parece la habitación de un hotel y, si me dijeran que soy la primera huésped, me lo creería. Está demasiado limpio.

Mi ventana da hacia el jardín interior de la casa y está en el segundo piso.

Ah, me olvidaba: tiene contraseña. Sí, contraseña.

Supongo que es para que nadie me robe las pertenencias, pero espero no olvidarme los dígitos cuando necesite entrar con urgencias a dormir.

Wow, qué positiva acerca de cómo acabará tu noche.

Me encantaría que me acompañen, pero si no es él, voy a lastimarme.

Tengo dos opciones: vestido negro ajustado al cuerpo o un conjunto de falda ajustada de cuero y un top sin mangas rosa chicle. Como no puedo decidirme, le mando una foto a Oliver para que elija por mí:

OLIVER
AAAAAAAA.
ME ENCANTAN AMBOS LOOKS.
PEEEERO, si tengo que elegir uno, definitivamente voy por el rosa.

Te va a quedar espectacular, después mándame foto.

Desde que nos vimos en el cumpleaños de su novio, no dejamos de mensajearnos todas las semanas. A veces para saber cómo estamos y otras veces para hablar de cualquier cosa. Me gusta que poco a poco estoy recuperando la confianza en él. Es lindo reencontrarse con seres queridos.

Me pongo el conjunto con unas chanclas negras, debido a que vamos a estar en el lago o cerca de él, y me toca maquillarme. Por las tonalidades rosáceas de mi top, voy a optar por unos colores similares en mis sombras. Me encanta resaltar mis ojos y, al saber que Drake está cerca, mi labial no será lo más destacable del maquillaje si será lo primero en arruinarse.

Tienes demasiada fe en ti misma, de seguro aparecen un montón de chicas que quieren ligárselo.

Y está bien, es un chico atractivo. Tiene sentido que las chicas lo consideren como tal, tiene sentido que se le quieran acercar. También me acercaría a él en una fiesta si no lo conociera. Es muy lindo.

También uso un bikini rosado por si tengo ganas de meterme en el lago.

Aunque lo dudo muchísimo.

Ya que no traje conmigo ninguna herramienta para mi cabello, decido dejarlo suelto con algunas ondas naturales en las puntas. A veces me despierto con el cabello ondulado y otras veces con el cabello lacio. Mi opción favorita es la de hacerme ondas con mi plancha del pelo. Los días como hoy, donde quiero estar perfecta, mi cabello no colabora. Pero bueno, es una fiesta en el lago. Ninguna de las chicas va a tener el cabello impecable, o eso espero.



"'I'm not wearing my usual lipstick.
I thought maybe we would kiss tonight".

—*Washing Machine Heart* de Mitski

A la media hora, los altavoces explotan mis tímpanos. La casa poco a poco se llena de voces provenientes de personas desconocidas. Cuando bajo por las escaleras y observo el living, está repleto. Deben ser unas ochenta personas. Posiblemente todas sean estudiantes o amigos de los chicos. Ahora entiendo por qué siempre hablan de estas fiestas y por qué mis amigos me ofrecieron refugio en sus habitaciones. Pueden asegurarme de que no es la primera vez que viven algo así.

Las luces tenues me dificultan la posibilidad de encontrarme con alguien que conozca. Así que decido ir a la cocina en busca de un trago. Algo que me ayude a sobrevivir. En este lugar hay menos personas porque tiene una puerta abierta al patio trasero, donde está el camino hacia el lago y donde, supongo, estará todo el mundo.

Me sirvo un vaso de vodka y me dirijo hacia allí, pero alguien me detiene tomándome del brazo:

–¿Sídney? –me pregunta una chica más bajita que yo con unos hermosos ojos marrones y cabello a juego.

No tardo en reconocerla por las fotos que me ha mostrado mi amiga.

–¿Carly? ¡Hola! –La saludo con un abrazo, como si fuésemos amigas solo porque tenemos a Harper en común–. ¿Cómo estás?

–¡Bien! Recién aparqué mi coche a unas cuadras de aquí. No había lugar en el aparcamiento de la casa. –Me sonríe y mira a mi alrededor–. ¿Has visto a mi novia? Me dijo que estaría por aquí, pero es la primera vez que vengo y no conozco el lugar –admite avergonzada.

–Te ayudaré a encontrarla, no te preocupes. –Le sonrío y le ofrezco mi brazo para que se sostenga de él–. ¿Quieres algo de beber?

–Lo que sea que estés tomando estará bien –me responde elevando su voz debido a que estamos muy cerca de un parlante.

Volvemos a entrar en la cocina y le sirvo un vaso de vodka, de la misma forma que armé el mío. Ella aprovecha y roba una cerveza para su novia.

–¿Te dio una idea de dónde podría estar?

–No, pero si tenemos en cuenta todo esto. –Mueve con exageración sus manos–. Es probable que se esconda en su habitación.

–Perfecto, sé dónde es. –Le sonrío.

Subimos las escaleras y nos dirigimos a la habitación de Harper. No tardamos en encontrarla debido a que recuerdo las indicaciones que me dio hace unas horas. Harper la recibe con un beso en los labios y me invitan a pasar con ellas.

Hace varios días que no se ven por unos trabajos extracurriculares que estuvo haciendo mi amiga, así que rechazo su oferta para darles la intimidad que se merecen. Ya tendré tiempo de conocer a Carly y poder hacerle el típico interrogatorio que hacemos todos cuando

vemos a la pareja de un amigo por primera vez. Siempre para asegurarnos de que sea una buena opción para quien queremos mucho.

Sigo con mi plan inicial de ir hacia el lago y bajo dos pisos por las escaleras; nunca pensé que encontraría a Drake y Phoebe hablando al borde de estas.

Mi corazón da un brinco y ninguno de los dos se percata de mi presencia. Mi cuerpo se inunda en una sofocante sensación de ahogamiento. Me quema el pecho como si mi corazón se estuviera pudriendo, se rompen en añicos las esperanzas de un romance rosáceo; tierno, inocente y vivo. Se rompe cualquier posibilidad que tenía de conquistar a este chico.

Phoebe se acomoda el cabello detrás de su oreja y luego se sostiene de los musculosos brazos de Drake, acariciándolos con delicadeza. La misma delicadeza que usamos juntos al hablar de nuestro pacto. Mueve sus pestañas con sensualidad, es hermosa y él sería un estúpido si no cae en su belleza.

Su contacto me sofoca. Siento que podría derretirme de los nervios. No entiendo, no entiendo, no entiendo nada.

Drake la escucha hablar con atención. No parece insinuarse a ella, pero tampoco parece quitarla de su camino. De alguna forma, no le parece desagradable que mi amiga le hable a una distancia tan corta. Y a ella no parece desagradarle la idea de hablarle de esa forma a alguien que no sea su novio.

Quizás solo están hablando, Sid…

Los altavoces están fuertísimos, debe ser para escucharse mejor…

No es nada grave, no te asustes.

No, no puedo pensar en eso. No puedo pensar en eso de esta forma.

Phoebe se ríe de sus ebrios chistes y trago saliva. En un mecanismo incontrolable, bebo del recipiente que sostengo con mi mano, contiene el hechizo que usó para conquistarme y beberé de sus bromas a la distancia, en la espera de una mirada suya en esta maldita noche. Quizás me estoy drogando en la idea de una traición inexistente. Quizás mi organismo debería limpiarse de estos pensamientos tóxicos. Teníamos prohibidos los celos y aquí estoy, brindando con las brujas poderosas por eso.

Incapaz de controlar mis impulsos infantiles, mis pies siguen su camino, en parte para olvidarme de esta escena y en parte para interrumpirla porque si la presencio más de lo que debería, soy capaz de vomitar este sentimiento familiar de estar enamorada de Drake Mendler y no puedo permitirme eso. No puedo vomitar en frente de ellos, sería delatar todo lo que intenté ocultar este tiempo. En realidad, no puedo permitirme estar enamorada de él, pero ese hechizo requiere más conocimientos sobre brujería para revertirlo y no los tengo.

Mis pies me traicionan y me tropiezo al llegar al final de la escalera, justo donde están ellos. Perfecto, es exactamente lo que necesitaba. Al parecer, esta noche me convierto en un infante que le cuesta mantener el equilibrio.

Drake me sostiene de la cintura en un reflejo rapidísimo para evitar que me caiga. El contacto de su mano encajando sobre mi cuerpo me provoca náuseas. Quiero que no se aparte nunca y, a la vez, quiero apartarlo por la suciedad de estas. ¿Mi amiga, de verdad? Está bien que nunca aclaré que me molestaría y,

técnicamente, según nuestras reglas, puede estar con ella si quiere, pero me duele. Pensé que nunca haría algo así.

Pensé que nunca se le cruzaría por la cabeza hacer algo así.

Phoebe se sorprende por mi presencia, pero no se aparta de Drake en lo absoluto, de hecho, se sostiene de su brazo para dejarme libre el paso.

Sé que lo hace para que la vea, para que observe que está ligando con él y eso no lo hace una amiga de verdad. Algo se rompe dentro de mí. Algo se rompe en nuestro vínculo afectivo.

–¿Estás bien? –me pregunta Drake con una leve dubitación en su voz por causa del alcohol. Ignora a la pelirroja que se sostiene de él, pero yo no soy capaz de ignorarla también.

–Sí, gracias. –Me reincorporo acomodando mi top. Sus ojos, sin descaro, se posan sobre mi pecho. Genial, lo que me faltaba.

–¿Qué era lo que me estabas contando, Draky? –le pregunta Pheebs para captar su atención y desviarla de mí por unos segundos.

No entiendo por qué me ve como una competencia. No entiendo por qué lo ve a Drake como un premio y a mí como un obstáculo para obtenerlo.

Drake la ignora por unos segundos, intentando leer mi expresión de disgusto en mi rostro. Parece confundido y quiere decirme algo, pero Phoebe lo interrumpe sosteniéndose de su camiseta, como si estuviera a punto de caerse sobre él.

A propósito, por supuesto.

No entiendo nada de lo que sucede y le dedico una mirada de decepción a ambos antes de marcharme y dejarlos a solas. Ella sonríe orgullosa y él, a pesar de tener varios vasos de alcohol en

sangre, demuestra una ligera preocupación en su rostro, pero no hace nada para cambiar eso y es por esto que me voy.

A mis espaldas, Drake bebe el contenido de su vaso con confianza. Irónico, teniendo en cuenta de que ella drenó toda la mía en dos segundos.

No me considero una persona insegura, en realidad, me considero alguien que se valora a sí misma tal y como es. El problema es que es muy difícil mantener esa postura cuando alguien intenta sabotearte.

Sé que Phoebe no lo hace a propósito y sé que, si bien nunca hablamos del tema, supongo que entiende que me molestaría que esté con Drake. Pero estas actitudes me afectan. A cualquiera le afectarían.

Me afectan de la misma forma que podría afectarle a Jonan enterarse de que su novia está intentando ligar con uno de sus amigos.

Ugh, me enerva la sangre. Siento una daga atravesándome el pecho.

Camino rápido, dando zancadas hacia el lago y me encuentro con un grupo de chicos jugando con una botella a Verdad o reto.

Genial, aquí me quiero quedar.



"'Cause I feel so high school every time I look at you…
Are you gonna marry, kiss, or kill me?
It's just a game, but really"

–*So High School* de Taylor Swift.

–¿Verdad o reto? –me pregunta la chica de cabello verde una vez que la botella se detiene en mi dirección. La mirada expectante de todos los presentes se sitúa sobre mi cabeza.

La mayoría de los chicos son jugadores del equipo de fútbol americano y de rugby. Perfecto, justo lo que necesito para olvidarme por unos minutos de Drake y de la ilusión que me hice sobre esta noche.

–Reto –le respondo de un impulso.

No sé por qué lo hago, no suelo responder a esta clase de juegos cuando estoy con personas que no conozco, pero lo que vi hace unos minutos es razón suficiente para que hoy tenga la libertad de hacer lo que quiera.

–Te reto a besarte con Ryan. –Señala a un chico rubio del equipo de rugby y, sin decir más, me levanto del suelo y me acerco hacia él.

Ryan me sonríe sin problemas y todo este subidón de energía llega a su momento culmine cuando lo beso con ganas. Mis labios se adhieren a los suyos con la intensidad que me gustaría emplear en los de alguien más.

Y la energía de confianza en mí misma, se esfuma de mi cuerpo cuando escucho algunas burlas por parte de los chicos del equipo de fútbol:

–A los de rugby les gusta besarse con gordas. –Se ríen.

–¡EY, RYAN! No la beses demasiado, se ilusionará.

–No podría, no podría hacerlo ni con un arma en mi cabeza –bromean.

–RYAN, CAÍSTE MUY BAJO.

Vaya mierda.

Una parte de mí se alegra de que Ryan ignore esos comentarios y profundice el beso sosteniéndose de mi cintura y, la otra, tiene ganas de llorar de la angustia.

¿Por qué son tan crueles? ¿Qué tiene de malo mi contextura física? ¿Por qué es motivo de burla? ¿Acaso volvimos a la secundaria?

Mi corazón late con rapidez e intento controlar las lágrimas que quieren hacer presencia en mis ojos.

Las burlas cesan y nos separamos. Él me sonríe con timidez y los amigos le dan una palmadita en la espalda, sintiendo pena por él. ¿Pena porque él me besó? Ellos deberían sentir pena por no tener la posibilidad de besarme, de hecho.

Justo cuando nos separamos, a lo lejos, veo a Drake caminando hacia mí, quien parece sorprendido al haberme visto besando a alguien más.

Por la distancia puedo distinguir que no logró escuchar esos comentarios, menos mal. Me hubiese muerto de la vergüenza porque, conociéndolo, hubiese terminado en una pelea muy fea.

Se acerca hacia mí y a lo lejos veo a Phoebe corriendo tras él. Parece decirle un par de cosas que él ignora con descaro. Solo tiene ojos para mí.

La botella vuelve a girar y esta vez, se detiene en su dirección. Oh, no.

–EYYYY, MENDLER –lo saludan sus compañeros.

–¿Te unes? ¡Tienes que jugar!

Drake parece ignorar el griterío y me observa con los brazos en jarra sobre sus caderas, nunca lo vi de esa forma.

Mi cuerpo se inunda, esta vez, de vergüenza. Él no se besó con Phoebe, al menos eso no lo vi y, si sucedió, no lo sé. Yo acabo de besarme con un chico en frente suyo. Qué horror.

El arrepentimiento hace presencia en cuestión de segundos. Quiero morirme.

Sus amigos nos rodean, así que Drake tiene que ser silencioso con las miradas que me obligan a cruzarme de piernas. No puede juzgarme de esa forma aquí. Intento transmitirle que me arrepiento de todo y no me sale. No puedo hacerlo.

–¿Verdad o reto, Mendler? –le pregunta otro de sus amigos.

–Reto –responde sin despegar su vista de mí.

Puedo reconocer al Drake borracho en cualquier lado.

Ahora que me vio con otra persona: ¿qué será de nosotros? ¿Querrá ponerse de novio, besarme o matarme? Sé que es solo un juego, pero apuesto por la última opción. Es lo que haría en su caso. Aunque disfrutaría demasiado de la primera.

–Te reto a besarte con Phoebe y con Noora a la vez –propone uno de sus compañeros y la chica de cabello verde, Noora, se acerca a él sin dudarlo dos veces.

No lo hagas Drake, eres el único que me importa aquí. Eres el único que me conoce de verdad y que sabe que podría lastimarme.

No quiero ahogarme en esta angustia.

Se puede jugar a verdad o reto girando una botella de muchas formas y Drake Mendler juega con la verdad de mis impulsos pasados, gira su cuerpo hacia ambas chicas con una risa ebria e infantil y se atreve a desafiar el reto de todo lo que construimos juntos. Mierda, en definitiva es la consecuencia de mis actos.

Intento no caerme, pero la sensación de ahogamiento reaparece en mi cuerpo y siento como me hundo por debajo de las olas de un corazón roto. Me arrepiento de dejarme llevar por mis impulsos porque, cuando lo veo sostener de la cintura a ambas chicas y, cuando presencio como se besan los tres juntos; me baja la presión.

¿Querías estar con mi amiga, Drake? Ya está. La tienes en la palma de tus manos, debajo de tu toque eléctrico que me eriza la piel y llena de lágrimas mis ojos.

Me escapo de esta situación lo más rápido que puedo y a los pocos metros me permito llorar de verdad.

Lloro por los comentarios de sus amigos y lloro porque mi amiga besó al chico que me gusta en frente de mí, sin importarle mi presencia.

Pero, en especial, lloro porque creí tener una oportunidad con él y descubro que venimos de planetas incompatibles; donde el agua de mis lágrimas no se armoniza con el volcán en erupción de su venganza.

∞

Drake

Soy un idiota. No tengo ni idea de por qué hice eso.

Al instante que sentí los labios de ambas chicas contra los míos, me aparté de ellas y vi que Sídney ya no estaba.

Me alejo del grupo para buscarla y algo se remueve en mi estómago. Me sostengo del primer árbol que me encuentro y vomito.

Puede que sean los nervios de haber lastimado a alguien que quiero, como también puede ser por el arrepentimiento de ser tan impulsivo.

No me gustó verla con otro chico y debí tomarla de la mano y besarla a ella en vez de dejarme llevar por un estúpido juego.

Necesito disculparme. Urgente.

Y, conociéndola, no será fácil.

No será sencillo después de que sea la segunda vez que la lastimo.

Por esto evitamos ser amigos, porque quería evitar lastimarla.

Si existe alguien en este planeta a quien quiero de verdad es Sídney Jones y me avergüenza admitir que fui un cretino.

Me incorporo en mi lugar y la busco con la mirada antes de lanzarme en una búsqueda exhaustiva por la casa.

Me duele el pecho de pensar en la idea de que puedo perderla.

Y esta vez, perderla de verdad.

Capítulo 35



–He traído refuerzos –anuncia Carly cuando Hayes se hace presente en el umbral de la habitación de su hermana.

No tenía otra opción. No sabía a dónde ir.

Hace veinte minutos aparecí en su puerta llorando y rogándole que me perdone por interrumpir un momento privado con su novia. Hace veinte minutos que Harper me asegura que no está enojada conmigo y que quiere venganza.

Hace veinticinco minutos mi mundo erosionó y solo quedaron cenizas de él. Hace veintiséis minutos ambos tenían la opción de negarse y rechazar esa estúpida oferta. Puede que sea por el alcohol o puede que sea el calor quien los obligó a besarse y arruinarme para siempre.

Mi amiga y mi crush…

Phoebe Stuart y Drake Mendler…

Tengo ganas de vomitar.

–¡Te dije que esa chica no es una buena influencia! –protesta él cuando se acerca hacia la cama. Se detiene cuando ve que en mi cuerpo no quedan más lágrimas por derramar. El maquillaje destruido por mi mejor amiga y el alma destrozada por el chico que

me gusta. No le desearía esto a nadie–. Uh, lo siento… No sabía que… Que estabas así.

Su melliza le lanza una mirada asesina y me sostiene en sus brazos para contenerme. No pude contarle los comentarios que hicieron los jugadores de fútbol porque no me salen las palabras. Lo único que pude decirle es que mi amiga besó a Drake frente a mí y es lo mismo que Carly le susurra a Hayes cuando se suma a nuestro círculo de penas y lamentos.

–Así que… Drake es quien te gusta –concluye con una sonrisa apenada en su rostro, en un intento de distraerme–. Todo este tiempo pensé que no lo conocíamos.

–Era obvio, Hayes. Lo que pasa es que tú no prestas atención a los detalles importantes. –Har rueda sus ojos–. ¿Quieres que hagamos algo por ti, Sid?

Carly aprovecha para irse de la habitación y darnos privacidad con la excusa de que irá a buscarnos algo de beber. No creo haberle dado la mejor impresión del mundo si la primera vez que nos vemos me rompen el corazón, pero puedo comprender por qué a mi amiga le gusta. Es dulce, cariñosa y atenta: es exactamente lo que Harper necesita en una pareja. Niego a su pregunta y dejo caer mi cabeza sobre su hombro para cerrar los ojos e intentar pensar en cualquier cosa, pero no puedo.

No puedo dejar de visualizar esa escena en mi cabeza. Siento que la observo a través de una ventana, como si los protagonistas causantes del dolor en mi pecho no se percataran de mi presencia fantasmal y miserable. Es como si mi alma no estuviera en mi ente paranormal, como si me hubiese muerto de la forma más pequeña e insulsa para ambos.

En los segundos que duró el beso, me esfumé de sus vidas como pluma al viento. Me fui, para ambos nunca estuve ahí. Solo eran ellos, besándose alrededor de mi escenario fantasmal y doloroso.

–La odio, no puedo creer que te hizo eso –admite mi amiga acariciando mi cabello con delicadeza–. No puede considerarse tu mejor amiga después de esto, no puede hacerlo.

–Si así se comporta como su mejor amiga, no me quiero imaginar cómo se comportará como su enemiga –se queja Hayes.

–Ella sabe toda mi historia con Drake. No tiene sentido que lo haya besado, no así… –Hago una pausa–. ¿Y si estaba ebria? ¿Para ustedes lo justificaría? –les pregunto con la última pluma de esperanza en mi plumaje.

–Hizo algo que está mal, su estado de ebriedad no justifica eso. Ella sabía que si lo besaba te iba a doler y fue y lo besó en frente de ti sin ningún remordimiento.

–¿No tenía novio? –pregunta él confundido.

–¡Sí! Lo estropeó con su mejor amiga y con su novio –se queja Har–. ¿Ahora entiendes por qué nunca nos gustó?

–No tiene sentido como ustedes vieron señales que nunca se cruzaron por mi cabeza y convivo con ella –me quejo.

–Es normal, tranquila. No te culpes por no haberlo visto. Es imposible prevenir la puñalada de alguien a quien quieres y en quien confías plenamente.

–Además, Sid, las señales siempre estuvieron ahí desde el primer momento cuando nos conocimos y ni se molestó en acercarse y presentarse –me dice Hayes para que entre en razón, para que pueda entender todo lo que no vi estos meses.

Me remonta a aquel partido donde acompañé a Phoebe a las gradas por primera vez y donde conocí a Hayes. Phoebe prefirió irse antes que saludar a mis nuevos amigos. No se molestó en conocerlos ni en interesarse por mis amistades, nunca lo hizo.

–También, cuando los invitó a la obra de teatro y no te avisó –agrega Har.

A Harper le cuento mi día a día desde que nos hicimos amigas esa primera semana de clases y no se le escapa un solo detalle. A Hayes no suelo contarle estas cosas, pero sí dejo que su hermana le cuente todo. Confío en él.

Ese día Phoebe estaba rara. Hablaba poco o se movía de formas extrañas y…

Oh.

OH.

Oh, no.

OH, NO.

Ahora entiendo, las piezas comienzan a encajar.

–Esa noche Pheebs me dijo que consideraba un "pesado" a Drake por hablar con todo el mundo. –Niego con la cabeza de la frustración, no puedo creer que fui tan incrédula–. Creo que dijo eso porque Drake no le habló en toda la noche.

–¿ENTIENDES POR QUÉ LA ODIO? –se queja Hayes.

–ESTABA CELOSA DE TI PORQUE HABLASTE CON ÉL GRAN PARTE DE LA SALIDA –se queja su hermana de la misma forma–. No lo puedo creer, es peor de lo que pensaba y mira que intenté darle un voto de confianza en varias ocasiones, pero… Es imposible.

–Y luego, después del cumple de Ryle, me preguntó si habíamos hablado de ella. Nunca me preguntó cómo la había pasado o si

estaba bien –me quejo como si no se los hubiese contado ya y las ganas de llorar inundan mi pecho nuevamente.

Se hizo un silencio en la habitación que fue consumido con rapidez por el sonido de mis sollozos y la música proveniente del primer piso.

–Sid, no te merece.

–Es una mala persona.

–Y ha criticado tu cuerpo –agrega Hayes para seguir quejándose de ella y su melliza le da un golpe en el brazo.

–No le sumes leña al fuego, está angustiada, idiota –lo regaña–. Sid, lo siento mucho. No deberías estar atravesando esta situación, es horrible.

Esa fue una noche donde me sentí completamente decepcionada. Sigo sin poder creer que criticara mi peso y cómo me veo en un vestido. Es ridículo y si bien lo tengo en claro, no oculta el hecho de que me duele y que me quema el corazón que una amiga sea capaz de verme de esa forma.

Se supone que las amigas están para apoyarse las unas a otras, no para compararse y competir. Eso no es amistad.

–Lo siento –se disculpa Hayes, apenado–. ¿Quieres que siga hablando del tema o…? –es interrumpido por un golpe en la puerta.

Los tres nos miramos confundidos y pensamos en Carly, pero ella sabe la clave de esta habitación, no tendría sentido que golpee. ¿Y si se la olvidó? Quizás se la olvidó.

Hayes resopla sin ganas de levantarse a abrir la puerta, sin embargo, lo hace de todas formas a regañadientes.

–Ni lo pienses ni lo intentes, tendrás problemas, jovencita. –Se cruza de brazos bloqueándole el paso a la dueña de esos golpes.

–¿SÍDNEY? ¿ESTÁS AHÍ? QUIERO HABLAR CONTIGO –grita una voz chillona que reconocería en mis peores pesadillas.

No, no, no.

–No, no está aquí. Vete –le ordena Hayes imponente.

–SÍDNEY, ¿ME ESCUCHAS? SID, QUIERO HABLAR CONTIGO, POR FAVOR. –Insiste con sus griteríos y la miro a Harper pensativa.

Puede percibir la señal de ayuda en mi frente. Mi cerebro se bloquea ante la posibilidad de tener otra reacción al respecto.

–¿Qué es lo que quieres, hermosa? –me susurra con dulzura–. Puedo patearle el trasero o puedo dejar que hables con ella si realmente lo necesitas. Aunque, si fuese tú, elegiría la primera opción. Tu ego necesita presenciar eso y me muero de ganas de hacerlo, se lo merece por zorra.

Frunzo el ceño al escuchar esa última palabra. Si bien no me desagrada en su totalidad la idea de que Harper la ubique en su lugar, sé que no es lo correcto. No debería dejar que las cosas fluyan de esa forma.

–SÍDNEY, POR FAVOR. QUIERO HABLAR CONTIGO, CINCO MINUTOS, NADA MÁS –insiste entre gritos.

–¿Cinco minutos necesitas para salvar tu amistad? Chica, qué feo –se queja Hayes enfrentándola–. Sídney vale mucho más que cinco miserables minutos, aprende eso. Aprende a ser una buena amiga, se nota que tu mami no te lo enseñó en prescolar.

–Está bien. –Suspiro y me levanto de la cama.

Harper me toma del brazo y con sus ojos me pregunta si de verdad quiero hacer esto. Asiento con mi cabeza a modo de respuesta. No podré hacerlo en otro momento.

A veces, es mejor dejar las conversaciones difíciles enfriar porque, en caliente, puede quemar los sentimientos de los demás. No estoy en posición para cuidarla después de lo que hizo. Tendrá que aceptar mi fuego, así como está.

Hayes se hace a un lado con desconfianza y me enfrento al cadáver de mi amiga. Sí, porque para mí, perdió todo tipo de respeto.

Las ganas de llorar reaparecen ante ese pensamiento tan frío y cruel. Nunca pensaría así de una persona, a pesar de que hay situaciones que lo requieran.

–Estaremos en su habitación por si nos necesitas. –Harper me da un apretón en mi brazo y, luego, empuja a su hermano por los hombros para marcharse de aquí y darnos privacidad.

–¿Puedo decir una última cosa? –pregunta Hayes y, al ver que ninguna responde, decide decirlo de todas formas–. Phoebe, ¿verdad? –le pregunta su nombre para restarle importancia, para que sepa que no es relevante para él–. Eres una BDPZ.

–¿Una qué? –le pregunta Pheebs confundida.

–Una belleza desperdiciada por zorra. –Se burla y cierra la puerta de la habitación de un portazo, dejando a la pelirroja en el medio de una respuesta.

Ese es mi amigo. En otra circunstancia, lo hubiese regañado por rebajar a una mujer de esa forma. En estos momentos, tengo ganas de correr a darle un abrazo.

Ni siquiera pude agradecerles por su contención.

Ugh, ojalá no se enojen conmigo.

–¿Esta es la clase de personas con las que te juntas? –se queja con un disgusto dibujado en su rostro.

–Sí, ¿qué tiene de malo? –le pregunto encogiéndome de hombros.

–Es un idiota. –Se cruza de brazos ofendida por ese comentario.

–Para mí tiene razón –susurro dándole la espalda para poder sentarme en la cama, mi refugio en estos últimos minutos.

–¿Disculpa? –se sorprende, creo que me escuchó.

Bueno, puede que lo dijera en voz alta, mierda.

–¿Qué? –le pregunto desinteresada, aburrida.

–¿Puedes repetir lo que acabas de decir? –Se cruza de brazos.

–¿Por qué estás aquí Phoebe? –le pregunto directa–. ¿De qué quieres hablarme?

Aprendí en internet que, si quieres poner nervioso a alguien, tienes que responderle sus preguntas con más preguntas, de esa forma lo desvías de lo que ellos quieren obtener de ti y terminas obteniendo tú la información que necesitas.

No sé si internet tiene razón o no, solo sé que con ella funciona.

Prefiero que lo diga en voz alta, quiero escucharlo.

Quiero que ella misma se escuche admitiendo como arruinó nuestra amistad.

–Quería hablarte porque sé lo que viste…

–¿Qué es lo que vi, exactamente?

–Me viste besando a Drake, hace un rato. Luego desapareciste como si te hubiese molestado. –Suspira con dramatismo en cada una de sus palabras–. ¿Te molestó?

–Oh, dime que estás bromeando –me quejo sin poder ocultar la indignación cuando entono cada una de esas palabras.

–Claro que no, Sid. ¿Acaso me ves riéndome? –replica–. ¿Entonces? ¿Te molestó? –Al ver que no le respondo, suspira–. ¿Por

qué? No es como si sintieras algo por él, no es como si tuvieras una oportunidad con él.

–Phoebe, por favor detente. –Le ordeno levantándome de la cama y dando círculos, nerviosa, por la habitación.

Sus palabras hacen eco en lo más profundo de mi mente: no es como si tuvieras una oportunidad con él.

Una cosa es decírmelo a mí misma; sentirme insegura en la relación. Sentir que, si le confieso mis sentimientos, voy a estropearlo todo y que, quizás, puedo perderlo. Otra cosa es que alguien externo a nosotros lo diga porque puede ver la situación con otros ojos. Puede observar todo a detalle, es la mirada de alguien que no siente lo mismo.

¿El problema? A este punto no sé si existe un nosotros.

No sé si alguna vez fuimos algo o todo fue producto de mi imaginación.

–Oh, por favor, Sid. ¿Sientes algo por él? –se ríe sin poder creerlo–. ¿Por qué? Te lastimó y todo quedó en el pasado. ¿De verdad crees que hoy él te elegiría?

No lo sé.

Hace unos días estaba segura de que era alguien importante en su vida. Estaba segura de que él me elegiría mil y un veces. No entiendo qué cambio. No entiendo qué hice mal para que dejara de elegirme, no entiendo por qué dejó de quererme.

Sobre todo, no entiendo por qué la eligió a ella teniendo tantas opciones.

Phoebe es preciosa, pero es mi amiga. Si no puedo estar con sus amigos; ¿por qué él puede estar con los míos? No tiene sentido.

–¿Por qué eres así de cruel? –largo entre lágrimas cuando las siento dejando un camino triste por mis mejillas acaloradas–. ¡Claro que siento algo por él! Y, si no fuera el caso, sabes la historia que tenemos juntos. Te la he contado. No puedo entender cómo… –tartamudeo por la angustia– cómo me traicionaste de esa forma.

–Sid, deja de llorar por un chico. Supéralo, decidió estar conmigo, no contigo. –Suspira–. Y sí, conozco tu historia y no es más que un capricho adolescente. Tienes que superarlo de una vez por todas e intentarlo con alguien más. No es sano que te siga gustando. Tampoco es sano que le prohíbas salir con chicas bonitas.

–¿Chicas bonitas, de verdad? –Suelto un suspiro indignada–. ¿Volvemos a justificar tu maltrato con mi peso?

–Me parece que estás obsesionada con eso.

–No, a mí me parece que es el único insulto que se te ocurre –resoplo–. Sabes que no lo es, ¿verdad? No es un insulto. Sé cómo me veo, hay un espejo en el baño que compartimos. ¿Qué es lo que pretendes con estos comentarios? ¿Hacerme adelgazar?

Mi risa es lamentable. Me río mientras intento limpiarme los mocos con el borde de mi sudadera (la cual es de Harper y planeo lavarla antes de devolvérsela, necesitaba algo que me contenga, no un top desabrigado) porque no tengo papel a mano.

–No quiero obligarte a nada, Sídney. Solo digo que te vendría bien bajar de peso, puede que, de esa forma, obtengas la atención de los chicos que te gustan.

Listo, no puedo aguantarlo más.

–Phoebe; me acuesto con Drake casi desde principios de curso. ¿De qué me estás hablando? –le pregunto tras haber soltado esa bomba y no le permito hacer acotaciones–. No quiero la atención

masculina que tanto deseas, no la necesito. No tengo que bajar de peso para salir con alguien que me guste.

–¿Te acuestas con Drake? –me pregunta sorprendida. Sus mejillas parecen enrojecer de la furia–. ¿Cómo es posible? ¿Cómo hiciste?

–¿Me estás preguntando de verdad?

No, no lo puedo creer. Ahora soy quien quiere patearle el trasero.

–Sí. No entiendo como tú puedes acostarte con alguien como él –admite.

–Eres una mierda –le espeto.

–¿Por qué me insultas? –se queja haciéndose la víctima.

–¿Qué pasó con Jonan? ¿Cortaron o decidiste serle infiel? –le pregunto con curiosidad, ignorando su comentario anterior porque, si seguíamos el camino de esa conversación, definitivamente no íbamos a terminar bien. Aunque, a este punto, creo que no hay nada salvable ya.

–Somos novios, nunca hablamos de exclusividad. –Se encoge de hombros.

–Si nunca lo hablaron, no te da motivos para lastimarlo de esa forma. Apuesto que ni siquiera pensaste en él.

–No te metas en mi relación –se queja de brazos cruzados. No me está gustando esto, quiero irme.

–Phoebe, besaste al chico que me gusta. ¿Por qué lo hiciste?

Necesitaba hacerle esa pregunta.

–Porque tenía ganas y porque está buenísimo. ¿Quién no quisiera hacerlo? –Se ríe–. Sídney, de verdad. Siento que te estás haciendo un mundo por algo sencillo.

–Oh, sé que es sencillo –me burlo–. Es muy sencillo para ti lastimar a una amiga.

–No fue mi intención hacerlo, de verdad, no sabía que estabas obsesionada con él. No sabía que eras así de posesiva con tus ex ligues…

–Te duele tanto la idea de que me haya acostado con él y tú no que no sabes qué decirme para lastimarme. Caíste muy bajo, Pheebs. –Suspiro.

–No me arrepiento de besarlo –admite encogiéndose de hombros.

–Lo sé, no me sorprende. No me sorprende lo mala amiga que eres. ¿Cómo puedes llamarme mejor amiga si luego vas y besas al chico que más me importa?

El dolor se puede apreciar en mis palabras. Me duele esta situación. Quiero lo mejor para nosotras, pero no se me ocurre una alternativa que no sea reclamarle todo lo que me molesta. No puedo.

En este momento no puedo ni mirarla. No se disculpó y tampoco parece estar arrepentida de lo que hizo. Eso es lo que más me molesta porque sí, no sabía que me sigue gustando, pero sí sabía que fuimos algo en el pasado. El límite tendría que haber empezado ahí o, en otro caso, tendría que haberme preguntado si me molestaba.

Ahí le hubiese confesado que me gusta y puede que no lo hubiese besado…

No, lo hubiera hecho de todas formas.

El tiempo lo solucionará, curará las heridas de mi corazón o, quizás, nunca lo haga. Quizás no lo hará porque no fui capaz de ver las señales. Pude haberme equivocado al perdonarle sus actitudes tóxicas, pero esta vez, no hay motivos para hacerlo.

Somos distintas, polos opuestos. Cada vez que le di mi mano, me ofreció una daga para lastimar mi palma tanto como para dejar una herida superficial, pero no lo suficiente para marcar una cicatriz.

Intento pensar en sus razones para hacerlo y no soy capaz de encontrarlas. Está bien aceptar que no somos parecidas. Está bien aceptar que, en vez de priorizarme, lo eligió a él. Y es algo que yo no sería capaz de hacerle a una amiga, sin embargo, si ella no tuvo problemas en mentirme y en hacerlo a mis espaldas, menos problemas tuvo para besarlo en mi cara.

–¿Sabes qué, Pheebs? –digo antes de marcharme, harta de la situación. Necesito escapar–. Toda esa belleza superficial que crees que te ayudará a dominar el mundo, en realidad, es una máscara para ocultar lo podrida que estás por dentro porque eres una mierda de persona.

Se queda en silencio, intentando analizar lo que le dije y cuando salgo de la habitación me topo con alguien en el suelo que me sostiene el pie.

Wow, esto sí que no me esperaba que sucediera tan pronto. Nunca en realidad.

¿Quién hubiese adivinado que esperaría en la puerta hasta que quisiera verlo?

–Ey, corazón. –Se apresura a levantarse antes de que pueda patearle los huevos–. ¿Podemos hablar?

Capítulo 36

Drake

Espero su respuesta impaciente.

La estuve buscando por toda la casa hasta que Elijah me dijo que podía esconderse en la habitación de sus amigos del alma y todo cobró sentido.

La culpa está corrompiendo mi sentido común porque, en vez de tocar la puerta para que salga a verme, me senté en el suelo a esperarla.

A esperar que se sienta lista para tener esta conversación.

Cuando la veo salir de la habitación, tengo el impulso de tomarla por el pie para que no se caiga y para avisarle que estoy aquí, que siempre estaré aquí en el suelo rogándole que me perdone si es necesario.

Será exagerado, pero no podré dormir sin su perdón.

–Ey, corazón. –Me apresuro a levantarme del suelo y me encuentro con una mirada triste que me parte en mil pedazos–. ¿Podemos hablar?

–¿Qué haces aquí? –me pregunta confundida.

El par de ojos azules cristalinos que suelen transmitirme paz y llenarse de luz mis días, pero esta vez no es así.

Sus ojos están ligeramente hinchados de tanto llorar y su maquillaje dibuja unas pinceladas de dolor sobre su hermoso rostro. Me quiero matar, soy el culpable de que Sídney llore. No sé si seré capaz de perdonármelo.

–Sid, lo siento muchísimo.

–Ya es tarde para lamentarse –se queja ella dispuesta a pasar de mí y alejarse por el pasillo. Si no fue suficiente con tomarla del pie, la tomo del brazo esta vez.

–Por favor, hablemos –le suplico en un quejido similar a un sollozo.

El contacto de su sudadera bajo mi piel me da un escalofrío electrizante, se debe a que sé lo que se siente tocarla. Es la familiaridad del tacto rosado sin importar que hay capas de ropa de fondo.

Me rompe el alma haber sido tan estúpido y haberme dejado llevar por mis impulsos. Cuando la vi besándose con otro chico estallé, no pude aguantarlo.

Fue suficiente para mí haberla visto en una fiesta ligando con el de la barra. No pude permitirlo dos veces y, en vez de atraerla hacia mí y besarla con todas las ganas del mundo, me dispuse a lastimarla. A "vengarme" por así decirlo. Porque, si a ella no le importa besarse con otros chicos, tampoco le debería importar verme a mí con otras chicas… ¿Verdad?

Bueno, ese fue mi estúpido pensamiento impulsivo. Era obvio que le importaba. Hasta diría que, a juzgar por su reacción, le importaba de la misma forma que a mí.

–Por favor –insisto una vez más cuando ella duda.

Soy capaz de decir esas dos palabras mil veces si es necesario para que me escuche. Necesito que lo haga.

–Está bien. –Suspira y me da la espalda para seguir caminando por el pasillo.

–¿A dónde vamos? –pregunto mientras la sigo, se liberó de mi mano.

–A mi habitación, así puedo echarte si deseo hacerlo –me dice intentando formar un chiste, pero no le sale.

Me apena realmente.

La sigo en silencio hasta que llegamos y me deja pasar primero. No me quejo y me quedo de pie cerca de la puerta, donde ella se apoya tras cerrarla con delicadeza.

–Perdón, soy un idiota –le confieso formando una mueca de arrepentimiento en mi rostro.

–Lo eres. ¿Eso es todo lo que tienes para decirme, Drake? –Se cruza de brazos y evita mi contacto visual, como si le quemara mirarme.

Nunca le ha sucedido y me destruye saber que, por la electricidad de un rayo, el error en nuestra relación es casi irreparable.

–Perdón por ser un idiota, perdón por haber arruinado todo lo que tenemos –hago una pausa para ordenar mis pensamientos–. No sé por qué lo hice… ¿Celos? Quizás. Solo sé que no debí hacerlo y que me arrepiento de ello.

–¿Sabes? Puedes ponerle un nombre a lo que hiciste. De hecho, te diría que deberías hacerlo. Ponerle un nombre a las cosas es una forma de comprender lo mucho que la has cagado –me dice elevando un poco su voz, está enojada.

–Tienes razón. Perdón por haber besado a Phoebe. –Suspiro arrepentido–. No debí hacerlo, no quería hacerlo y… tampoco me gustó hacerlo.

–¿Y por qué lo hiciste entonces? –Frunce el ceño confundida–. ¿Por qué la besaste si no querías hacerlo? ¿Por qué la besaste sabiendo que es mi amiga? ¿Por qué hablabas con ella en las escaleras? ¿Querías que pase algo más? Querías acostarte con ella, ¿no?

El dolor en sus palabras me provoca un torrente de electricidad que recorre mi columna vertebral hasta llegar a mi cerebro donde se almacenan para siempre. Para que pueda recordarlas, para que sea consciente del dolor de estas. Para que pueda entenderla y saber que la he cagado más fuerte de lo que creía.

Responderle en este momento no es sencillo. Sé que quedarme en silencio no es lo mejor, pero tengo que tomarme un tiempo para procesar todo lo que está sucediendo y todo lo que me está preguntando.

Quiere una respuesta, se merece una respuesta, así que se la daré.

Le daré una respuesta desde lo más profundo de mi corazón, donde la verdad es lo único que puede funcionar.

–En las escaleras hablábamos de una actividad extracurricular que tiene ganas de tomar –admito y hago pequeñas pausas para que ella pueda procesar toda la información–. Estaba ebrio, por eso dejé que me acariciara. No la besé y tampoco tenía ganas de hacerlo ni de acostarme con ella. Tampoco me besó y, si lo ha intentado, no me di cuenta. Cuando llegaste entendí que ella quería darte celos sosteniéndose en mí y usando apodos ridículos. A los segundos que

te fuiste, corrí a buscarte. Entendí que seguramente la situación era confusa y no quise que pensaras algo extraño. Phoebe solo me siguió.

–¿Y por qué la besaste entonces? –me pregunta con la mirada apagada, triste.

Creo que no se comió mi verdad, lo cual me preocupa porque fue lo que pasó. No sé qué versión le habrá contado Phoebe. No me interesa escucharla tampoco. Solo quiero estar bien con Sídney y alejarme de esa pelirroja para siempre.

–Porque me puso celoso verte con otro chico –admito avergonzado–. Es ridículo, lo sé. No pensé con claridad, los chicos me retaron a hacerlo y tomé la oportunidad. Debí haberte besado a ti.

–¿Me hubieses besado? ¿En frente de todos tus compañeros? –Se sorprende y niega con la cabeza–. Eso sí que no me lo creo, Drake.

–¿Qué? ¿Por qué?

–Porque nunca estamos juntos cuando ellos están cerca…

–Es parte de nuestro pacto; que nadie lo sepa.

–¿Es porque te da vergüenza que nos vean juntos? ¿Es porque soy gorda? –me pregunta apagando su voz poco a poco con cada palabra, olvidándose de todo lo que hemos hablado en estos meses porque la nube de inseguridades es más robusta.

¿Qué? ¿Por qué piensa eso?

–¿De qué diablos estás hablando? –le pregunto confundido y con una ligera pizca de ofendido en mi voz.

–Es que… tus compañeros hicieron chistes sobre mi cuerpo –me suelta y siento un latido nervioso en mis oídos. No lo puedo creer–. Dijeron que no podrían estar conmigo, dijeron que me "ilusionaría" si

los beso como si una persona de mi contextura física no pudiera enamorarse o sentir algo por alguien de verdad.

Oh, voy a asesinarlos. Los buscaré uno por uno, aprovechando que seguro dan vueltas por la casa y asesinaré a todos los que dijeron eso. También a todos los que lo pensaron en algún momento. ¿Cómo se te ocurriría decir algo así? ¿Cómo pensarías algo así de una persona?

Me molesta lo crueles que son y el daño que le causaron a Sídney.

Ella es una chica fuerte que no se deja llevar por los pensamientos de los demás, pero si le dices algo de este calibre puedes romperla como a cualquier persona. Nadie se merece que opinen de sus cuerpos o que hagan comentarios de este estilo sobre ellos. Es preferible mirarse al espejo y juzgarse a uno mismo antes de verle el ombligo a los demás.

–Sid, no tenía idea de eso. –Me acerco hacia ella con timidez y le acaricio los brazos para demostrarle mi contención y apoyo–. Lo siento mucho, no sabía. Nunca los escuché decir algo así.

–Bueno, lo dijeron. –Suspira y me alegra que no amague con moverse y salirse de mi tacto–. Phoebe también lo dijo, varias veces en el año. Me dijo que ningún chico me prestaría atención si me veo así.

¿Phoebe también lo dijo? Un incendio me invade cuando la escucho. Se funde junto a mi arrepentimiento. Me enfurece saber que lo ha hecho en varias ocasiones y que recién me esté enterando de esta forma. Bueno, no es que pudiéramos hablar de algo si no nos consideramos amigos, pero… no sé. Me duele por ella.

¿Ningún chico le prestaría atención si se ve así? Es una de las mujeres más hermosas que vi en mi vida. Es la única que me vuelve

loco, la única por la cual sería capaz de saltar un puente, como cuando tu mamá te preguntaba: "¿si tus amigos saltan de un puente, tú también lo harías?". **Claro que sí, por Sídney Jones haría cualquier cosa.**

Cuando sus ojos se llenan de lágrimas, agacha la cabeza para que no vea dentro de su alma. Me apresuro a levantarle el mentón y obligarla a que me vea:

–Sid, a ti nunca te importó la opinión de los demás, pero, al parecer, esto te está afectando así que déjame decirte algo: no me importa cuánto pesas. Me gustas tú por cómo eres. Me gustas tú, no me gusta tu amiga ni me gusta la otra chica que besé.

–Solo dices eso para hacerme sentir bien… Todos piensan en describirme como gorda antes de describirme como persona –susurra cerrando sus ojos para dejar que las lágrimas sigan su curso natural.

Lo que está diciendo lo dice desde lo más profundo de su corazón. No importa cuántas capas de amor propio tenga encima, siempre estará esa manta ligera que es capaz de superponerse ante las demás y arruinarlo todo.

Siento que es importante remarcarle que primero la veo a ella y luego veo todo lo demás. El cuerpo es el hogar del alma y los humanos nos enamoramos de nuestras almas, no de lo externo.

–¿Alguna vez te he dicho un comentario sobre tu cuerpo? –le pregunto.

–Múltiples veces...

–¿Y qué es exactamente lo que te dije?

Ella deja escapar un suspiro desolador.

–Me sueles decir que… que… que soy hermosa –admite tartamudeando, sin poder creérselo del todo.

–¿Y te lo crees? ¿Te crees que eres hermosa? –Le acaricio la mejilla apenado de que le cueste entender lo especial que es.

Le cuesta responderme, se nota.

–Sí, a veces. –Se encoge de hombros inclinándose hacia la palma de mi mano con su cabeza–. Y luego llegan estas situaciones que me hacen sentir insegura.

–¿Y qué te importa más? ¿Lo que dice un grupo de chicos que no te conoce o la opinión de alguien que te quiere?

Esas últimas dos palabras se deslizan de mi boca para encerrarnos en una nube privada de sentimientos confusos. Acabo de confesarle que la quiero y mis manos sudan ante su respuesta. Siento un hormigueo en mi estómago que me provoca ganas de vomitar. Me encantaría no haberlo dicho de esta forma. Debí habérselo dicho de una forma más especial, pero, por algún motivo, creo que no hay nada más especial que el hecho de que te recuerden lo hermosa y valiosa que eres cuando los colores de tu cielo se oscurecen. En estos momentos, la nube que nos rodea podría convivir con un arcoíris o provocar una tormenta eléctrica. No sé cuál de las dos opciones me da más miedo.

–¿Me quieres? –Sus ojos se iluminan y una tímida pequeña sonrisa se dibuja en su rostro. Una sonrisa que me encantaría que se quede para siempre, para evitar que se sienta mal consigo misma.

–Sid, te quiero. –Asiento dedicándole una sonrisa especial y única, solo para ella.

–¿Lo dices de verdad? –me pregunta dudosa–. ¿Lo dices para hacerme sentir bien?

–Lo digo de verdad, te quiero. –Le doy un beso en la frente y luego dejo que me abrace. Lo necesita.

Le rodeo la espalda baja con mis brazos todo el tiempo que sea necesario. Es un abrazo íntimo, creo que nunca nos abrazamos de esta forma y me gusta. Me gusta sentir el latido de su corazón porque me permite darme cuenta de que sin importar cuanto la lastimé, encontró la forma de perdonarme. Encontró la forma de no odiarme.

No pretendo una respuesta. No pretendo que me diga que ella también me quiere. No lo necesito. Me encantaría escucharlo, eso sí, pero no lo necesito porque estoy seguro de lo que siento. Estoy seguro de que, sea correspondido o no, saber que estaremos bien y que encontró la forma de perdonarme es suficiente.

Y lo que estoy a punto de escuchar me lo esperaba, pero no sé si quería que llegara el momento.

–No puedo seguir con esto –susurra una vez que abrimos el abrazo–. Debemos detener nuestro pacto. Lo único que hace es lastimarnos, no está bien.

Dejo escapar un suspiro y asiento con mi cabeza. Me gustaría llevarle la contraria, pero tiene razón. Tiene toda la razón del mundo.

Sus palabras me lanzan desde una nube y me desplomo cayendo desde lo más alto. Sus palabras me despiertan, me ayudan a recoger cada pieza de nuestro trato para darme cuenta de que, aunque me he caído, aterrizo sobre mis pies. Es como volver a nacer, como si nuestra historia llegase a un final. No sé si me gusta esto.

–Rompimos todas las reglas, creo. –Pongo las cartas sobre la mesa.

–Ryle, Harper, Hayes y Phoebe saben de lo nuestro. La regla número uno sobre que nadie lo sepa, ya no existe. –Cuenta con sus manos–. La regla número tres sobre los celos la rompiste, dos veces, de hecho.

–Lo siento, no pude resistirme –admito rascándome el cabello con nerviosismo–. La regla número cuatro sobre que no podemos ser vistos si estamos con otras personas también. Esa la rompimos los dos –agrego para desligarme de la culpa total de los hechos.

–Y la número cinco es la única que cumplí y que casi rompo –admite ella, sonrojándose–. Estuve en una cita doble con Simon.

Wow, eso sí que no me lo esperaba.

–¿Saliste con Simon?

–Jonan y Phoebe me obligaron a participar de una cita doble. Él intentó besarme y recordé que no puedo estar con tus amigos, entonces no lo dejé –admite y se limpia las lágrimas de su rostro con su sudadera–. No me arrepiento.

No voy a negar que esto me pone una estúpida sonrisa en el rostro.

–¿Y qué hay de la regla número dos? –le pregunto expectante.

Ambos sabemos cuál es. Ambos sabemos que es la más importante.

–Por mi parte, se rompió hace mucho tiempo –admite, nuevamente coloreando sus mejillas de una tonalidad rosada–. No puedo seguir con este pacto cuando siento cosas por ti.

–Me alegra que lo admitas, porque también siento cosas por ti. –Le sonrío.

Entonces, la regla número dos de que no haya sentimientos de por medio, está rota. Está rota por ambas partes que es lo más importante y lo que me pone feliz.

Nos quedamos en silencio unos segundos, ambos fingiendo que esta confesión no nos provoca una felicidad estúpidamente torpe en nuestros corazones.

–Entonces… ¿Se termina todo?

–Sí, no podemos seguir así. No quiero sufrir más con estúpidas escenas de celos –admite exagerando con sus ojos.

–Ey, estuvo increíble mientras duró… –Le doy un golpecito amistoso en su hombro derecho.

El toque electrizante nos une y ella deja escapar una risa tímida.

–Estuvo bueno, sí.

–Perdón por haberte lastimado –le digo una última vez y acomodo su cabello detrás de sus orejas para observarla mejor–. Y, de verdad, piensa en todo lo que te dije. Eres especial, Sid. Nunca te olvides de ello. No dejes que otras personas te quiten tu felicidad.

Sídney asiente y me da un último beso en los labios. Es más corto de lo que me gustaría que sea.

–Gracias por todo, compañero de pactos –bromea rodando sus ojos y sonriendo, aún sin poder creer todo lo que vivimos en estos meses.

–Fue un placer hacer negocios contigo, Sídney Jones. –Le respondo con un saludo militar y le sonrío. Puede que sea una despedida absurda y que debería darle un último beso, pero algo en mí sabe que no será la última vez que tenga la oportunidad de hacerlo.

Abro la puerta para marcharme y, antes de que pueda despedirme, ella me sonríe. Está sentada sobre su cama y dice las palabras que toda persona enamorada le gustaría escuchar:

–Yo también te quiero, Drake.

Y mi corazón rosa colisiona.

∞ PARTE VIOLETA ∞

"I need you forever
In the heat of your electric touch"

–Taylor Swift

PLAYLIST

37. Revolution — The Score
38. I Can See You (Taylor's Version) (From The Vault) — Taylor Swift
39. Electric Touch (Taylor's Version) (From The Vault) — Taylor Swift ft. Fall Out Boy
40. Teach Me How To Love — Shawn Mendes
41. Karma — Taylor Swift
42. You Have More Friends Than You Know — Glee Cast
43. Electric Love — BØRNS

Capítulo 37

 Drake 

Un mes después…

Estuve esperando esta segunda oportunidad por mucho tiempo. Después de semanas, Bennet por fin me dejó volver al equipo. Hoy nos toca jugar contra la Universidad de Transilvania y estoy desde la mañana entrenando.

Debo demostrarle al entrenador que tengo las capacidades de juego que requiere el equipo, y quiero hacerlo para que se arrepienta de todos los comentarios racistas que hizo. Por suerte, le permitió a Hugh volver al equipo. Así que, las cosas están cambiando poco a poco. Espero que se mantengan de esa forma.

No voy a excusarme por amenazarlo y querer que cambie todo, pero sí admito que me gustaría escuchar una disculpa de su parte.

–¿Cómo te sientes? –me pregunta Ryle mientras se calza sus zapatillas.

Estamos a tres minutos de salir al campo de juego.

–Nervioso, no te voy a mentir –admito y me dejo caer a su lado.

Estoy listo hace horas, necesito correr ya.

–¿Por el juego o por la persona que no se va de tu cabeza? –me lee antes de que pueda abrirme a mí mismo.

Ryle presenció mis quejas en todo momento y tiene la capacidad de entender a las personas con una sola mirada, es increíble.

–Esta vez es por el juego –miento, aunque en parte es verdad.

–Saldrá todo bien, eres bueno. Es probable que ganemos teniéndote en el equipo –me sonríe.

–Solo dices eso porque eres mi mejor amigo, no se vale –reniego de ese ciego voto de confianza–. Me dirías eso aunque fuera muy malo.

–Mentira, nunca diría eso si fueras malo. Arruinarías la oportunidad del equipo de seguir ganando puntos –se burla y cuando se levanta me ofrece su mano para levantarme.

–¿Cuáles son tus predicciones? –le pregunto aceptando su mano.

–Ganaremos 35 a 17.

–¿Tú crees? –Niego con la cabeza, un poco inseguro por esa meta tan idealista.

–Sí. Tú, Hugh y mi hermano juegan. No tenemos forma de perder esto, confía en mí, Drake –insiste.

–Está bien, confiaré en ti.

El entrenador nos llama para salir al estadio y todos los jugadores nos formamos en una fila para hacerlo.

A decir verdad, también estoy un poco triste porque mis padres tampoco podrán ver este juego. Me hubiese gustado que sus agendas no estén tan ocupadas.

Nos saludamos con el equipo contrario y nos ubicamos en nuestras respectivas posiciones para el lanzamiento de moneda. De esta forma, sabremos qué equipo comenzará el juego.

Mientras que Calvin, aspirante a capitán del equipo, se acerca al mariscal de campo de Transilvania, busco en el público con la idea de encontrar un rostro familiar.

Se está debatiendo entre Will y Calvin quién será el nuevo capitán del equipo. Will no debería porque no le suele ir bien en las materias, entonces, no sería un buen ejemplo para la institución, pero está sobre la mesa porque es un increíble defensor.

En cuanto a Calvin, él es uno de los mejores mariscales que tenemos.

Y por otro lado, mi cabeza no deja de pensar en Sídney.

Hace exactamente un mes que no sé nada de ella; desde la última vez que nos vimos en la fiesta de la casa de Elijah.

Después de nuestra despedida, tengo entendido que Hayes y Harper la llevaron a la residencia por la mañana, evitando cualquier tipo de cruces con el resto, en especial, sin encontrarse conmigo y sin verse con Phoebe.

No me la he cruzado por los pasillos ni he tenido la oportunidad de encontrarla por el campus. Siempre tuve la esperanza de que, en algún momento, vendrá a alguno de los partidos. ¿Por qué? Porque sé que le gusta el deporte y porque a sus amigos también.

Es por este motivo que llevo semanas volviendo loco a Ryle preguntándole sobre ella. Porque claro, él sí tuvo la suerte de cruzarla por los pasillos. Por lo que hablaron; mudó todas sus cosas al departamento donde viven los mellizos, para evitar convivir con Phoebe hasta fin de curso o hasta que solucionen sus problemas.

Me resistí a la tentación de escribirle. Sentía que, si lo hacía, capaz lo percibía como una invasión a su privacidad. En especial después de decidir que no queremos seguir con nuestro pacto. Me gustaría

decir que me arrepiento de haberlo cortado, pero a decir verdad, no es así. A los pocos días me he dado cuenta de que realmente nos estaba haciendo mal. No podía dejar de pensar en ella y la única forma que tenía para estar con Sídney era acostándome un día aleatorio de la semana donde teníamos un espacio libre. Un día cualquiera se convirtieron en varios, parecía una rutina sin llegar a serlo del todo.

Y ahora, semanas más tarde, sigo pensando en ella. **No dejo de pensar en ella.**

Semanas donde veo sus posteos en redes sociales o salgo con mis amigos y me pregunto por qué no encontramos una mejor forma de solucionar lo nuestro.

Entonces, cuando busco por las gradas esos ojos azules, tardo un rato en encontrarlos hasta que la veo ingresar al estadio con sus amigos detrás.

Llega justo al segundo en el que anuncian que seremos los primeros en jugar y me acomodo sobre mi marca dispuesto a darlo todo. Dispuesto a dar el mejor partido después de varios en abstinencia.

Puede que tenga un motivo para que siga dando vueltas en mi cabeza, puede que conozca ese motivo a la perfección. Es algo que sucede cuando te gusta alguien. Tu corazón late por esa persona, late por la idea de estar cerca suyo y de tenerla para siempre a tu lado. ¿Por qué? Porque el mundo es más bonito a su lado.

Y cuando escucho el pitido del silbato que da comienzo al juego, una realidad muy clara se hace presente en mí: estoy enamorado de Sídney Jones.



Ganamos…

¡GANAMOS!

El griterío de la tribuna y el abrazo con mi mejor amigo me alegra el día. Puede que darme cuenta de que estoy enamorado de Sídney y que quiero intentar algo con ella haya sido la recarga de combustible que necesitaba en mi interior. Estoy muy feliz.

Festejamos con nuestros compañeros de equipo y luego corremos hacia las duchas para prepararnos para la fiesta de esta noche.

Me está gustando la idea de sentirme un campeón, pero sería mucho más bonita si tuviera una chica a mi lado. Ojalá Sídney asista a esta fiesta, necesito celebrarlo con ella. Necesito verla, no voy a aguantar otro día sin verla.

Antes de desnudarme para darme una ducha, Bennet me llama para que hablemos en privado. Con los brazos en el aire a medio camino de sacarme mi camiseta, vuelvo a deslizarla por mi cuerpo y Ryle me guiña el ojo, pensando que será una buena charla, como esas que suele tener con sus jugadores estrella a menudo. Ojalá sea el caso.

Lo sigo en silencio hacia su despacho y tomo asiento, como si lo hubiese hecho miles de veces, como si hubiese confianza entre nosotros.

–¿Sabes por qué estás aquí, Mendler? –me pregunta sentándose en su lugar, de brazos cruzados, expectante.

–Espero que sea porque me debes una disculpa –le suelto, directo como un misil, dispuesto a sostener mi postura.

–Estás aquí porque lo que hiciste en mi campo de juego fue una maravilla –dice, estirando sus palabras con disgusto al admitirlo–. Espero que sigas de esa forma.

Tiene razón, jugué muy bien. Junto con mis compañeros planeamos una jugada de *play action*: fingí correr con un objetivo en particular para atraer a la defensa de mis contrincantes para mi lado. De esta forma, Ryle pudo lanzar un pase al otro corredor libre. Los despistamos y hemos ganado 6 puntos de touchdown.

–¿Y mis disculpas? –le pregunto porque, de verdad, las estoy esperando.

–¿De qué disculpas estamos hablando? –se hace el despistado, el que no tiene ni idea de por qué estoy decepcionado.

–Cuando me lesioné me dijo que abarataba su equipo, que lo hacía ver "menos profesional". Sin embargo, creo que en este partido te he demostrado todo lo contrario… Me merezco una disculpa, entrenador –insisto.

No tuve oportunidad de hablar de esto en privado con él porque tuve que enfocarme en que me dejara jugar de nuevo. No quería perder la oportunidad de recuperarme y volver a donde pertenezco por una discusión.

Lo peor de todo es que no debería ser así. Debería tener la posibilidad de sentirme cómodo con mi entrenador. Tendría que decirle todo lo que me gusta y lo que no sin correr el riesgo de que me expulsen del equipo por mi libertad de opinión.

–No, no te mereces una disculpa porque lo que hiciste es lo esperable de los corredores. No puedo tenerte en mi equipo si no sabes hacer un *play action* o un punto extra como corresponde –se queja–. Soy tu superior, tengo que felicitarte cuando vas por un

buen camino y reprimirte cuando echas a perder oportunidades de juego.

–Entonces… ¿Puedo seguir jugando? –le pregunto confundido.

–Sí, de momento, sigues jugando. Tu disciplina determinará si sigues en la banca o si voy a dejarte participar en el campo como tanto deseas –me explica–. Si continúas cuestionando mis métodos de enseñanza, no me quedará otra que sacarte del equipo.

–No estoy cuestionando sus métodos de enseñanza, entrenador –replico–. Solo estoy expectante a unas disculpas. No puedo dejar pasar los comentarios racistas que hizo, está mal.

–¿Sigues con ese tema? –protesta, cansado de que lo exponga–. Drake, tienes que aceptar que juegas bien porque todos los de tu etnia son buenos deportistas. Es lo mismo que los asiáticos que son buenísimos condimentando sus comidas o las latinas que se destacan por saber bailar…

No dejo que siga hablando porque me levanto de un salto de mi asiento.

–Retráctate de todas las estupideces que acabas de decir o tendré que reportarte ante mis compañeros y los directivos institucionales –lo amenazo, indignado.

Estereotipos; es un hombre que basa todas sus opiniones en estereotipos. Rebaja las virtudes y talentos de las personas a su color de piel o ascendencia y eso no está bien. Me dan ganas de llorar de la frustración, hacía mucho tiempo que no conocía alguien tan retrasado socialmente. Todos nos merecemos ser tratados con respeto y dignidad. Es despectivo seguir fomentando los estereotipos negativos y discriminatorios en este siglo. No debería deshumanizarnos ni quitarnos nuestra individualidad por nuestro

origen o por algo tan sencillo como nuestro color de piel. Deberíamos respetar nuestra diversidad y quererla, no utilizarla para dañar al otro.

–Mendler, por favor. No puedes ofenderte por eso. –Se ríe.

Niego con la cabeza y salgo de su despacho corriendo, dispuesto a darme una ducha e intentar olvidarme de esta situación por unas horas.

Mañana lidiaré con esto, necesito pensar en frío y, en este momento, veo todo de color rojo.

Capítulo 38

 Drake 

–¿La has visto a Sídney? –le pregunto a Elijah, quien se encuentra con su novio bailando y divirtiéndose.

Ambos niegan con sus cabezas y vuelven a besarse, ignorándome por completo.

Ugh, esto de encontrarla se está convirtiendo en un verdadero desafío. Ya le he preguntado a diez personas si la han visto y empiezo a quedarme sin opciones.

Llegué a la fiesta un poco más tarde porque mi idea principal de darme una ducha rápida se convirtió en una de media hora reflexiva donde intenté acomodar todas mis ideas y pensamientos.

–¿A quién buscas? –me pregunta Carl, uno de mis compañeros.

–A una amiga, se llama Sídney. ¿La conoces? –le pregunto con la esperanza de que así sea y de que me ayude a encontrarla con rapidez.

–Uhmmm, creo que no, ¿cómo es? –me responde armándose un trago con cualquier cosa que encuentra sobre la mesa.

–¿A quién buscan? –pregunta Will sumándose a la conversación y dándonos una palmadita en la espalda a ambos.

–A Sídney, ¿la has visto? –me giro hacia él.

–¿A tu amiga gorda? –responde, provocándole la risa a Carl y a Tyler, que se acercó a nosotros para robarle la bebida a Will.

–¿Disculpa? ¿Qué acabas de decir? –Me enderezo y frunzo el ceño.

Oh, no. Eso sí que no lo puedo permitir.

No puedo escuchar esto después de mi discusión con Bennet, no puedo hacerlo. De hecho, creí que una ducha lo solucionaría, pero no fue así.

–¿Qué? Es la única gorda que conozco. –Levanta sus manos para que no discuta con él–. Si responde tu pregunta, no la he visto.

Aprieto los puños con fuerza al instante que una ira ruge en mi interior.

No quiero hacer esto, pero se lo merece.

Antes de que pueda golpearlo, Ryle aparece y me toma por la espalda, sosteniendo mis brazos para que no lo haga.

–¿Se puede saber qué está pasando aquí? –pregunta una vez que nos separa y me mira confundido porque nunca tengo estas reacciones impulsivas.

–Will le dijo gorda a la amiga de Mendler –explica Tyler bebiendo de un sorbete, atento a cada uno de mis músculos en busca de una provocación.

–¿Eso es cierto? –le pregunta Ryle a Will, cruzándose de brazos.

–¿A ti tampoco te gusta que le diga gorda a Sídney? –Se ríe y, al notar que Ryle no le sigue el juego, rueda sus ojos–. Ay, por favor… No me digas que a ti también te molesta.

–Claro que me molesta, no puedes ir por la vida hablando del cuerpo de los demás –se queja él, indignado.

Gracias, me alegra que alguien aquí use su sentido común.

–No hablo de su peso, solo lo dije para averiguar si esa es la amiga que está buscando, relájate, Jensen júnior –Se apoya sobre la mesada de brazos cruzados con aires de superioridad.

Ryle me observa, atento a mi respuesta. Espera mi señal para saber si actuar o no y, a la vez, me juzga por buscarla. No porque lo haga, sino porque debí hacerlo hace tiempo.

–Sí, la estoy buscando –admito y me paso una mano por mi cabello, frustrado al recordar lo que me contó hace un mes Sid sobre los chicos que le hicieron comentarios despectivos–. Como dijo Ryle, no está bueno que hables del peso de los demás, como tampoco está bueno que uses la palabra gorda como insulto, porque no lo es.

–Si tú lo interpretaste como un insulto, no es mi culpa, Mendler. –Se ríe–. Estás muy susceptible desde el partido. ¿Qué pasa? ¿Te puso sensible volver al juego?

Lo dice para provocarme, todo lo que dice es para provocarme.

No tropieces con su palillo.

Intento repetirme esas palabras mil veces hasta que escucho un golpe seco sobre la mesa. Ryle le pegó a Will en el rostro de manera repentina, sin que pudiera prevenirlo. Se cae de espaldas sobre la mesada.

–¡RYLEEEE! –se queja Carl por su accionar impulsivo.

–Casi le quiebras la nariz –agrega Tyler impresionado.

–Will, te lo mereces por imbécil –espeta él sacudiendo su mano derecha con la cual dio el golpe.

–Eres hombre muerto, Jensen. –Lo insulta y con los chicos nos ponemos en medio para que no se convierta en una pelea de verdad. Lo amenaza porque sabe que tiene muchas chances de

quedar como el capitán del equipo, y si bien no podrá echarlo, tiene la posibilidad de mandarlo a la banca las veces que sean necesarias.

–Ya, como quieras. No te tengo miedo. –Luego se gira hacia mí y me avisa–. Me vuelvo a la residencia, no quiero lidiar con idiotas.

Lo veo alejarse y suspiro. Will se lo merecía, pero nunca creí que Ryle de verdad fuera a pegarle. Me alegra saber que no se arrepiente de ello y de que Will no pudo devolver el golpe.

–Piensa mejor antes de hablar, Eleven –me burlo porque le sangra la nariz como al personaje de *Stranger Things* y me alejo de la escena con un solo objetivo: encontrarla. Necesito hacerlo.

Y cuando ya no sé dónde buscarla, nos cruzamos por casualidad en un pasillo. Lleva una falda morada a juego con un corsé color lavanda. Está hermosa. ¿Realmente es una casualidad cruzarla o estuve buscándola toda la noche?

Cuando nos miramos, el mundo empieza a girar en cámara lenta. Nunca me gustó bajar la velocidad en el día a día, como tampoco me gusta estar lejos de ella. Nuestros caminos se encuentran y ella se ruboriza en un brillo rosa y dorado. Sus ojos celestes brillan en mi noche más oscura para asegurarse de que esto tiene que suceder. Tenemos que hablar, tengo algo que confesarle.

No me interesa que mis compañeros jueguen con los dados de una simpatía falsa, en estos momentos solo me interesa ella.

Quiero tenerla hace años, siempre está presente electrizando mi sentido común para que haga cortocircuito y me permita enamorarme de ella con cada sonrisa que me regala.

–Drake –susurra acercándose hacia mí.

El espacio en este pasillo es limitado. ¿Qué haría si la toco en este instante? ¿Se dejaría? ¿Dejaría que todos los que pasen a nuestro

alrededor nos vean? Antes no podíamos mostrarnos, lo manteníamos en secreto como profesionales, pero algo cambió. Sé que algo cambió y me gusta este cambio.

–Sid, hace mucho que no nos vemos. –La saludo con un beso en la mejilla.

¿Cómo debería saludarla? ¿Es apropiado darle un beso de esa forma?

–Tienes razón… ¿Cómo has estado? –me pregunta sonriendo.

Por algún motivo, esto no es incómodo. Genial, mucho mejor.

El ruido externo a nosotros es molesto, pero nos obliga a estar más cerca para que podamos escucharnos con atención.

–Muy bien, hoy pude jugar después de un mes –le cuento, aunque sé que lo sabe, pero no debería saber que lo sé–. Ganamos el partido.

–¡Fue increíble! Lo vi, casi no conseguimos lugares porque se retrasaron en darnos nuestra comida –me explica, acariciando su propio brazo, algo nerviosa.

¿Por qué estás nerviosa, Sid?

–De hecho, es bueno que nos encontráramos porque te estaba buscando –le confieso probando el terreno, viendo si es utilizable o no.

–¿Sí? ¿Querías hablarme de algo? –me pregunta sorprendida.

Oh, Sídney. No te creerás ni la mitad de las cosas que veo dentro de mi cabeza. Sospecharás de los escenarios falsos que creo en mi mente para tenerte cerca, para fantasear con la idea de abrazarte y besarte cuando quiera. Y es en estos momentos, cuando te dejas sostener de la cintura, que lo deseo más que nunca.

¿Qué pasaría si te beso en este instante? ¿Será un beso correspondido? ¿Qué pasaría si nunca hiciéramos el ruido de contarle a los demás nuestra historia electrizante? Tengo ganas de que todos sepan acerca de los cortocircuitos de mi corazón. Quiero que sepan cómo te lo robaste.

–Sid, no sé cuánto tiempo aguantaré sin besarte –admito acariciándole la mejilla y ella no se aleja de mi contacto–. Quería contarte que no estuve con nadie este mes. Quería buscarte para que sepas que eres la única chica que me interesa, la chica en la cual no dejo de pensar. Me gustas mucho. Y, si me lo permites, quiero salir contigo –admito sonriendo–. Solo te pido una oportunidad, por favor.

Ella se queda en silencio sorprendida por mi confesión. No se esperaba que le soltara esto tan de repente.

–¿Solo quieres que te dé una oportunidad? –me pregunta dudando al respecto.

–Sídney Jones; ¿te gustaría tener una cita conmigo?

Ella se ríe, nerviosa, y se acomoda el cabello detrás de su oreja, sonrojada de pies a cabeza, como si fuese la primera vez que se lo preguntan.

–¿Qué clase de cita? –Se anima a contestarme unos segundos después.

–Una romántica, una cita real. La cita que merecemos. –Le ofrezco mi propuesta al aire esperando que sea capaz de atraparla.

Soy un idiota por no preguntarle si se vio con alguien este mes, por no preguntarle si tiene a alguien más. De igual forma, no tendría que ser un inconveniente si acepta, ¿no? Si acepta significa que no tiene a nadie más. Si acepta significa que me sigue queriendo…

Hay una pausa que se me hace eterna. Se detiene para analizarlo. Sé por qué lo hace. Sé que lo hace porque las últimas veces que salimos como amigos con derecho no funcionaron, pero esto podría hacerlo. Tiene que funcionar, nos gustamos.

–Drake, lo voy a pensar… ¿Sí? –Se acerca a mí y se pone de puntas de pie para darme un beso en la mejilla–. Luego te escribo.

Y, sin decir más, se retira con mi dignidad en la palma de su mano.



Cuando llego a mi habitación, no me contengo y me lanzo sobre mi cama. Dejo escapar toda la frustración de la semana y lloro.

Lloro porque pude volver a jugar y es lo que deseo hace un mes.

Lloro porque el entrenador es injusto conmigo y tiene actitudes que no me gustan, actitudes que me hacen replantearme si seguir en el equipo o no.

Lloro porque mi mejor amigo tuvo que defender a la chica que me gusta porque no tuve el coraje suficiente para hacerlo. Me bloqueé. Bueno, en realidad no fue así. No quise empezar una pelea porque lo que menos necesito en este momento es tener a mis compañeros en contra. Tienen que apoyarme en lo que está pasando con Bennet.

Y, en especial, lloro porque la chica que me gusta rechazó la propuesta de una cita. Me lastima saber que nunca voy a tener una oportunidad de verdad con ella. Si el destino se las ingenió para que sea de esta forma, es algo muy cruel. Me encantaría abrazarla y decirle que podemos intentarlo. Podemos darnos la oportunidad de

salir y ver qué sucedería. No quiero vivir en los "qué pasaría si…", quiero vivir en un "bueno, al menos lo he intentado".

–Ey, déjalo ir –dice Ryle y siento la cama hundirse cuando él se sienta encima del edredón para acariciarme la espalda–. Me estaba preguntando cuándo saldría toda esta frustración de tu organismo.

Una risa fusionada con un llanto se escapa por mi garganta y ahogo todas mis penas sobre la almohada con mi mejor amigo a mi lado, siendo paciente. Dejando que libere todo lo que tengo adentro y en silencio, para que sepa que sigue conmigo sin juzgarme en lo absoluto.

Cuando siento que ya no quedan lágrimas en mi cuerpo, me siento en mi cama, con mis codos apoyados sobre mis piernas y sosteniéndome la cabeza con mis manos, cabizbajo.

Ryle busca algo en la nevera y me tiende una lata de una bebida energética para subirme el ánimo. Se la acepto a duras penas, me observa en silencio hasta que decide romper con eso.

–¿Quieres hablar? –me pregunta cauteloso.

Asiento y dejo escapar un suspiro largo y tedioso. Mierda, de verdad necesitaba descargarme a lágrimas.

–Quiero denunciar a Bennet frente a los directivos institucionales. –Suelto la bomba dejando que se deslice por mi cuerpo.

Cuento los segundos en los que tardará en explotar: cinco. La misma cantidad que tarda Ryle en reaccionar.

–¿Quieres denunciarlo? ¿Por qué? –Se acomoda sobre su cama cruzándose de piernas. La suya está ubicada frente a la mía, entonces es más sencillo hablar de esta forma y vernos a la cara.

–Porque, desde que entré en el equipo, no deja de soltarme comentarios extremadamente agresivos y racistas –admito con un

poco de miedo de que no lo entienda–. Por ejemplo, cuando quiso hablarme después de este partido, me dijo que soy bueno porque todas las personas como yo son buenos deportistas, de la misma forma que todas las latinas son buenas en el baile… También me amenazó diciéndome que si sigo cuestionando sus "métodos de enseñanza" me eliminará del equipo.

–Ah, mierda. –Se sorprende, una tonalidad disgustada se percibe en su voz–. No puedo creer que sea de esas personas que encasillan a todo el mundo en estereotipos absurdos. –Hace una pausa intentando recordar todo lo que vivió en el equipo este último mes sin tenerme en el campo–. ¿Es por eso que Hugh volvió al equipo? ¿Por qué tú le pediste que lo hiciera?

–Sí. En el juego no había ninguna persona de color corriendo, todos en la banca. ¿No te parece extraño?

–Es muy extraño. Yo… no me di cuenta, perdón. Debí estar más atento a eso –admite sintiéndose mal–. Si me lo decías antes podía hablar con él y quizás ayudarte a detener todo eso…

–No quería involucrarte porque no quería que te ponga en su mira. –Suspiro–. Además, no creí que serías capaz de entenderlo…

–DRAAAKEEE –se queja ligeramente ofendido–. De todas las personas que podrían juzgarte por discutir con el entrenador por injusticias en las minorías, soy el último. Soy bisexual y estuve enclosetado gran parte de mi vida. ¿Crees que estoy en posición para juzgar si sabes o no si una persona está siendo racista contigo? Por favor, me ofendes.

Me río un poco, tiene razón.

Al no vivir lo mismo que yo, a veces es difícil ponerse en la piel de los demás. Por eso me costó contárselo, me daba vergüenza que no

lo entienda con el nivel de gravedad que implica.

–Perdón, es difícil. –Le sonrió sintiéndome bien porque me quité un peso de los hombros–. Quiero denunciarlo, pero no sé si tengo las pruebas suficientes para hacerlo.

–Podemos preguntarle a Hugh si se fue del equipo por un motivo similar –me propone–. Le puedo decir a Calvin, no tendrá problemas en ayudarnos.

–No quiero que arriesgue la posibilidad de ser el capitán del equipo, sé lo importante que es para él ese título.

–No tendrá problemas en apoyarte, Drake. Sabe que puede obtener ese logro con Bennet o sin él… ¿Es lo único que te preocupa o hay algo más? –me pregunta y mis ojos se van directos a su mano enrojecida por la golpiza de hace un rato.

–Bueno, hoy descubrí quiénes de nuestros compañeros avalan la idea de discriminar a los demás y tú te encargaste de ponerlos en su lugar. No tuve la chance de agradecerte, así que gracias por golpearlo.

Ryle niega con su cabeza sonriente.

–Si tuviera la oportunidad, lo haría de nuevo –admite riéndose–. Además, tenía que prevenir que tú los golpearas de verdad. Solo le di una advertencia, nada de qué preocuparse.

–Entonces, gracias por darle una advertencia. –Me río.

–Ahora quiero saber por qué volviste temprano de la fiesta –dice señalando nuestro reloj digital que indica las 03:26 de la mañana.

–Porque invité a salir a Sídney y me dijo que lo iba a pensar –admito y dejo escapar un grito ahogado contra la almohada, como niño frustrado.

–Auch, lo siento hermano.

–Gracias, pero prefiero salir con ella, no que lo sientas.

–Ey, quizás de verdad lo está pensando. Tienes que darle un tiempo, hace un mes que no se ven, lo más probable es que la hayas tomado por sorpresa.

Tiene razón, todavía hay posibilidades de que me responda.

Hablamos por una hora más con Ryle hasta que decidimos irnos a dormir. Cuando estoy por conectar mi celular para cargarlo, la pantalla se ilumina con un mensaje de una persona especial:

SÍDNEY

Hola Drake, te escribo a esta hora para decirte que lo estuve pensando y…

Acepto tu nueva propuesta.

Eliges tú el lugar y yo elijo el horario ❤️

Y mi noche más oscura, vuelve a aclararse con ese mensaje.

Capítulo 39



–Mamá, estoy de camino a una cita –le digo a través de la llamada telefónica mientras que me dedico a observar al conductor del taxi, a quien, para mi suerte, no parece importarle en lo absoluto.

–¡¿A UNA CITA?! –me grita y, al tener el volumen al máximo, me explota el tímpano. Esta vez, el conductor me mira desde el espejo retrovisor. Me disculpo en un susurro silencioso.

–Sí, mamá. Voy a salir con Drake –le respondo sonriendo, es imposible ocultar mi sonrisa cuando es algo que me emociona demasiado.

–¿Vas a salir con Drake? –repite sorprendida.

–Sí, el chico de mi escuela, ya lo conoces.

–No lo puedo creer, ¡es tu primera cita! –Se emociona–. ¿A dónde van? ¿Qué van a hacer? ¿Qué te pusiste? No te olvidaste de usar perfume, ¿no?

No, mamá. No es mi primera cita, aunque es mi primera cita con él.

Siento que mi estómago se convierte en algo gelatinoso. Me voy a morir de los nervios en cualquier momento.

Estuve treinta días sin verlo y sin saber absolutamente nada de él desde que decidimos romper el pacto electrizante en esa fiesta. Sabíamos que era lo correcto para los dos y no nos quedó otra opción que aceptarlo antes que seguir lastimándonos.

Recuerdo que le rogué a mis amigos que me llevaran a la residencia a buscar mis pertenencias. No podía aguantar la idea de compartir habitación con Phoebe después de lo que hizo. Todavía no hemos hablado, pero la crucé por el campus una vez.

Intentó saludarme y la ignoré por completo. Estuvo mal, sí, pero se merecía ese destrato. Ahora me arrepiento un poco de mudarme al departamento de los mellizos porque no pude despedirme de Wren, el recepcionista de la residencia. Sé que no es mi amigo, pero siempre lo saludaba y es probable que le haya preguntado a Phoebe sobre mí como hace con el resto de los estudiantes cuando desaparecen por un par de días. No quiero ni imaginarme las cosas que le habrá dicho, si es que se dignó a responderle.

De todas formas, tengo pendiente una última conversación con Phoebe. A mis padres les pedí el dinero que usaban en la residencia para pagarle a mis amigos por dejarme vivir con ellos. Es lo más justo que puedo hacer. Darme de baja de la habitación residencial fue un trámite difícil, pero aunque haya durado una semana, me dio paz mental. Era obvio que mis amigos no iban a aceptar ese dinero, entonces, lo estoy exprimiendo en maquillaje, ropa y comida, sobre todo comida. Ya no tengo que vivir con alimentos recalentados en el microondas. Por suerte, el piso queda cerca del campus, entonces no tengo que moverme en transporte público para llegar de un lugar a otro, puedo ir a pie.

Volviendo a Drake, este mes estuve pensando en él. Pensé en las cosas que podría contarle en esos momentos que nos quedábamos un poco más de tiempo en la cama o cuando nos topábamos con el otro en una fiesta, como si no nos hubiésemos buscado toda la noche. Me acostumbré a no tenerlo para que, en el momento que lo tuve de verdad, me viera obligada a perderlo.

Cuando me dijo que quería tener una cita conmigo, no dudé en aceptarlo. A ver, se lo puse difícil. Dejé que pasaran unas horas para procesar bien lo que implicaría salir con él: **aceptar que me gusta y que quiero intentarlo todo.**

Me aterraba la idea de pensar en besarlo una última vez porque implicaría que me enamoraría de él, no sabía que ignorarlo por un mes sería justo lo que necesitaba para hacerlo de verdad. Estoy enamorada de Drake, necesito estar con él y la idea de esta cita me da ganas de vomitar en la acera, como si estuviese esperando el bus del amor.

–Vamos a cenar en un restaurante cerca de la universidad, estoy usando el vestido violeta que te dije que me iba a comprar y sí, tengo el perfume en mi cartera para retocarlo en cualquier momento de la noche.

–Está bien, te queda muy lindo ese vestido. ¿Estás nerviosa?

–Un poco, sería la primera vez que salgo con él.

–Mira, si es el indicado, lo sabrás. Lo sabrás en tu corazón, en tu cuerpo, en todos lados –susurra para que mi padre no la escuche.

–Está bien, mamá –me sonrojo de la vergüenza de pies a cabeza y el calor se hace presente en mi cuerpo. Espero no sudar–. Tengo que dejarte, estoy a dos minutos de llegar al lugar.

–Disfruta y ten cuidado, ¿sí? Sé que lo conoces, pero no deja de ser un hombre. Intenta no beber alcohol en la primera cita, por las dudas. –Me aconseja como la grandiosa madre que es–. Cualquier cosa, me llamas o le avisas a alguna de tus amigas.

–Gracias mamá, te quiero.

–Yo más, hija.

Corto la llamada y guardo mi celular en la cartera.

Una vez que el coche ingresa al aparcamiento del restaurante, se me ponen los nervios de punta.

Solo respira, relájate, estará todo bien.

Me repito varias veces hasta que me lo crea.

Es la primera vez que salimos juntos. La primera vez que salimos como un intento de ser algo más que la persona con la que nos acostamos. Un intento de ser algo más que amigos de la secundaria.

Me bajo del coche y, cuando me acerco a la entrada del lugar, lo veo esperándome con un ramo de flores. Ugh, lo odio.

Se me dibuja una estúpida sonrisa e intento, lo más fuerte que puedo, esconder que estoy intentando no desmoronarme porque cada vez que intento algo romántico fracaso.

Su rostro se ilumina al verme y mis piernas tiemblan de los nervios.

–Hola, Drake –lo saludo acercándome a él y le doy un beso en la mejilla, él aprovecha para acariciarme la espalda los segundos que dura este gesto.

–Hola, estás hermosa. –Me sonríe y extiende el ramo de flores–. Son para ti. No sabía cuáles te gustan así que elegí varias…

–Drake, es perfecto. No tenías que regalarme algo, muchas gracias. –Sostengo las flores y las huelo. Tiene lirios amarillos,

tulipanes naranjas, margaritas rosas y rosas violetas. Siento que es todo lo que deseo y más. Todos los nervios que tenía hace unos segundos desaparecen. Estoy con la persona indicada, eso ya lo sé.

–¿De verdad te gustan? –me pregunta esperanzado.

Lleva una camisa blanca debido a que el lugar es más elegante y la ocasión ameritaba algo especial.

–Sí, me encantan. Gracias. –Lo tomo del brazo–. ¿Entramos?

Drake asiente y se dirige a la recepcionista para pedirle nuestra reserva.

Nos acompañan a nuestra mesa, encima tiene velas. Cuando nos sentamos, se encargan de encenderlas y de poner en agua mis flores: mi corazón da un vuelco. Esto está sucediendo de verdad: ESTOY EN UNA CITA CON DRAKE.

–¿Estás nerviosa? –me pregunta, posiblemente porque no dejo de mover la pierna, ansiosa–. Prometo no hacer ningún chiste hasta que te sientas cien por ciento cómoda.

–No estoy nerviosa, creo que es ansiedad –admito mirándolo a los ojos–. Creo que nunca me imaginé que estaríamos en esta situación y me da un poco de miedo cagarla.

Si algunas personas apostaran por mí en este momento, puede que les haga perder dinero. Tengo un historial con Drake Mendler donde las cosas terminaron de formas trágicas. Sin embargo, nunca dejé de tener esperanza en que el fuego de estas velas no se atreverá a quemarme. Al menos, no por esta vez.

–No vas a cagarla, Sid. Estoy seguro que saldrá todo bien. –Estira su mano sobre la mesa para tocarme y acepto eso. Le doy mi mano antes de que siga hablando–. **Somos nosotros.** No hay nada de qué temer.

El mesero se acerca para dejarnos la carta y me encojo sobre mi asiento. En estos momentos podría pedirme cualquier cosa, pero mis ojos se van directo a una imagen ilustrativa de un plato de pastas. Es justo lo que necesito.

Hay algo que cambia en el ambiente cuando ordenamos nuestra comida y esperamos a que el mesero regrese con las bebidas. Estamos en un silencio placentero. Un silencio que nos transmite tranquilidad y paz. Es la paz de estar con alguien que uno quiere.

–Sid, necesito decirte esto antes de que explote. –Drake se ríe un poco y mueve sus manos en busca de las palabras correctas–. Me gustas, me gustas mucho y, desde que nos reencontramos, no he dejado de pensar en ti. No sabes cuánto me alegra que hayas aceptado la cita, de verdad.

–¿No pudiste esperar a que nos den las bebidas al menos? –me quejo ante el sofocón de calor que recorre mi cuerpo.

Es la emoción, la ansiedad y los nervios de que esto sea real.

–Me parece que ya entraste en confianza si empiezas así con tus chistes –bromea y traga saliva, decepcionado de que no le haya respondido.

–Drake, a mí también me… –me apresuro a contestar, pero el mesero aparece con nuestras bebidas y me quedo en silencio por respeto–. Gracias. –Le susurro cuando se marcha y regreso toda mi atención a Drake–. Perdón por eso. A mí también me gustas mucho. Tampoco he dejado de pensar en ti en todos estos días. Quería escribirte y no me animé.

–¡Me pasó lo mismo! Tenía miedo de que lo sintieras como una invasión a tu privacidad tras romper el pacto o algo así… –admite

relajando sus hombros, saber que es correspondido nos permite suspirar en paz.

–Hablemos del pacto –propongo–. ¿Te gustó? ¿Para ti funcionó?

–A mí me gustó. Quizás la idea de "no ser amigos" –rueda sus ojos cuando lo menciona– fue lo que terminó cagando todo.

–Pero justamente fuede esa forma porque la regla de ser amigos y acostarnos juntos no funcionaba –intento justificarlo.

–Ya has visto cómo acabamos. –Se acomoda en su lugar–. Quizás no funcionó nunca porque siempre nos quisimos para algo más que para un estúpido encuentro sexual.

–Shhhhhhhhh –lo regaño por miedo a que el restaurante completo se entere de lo que estamos hablando. Como si esas dos palabras fueran malas–. Estamos en un lugar público, Drake.

–No hay menores de edad cerca y somos estudiantes universitarios. –Se ríe–. Podemos hablar de sexo sin miedo –comenta y luego agrega–. Corazón, si te sigues sonrojando por eso, no sé cómo hablaremos de todo lo que vivimos este año.

–Me gusta que me llames corazón, es tierno. –Le cambio de tema, sintiéndome un poco más cómoda y no tan pudorosa por hablar de eso en público.

–Supongo que ese fue el factor principal de por qué no funcionó todo esto –dice regresando al tema.

Niego con la cabeza. Lo que voy a decir a continuación puede que sea una revelación que le romperá el corazón. ¿Por qué? Porque tengo la sensación de que nuestro pacto electrizante podría llenar de descargas eléctricas el restaurante. Podría quemarlo todo y sería satisfactorio. Le romperá el corazón no haberse dado cuenta de todo esto antes; saber que siempre me tuvo en la palma de su mano y,

aun así, lo oculté. Porque pelear con el amor verdadero es como boxear sin guantes, es como pararse debajo de la lluvia sin ningún tipo de protección y como lanzarse a hacer paracaidismo sin activar el pilotillo de apertura de la campana.

–Para mí tampoco funcionó porque siempre supe que estaba enamorada de ti, desde la secundaria. Intenté reprimir esos sentimientos, pero no pude. Las últimas salidas que tuvimos con tu grupo de amigos fueron muy difíciles. Solo quería estar contigo y olvidarme de la existencia de los demás –le confieso. Sus ojos se oscurecen y una sonrisa traviesa se dibuja en su rostro. Oh no, creo que le ha gustado demasiado lo que le dije.

–Sídney, es lo más bonito que me has dicho en todos estos años –se levanta para acercarse a mí y darme un beso en los labios, no pudo contenerse.

Le correspondo el beso sosteniéndolo de la mejilla. Él se sostiene con un brazo apoyado sobre la mesa y el otro sobre el respaldo de mi asiento. Es muy sexy.

–Y yo también estoy enamorado de ti. No tienes por qué sentirte nerviosa, estoy seguro de que esto funcionará. –Me sonríe sin poder dejar de mirarme los labios.

Estamos a una distancia muy corta y mi cuerpo me exige acercarme un poco más hacia él, pero me da un golpecito en el hombro antes de regresar a su asiento, un golpecito que provoca un sinfín de chispas saltando a nuestro alrededor: es el toque electrizante de nuestra relación.

Un cosquilleo intenso se apodera de mi ser. No puedo creer que él también esté enamorado de mí. Pudimos intentar esto mucho antes si ninguno hubiese sido tan cobarde de confesarle sus sentimientos

al otro. Supongo que nos conformamos con tenernos cerca de alguna forma, tuvimos demasiado miedo de perdernos y creo que eso dice bastante de lo mucho que nos apreciamos.

La cena es espectacular y las conversaciones muy divertidas. No estamos bebiendo alcohol, pero me siento más borracha que tomándome todas las bebidas del bar. Por fin comprendo lo que es estar embriagada de amor.

Drake pagó sin siquiera ofrecerme la posibilidad de hacerlo yo y salimos del lugar casi abrazados como si necesitáramos sentirnos cerca, que es justamente lo que no pudimos hacer todos estos meses que ocultamos nuestra relación sexual.

–Tengo una propuesta para hacerte –le digo mientras que él se encarga de buscar un auto en una de las aplicaciones de confianza.

–Esto puede salir muy bien o muy mal… A ver, deslúmbrame. –Me presta toda su atención, ignorando si le aceptaron el viaje o no.

–Quiero proponerte otro pacto. –Drake entrecierra sus ojos confundido–. Quiero proponerte que, si de verdad estás dispuesto a luchar por nosotros, no quiero que nos ocultemos. Quiero tener la posibilidad de darte la mano en público, abrazarte y besarte si tengo ganas de hacerlo.

Drake sonríe, devolviéndole el alma a su cuerpo.

–Me gusta, es lo que hacen las parejas. Quiero agregar que es obligatorio tener una cita por semana, del calibre que sea. Puede ser salir a cenar, ir al cine, estudiar, lo que nos apetezca –me propone.

Wow, me encanta esa idea.

De esta forma, nos veríamos más seguido.

–Si estamos juntos no quiero que nos aislemos de nuestros amigos. Quiero conocer a los tuyos mejor y que te lleves bien con

los míos –suspiro.

No quiero repetir el mismo patrón que tuvo Oliver conmigo cuando empezó su relación con Ryle.

–Y una última cosa: no tener miedo de contarle al otro lo que nos pasa –agrega–. Si me molesta algo te lo voy a decir y si siento que me estoy enamorando cada vez más de ti, también.

Me río por eso último.

–Está bien. **¿Tenemos un trato, Mendler?** –le extiendo mi mano con mucha energía.

–Tenemos un pacto, Jones –bromea estrechando su mano con la mía, segundos más tarde me dice–: Creo que ya empiezo a enamorarme un poquito más de ti.

–Eres un idiota –me quejo riéndome y le doy un golpecito en el pecho. Él me atrapa entre sus brazos y me abraza. Esperamos el coche de esta forma.

Y el camino de un pacto aún más electrizante, comienza.

Capítulo 40



Sus besos recorren mis clavículas a la par de un intento torpe de abrir la puerta de su habitación. Lo aparto de mí para que pueda abrirla como corresponde.

Llevamos besándonos desde que nos bajamos del coche. No sé cómo he aguantado el viaje con su mano apoyada sobre mi rodilla, sin hacer nada al respecto.

Me toma de la mano para arrastrarme dentro y cierro la puerta.

Su compañero de habitación no está este domingo, lo que implica que podemos hacer lo que queramos por un día. Esta idea me enloquece porque, desde que empezó nuestro primer pacto, solo hemos tenido encuentros de unas horas. Ahora puedo quedarme con él las veces que quiera y nadie podrá interrumpirnos.

Me lanzo sobre él, rodeándole el cuello con mis brazos. Él flexiona sus rodillas para levantarme y acercarme a la pared. Me sostengo con mis piernas alrededor de su definido torso.

Le doy un beso con lengua cargado de intensidad y sus labios se abren para que pueda besarlo mejor. Con cada segundo que pasa, confirmo que me gusta más y más. Un hormigueo se hace presente en mí cuando sus labios se redireccionan hacia mi mandíbula. Se

siente jodidamente bien. Me deja un camino de besos desde mi mandíbula hasta mi cuello y suelto un pequeño jadeo, es la reacción de mi cuerpo correspondiendo a cada uno de sus besos.

Al principio, tenemos un ritmo fogoso. Un ritmo de dos personas que no están juntas hace tiempo. Pero eso cambia caricia tras caricia. Cada toque verifica que, en realidad, queremos estar en este momento y no podemos pensar en nada ni nadie más. Cada toque nos asegura que es donde debemos estar: **juntos.**

No se siente de la misma forma que antes, hay una chispa creciendo entre nuestro vínculo. Me gusta la idea de llamarla la chispa del amor. Es la chispa que se escapó de una llamarada de placeres mareantes y se transforma en todo lo que deseamos ser: una fusión, la fusión de nuestras almas.

Porque hace unos meses solo conocíamos la fusión de nuestros cuerpos y es ahora que nos encontramos cara a cara con nuestras almas. Ladeo mi cabeza hacia el costado para darle un mejor acceso y me provoca un cosquilleo que recorre toda mi columna vertebral.

La luz tenue de la habitación y el aroma a lavanda es perfecto, como si lo hubiésemos planeado. Nunca tuvimos algo tan romántico e íntimo.

–Te quiero. –Me susurra beso tras beso y se asegura de repetirlo para que quede grabado en mi mente, como si la primera vez que lo dijo no hubiese sido enmarcada allí hace tiempo.

–Yo también, eres muy lindo. –Le sonrío agregando un cumplido y acariciándole la mejilla con delicadeza.

–Tú eres muy linda. –Me lo devuelve y se detiene a analizar cada detalle e imperfección de mi rostro.

Nunca vimos la desnudez de nuestras almas. Nunca sentí su mirada dentro de lo más profundo de mi ser. Estoy segura de que con otra persona no me permitiría mostrarle todo de mí porque no creo que sea capaz de hacerle justicia de la forma en la que Drake lo hace.

El calor me ahoga de un sofocón debido a que está disfrazado de promesas y deseos. Es perfecto. El contacto de nuestras caricias me enseña lo que es el amor. Puedo percibir el romanticismo en el tacto, en las ganas fogosas de seguir aquí y en lo mucho que anhelamos este momento. Anhelamos que sea diferente, especial y tierno.

Me cansaba dar todo de mí por unos minutos y luego marcharme, como si no le hubiese entregado una parte de mi alma en cada uno de nuestros encuentros. Es por este motivo que, saber que estamos en la misma página, se vive de una forma mágica.

Le doy un beso tierno en la mejilla, me muevo para que me baje y lo tomo de la mano para llevarlo hacia la cama. Le desabotono su camisa poco a poco, él no despega sus ojos de los míos e intento concentrarme en su prenda para no perder todos los estribos.

Una vez que logro desabotonar el último, la lanzo al suelo y me detengo unos segundos para enmarcar este momento en mi memoria. ¿Por qué no? Su cabello alborotado me provoca cosas innombrables.

Cuando me subo a horcajadas sobre él, sus manos se deslizan por la suavidad de mis piernas y recorro su torso desnudo con un camino de besos. Drake se hace con el cierre de mi vestido y aprovecha mi distracción sobre su tonificado cuerpo para bajar la cremallera. A los pocos segundos, me encuentro en ropa interior sobre él, pero al ser un vestido sin mangas, no llevaba sujetador.

Me acaricia los pechos desnudos provocando un incandescente placer en mí. Mis mejillas se encienden y el placer me marea, dejándome sedienta de más.

Le clavo las uñas en la espalda y me muevo lentamente para sentir su presión contra mí. Él suelta un quejido ronco desde lo profundo y me muerde uno de mis pechos con delicadeza para evitar lastimarme.

Esa es la reacción que quería así que vuelvo a hacerlo, un poco más rápido, moviéndome en busca del placer.

Él se detiene.

–Sid, vayamos más despacio, nadie nos apura. –Me susurra al oído, dirigiendo sus caricias a mi espalda–. Esta vez tenemos tiempo.

Tiene razón. Por unos segundos me dejé llevar por la cotidianidad y me olvidé de que, esta vez, de verdad tenemos tiempo.

Así que me desliza hacia un costado de la cama y se baja para arrodillarse frente a mí y lo pierdo todo.

Pierdo el control absoluto de mis pensamientos.



Agotada, caigo rendida a su lado y tarda exactamente un segundo en rodearme con sus brazos para tenerme más cerca. Nos enreda en un abrazo tierno lleno de caricias amorosas y sensibles.

Y es en estos segundos donde caigo en todo lo que sucedió esta noche: nos dimos una oportunidad y estamos dispuestos a probarlo todo. Hasta el momento, ha sido grandioso. Tuve la mejor cita de mi vida y creamos un nuevo pacto. Uno donde las cosas funcionarán de verdad.

Por eso, cuando me doy cuenta de que estoy a punto de dormir abrazada a Drake, me derrito. Ya no tengo que correr, ya no debo irme ni fingir más. Puedo gritarle que lo quiero de verdad, las veces que sean necesarias.

Me derrito de pensar en la cantidad de veces que anhelé estar así con él. La cantidad de veces que me dije a mí misma que no sería posible y aquí estamos. Diciéndonos lo mucho que nos queremos. Me roba el aire pensar en su nombre y estar en contacto con él se siente como un verdadero sueño.

Un sueño donde se terminan de fundir todos mis deseos más profundos y donde las constelaciones son lo único que nos rodea junto a la luz de la luna, entrando por su ventana. Un destello solo para nosotros.

Y es en este momento que las estrellas se alinean.

Un pequeño momento donde lo abrazo y puedo llamarlo mío de verdad.

Capítulo 41



–¿Estás segura de que quieres hacerlo? –me pregunta Drake sosteniéndome de la mano. Estamos fuera de clases, esperando a Phoebe.

Tengo que hablar con ella. Es necesario.

No puedo cerrar el vínculo si no lo hago.

Estuve meditando mi decisión de dejar de ser su amiga por un tiempo. Al principio, me planteé que si le explicaba todas las cosas que no me gustaron en nuestra relación igual me entendía, se disculpaba y volvía todo a la normalidad.

Luego, me di cuenta de que esa normalidad nunca existió. Desde un principio había cosas que no me gustaban y otras que no terminaban de convencerme. Debí escuchar mi intuición. El punto final fue verla con Drake, pero si no hubiese sido por eso, estoy segura de que hubiese hecho otro comentario despectivo sobre mi cuerpo y me hubiese enojado. La hubiese mandado a freír churros como en *Los Sims.*

–Sí, necesito darle un cierre de una vez por todas –admito.

Drake me sonríe demostrándome su compasión.

–Está bien, si a ti te ayuda, entonces hazlo. –Me suelta la mano cuando ve que empiezan a salir los alumnos del aula–. Te estaré esperando en caso de que me necesites. –Me da un beso en los labios.

Suelto un suspiro cuando la veo dentro y me acerco, evitando que pueda salir de aquí y que me vea a mí también.

–Hola, Pheebs –la saludo con timidez en mi voz.

Ella alza su mirada de los cuadernos que guarda en su mochila y se queda quieta, sorprendida al verme.

–Hola, Sídney. ¿Qué haces aquí?

–Quiero hablar contigo –le respondo y me apresuro a agregar–. Si tienes tiempo y si te parece bien, claro.

Entrecierra los ojos y ladea la comisura de sus labios hacia el costado.

–Está bien, hablemos. –Señala un asiento vacío para que nos ubiquemos allí.

Le hago caso y ella se sienta en frente en otra de las sillas.

–¿Quieres empezar tú o empiezo yo? –pregunto sintiéndome un poco incómoda por todo esto.

–Puedes empezar tú, eres quien me buscó después de todo. –Se encoge de hombros, siendo tan simpática como siempre.

–Quería hablarte para darle un cierre al vínculo que formamos estos meses. –Me acomodo el cabello detrás de mis orejas para explicarme mejor–. Me di cuenta de ciertas actitudes tuyas que me molestaron. A la vez, comprendí que no compartimos los mismos valores, entonces, siento que es la decisión correcta.

Phoebe se limita a asentir con su cabeza, sé que en el fondo ella también lo sabe.

–Somos muy distintas –opina cuando se da cuenta de que espero al menos una respuesta de su lado.

–Más bien, diría que somos incompatibles. –Me río un poco, extrañada.

–¿Qué actitudes te molestaron de mí? –me pregunta, si bien no demuestra interés en su voz, sé que es algo que le podría importar o desinteresar.

–Estuviste todo el tiempo diciendo cosas horribles sobre mi cuerpo y esos comentarios me hicieron sentir incómoda. –Me sincero–. Incluso cuando intenté explicarte por qué no estaban bien, no los cambiaste. Seguiste haciéndolos.

–Sid, insisto en que no puedes ofenderte cuando alguien habla de tu cuerpo. –Suspira cansada de tener que repetir su punto de vista.

–Sí, sí que puedo ofenderme –corrijo–. En primer lugar, no deberías estar hablando del cuerpo de los demás. Y, en segundo lugar, si vas a hacerlo, procura tener algo lindo para decir, no comentarios envidiosos.

–¿Envidiosos? Ay, Sídney por favor… –Se ríe incrédula–. Créeme, si tuviera la oportunidad de estar celosa de alguien, tú no serías esa persona.

–¿Disculpa? –frunzo el ceño.

–¿No te has visto en el espejo? Nunca podría envidiar tu cuerpo, en todo caso serás tú la que envidia mi figura de modelo –me sonríe.

Una sonrisa letal que solo las personas que la conocen se dan cuenta de que es la más malvada y fingida del planeta.

Puede dárselas de que es hermosa, pero, en el fondo, si es lo único que tiene para destacar de sí misma es porque no hay nada

más importante que destaque. Me parece triste que solo se enfoque en cosas superficiales cuando podría comerse el mundo si lo deseara. Es una verdadera pena.

–Mira, si vas a seguir insultándome prefiero ni hablarte. –Me levanto ofendida de mi asiento, no hay con qué darle–. Justamente por este motivo no me gustan tus actitudes tóxicas. Nunca te insulté, nunca te rebajé ni quise menospreciarte. Aun así, buscas la forma de hacerme sentir mal y eso es envidia.

–Sídney, de verdad, quítate esa idea de la cabeza. La realidad es que no tengo nada que envidiarte –insiste–. ¿Ahora entiendes por qué la mayoría de mis amigos son hombres? Las mujeres causan problemas todo el tiempo.

Ahora soy el problema por hablar y por quejarme de lo que me molesta, genial.

Me titila el ojo de tanta frustración, es increíble.

–Me tienes envidia desde el día que nos cruzamos con los chicos del equipo de fútbol americano en el cine –le suelto, elevando mi voz–. ¿Sabes por qué? Porque viste a Drake y no pudiste creer que estuviera conmigo. Entonces, buscaste las formas de poder estar con él.

–Nunca quise estar con Drake, no sé de qué hablas ni qué cuentos te inventas. –Se queja de brazos cruzados, también se levanta de su asiento.

–¿Crees que Drake no me contó acerca de cómo lo sedujiste aquella tarde en los pasillos de la residencia? ¿Crees que no me contó cómo te le insinuaste en la casa de Elijah? –escupo ofendida de que me vea como una estúpida.

Su rostro se petrifica y ella se queda congelada. No se lo esperaba, supongo que creyó que nunca me enteraría.

–Mira, si vas a creerle a un hombre a ciegas, preferiría que dejemos la conversación aquí. No quiero seguir con esto. –Toma su bolso dispuesta a irse.

–No estoy "creyéndole en un hombre" a ciegas. Le estoy creyendo a la persona con la que salgo porque la conozco hace más tiempo del que te conozco a ti, porque le tengo cariño y porque todo lo demás lo vi con mis propios ojos… ¿Acaso te olvidas de que lo besaste en frente de mí?

–Me parece que, si ya no quieres ser mi amiga, no deberías estar reclamándome estas cosas. Ve y háblalo con Drake, si es que duran… –Se ríe, y antes de que pueda responderle con un insulto, un chico alto entra al aula en busca de sus pertenencias.

Reina el silencio y el rostro de Phoebe se transforma de indignación por completo al ser ignorada por este chico apuesto.

Una vez que se marcha, ella suelta una maldición.

–¿Quién era? –le pregunto confundida.

–Will, es del equipo.

Intento pensar en si me resuena su nombre de algo que me contó Drake y la realidad me deja pasmada; he escuchado cosas sobre él. Demasiadas cosas.

Creo que se lleva bien con los chicos que me hicieron comentarios desafortunados en la casa de Elijah.

–¿Es amigo de Jonan? –le pregunto porque, hasta lo que sé, no ha borrado ningún posteo con él en redes, lo que indicaría que siguen juntos.

–Hasta hace unos días lo eran, sí –admite cabizbaja. Aquí hay algo que no huele muy bien.

–¿Y tú lo conoces por él? –le pregunto confundida y, cuando niega con la cabeza avergonzada, entiendo todo.

Ahora Phoebe es un miembro oficial del club "Odiamos a Will". Se rumorea la existencia de este grupo por todo el campus. Según lo que me ha contado Drake, es de esas personas que se acuestan una vez con las chicas, las ilusionan y luego desaparecen para ignorarlas por completo. Si Jonan está peleado con él debe ser porque estuvo con Phoebe, asegurado. Y ahora que lo recuerdo, Jonan no sube fotos con ella hace días. Lo más probable es que cortaron y ella todavía tiene la esperanza de recuperarlo.

Drake sin dudas amará este chisme. No puedo creer que él no se haya enterado primero de esto. Bueno, a lo mejor a Jonan le da vergüenza hablar del tema. Tendría sentido, sí.

–Lo que menos me interesa en estos instantes es meterme en tu vida privada, pero si quieres acostarte con todos los chicos del campus, hazlo. Nadie te detiene. Solo procura terminar tu relación con Jonan antes –Suspiro–. De esta forma, lo único que haces es lastimarlo y no se lo merece.

Ella asiente cabizbaja y se queda mirando el suelo.

–¿Por qué te fuiste del dormitorio? –me pregunta.

–Porque no soportaba la idea de compartir un espacio contigo después de que me traicionaras de esa forma, con el único chico que quiero –le explico–. Eso no es algo que hagan las amigas. No está bien.

–Ya, me lo has dicho. Me refiero a por qué no esperaste a que te ayude a empacar o a que solucionáramos las cosas –insiste

confundida.

–Porque, la vez que intentaste hablar conmigo después de lo que pasó, no me pediste disculpas. No supiste disculparte por lo mala amiga que fuiste y eso me dolió mucho. Creí que tendría tu apoyo en cada una de mis decisiones y no fue así, terminé encontrándome con algo mucho peor.

De nuevo, se queda en silencio sin saber qué decirme. Creo que en parte prefiero eso antes de que no lleguemos a nada.

–Supongo que ya lo sabes, pero el semestre que viene no compartiré habitación contigo –le aviso acercándome a la puerta–. Espero que de verdad reflexiones sobre todo esto.

Si Jonan termina con ella, se va a quedar sola de verdad. Me apena un poco que su situación se aclare sobre una cuerda floja pero cuando lo has intentado mil veces y no hay caso, hay que dejarlo ir por nuestra salud mental.

–Una última cosa, Sid –me dice antes de que me marche. Me detengo para verla–. Perdón por lastimarte, no fue mi intención.

Asiento aceptando esa disculpa mediocre y entiendo que hasta acá llegó todo lo que alguna vez construí con ella. No quiero nada más.

Cuando salgo del aula siento que todo el peso sobre mis hombros se desvanece cuando veo a mis amigos junto con Drake.

–¡Sídney, aquí estás! –Me saluda Harper con un abrazo–. Drake estaba contándonos acerca del hermoso maquillaje que te hiciste. –Se separa de mi para analizarlo–. ¡Me encanta, el rosa resalta tus ojos!

Cuando dejé el departamento esta mañana, ambos estaban durmiendo, entonces no me vieron encerrada en el baño por veinte

minutos mientras jugaba con las sombras en mis ojos. Planeamos un desayuno a primera hora de la mañana con Drake antes de nuestras clases como cita de la semana. Al terminar el primer bloque, nos encontramos para que me acompañe a buscar el aula de Phoebe.

Me río por ese comentario y me acerco a saludar a su hermano, también con un abrazo como si no fuéramos compañeros de piso.

–¿Cómo te fue con esa arpía? –me pregunta Hayes.

–Bastante bien. Sorpresivamente, no se lo tomó demasiado mal y ambas quedamos en la misma página. –Les cuento con una ligera sonrisa en mi rostro.

–Me alegra que las cosas salieran como te esperabas –opina Drake.

Phoebe sale de la clase y se queda pasmada en la puerta al vernos a todos juntos, estoy segura de que no se esperaba esto. No esperaba que tenga apoyo emocional y personas que me quieran de verdad.

Harper no duda dos segundos y le muestra el dedo del medio con orgullo. Phoebe se ve obligada a rodar sus ojos y seguir con su camino.

Es el karma hablando por sí solo.

–¿Podemos ir a almorzar? Me muero de hambre –propone Hayes caminando en dirección a la cafetería una vez que la pelirroja se marcha de nuestras vistas.

No podemos negarnos a ese plan tan increíble.

Drake me rodea por los hombros para caminar abrazado a mí y hago lo mismo con su cintura. Creo que dar el paso de cerrar un vínculo tóxico y darle una oportunidad a quien me gusta son las mejores cosas que me pasaron este año, sin dudas.

Capítulo 42

Drake

Me tiemblan las manos cuando completo en la computadora el reporte que incrimina a mi entrenador de ser racista y xenofóbico. No debería ponerme nervioso hacer lo correcto, pero aquí estoy, al borde del colapso.

En la página web de la universidad hay diversos reportes que puedes completar si lo necesitas. En mi caso, tuve que seleccionar el formulario de denuncia de discriminación, acoso o conducta sexual inapropiada. Para una mejor respuesta, debo completar todos mis datos personales, inclusive la fecha y hora del incidente. Me quedo en blanco intentando recordar los horarios, no me acuerdo específicamente cuándo fue, pero decido poner una hora más tarde de la finalización de los entrenamientos. También, agrego que sucedió dentro del estadio de fútbol, para ser preciso.

La Oficina de Igualdad de Oportunidades tiene una capacidad limitada para responder a denuncias anónimas y, por lo general, requieren de una investigación más larga y exhaustiva. Por eso, decidí hacer la denuncia a mi nombre.

A este punto no me molesta manchar mi imagen, creo que debo hacerle un bien al equipo exponiendo al entrenador.

Dejo para lo último la parte de personas involucradas y paso a describir el incidente, no sin antes girarme y encontrarme con los ojos de dos hermanos.

–¿En qué parte te trabaste? –me pregunta Calvin por mi cara de pánico.

Anoche, Ryle le contó que quería denunciar al entrenador por comportamientos inadecuados y Calvin se sorprendió. Nunca tuvo inconvenientes con Bennet, pero sí nos confesó que notó ciertas diferencias cuando Hugh estaba en el equipo, antes de que se vaya y regrese.

Es por eso que no tuvo problemas en averiguar cómo hacer este tipo de denuncias así que, un miércoles por la tarde, estamos los tres en la habitación intentando solucionarlo. Queremos enviar el reporte y esperar a lo mejor.

–Tengo que narrar el incidente. No sé específicamente qué poner –admito.

–Tienes que completarlo con las palabras que él dijo, de esa forma tomará más valor tu reporte –me intenta ayudar Ryle.

–¿Ya completaste el apartado de bases? –me pregunta Calvin.

Es el apartado donde tengo que encasillar qué tipo de discriminación fue y enmarqué: color, origen étnico y raza. También tuve que marcar que no es aplicable a denuncias de conducta sexual inapropiada.

–Sí, fue lo primero que hice. –Me encojo de hombros porque era la parte sencilla–. ¿Y en el apartado de documentación de apoyo? No tengo nada para agregar.

–¿El Centro de entrenamiento no tiene cámaras de seguridad? –le pregunta Ryle a su hermano.

–Si te soy sincero, no tengo ni idea –admite–. ¿Quieren que le pregunte a alguno de los chicos?

–El problema es que no tenemos forma de pedir esos videos –me frustro dejándome caer lentamente sobre el suelo.

–Podría buscar en mis contactos, quizás conozco a alguien que sepa hackear el sistema –propone Calvin.

–¿Acaso estamos en una película de Disney? –Se queja Ryle riendo y propone–. No adjuntes ningún tipo de documentación que no sea el reporte médico de tu lesión, para que puedan corroborar las fechas de recuperación y del alta que te dieron los médicos y las comparen con las fechas en las que Bennet te dejó en la banca y te permitió participar.

–¡Tiene razón! De esa forma, se darán cuenta de que te estuvo castigando sin motivo alguno por un accidente que le pudo haber pasado a cualquiera de nosotros y es probable que quizás no nos diera el mismo castigo.

Es verdad.

Es una alegría enorme contar con el apoyo de los Jensen porque solo no me hubiese animado a completar el reporte, ni se me hubiese ocurrido adjuntar todas esas pruebas.

–Mientras que ustedes intentan narrar el incidente, iré a buscar a Hugh para que se sume como persona involucrada y tenga más peso –nos anuncia Calvin escribiendo algunas cosas en su celular, sin despegar la vista de este.

–¿Le contaste? –pregunto antes de que se vaya.

–Sí, me dijo que tiene varias cosas para reportar pero que nunca se animó, así que lo tenemos cubierto. No te preocupes, Drake. –Me sonríe y cierra la puerta tras su partida.

–Del uno al diez, ¿qué tan nervioso estás? –me pregunta Ryle.

–Un quince. Quiero, de verdad, que todo salga bien. –Suelto un suspiro exagerado, y él se ríe un poco–. ¿Qué debería poner en el reporte?

–Ya te dije, tienes que completarlo con todo lo que pasó.

–Lo sé, pero… ¿También incluyo la parte en la que lo amenacé con denunciarlo o está mal y no tendrán en cuenta mi denuncia por haberle faltado el respeto a una autoridad? –le pregunto confundido.

–Te ahogas en un vaso de agua, Drake. –Se levanta y toma mi computadora para escribir él–. Cuéntame exactamente cómo sucedió y yo lo escribiré.

–Está bien, pero asegúrate de no estropear mi imagen –insisto.

Ryle se limita a rodar los ojos.

∞

Calvin regresa a los veinte minutos con Hugh y Elijah.

–HOLAAA –saluda el último ingresando a la habitación y se cubre la nariz con su mano–. ¿Por qué hay olor a huevo podrido?

–Porque Drake no deja de sudar desde hace una hora –se burla mi amigo y se levanta para abrir la ventana.

–Traje refuerzos, ambos quieren reportar a Bennet –me sonríe Calvin triunfador.

Hugh, el chico de piel morena y alto que es un increíble defensor, se sienta en la cama y toma mi computadora con confianza.

–Odio al entrenador, estaba esperando que alguien se animara a denunciarlo –admite a modo de saludo y se empeña en completar el formulario.

–¿Y tú, Elijah? –le pregunto porque no me esperaba verlo por aquí.

–Mi padre compró al entrenador para que me mantuviera en el equipo y se conforma con verme en la banca porque no quiero jugar. No me parece ético no deshacerte de un jugador inútil porque su padre te lo ordena. –Se encoge de hombros–. Quiero salirme del equipo hace tiempo. No me gusta el deporte ni el ambiente, sin ofender.

–Tranquilo, no ofende –le responde Ryle porque lo entiende a la perfección.

Y, de esta forma, completamos un reporte en contra del entrenador Bennet. Ahora solo queda esperar a que nos brinden una respuesta desde La Oficina de Igualdad de Oportunidades y esperar a que se haga justicia.

Espero que suceda.

Capítulo 43



Un mes después…

Es el último partido del semestre y la Universidad de Kentucky se enfrenta a la Universidad de Louisville. Esta vez nos toca jugar en su campo y es por eso que viajé en coche para ver a Drake hacer lo que más le gusta.

Mis amigos me esperan en las gradas mientras que aguardo afuera del estadio con la esperanza de encontrarme con un rostro familiar.

Hace unos minutos, me crucé con Lily, Megan y Jade, mis antiguas amigas, quienes me saludaron utilizando las camisetas que alientan a su universidad.

Se las ve radiantes y eso me alegró el día. Pudimos hablar por unos minutos y tomarnos una fotografía con la promesa al aire de juntarnos en algún momento.

Pero me emociona más encontrarme a Oliver, quien corre al verme. Por supuesto que no se perdería un partido tan especial para su pareja. Viajó en el coche de sus padres para apoyarlo.

–¡Sídney! –Me abraza cuando llega a donde estoy y doy unos pasos hacia atrás balanceándome, para no caernos.

–¿Cómo estás? –sonrío al ver que lleva la camiseta con el número cinco de Ryle porque llevo la misma con el veintidós de Drake.

–¡Muy bien! Casi me pierdo al venir, tuve que aparcar superlejos –se queja–. ¿Entramos? No quiero quedar atrás y que un señor mayor me tape toda la visión de mi atractivo novio jugando.

–No te preocupes –me río–, mis amigos nos están guardando un lugar –le aseguro subiendo las escaleras.

–¿Tienen comida? Creo que sacrificaría ver el partido con la cabeza de un señor pelado en el medio por un poco de comida –insiste riéndose y me sigue el paso.

–Sí, Ollie. Tienen comida, te dije que he pensado en todo. –Ruedo los ojos.

Cuando llegamos a las gradas, agradezco usar mis lentes de contacto para encontrar a mis amigos con rapidez. Desde aquella vez que me los olvidé para ir al teatro, no he vuelto a cometer el error de dejarlos en mi habitación.

El estadio está repleto de personas con las camisetas azules y blancas, algunas con los nombres de los jugadores y otras con el nombre de la universidad. Del lado contrario, se repite el patrón, pero con colores rojos y negros.

–Oliver, ellos son Hayes, Elijah, Harper y su novia Carly. –Los presento vagamente y me dejo caer sobre mi asiento libre.

Oliver conoce sus nombres porque estos meses que estuvimos chateando intentando recuperar nuestra amistad, los he mencionado en múltiples ocasiones.

Este último mes en particular hablamos bastante debido a que quise desahogarme con él sobre lo que sucedió con Phoebe. Me sirvió tenerlo como apoyo moral a la distancia, en especial porque no la conoció en persona, entonces podía darme una opinión más objetiva.

También, este mes retomé mis pinturas. Desde que llegué a la universidad no tuve tiempo de ponerme con ello debido a lo ocupada que me mantuvieron las clases. Sin embargo, ya quitándome de encima los exámenes, pude sentarme a pintar algo. Sigo siendo mala, pero me gusta lo relajante de pintar garabatos sobre un lienzo en blanco. Me siento libre, cargada de amor y de nuevas oportunidades.

–Holaaaa –los saluda, radiante, y me imita, acomodándose a mi lado con pereza.

–¿Quieres? –Harper le ofrece de sus papas fritas.

–¡Sí, acepto! Quiero que te cases conmigo. –Se ríe por esa propuesta tan apetecible para su estómago.

–¿No eras de los míos? –se queja Elijah por esa mini interacción heterosexual.

–Lo soy, lo soy. –Se ríe Ollie.

–Le voy a contar a Ryle de esto –le aviso riéndome también.

–Hazlo, ya me conoce. No estará sorprendido al respecto. Sabe que tengo una debilidad por las papas fritas con cheddar. –Se encoge de hombros y se digna a disfrutar de su comida.

–¿Cómo te ha ido en tu último examen? –pregunto a Hayes para cambiar de tema, estuvo estudiando toda la semana y, para no molestarlo, estuve toda la semana con Drake, así que no lo he visto demasiado en estos días.

Y en el coche me quedé dormida, por lo que tampoco pude preguntarle muchas cosas al respecto. No fui una buena compañía en el trayecto.

–Espero que bien –admite–. Por suerte no tengo a Dimitri como ustedes.

–¿Esa es la profesora que les cae mal? –pregunta Carly mirando a su novia.

–Sí, la de Administración Empresarial –le responde–. Se las empeñó todo el año para que suframos en la mayoría de las clases.

–Por suerte nos aprobó, con la nota más baja, pero algo es algo. –Me remuevo sobre mi asiento encogiéndome de hombros.

–¿La tienen en otras clases? –pregunta Oliver limpiándose el cheddar de sus labios con una pequeña servilleta.

–No de momento. –Suspiro alegre por eso–. ¿Cuánto falta para que empiece el partido?

–Unos cinco minutos –anuncia Hayes señalando el contador de puntos con el horario, no llego a verlo.

–Cinco minutos para que empiecen las ceremonias interminables –se queja Elijah y Harper le da la razón chocando las manos.

Le agradezco a Hayes por su respuesta y decido escribirle un mensaje de buena suerte a Drake:

Amor, espero que no te dobles el pie hoy.
Lo harás genial, te quiero.

Su respuesta tarda unos segundos en aparecer, estoy segura de que estaba por dejar el celular con sus pertenencias. Me da ternura ver su nombre iluminar la pantalla porque le agregué un emoji de un corazoncito, para entender que ahora sí le puedo demostrar que lo

quiero. Es ese momento previo al equipo donde el entrenador les da órdenes y los alienta para sus jugadas estelares.

DRAKE ❤️
Gracias, hermosa.
Te quiero mucho.
¿Nos vemos cuando termine?

No se duda de eso, Drake.
Te estaré esperando.

Después de que Drake denunciara a su entrenador por conductas inapropiadas y racistas, tuvo que hablar con los directivos y el consejo de la universidad para explicarle todo lo sucedido. Incluso algunos de sus compañeros se animaron a hablar y a acompañarlo en esa decisión.

A las dos semanas, nos enteramos de que lo habían echado del equipo y lo pusieron bajo revisión con sus supervisores donde investigarán el caso de cerca. Hasta que no se solucione y tomen una decisión, quedará inhabilitado de la posibilidad de ejercer como entrenador. Incluso lo obligaron a remover sus cosas de la oficina para que pudiera instalarse su reemplazo.

Las luces del estadio brillan y la música resuena por los altavoces con vigor. Las porristas de la Universidad de Louisville aparecen para hacer una coreografía provocando que el ambiente se llene de entusiasmo y la atmósfera se convierta en algo electrizante.

Luego, aparecen los jugadores y los gritos se escuchan en cada rincón de este lugar. Me duelen los tímpanos, pero me provoca una sonrisa saber que, de cierta forma, están alentando a mi… a Drake. No tenemos título todavía.

Los entrenadores se ubican junto a la línea de banda y dan sus últimas instrucciones e indicaciones antes del comienzo del juego. Una vez que detallan sus estrategias, Calvin, el nuevo mariscal de campo, se acerca al mariscal del equipo contrario y lanzan la moneda.

Nos toca empezar el juego a nosotros.

Lo veo a Drake sobre su posición buscando a ver si me encuentra y enciendo la linterna de mi celular para que la luz le dé un indicio de dónde estoy. Seguro que con esa distancia no me va a ver, pero por las dudas le lanzo un beso al aire, esperando que lo atrape. Un beso cargado de amor y de chispas color lavanda. Es un amor en forma de rayo que se encuentra atrapado dentro de un recipiente, no se lo puede dejar ir una vez que lo obtienes.

Con su casco no logro visualizar sus ojos ni a donde está observando, pero cuando lo veo atrapar algo en el aire y llevárselo a su pecho en dirección a su corazón, se me llena el cuerpo de mariposas. Drake atrapó el beso que lancé en el aire y se lo guardó en su corazón. **¿Podría ser más emocionante? ¿Podría ser más eléctrico?**

Sonrío como una idiota enamorada y me dispongo a disfrutar del partido.



Para el último cuarto del partido, el equipo de Louisville está liderando. Va ganando por cinco puntos y siento que estoy al borde de la locura y el colapso. Necesito que obtengan la victoria, necesito ver a Drake feliz.

Ryle hace una señal correspondiente a su posición como mariscal y el balón es entregado a Drake, quien empieza a correr con una agilidad impresionante y muy sexy de mirar. Mientras que adelanta el paso, los defensores de Louisville lo rodean y las posibilidades de ganar disminuyen. Suelto un grito ahogado.

Está completamente rodeado.

Vamos, Drake…

Tú puedes.

Puedes hacerlo.

A veces olvido lo increíble y audaz que es como jugador: Drake se las apaña para escabullirse entre dos defensores y seguir corriendo con un objetivo en mente. No mira hacia ningún lado y no creo que esté pensando en otra cosa que no sea hacer un touchdown para ganar el partido.

Un último defensor del grupo contrario intenta interceptarlo para robarle el balón y Drake da un giro que le provoca al otro perder el equilibrio. De esta forma, se va acercando a la última yarda, hacia la zona de anotación.

Gritos de esperanza rodean el estadio y me incluyo entre ellos.

¿Touch…?

¿Touchdown?

¡TOUCHDOWN!

Segundos más tarde, la emoción explota en el estadio.

El partido ha finalizado y, oficialmente, el equipo de la Universidad de Kentucky es el ganador. Salto de felicidad y abrazo a mis amigos, no lo puedo creer.

Es un jugador excepcional, lo quiero.

∞

Drake

Mi corazón explota de felicidad y, una vez que me quito el casco, mis compañeros me rodean con sus abrazos. No lo puedo creer, acabo de salvar el partido.

–DRAKE, ERES INCREÍBLE –me elogia Jonan con una sonrisa de oreja a oreja, se lo ve mucho más radiante desde que terminaron las cosas con Phoebe.

–ME ENCANTARÍA BESARTE AHORA MISMO –bromea Calvin sacudiendo mi cabello–. Fue espectacular, felicidades.

Frunzo el ceño por ese primer comentario y me río.

–ESE ES MI MEJOR AMIGO. –Me abraza Ryle–. ¿Ahora lo entiendes? Te dije que al final todo saldría bien. Necesitabas un empujoncito nada más.

No dejo de recibir saludos y elogios por parte de todos, incluso cuando saludo por respeto a los del equipo contrario, hacen lo mismo. De verdad, creo que es uno de los mejores partidos que tuve en mi vida. Nunca me sentí tan confiado en el campo y creo que se debe a que el ambiente dejó de ser tóxico; con la partida de Bennet, ahora tenemos al entrenador Gregory. Es nuevo, pero estuvo entrenando grupos de adolescentes en el secundario y en otras universidades por quince años. Cuando me hace una señal para que me acerque a él, no dudo en hacerlo. Esta vez, los nervios no me consumen por estar cubiertos de una euforia impresionante.

Gregory en vez de estrecharme la mano, me da un abrazo y una palmadita en la espalda como hacen todos los padres.

Mi cuerpo se relaja y le devuelvo el abrazo, sintiéndome cómodo con él.

–Mendler, esa jugada fue para los libros de historia. –Me felicita con orgullo en su voz–. Quiero que nunca te sientas avergonzado por presumirla, tienes que hacerlo o tus compañeros lo harán por ti.

–Gracias, entrenador –asiento con una risita.

–De nada, ahora ve y disfruta con tus seres queridos. –Me ordena y le hago caso.

Me quedo unos minutos más en el campo tomándome fotografías y aceptando notas para el periódico estudiantil de ambas instituciones y regreso a los vestuarios para darme una ducha rápida. Necesito encontrarme con Sídney.

A los diez minutos, salgo con una camiseta naranja y la busco entre tantas personas. Quiero encontrarla lo antes posible.

Es difícil cuando la mayoría de las personas están vestidas de los mismos dos colores, pero escucho un grito a lo lejos que me obliga a girarme por completo y por fin la veo: Sídney. Se ve hermosa con la camiseta que le regalé y mi corazón late con rapidez.

Ella corre al verme, intentando no chocarse con nadie y la sostengo entre mis brazos para recibirla con un beso en los labios.

–DRAKE, JUGASTE INCREÍBLE –me felicita sonriendo y me vuelve a envolver en sus brazos, con orgullo.

–No, jugué igual que siempre –bromeo y me da un golpecito en el hombro.

–Te tengo una sorpresa. –Me mira a los ojos de manera interesante, algo está escondiendo.

–Ah, ¿sí? También te tengo una sorpresa –admito y busco en el bolsillo trasero de mi jean lo que necesito.

–¿Tú primero? –me pregunta sin poder dejar de sonreír.

Asiento y le entrego una cajita pequeña con forma rectangular y un papel pegado encima del papel de regalo.

–¿Qué es esto? –pregunta con curiosidad mientras que desdobla el papel con cuidado. Se toma unos segundos para leerlo–. ¿ES UN CURSO DE MAQUILLAJE?

Su mirada se ilumina y se le forma una mueca en los labios.

–Sí, es un curso para profesionalizarse en el maquillaje que empieza el semestre que viene en el campus –le explico–. Tienes las doce clases pagas y lo pensé para que luego subas tus maquillajes a redes y puedas empezar a publicitarte.

–Creo que voy a llorar –admite emocionada y me abraza–. Nunca me habían regalado algo tan… detallista. Es como si supieras todo sobre mí.

Desde que la conozco, siempre se interesó por el maquillaje. Sé que no quiere dedicarse a eso, pero nunca descartó la idea de vender sus servicios como maquilladora para ganar un poco de dinero. Este curso es perfecto porque le servirá para conocer nuevas técnicas, profesionalizarse en el tema, y para obtener un reconocimiento por tomarlo. Sobre todo si quiere publicitarlo por el campus.

–Es porque te escucho y te veo siempre guardando ideas de looks en Pinterest. Creí que podría gustarte…

–Drake, me encanta, es increíble.

Pasamos la parte fácil, aquí viene la parte que me pone de los nervios.

–Eso no es todo, ábrelo –le indico señalando la cajita.

Y ella sonríe al ver que es una paleta de sombras con tonos fríos, sus favoritos.

Claramente, eso no es lo que me pone ansioso.

–ME ENCANTA, ES EL MEJOR REGALO DEL MUNDO –chilla.

–Fíjate qué hay detrás –le indico, esta vez, un poco más nervioso.

Sobre la paleta de maquillaje hay una notita pegada que dice:

–¿Quieres ser mi novia? –le pregunto a la vez que la lee.

Su rostro vuelve a iluminarse y se lanza sobre mi cuello para besarme con muchísimo amor.

En este preciso instante, nuestros corazones se electrocutan con el amor candente que chisporrotea por el aire. Es la unión de dos imanes que necesitaban estar juntos de una vez por todas.

–Estaba muriéndome de ganas de serlo –dice sin vergüenza alguna y frunce el ceño por admitirlo. Le doy un pequeño beso en la frente y luego vuelvo a besarla tomándola de la cintura.

–Creo que es el mejor día de mi vida. –Me río mirando el cielo, está más azulado que nunca, es perfecto.

–Bueno… Ya que lo dices, te dije que tenía una sorpresa para ti –me dice tomándome de la mano para dirigirme hacia el aparcamiento.

–¿Me has comprado un coche? –bromeo rodando mis ojos.

–Te encantaría, pero no. Cierra tus ojos –me ordena y le hago caso, intentando espiar cada dos pasos que damos.

Nos detenemos y me quedo en mi lugar, quieto, por las dudas.

–¿Puedo abrir los ojos?

–No, espera –indica y, pasados unos segundos, acepta–. ¡Ahora sí!

Cuando abro los ojos me encuentro frente a mis padres que usan mi camiseta y sostienen una pancarta con mi nombre. Detrás de ellos, mis amigos Ryle, Oliver, Calvin, Jonan y Elijah –a quien por fin lo dejaron abandonar el equipo de futbol, aunque su padre no lo acepte–, y también con los amigos de Sídney: Harper, su novia y Hayes.

No lo puedo creer.

Sabía que Sídney vendría al partido con sus amigos, pero no me esperaba ver a Oliver ni a Elijah. Es una sorpresa muy grata.

En especial, no puedo creer que mis padres también hayan venido.

–¿Qué hacen aquí? –los saludo con un abrazo a cada uno.

–Sabes que intentamos verte en múltiples ocasiones y no pudimos, pero esta vez logramos liberarnos del trabajo por un día y aquí estamos –me explica mi padre.

–¿Y las camisetas? –Me sorprende que las hayan conseguido porque no saben utilizar una página web para comprar por internet y no tuve tiempo de llevárselas con todos los entrenamientos y exámenes.

–¡Oliver nos ayudó! –dice mi mamá guiñándole un ojo al novio de Ryle.

–Sídney me contó de esta sorpresa hace un tiempo y, cuando ordené mi camiseta, les pedí unas a ellos también –me explica.

–Gracias, Ollie –le sonrío y me dirijo a Elijah–. ¿Cuál es tu excusa?

–Estaba aburrido, mi novio está de vacaciones y todos mis amigos iban a estar en Louisville. No podía perderme la oportunidad de verlos jugar –me saluda con un choque de puños y otro abrazo.

–¿Vieron el partido? –les pregunto, en especial a mis padres.

–¡Increíble! Me he quedado maravillada –dice mi mamá.

–Drake, eres muy bueno –me elogia Harper sonriendo.

–Aún no entiendo cómo te libraste de los defensores –admite Hayes–. Fue una verdadera jugada profesional.

–¿Y cómo esquivó al último defensor? Creí que perderíamos –admite Ryle con admiración.

–Es nuestro mejor corredor –opina Calvin de brazos cruzados.

–¡Es fascinante, hijo! –me dice con muchísimo orgullo mi papá, quien a veces suele ser duro respecto a sus opiniones en mi carrera profesional–. Estoy seguro que, de aquí a un par de años, te llamarán de la NFL.

–Antes de unirte a una liga deportiva, tienes que egresar de la universidad –opina mi mamá con una ligera preocupación en su rostro ante el comentario de su esposo–. Pero sí, estoy segura de que llegarás lejos. Todos lo harán –agrega mirando a mis compañeros de equipo.

–Gracias, señora Mendler –le responde Jonan con respeto y mi madre se ofende por el comentario de "señora" no sin antes reírse y discutir con él algunas jugadas que no entendió.

Mi papá también se distrae y conversa con los Jensen sobre la responsabilidad de un capitán de equipo. Recuerdan algunos partidos de la secundaria donde Ryle era el mejor jugador de todos. En mi opinión, sigue siendo el mejor mariscal que tenemos.

Lo que tienen en común es que los dos no dejan de mencionarme en ningún momento, es tierno.

–Están obsesionados contigo, creo que no van a dejar de hablar de eso por un rato –me susurra Sídney cuando los oímos discutir la

última jugada con Ryle, Calvin y Jonan, quienes también se llevan múltiples cumplidos de parte de mis padres.

–Gracias por organizar esta sorpresa –le digo desde el fondo de mi corazón.

–De nada, te merecías una sonrisa después de lo que has vivido con tu antiguo entrenador –me dice haciendo una mueca con sus labios.

–¿Cuándo les diremos que somos pareja? –le pregunto observando la escena de todas las personas que queremos, a lo lejos.

Ryle me guiña el ojo mientras que le sigue la conversación a mi padre, es fan de hablar de deportes y de ser mi cómplice.

Él me ayudó con el regalo y solo requirió una mirada hacia nosotros para darse cuenta de que ya somos pareja. Es probable que se deba a la sonrisa que se dibuja sobre mi rostro, la cual no tengo intenciones de ocultar. Y también es posible que se deba a la sonrisa de Sídney que es magnética y me obliga a estar a su lado, en todo momento. Como si quisiera estar en otro lugar… Ja.

–Tus padres reservaron unas mesas en un restaurante para festejar, así que tendremos tiempo de sobra –me dice abrazándome de costado.

–No creo que pueda aguantar tanto tiempo –admito y la giro un poco para obligarla a que me vea a los ojos.

–¿En qué estás pensando, Mendler? –me pregunta haciendo un juego pícaro con sus cejas.

–Estoy pensando en besarte aquí y ahora –admito lamiéndome los labios.

–Te quiero. –Se ríe por ese piropo y se inclina hacia mí para besarme.

–Yo más. –Le respondo cortando nuestro beso para darle uno un poquito más intenso. Un beso bien acorde a nuestro estilo electrizante.

Unos alaridos de parte de mis amigos intentan distraerme, pero nada puede hacerlo en estos momentos. De hecho, creo que nada podría distraerme de querer estar con ella. Cuando la beso una vez más, aíslo todos mis pensamientos y me concentro en lo único que me importa: mi novia.

Debo admitir que me obsesioné con ella, un placer contundente cambió todo para siempre. Un polvo con Sid en una fiesta se convirtió en la decisión más electrizante de mi vida. Iluminó todos mis colores y, por primera vez, vi destellos en los lugares que mi alma no conocía. La electricidad nadó por mis venas y se topó con la razón: al final, Sídney Jones no es una chica más, es mi pareja.

Y lo mejor de todo, es que Sídney Jones, tampoco es solo mi novia.

Es el amor de mi vida y la causante de las chispas de mi sonrisa en el día a día.

AGRADECIMIENTOS

AAAAAH *gritito* No puedo creer que estoy escribiendo los agradecimientos de mi segundo libro. Si le cuentan a la Male de 2014 que empezó a escribir por Messenger con su mejor amiga, no se lo creería. De verdad, es un sueño cumplido.

La idea de *Un pacto electrizante* surgió un día que estaba jugando a Los Sims. Saben que es mi juego favorito y que creo los personajes de todos mis libros allí. Ese día estaba jugando con los protagonistas de *Siempre fuiste tú* y vi que el Sim de Drake no dejaba de hablar con el de Sídney. Así que, decidí que tuvieran una pequeña escena en la icónica fiesta de Halloween para tantear el terreno y ver si querían leerlos. No saben la emoción que siento cada vez que me dicen que les gustan esos personajes, espero que les haya gustado este libro donde se enamoran de verdad. 💜

Quiero empezar agradeciéndole a todo el equipo de VR Editoras por brindarle un hogar a mis historias, por confiar en mí una vez más y por toda la difusión y empeño que le pusieron a *Siempre fuiste tú*, estoy viviendo un sueño gracias a ustedes. En especial, gracias a mi editora Meli que shippeaba a los protagonistas en *Siempre fuiste tú* cuando ni siquiera se habían dado un beso. Gracias Meli por esperarme y por entenderme en las mil y una crisis que

tuve escribiendo esta historia. Sobre todo, gracias por querer a los personajes tanto como yo. Y también, gracias a Stefy por sumarse al proyecto con tanto amor. Quiero que sepan que me río siempre que leo sus comentarios, me alegran el día. Ambas me enseñan a diario cómo ser mejor escritora, las tkm. También, gracias a Ariel por ilustrar, una vez más, a mis personajes. La portada de este libro es perfecta, es tal cual me la imaginaba.

Si no fuese por mis lectoras beta creo que me hubiese vuelto loca y no tendrían este libro en sus manos, JAJAJAJA. Lola y Flor, nuevamente, me acompañaron en este hermoso proyecto. Lola estuvo un año puteándome cada dos mensajes para que me sentara a escribir y preguntándome por capítulos nuevos. Es momento de admitir que a veces no abría su chat para no enfrentarme a las consecuencias (ups). Por otro lado, Flor estuvo este año mandándome audios largos con su opinión acerca de cada capítulo que le enviaba. Gritó, se emocionó y, podríamos decir, que colisionó con varias de las escenas. Terminó el libro completamente enamorada de Drake. Ambas me ayudaron a construir algunas de mis subtramas favoritas, las amo. Gracias por estar.

Gracias a mis papás por bancarme una vez más en mis sueños. Es difícil crecer, pero me ayudaron alentándome todos los días, diciéndome que soy capaz de lograr todo lo que me proponga, siempre y cuando trabaje para conseguirlo. Aunque no se los digo a diario, son mi ejemplo a seguir, los amo. Gracias a mis primas Mili y Cata por entusiasmarse por mis proyectos desde el día uno y por acompañarme a todos lados, no importa el rumbo que tome mi vida, siempre estarán ahí en primera fila, las quiero.

Una honorable mención a mis mascotas, quienes me acompañaron en todo el proceso de escritura, algunos subiéndose a mi regazo a las dos de la mañana y otros acostándose sobre mis cuadernos para acompañarme: Timmy, Milo, Marshall, Glenn y Bonnie. LOS AMO y los amaré siempre, son lo más incondicional que tengo.

Gracias a Guido y a la China por escucharme hablar de este libro todo el tiempo, por más que no lean. Guido se tardó leyendo *Siempre fuiste tú* pero me mandó sus *updates* correspondientes siendo fanático del drama. AMÉ y espero que te guste este libro por más que sea *straight*. Chinita no lo intentó, pero no puedo culparla, quizás si le mando audios resumiéndole la historia como hacía en la secundaria antes de los exámenes, lo "lee". Sé que fue un año difícil para ambos y, aun así, nunca bajaron los brazos. Siempre siguieron adelante y eso es algo que admiro mucho de ustedes. Los amo y siempre voy a estar para lo que sea que necesiten.

Gracias a Lupita porque juntas empezamos este hermoso camino de la escritura. Es algo que te digo a menudo y es que cada vez que me pierdo o siento que no me convencen mis historias; vuelvo a nuestros libros. Vuelvo a nuestros personajes que son mi lugar seguro desde el primer momento. Si necesito llorar para escribir algo triste, vuelvo a esas escenas donde Lucas se hizo emo y me rompió el corazón (xd) o si necesito shippear, vuelvo a los primeros besos de nuestras parejas favoritas en *New Americana. It's so fun*. En especial, gracias por ayudarme en los capítulos más difíciles. Y nunca te olvides de lo especial que sos, te amo.

A mis haditas (brujitas) más hermosas: Agus, Bel, Nini y Solci. Creo que no hubo un solo día en el proceso de escritura de esta

novela donde no contara con su apoyo. Estuvieron para mí en los momentos más difíciles y en los más divertidos también. Su amistad es lo más lindo que me regalaron las redes. Gracias Agus por enseñarme a ser constante, a crear rutinas de escritura y a luchar por mis objetivos. Gracias Bel por despertarme con tus audios todos los días y por ayudarme con algunos detalles de la trama. Gracias Nini por ayudarme a centrar la cabeza en esta historia, a enamorarme de los personajes como la primera vez y a motivarme. Gracias Solci por validar mis emociones cuando veía todo oscuro y por alegrarte de cada pequeño avance como si fueran los más grandes. Las amo y compartir sueños con ustedes me llena el alma de orgullo. Se vienen proyectos muy copados y sé que la vamos a romper.

Gracias a toda la comunidad lectora de Booktok, Bookstagram, Booktwitter y Booktube por ser tan maravillosa. Gracias por recomendar mi libro y por llenar mi lista de pendientes nuevos (capaz no tendría que agradecerles por eso último pero los tkm).

Me encanta subir videos y recomendarles libros juveniles a través de mis redes: **@malelovesbooks**. También me encanta chusmear sus cuentas y ver qué están leyendo. Así que, si alguno de ustedes está leyendo esto en este momento y tiene algún sueño; les quiero decir que nunca se rindan, luchen por conseguirlo. Nunca es fácil, pero a veces lanzarse a la pileta es lanzarse a un cambio. Si querés hacer contenido en redes, animate. Vos podés, estoy segura de que te irá genial. Y si tu sueño es trabajar en el mundo editorial o ser escritor; no dejes de estudiar y de leer. Al fin y al cabo, ser un soñador es lo que te da las alas y las herramientas para crecer. Todo llega a su tiempo.

Gracias a la Tía Cris por todo lo que haces por la literatura juvenil y por acompañar a tantos jóvenes con los sueños en sus manos y ayudarlos a cumplirlos, sos un verdadero ejemplo a seguir. Te quiero.

Como muchos que me siguen en mis redes sabrán, a finales de 2023 perdí a mi abuela, una de las personas más importantes de mi vida. Juntas compartimos la pasión por la lectura. El día que le conté sobre la propuesta editorial de *Siempre fuiste tú*, mi primer libro, me confesó que su sueño siempre fue publicar uno. Así que aquí estoy, en una oportunidad más, cumpliendo el sueño de las dos. Creo que es un dolor que me va a durar para toda la vida y que me va a acompañar, sin dudas, en todos mis proyectos. Pero tengo la bendición de poder decir que lo logré después de tantos meses de esfuerzo y después de tantos meses de sentarme en la computadora y enfrentarme a una hoja en blanco, que lo único que me recordaba era el hecho de que mi abuela nunca va a poder leer este libro. Por suerte, leyó *Siempre fuiste tú* y pudo conocer a Drake y Sídney. No solo fue mi primera lectora, sino que también fue la primera en escuchar la lluvia de ideas de *Un pacto electrizante.*. Estaba igual de entusiasmada que yo y me prometí a mí misma no cambiar nada de esa idea original para homenajear una de mis últimas conversaciones con ella. Espero haberlo cumplido.

Así que, sincerándome, si tenés este libro en tus manos, es porque pude lograrlo gracias a ustedes; mis lectores. Cada sonrisa, entusiasmo y cariño que me dedican a diario en los eventos y firmas son la razón por la cual pude escribir este libro. Porque no podría haberlo hecho sin su apoyo y sin su amor incondicional. Gracias por confiar en mi escritura una vez más. No saben lo mucho que

significa para mí que me lean. Es un sueño cumplido y se los agradezco desde el fondo de mi corazón. Me ayudaron a atravesar este duelo con todos sus abrazos y minutos que pasamos juntos hablando de Oliver, Megan, Ryle, Drake y Sídney.

Me pasé horas y horas viendo sus dibujos, leyendo sus cartitas, escuchando las playlists que armaron de los personajes, admirando sus *aesthetics*, viendo sus videos de comedia y usando sus *friendship bracelets*. De esta forma, me ayudaron a sanar el alma y a volver a disfrutar de la escritura, de verdad. Escribí gran parte de este libro pensando en ustedes, en sus reacciones. Aprendiendo de sus críticas constructivas del anterior libro e intentando dar la mejor versión de mí dentro de las circunstancias.

Los quiero mucho y me muero de ganas de leer sus reseñas en Goodreads, Instagram, TikTok, Twitter (X) o la red social que deseen. Como siempre les digo, veo todo y estoy full agradecida de sus reseñas constructivas porque es lo que me ayuda a seguir formándome como escritora. Amo debatir con ustedes por mensajes de Instagram y, como los conozco, sé que voy a amar la cantidad de *post-its* que gasten en cada piropo que le dedica Drake a Sidney (SAME CHICOS SAMEEE).

Nos vemos muy pronto, en mi próxima novela que no tiene conexión con esta, pero les he dejado pistas sobre qué tratará… ¡¡A ver si las encuentran!! ***guiño, guiño*.**

Y como cerraba mi abuelo cada posteo de Facebook:

Gracias por leerme.

Cambio y juera,

Male 💜

Índice

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Malena Hehn
Portada
Dedicatoria
Parte amarilla
- Playlist
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

Parte naranja

Playlist
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Parte rosa
Playlist
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Parte violeta
Playlist
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Agradecimientos
Créditos



¡QUEREMOS SABER
QUÉ TE PARECIÓ
LA NOVELA!

Encuéntranos en

tiktok.com/vreditorasya

facebook.com/vreditorasya

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya

Hehn, Malena
Un pacto electrizante / Malena Hehn. - 1ª ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-300-391-4

1. Narrativa Juvenil. 2. Novelas Románticas. I. Título.
CDD A860

Edición: Melisa Corbetto con Lucía Bonavita
Corrección: Stefany Pereyra Bravo
Coordinación de arte: Valeria Brudny
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Diseño de interior:: Cecilia Aranda
Arte de tapa: Ariel Escalante
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2025 Malena Hehn
© 2025 V&R Editoras
www.vreditoras.com

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

Primera edición: mayo de 2025

ISBN 978-631-300-391-4

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

EDITORAS

Seguinos en tu red favorita

VR.editoras

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Malena Hehn
Portada
Dedicatoria
Parte amarilla
- Playlist
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

Parte naranja
- Playlist
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Parte rosa
Playlist
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Parte violeta
Playlist
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Agradecimientos
Índice
Créditos